

Odlanyer Hernández de Lara y Ana María Rocchetti
Editores

ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA

en Cuba y Argentina: esbozos desde la periferia



Odlanyer Hernández de Lara y Ana María Rocchietti
Editores

ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA EN CUBA Y ARGENTINA: ESBOZOS DESDE LA PERIFERIA



Centro de Investigaciones Precolombinas

Primera edición, 2014

Hernández de Lara, Odlanyer

Arqueología precolombina en Cuba y Argentina: esbozos desde la periferia /
Odlanyer Hernández de Lara y Ana María Rocchietti. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Aspha, 2014.

310 p.: il. ; 24x17 cm.

ISBN 978-987-45321-3-8

1. Arqueología. 2. Patrimonio. 3. Arte Rupestre. I. Rocchietti, Ana María. II. Título
CDD 930.1

Fecha de catalogación: 22/05/2014

Diseño y diagramación: Odlanyer Hernández de Lara

Foto de tapa: Mortero múltiple móvil. Fondo del Museo Antropológico Montané de
la Universidad de la Habana. Foto: Divaldo Gutiérrez Calvache.

Foto de contratapa: Vista panorámica del Bajo Largo, Chubut, del texto en este
libro de Boschín y Massafferro.

Aspha Ediciones

Virrey Liniers 340, 3ro L. (1174)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina

Telf. (54911) 4864-0439

asphaediciones@gmail.com

www.asphaediciones.com.ar

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Contribuyen

Carlos Arredondo Antúnez

Museo Antropológico Montané,
Universidad de La Habana, Cuba.
carredondo@fbio.uh.cu

Ramón Artilés Avela

Universidad Agraria de La Habana,
Ministerio de Educación Superior,
Cuba.
rartiles@isch.edu.cu

María T. Boschín

Centro Nacional Patagónico. Consejo
Nacional de Investigación de Ciencia y
Técnica (CONICET), Argentina.
mboschin@cenpat.edu.ar

Eduardo A. Crivelli Montero

Consejo Nacional de Investigación de
Ciencia y Técnica. Universidad de
Buenos Aires, Argentina.
eduardocrivelli@yahoo.com.ar

Victorio Cué Villate

Grupo Cubano de Investigaciones del
Arte Rupestre, Instituto Cubano de
Antropología, Cuba.

Mabel M. Fernández

Consejo Nacional de Investigación de
Ciencia y Técnica. Universidad de La
Pampa y Universidad de Luján,
Argentina.
mabelmfernandez@gmail.com

Racso Fernández Ortega

Grupo Cubano de Investigaciones del
Arte Rupestre, Instituto Cubano de
Antropología, Cuba.
racsof@sangeronimo.ohc.cu

Alejandro García

Consejo Nacional de Investigación de
Ciencia y Técnica. Universidad
Nacional de San Juan. Universidad
Nacional de Cuyo, Argentina.

María Laura Gili

Instituto Académico Pedagógico de
Ciencias Humanas, Universidad
Nacional de Villa María, Argentina.
marialauragili@gmail.com

José B. González Tendero

Grupo Cubano de Investigaciones del
Arte Rupestre, Instituto Cubano de
Antropología, Cuba.
marinaglez@infomed.sld.cu

Divaldo A. Gutiérrez Calvache

Grupo Cubano de Investigaciones del
Arte Rupestre, Instituto Cubano de
Antropología, Cuba.
llafer@infomed.sld.cu

Odlanyer Hernández de Lara

Cuba Arqueológica, Cuba. Programa de
Arqueología Histórica y Estudios
Pluridisciplinarios, Universidad
Nacional de Luján. Facultad de
Filosofía y Letras, Universidad de
Buenos Aires, Argentina.
odlanyer@cubaarqueologica.org

Silvia Teresita Hernández Godoy

Grupo de Investigación y Desarrollo de
la Dirección Provincial de Cultura,
Matanzas, Cuba.
silviagodoy@atenas.cult.cu

Juan Enrique Jardines Macías
Departamento de Arqueología del
Centro de Investigaciones y Servicios
Ambientales y Tecnológicos, Holguín,
Cuba. jjardines@holguin.inf.cu

Gabriela I. Massafarro
Universidad Nacional de la Patagonia
“S. J. Bosco”, sede Puerto Madryn.
Centro Nacional Patagónico Consejo
Nacional de Investigación de Ciencia y
Técnica, Argentina.
gim@cenpat.edu.ar

Dany Morales Valdés
Grupo Cubano de Investigaciones del
Arte Rupestre, Instituto Cubano de
Antropología, Cuba.
dany.mo@ican.cu

Ana María Rocchietti
Laboratorio de Arqueología y
Etnohistoria, Cátedra Prehistoria y
Arqueología, Departamento de Historia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de Río Cuarto,
Argentina.
anaau2002@yahoo.com.ar

Roberto Rodríguez Suárez
Museo Antropológico Montané,
Universidad de La Habana, Cuba.
roberto@fbio.uh.cu

Daniel Torres Etayo
Centro de Estudios de Conservación,
Restauración y Museología. Instituto
Superior de Arte, Cuba.
detayo@gmail.com

Jorge Ulloa Hung
Facultad de Arqueología. Universidad
de Leiden. Área de Ciencias Sociales y
Humanidades. Instituto Tecnológico de
Santo Domingo (INTEC). Museo del
Hombre Dominicano.
ulloa12cu@yahoo.com

Roberto Valcárcel Rojas
Departamento de Arqueología del
Centro de Investigaciones y Servicios
Ambientales y Tecnológicos, Holguín,
Cuba. Grupo de Estudios Arqueológicos
del Caribe, Universidad de Leiden.
rvalcarcel@holguin.inf.cu

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>De arqueología y otras cuestiones periféricas</i>	11
Odlanyer Hernández de Lara y Ana María Rocchietti	
PARTE I. ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA EN CUBA	
CAPÍTULO 1	
<i>Práctica arqueológica, presencia arcaica e interacción en sociedades indígenas de Cuba</i>	15
Jorge Ulloa Hung y Roberto Valcárcel Rojas	
CAPÍTULO 2	
<i>Vida y muerte aborigen en Canimar Abajo, Matanzas, Cuba</i>	39
Carlos Arredondo Antúnez y Roberto Rodríguez Suárez	
CAPÍTULO 3	
<i>Significación histórico-cultural de los descubrimientos en el sitio arqueológico de Los Buchillones, Punta Alegre, Ciego de Ávila, Cuba</i>	67
Juan Enrique Jardines Macías	
CAPÍTULO 4	
<i>Contribución al estudio de los bateyes aborígenes del extremo oriental de Cuba</i>	95
Daniel Torres Etayo	
CAPÍTULO 5	
<i>¿Cúpulas en Cuba? Primera aproximación a la posible presencia de petroglifos cupulares en la mayor de las Antillas</i>	117
Divaldo A. Gutiérrez Calvache, José B. González Tendero, Ramón Artiles Avela	
CAPÍTULO 6	
<i>Las representaciones de la columna vertebral en la iconografía de los grupos agricultores. ¿Rasgo anatómico de valor mítico?</i>	145
Racso Fernández Ortega, Dany Morales Valdés, Victorio Cué Villate	

CAPÍTULO 7	
<i>La protección del patrimonio arqueológico aborigen en la provincia de Matanzas, Cuba</i>	177
Silvia Teresita Hernández Godoy	
CAPÍTULO 8	
<i>Ernesto Eligio Tabío Palma: pilar de la arqueología cubana en los albores de la revolución</i>	191
Odlanyer Hernández de Lara	
PARTE II. ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA EN ARGENTINA	
CAPÍTULO 9	
<i>La formación de las entidades étnicas del noroeste patagónico</i>	211
Eduardo A. Crivelli Montero y Mabel M. Fernández	
CAPÍTULO 10	
<i>La obsidiana: una señal geoarqueológica del alcance de las relaciones sociales en Patagonia pre y post-hispánica</i>	227
María T. Boschín y Gabriela I. Massafarro	
CAPÍTULO 11	
<i>Disensos productivos: avances en la interpretación de los principales cambios en la ocupación humana del centro oeste argentino</i>	259
Alejandro García	
CAPÍTULO 12	
<i>Arte rupestre: imagen de lo fantástico</i>	279
Ana María Rocchietti	
CAPÍTULO 13	
<i>Patrimonio rupestre. Importancia arqueológico-cultural de la localidad rupestre Cerro Intihuasi, Córdoba</i>	295
María Laura Gili	

INTRODUCCIÓN

•

DE ARQUEOLOGÍA Y OTRAS CUESTIONES PERIFÉRICAS

Odlanyer Hernández de Lara
Ana María Rocchietti

Las investigaciones arqueológicas en América Latina han aportado una visión del pasado que nos permite conocer los procesos a través de los cuales se fue construyendo el desarrollo humano. No obstante, constituye un denominador común acercarnos al conocimiento de nuestra región a través de miradas externas, como consecuencia del imperialismo cultural y el financiamiento de los denominados “países centrales” a sus respectivos investigadores. En ocasiones, las narrativas propias nos son ajenas, precisamente por esa carencia de dar a conocer lo que producimos en un ámbito más amplio. En ese sentido, esta obra cumple su cometido, en pos de generar nuevas iniciativas que integren y difundan las investigaciones que se llevan a cabo en América Latina, con especial interés, en esta ocasión, en Cuba y Argentina, a partir de diversos intercambios académicos entre ambos países que han estrechado los lazos de cooperación.

Luego de un tiempo, demasiado largo tal vez, hemos logrado materializar esta segunda iniciativa que reúne trabajos de investigadores cubanos y argentinos en pos de difundir, al menos en parte, el conocimiento del pasado de ambos pueblos. La experiencia anterior reunió también trabajos de los dos países, pero giraban en torno a la Arqueología histórica. En aquella ocasión, la colaboración con el Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján, y especialmente con su director el Dr. Mariano Ramos, devino en la obra *Arqueología histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba* (2011), con textos de diversos autores y equipos de investigación que abordaron algunos de los temas que se vienen trabajando en los últimos años.

En esta ocasión, la colaboración con el Centro de Investigaciones Precolombinas ha resultado en este libro que trata de abarcar diversidad de temáticas y regiones, tanto de Cuba como de Argentina, como forma de comprender, al menos en parte, la historia precolombina de ambas naciones y, además, para difundir las

investigaciones que se llevan a cabo tanto en la isla como en el cono sur. Con ese fin, hemos compilado una serie de trabajos de arqueólogos de diferentes instituciones que permita una visión de la variedad de perspectivas teóricas y metodológicas para acercarse al conocimiento del pasado.

El libro se inicia con el aporte de Jorge Ulloa Hung y Roberto Valcárcel Rojas sobre la actual maduración de la arqueología cubana y el carácter de las sociedades arcaicas en el territorio de la isla, mostrando que ellas fueron mucho más complejas de lo que se estimaba antes y que jugaron un papel importante en la imbricación biológica y cultural que ha llevado a la diversidad antillana.

Carlos Arredondo Antúnez y Roberto Rodríguez Suárez escriben sobre un sitio del occidente de Cuba reseñando los estudios de las comunidades aborígenes tempranas de la región de Canimar, en la provincia de Matanzas, con especial atención a la osteología, la zooarqueología, la paleodieta y las paleopatologías.

Juan Enrique Jardines Macías aborda el estudio del sitio Los Buchillones, en la provincia de Ciego de Ávila, en el marco de la Región Oriental definida por el Censo Arqueológico Nacional de Cuba (1981–1983). Este lugar proveyó hallazgos singulares. Postes de madera muy bien conservados y su tratamiento fue realizado mediante distintos convenios y actores.

Daniel Torres Etayo expone la problemática de los *bateyes* aborígenes del Oriente de Cuba, es decir, de las plazas ceremoniales que fueron frecuentes en las Antillas, como expresión de las sociedades complejas, las cuales tomaron envergadura y notable expresión a partir del siglo XIV. En ellas se desarrollaban el baile areito y el juego de pelota, de acuerdo con el testimonio de los cronistas europeos.

Divaldo A. Gutiérrez Calvache, José B. González Tendero y Ramón Artiles Avela presentan petroglifos cupulares, marcando -en principio- la indeterminación terminológica con que se describe este tipo de obras y la divergencia conceptual que existe internacionalmente sobre si considerar a las cúpulas como arte rupestre. Su propuesta sugiere la exclusión de términos como “tacitas”, “cazuelitas”, “pilonas”, “pocitos”, etc., porque ellas provocan problemas de comunicabilidad e interpretación. Asimismo proponen un método de análisis.

Racso Fernández Ortega, Dany Morales Valdés y Victorio Cué Villate se dedican a explorar el tema de la columna vertebral en la iconografía de los grupos aborígenes agricultores, correspondientes a migrantes aruacos provenientes desde el norte de Suramérica. La investigación de estos autores analizó más de trescientos objetos de la cultura material de esos grupos pertenecientes a colecciones públicas y privadas de República Dominicana y Cuba así como otras tantas estaciones rupestres antillanas. Clasifican los patrones en los cuales ese motivo suele aparecer como decoración y lo relacionan con diversos rituales religiosos.

Silvia Teresita Hernández Godoy, a su vez, dedica su contribución a considerar el patrimonio arqueológico aborígen en Matanzas, Cuba, señalando que en su país su protección es fundamental, señalando que los arqueólogos se deben dedicar a estudiar más y a excavar menos, dado el carácter destructivo de ese tipo de intervención en el terreno.

Odlanyer Hernández de Lara reseña la figura de Ernesto Eligio Tabío Palma, figura señera de la arqueología cubana en la etapa revolucionaria, durante la cual se instituyó la ciencia en el país y se desarrolló la educación y la cultura. El trabajo incluye una lista bibliográfica del ilustre arqueólogo.

En la sección argentina de este libro, Eduardo A. Crivelli Montero y Mabel M. Fernández se dedican a la formación de las entidades étnicas del noroeste patagónico, con una delimitación específicas en espacio y tiempo, señalando que la objetividad aplicada a este tipo de investigaciones en la Argentina provino del carácter europeo que han tenido las investigaciones sobre estas cuestiones en la región patagónica, particularmente en la provincia de Neuquén. Los autores reconocen que las identidades son dinámicas y las exploran a través de la arqueología.

María T. Boschín y Gabriela I. Massaferró presentan, a través de la geoarqueología de la obsidiana, un modelo del alcance de las relaciones sociales en la Patagonia pre y post-hispánica. Ellas hacen una reseña de este tipo de investigaciones y destacan su carácter interdisciplinario, preguntándose ¿sobre qué condiciones sociales, económicas e ideológicas se apoyó el prestigio, el poder y la capacidad de alianzas y negociaciones que tuvieron los cacicatos del Interior Patagónico Septentrional entre el siglo XVII y la primera década del siglo XX?

Alejandro García aborda los avances en la interpretación de los principales cambios en la ocupación humana del centro oeste argentino, a partir del Pleistoceno en el contexto de una sucesión cultural muy dilatada. Este capítulo destaca la contribución del disenso interpretativo al avance en el conocimiento del pasado.

Ana María Rocchietti sostiene que todo arte ofrece una amalgama de documento, emoción y sensualidad en un impulso social, no necesariamente consciente, que desenvuelve lo simbólico y lo imaginario en el interior de las propiedades de la materia que transforma y que ese es el caso del arte rupestre, tratando de demostrar que el arte rupestre contiene una fantasía transformacional, ilustrándolo con registros de la provincia de Córdoba, en la Argentina mediterránea y mediante el concepto de intertextualidad.

María Laura Gili expone el patrimonio cultural de las pinturas rupestres del cerro Intihuasi, provincia de Córdoba, analizando la relación entre sociedad, patrimonio rupestre y ética. Se basa en el concepto de Revel sobre la *producción de un nuevo régimen de memoria* y la situación actual de que todo se volvió objeto de conservación dentro de un inmenso proyecto que hace a las sociedades modernas, museográficas y archivísticas. En ese marco reclama *responsabilidad social, inclusión, corresponsabilidad, solidaridad, compromiso y respeto*.

Estas investigaciones cubanas y argentinas demuestran, en primer lugar, la convergencia de problemas y métodos y, por añadidura, una actitud científica de indagación rigurosa enmarcada en el respeto y la consideración por ese lejano pasado que la arqueología reivindica como auténticamente americano.

PARTE I

ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA
EN CUBA

CAPÍTULO 1

•

PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA, PRESENCIA ARCAICA E INTERACCIÓN EN SOCIEDADES INDÍGENAS DE CUBA

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

Introducción

La práctica arqueológica en Cuba está inmersa en un nuevo momento. Este se relaciona con el arribo a la madurez intelectual de una generación de arqueólogos cuya formación e inquietudes trascienden las corrientes del pensamiento tradicional y los compromisos con antiguas posturas de las ciencias sociales en la Isla. Se vincula además, con el impacto de nuevas concepciones y datos. Ambos elementos inciden en la emergencia de un enfoque que rompe con la idea de la historia pre-colonial como proceso lineal, donde los grupos humanos aparecen aislados dentro del espacio cubano o con respecto a otras islas. Al mismo tiempo, cuestiona la percepción de la ocupación indígena como un continuo evolutivo, desde expresiones simples a complejas, correlacionables con niveles de antigüedad.

Este artículo discute aspectos básicos de la información que sostiene esos cambios, deteniéndose en la valoración de características importantes en las comunidades indígenas que ocuparon el territorio cubano, y en detalles de las interacciones asociadas con estas. Enfatiza en el papel de las sociedades arcaicas como uno de los ejes de conexión de la presencia indígena en la Isla. Intenta mostrar, a partir del análisis de ciertos temas y momentos claves, que estas sociedades fueron más complejas que lo tradicionalmente considerado, y que desempeñaron un papel importante en situaciones de imbricación biológica y cultural, decisivas para la conformación de la diversidad identificada en el archipiélago cubano y la gestación del mosaico multicultural propio de las Grandes Antillas.

Arqueología al final de las Antillas

Por múltiples razones Cuba ha desempeñado un rol protagónico en el desarrollo histórico cultural de Las Antillas. En el plano arqueológico esto se expresa

en una tendencia hacia posiciones de gran singularidad regional. La Arqueología desarrollada en el espacio cubano ha sido de importancia para la creación de patrones e ideas que luego predominarían en la investigación caribeña. Fue principalmente a partir de datos colectados en la Isla, a inicios del siglo XX, que se otorgó soporte de cultura material a denominaciones etno-históricas como Ciboney, Taíno y Guanahatabey (Harrington 1935), creando esquemas que terminaron extrapolándose a distintas islas como tipologías básicas de las culturas precolombinas. Esto junto a otros factores incidió en que la arqueología en Cuba fuera tempranamente concebida como una disciplina que ilustraba sobre procesos históricos conectados con la realidad posterior de la isla y de las Antillas.

A largo plazo, más interesada en la evidencia material que en los documentos etno-históricos, la práctica arqueológica cubana optó por alejarse de categorías etnohistóricas que aún hoy constituyen centro de discusión y cuestionamiento entre los especialistas del área (Curet 2006; González Herrera 2008; Keegan 1992; Oliver 2009: 6-41; Rodríguez Ramos 2008; 2010: 187-209; Torres Etayo 2006).

Al ritmo de su maduración como disciplina propuso posiciones alternativas a las tendencias dominantes dentro del paradigma histórico cultural, representadas básicamente por los modelos de Irving Rouse. Desde esta perspectiva se movería hacia la consideración de los fenómenos económicos, tomaría cierta distancia de los estudios de cerámica como herramienta básica, manejaría con fuerza las investigaciones sobre tipologías de la talla lítica y valoraría de modo pionero el rol de los grupos arcaicos en la formación de las sociedades precolombinas posteriores. Introduciría además la concepción de transculturación¹ como recurso para explicar situaciones de vínculo e interacción y el origen de panoramas de diversidad cultural detectados en distintos espacios y momentos (Domínguez 1978, 1995; Guarch 1990; Godo 1994; Rives *et al.* 1991).

Sin embargo, esta independencia de criterios y capacidad creativa corre pareja a circunstancias de aislamiento y no excluye la permanencia de un normativismo ecléctico, donde se juntan derroteros marxistas con viejos métodos del particularismo histórico. En muchos sentidos aun domina en Cuba, como en la mayoría del Caribe, la tendencia a simplificar la historia pre-colonial reduciéndola a segmentos cronológicos y de nivel de desarrollo socioeconómico. La diversidad y variabilidad cultural se percibe fundamentalmente en relación con estas categorías organizándose, en algunos casos casi de modo automático, dentro de esquemas predefinidos de superestructura y organización social y política.

El hecho de percibir la historia pre-colonial de Cuba como un proceso simplificado ha incidido en que la arqueología explique los fenómenos enfocada o

¹ El concepto de transculturación fue definido por el etnógrafo cubano Fernando Ortiz (1983: 90) para sustituir y a la vez unificar los conceptos de aculturación (adquisición de una nueva cultura), deculturación (pérdida de cultura) y neoculturación (surgimiento de una nueva cultura); transculturación sería el proceso de desarrollo de expresiones culturales nuevas a partir de una situación de interrelación cultural donde se intercambian influencias, perdiéndose y adquiriéndose elementos. Fue utilizado inicialmente en la Arqueología para explicar los vínculos hispano-indígenas (Morales y Pérez 1945); después se extendió a la valoración de múltiples procesos de interacción cultural precolombina (Guarch 1985).

centrada en aspectos básicos donde, en correspondencia con niveles de desarrollo económico se desprenden modelos de superestructura, organización social o política, y donde el dato arqueológico es insertado como referente de la validez de leyes sociales que adquieren el carácter de normas.

Un cambio en esa perspectiva ha comenzado a fomentarse en las últimas décadas a partir de la ampliación de los estudios regionales y de una consideración más coherente de los procesos de vínculo cultural. Esto corre parejo al mejoramiento de los sistemas de excavación y registro de datos, al aumento en la disponibilidad de fechados absolutos, y al fomento de los estudios multidisciplinarios y arqueométricos, obteniéndose informaciones que cuestionan los esquemas tradicionales de clasificación y ordenamiento cronológico cultural.

En la actualidad esas transformaciones en la práctica y los enfoques teóricos al parecer se encuentran en relación con tres factores estrechamente relacionados. El primero, es la fundamentación de la idea de que la historia pre-colonial de la isla no puede concebirse como un proceso lineal, donde los grupos humanos estuvieron inconexos o aislados. Esto ha comenzado a expresarse a partir de una crítica abierta a la posición que observa la ocupación indígena en Cuba como un continuo evolutivo de expresiones simples a complejas, y conformada por espacios cerrados con su correspondiente extrapolación a una dimensión temporal.

En el segundo factor se conjugan dos aspectos fundamentales, el arribo a la madurez intelectual de una nueva generación de arqueólogos cuya formación e inquietudes trascienden las corrientes del pensamiento tradicional normativo. En esto ha incidido la apertura y la colaboración a todos los niveles con instituciones y equipos de investigación fuera de la isla cuya orientación teórica y procedimientos metodológicos, aunque no son necesariamente uniformes, han abierto el camino hacia la diversidad de enfoques y hacia la complejización del panorama arqueológico cubano.

El tercer factor se relaciona directamente con los resultados de nuevas investigaciones generadas en la isla, las que están contribuyendo a la ruptura de antiguos puntos de vista. Este último factor evidentemente asume mayor peso en las perspectivas del cambio y será nuestro punto de atención en lo adelante.

El arcaico antiguo. Su diversidad

En sus aspectos más esquemáticos la historia pre-colonial cubana ha sido dividida en dos grandes aspectos – momentos. Uno antiguo sin agricultura y cerámica, con una economía que dependía de la apropiación de los recursos naturales, sin capacidades importantes de producción (también llamado etapa preagroalfarrera), y uno reciente, marcado por el arribo transformador de sociedades que introdujeron la cerámica y la agricultura y cambiaron el panorama humano y cultural de la isla (etapa agroalfarrera)². En este esquema el componente inicial se percibía como

² La idea sobre la división en estas dos grandes etapas fue desarrollada por Ernesto Tabío (1984) en su propuesta de periodización para el estudio de las comunidades precolombinas de Cuba. El uso de

atrasado y rudimentario y sin un impacto importante en los desarrollos que fueron cortados por el arribo europeo.

Las ocupaciones más antiguas del territorio cubano han sido designadas bajo distintos términos, entre ellos comunidades paleolíticas, complejo Seboruco-Mordán, grupos protoarcaicos, paleoarcaicos, paleoindios, cazadores-recolectores, entre otros. Este rosario de definiciones, relacionado con distintos momentos de investigación y tendencias teóricas, destaca no solo la gran antigüedad de este componente sino su vínculo con formas económicas basadas fundamentalmente en la caza, pesca y recolección, con contextos tipo taller, cercanos a grandes ríos donde se concentran nódulos de calizas silicificadas, y un manejo preeminente de una industria de piedra tallada de caracteres macro-líticos.

Desde el punto de vista cronológico se consideraba que estas sociedades alcanzaron una antigüedad de unos 6000 años AP (Pino 1995) e incluso se ha estimado que pudieran ser más antiguas (Guarch 1985). Algunos de sus sitios principales, en las zonas de Mayarí y Levisa, en el oriente de la Isla (Febles 1984, 1990, 1991; Febles y Rives 1983, 1991; Koslowki 1975, 1980), muestran la talla de grandes láminas, con artefactos entre los que figuran cuchillos, raspadores y buriles. Expresiones similares en otros espacios antillanos (sobre todo en la isla de La Española) se han asociado a migraciones desde Centroamérica, en particular las costas caribeñas de Nicaragua, Belice y Honduras (Rouse 1965; Veloz Maggiolo 1980, 1991, 2003, Wilson 2007). En el caso cubano se ha enfatizado en una proveniencia desde el norte, fundamentada en algunas similitudes con la llamada Western Lític co-Tradition de los Estados Unidos (Febles 1991; Davies *et al.* 1969), aunque en fechas recientes también se ha valorado la relación con el área centroamericana (Izquierdo y Gonzales 2007).

En las últimas dos décadas el registro de estos contextos se ha extendido a otros territorios cubanos, en particular las provincias centrales (Sampedro *et al.* 2001; Izquierdo y Sampedro 2008; Lorenzo 2010) y occidentales (Godo *et al.* 1987; Martínez Gabino, *et al.* 1993), con cierta presencia incluso en su extremo más occidental (ver figura 1). La percepción de la estructura estratigráfica de estos contextos no es clara. La tecnología macro-lítica se reporta en más de 200 sitios, casi todos depósitos superficiales sin indicios de actividades subsistenciales. Reportes de fauna³ solo se consiguen en cuatro sitios, tres de los cuales son multi-componentes e integran materiales de otros complejos arcaicos, e incluso cerámica en uno de ellos. La crítica actual considera que ha sido el instrumental lítico el que

estas como categorías de clasificación, y la esencia de su contenido, ha estado presente en otras propuestas de clasificación en las que perciben básicamente cambios nominales.

³ En cavidades cársticas de la provincia Villa Clara se han localizado remanentes de megafauna del Pleistoceno para la cual se ha planteado una conexión con estos grupos arcaicos antiguos. Sin embargo, actualmente existe una discusión entre arqueólogos y paleontólogos sobre si realmente fueron estos grupos los responsables de estos depósitos o si fueron otros factores naturales y mecánicos los causantes de esta acumulación de sedimentos. Un dato interesante es que las fechas de radiocarbono obtenidas para restos pleistocénicos fosilizados en sitios como Solapa del Sílex (4190 ± 40 BP) en La Habana, muestran su coexistencia con estos grupos humanos de acuerdo a las fechas disponibles para la ocupación humana de Levisa (5140 ± 170 BP) (Morales 2010:52).

ha conducido a crear percepciones económicas y culturales cerradas sobre estas comunidades (en gran medida se les llama cazadores por las dimensiones y tipología de los artefactos de piedra), ignorando que este tipo de instrumentos también puede aparecer en contextos donde predomina otro tipo de ajuar (Izquierdo y González 2007). Esto podría ser indicio de una relación más intensa y extensa con comunidades que se suponían más recientes, y no solo resultado de intrusiones por el uso común de ciertos espacios en distintos momentos.

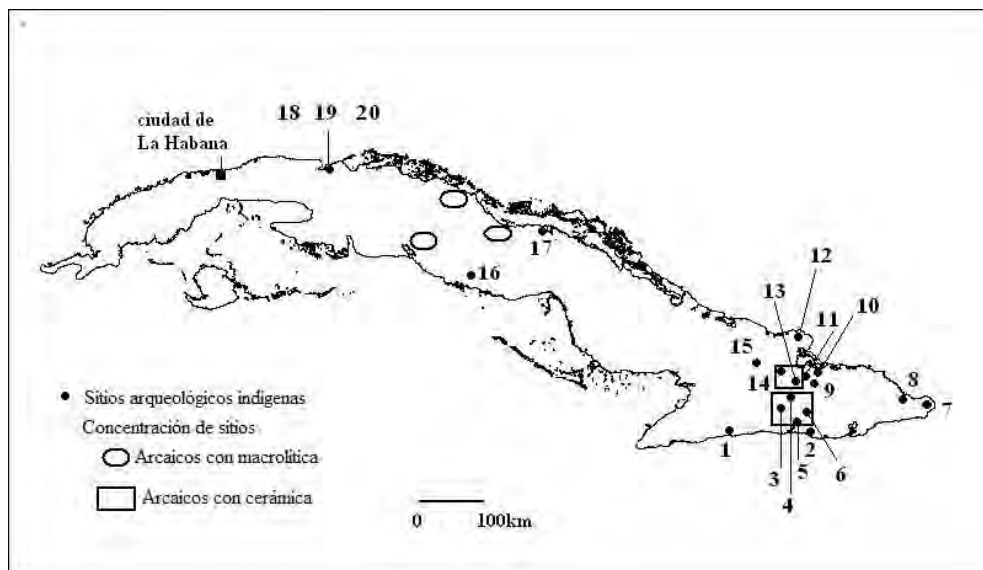


Figura 1. Mapa con los sitios mencionados en este trabajo. Lista de los sitios en el mapa. 1) El Paraíso; 2) Damajayabo; 3) Catunda; 4) La Escondida de Bucuey; 5) Caimanes III; 6) Belleza; 7) Laguna de Limones; 8) Aguas Verdes; 9) Levisa; 10) Corinthia III; 11) Seboruco; 12) Aguas Gordas; 13) Arroyo del Palo; 14) Mejías; 15) Loma de la Forestal; 16) Biramas; 17) Los Buchillones; 18) Canimar Abajo; 19) Canimar; 20) Playitas

Otro punto de interés es la consideración de que el macrolitismo puede ser más diverso de lo generalmente estimado, y que expresiones distintas al llamado conjunto instrumental Seboruco-Levisa pueden responder a diferencias culturales y migratorias. Son relevantes en ese sentido artefactos reportados por primera vez para Cuba y Las Antillas, como las llamadas hachas protobifaces (Sampedro *et al.* 2001; Izquierdo y Sampedro 2008), y la percepción de lo que se consideran conjuntos instrumentales regionales en el norte de la provincia de Villa Clara (Morales 2010). Las opiniones actuales debaten entre el carácter independiente de estos o su inclusión dentro de la industria o tradición lítica antillana Seboruco-Mordan (Izquierdo y Sampedro 2008). Esta discusión introduce la consideración de la diversidad no solo en función de la cronología y la tipología sino a partir de tomar en cuentas aspectos ambientales y de disponibilidad y calidad de materias primas. La diversidad también se asocia con posibles rutas migratorias continentales que posiblemente impactaron directamente en el centro norte de Cuba, lo cual supone una

visión alternativa a la concepción tradicional de desplazamiento este-oeste para este poblador vinculado con el núcleo Seboruco-Levisa del oriente de Cuba (ver figura 1).

Lo anterior no solo sugiere importantes índices de movilidad para esos primeros habitantes del archipiélago sino también importantes procesos de interacción e intercambio en el ámbito de todas las comunidades arcaicas de la isla. Fenómeno que ha comenzado ser estudiado (Hernández y Rives 2007) en relación con los paisajes y las contrastaciones de los llamados sistemas de asentamiento, donde además materiales líticos cuyas fuentes de procedencia solo existen en ciertas provincias como Las Villas y Pinar del Río (centro y occidente de Cuba) aparecen en La Habana y en la llamada Isla de la Juventud.

En esencia las líneas de investigación sobre estos primeros pobladores han tomado el giro de las valoraciones de su diversidad dentro del archipiélago cubano, y en particular parecen adquirir fuerza cuestionamientos relacionados con la presencia de macro-láminas de sílex junto a artefactos, restos humanos, y restos dietarios vinculados a los que tradicionalmente se han considerado otras manifestaciones de grupos pescadores recolectores en la isla. De aquí que algunas de las preguntas claves sean ¿realmente pertenecen todas la evidencias representativas de esos contextos a un mismo sistema socioeconómico donde la caza y la recolección fue cediendo lugar a la pesca?; ¿existe un divorcio radical entre el supuesto cazador más temprano y el recolector pescador inmigrante de oleadas posteriores en el contexto cubano?

Las ideas sobre la diversidad y complejidad de los grupos arcaicos que habitaron la isla también se encuentra en relación con otros aspectos. El estudio de los sistemas de asentamiento en relación con factores de índole económica y de paisaje ha comenzado a modificar los raseros tradicionales considerados para asimilar la diferenciación cultural. Su expresión a nivel arqueológico ha implicado el reconocimiento de vínculos de una misma comunidad con diferentes contextos arqueológicos y distintos paisajes. Esa aproximación a la diversidad como enfoque investigativo evidentemente se concentra en la movilidad, dinamismo, y complejidad de las comunidades.

Usualmente se había estimado que hacia el 3500 a 3000 años AP (1500 a 1000 aC) los llamados cazadores interactuaban con grupos arcaicos portadores de otras tradiciones tecnológicas, que incluían tanto una industria de concha ligada a la tradición Manicuaroides como una industria lítica de tradición Banwaroides. Esta situación marcaba la salida, o al menos la pérdida de protagonismo de estos grupos más antiguos, en el panorama cultural de la isla. Sin embargo, recientes estudios en el sitio Canímar Abajo (próximo al litoral occidental) indican que el componente arcaico con elementos de raíces Banwaroides o Manicuaroides, podría relacionarse con fechas contemporáneas, y quizás anteriores, a los inicios de la llamada presencia cazadora. Los niveles inferiores de Canímar Abajo han sido fechados por radiocarbono (Martínez López, *et al.* 2008) en torno al 4700 ± 70 años AP (muestra de carbón, UBAR-171, unidad C-157, 2.02 m de profundidad, CAL. 2 sigmas 5 311 - 5 586 años A.P), aunque el contexto intermedio registra una data-

ción de 6460 ± 140 años AP (muestra de carbón, UNAM-0715, unidad C-119, 0.60m – 0.70 m de profundidad, CAL. 2 sigmas 7151 – 7594 años A.P), que hace del lugar uno de los más antiguos de Cuba y Las Antillas.

Canímar Abajo no mantiene una tradición macrolítica y por otro lado muestra numerosos artefactos potencialmente vinculados a la tradición Banwaroidé. El estudio del sitio (Arredondo Antúnez *et al* 2007; Martínez López *et al.* 2007; Martínez López *et al.*, 2009; Pajón *et al.* 2007) revela un manejo repetido del área en diferentes momentos por distintos grupos humanos. Los usos van desde espacio doméstico vinculado al procesamiento de alimentos, con varios fogones, hasta espacio para enterramiento vinculado a cementerio. Esto evidentemente indica una complejidad y diversidad en el empleo de los espacios, que se aleja mucho de la idea de los campamentos de cazadores con solo presencia superficial de artefactos líticos.

El cementerio de Canímar Abajo (Cordero Cabrera 2007), del que han exhumado restos de unos 135 individuos (Vento 2002: 19, citado por Garcell Domínguez 2008: 101), se caracteriza por su reducida extensión, no mayor de 20 metros cuadrados, y por la alta densidad de individuos por unidad de superficie (Martínez López *et al.* 2007). Los estudios arqueozoológicos sugieren que la explotación de recursos de manglar pudo ser importante en la alimentación de estos individuos (Arredondo Antúnez *et al.* 2007). En el lugar se localizaron artefactos líticos de molienda-macerado, con gránulos de almidón de especies vegetales como maíz (*Zea mays*), boniato o batata (*Ipomoea batata*) y leguminosas, que indican el manejo muy temprano de algún sistema de producción de plantas (Pajón *et al.* 2007).

Los rasgos funerarios de Canímar Abajo se repiten en otros contextos arcaicos de Cuba haciendo de la formación de cementerios una práctica importante en esas comunidades, la cual distingue una relación particular con determinados espacios y paisajes. Por otro lado, indica formas de control territorial que en algunos lugares, como la cuenca del Río Cauto, en el sur-oriente de Cuba, van aparejadas al desarrollo de asentamientos con alta estabilidad y potencialmente alta demografía. Dada su variedad y presencia en todo el territorio cubano, incluyendo numerosas locaciones de arte rupestre, los contextos arcaicos evidencian el éxito de una ocupación humana que alcanzó una amplia dimensión temporal, incidiendo sobre diversos ambientes. En este sentido es importante reconocer que su presencia pudo tener un significativo impacto sobre los recursos naturales del archipiélago, incluyendo el traslado e importación de animales y plantas.

Canímar, con una cronología compleja, que debe seguir estudiándose, sugiere que el panorama más antiguo de la presencia arcaica en Cuba no es exclusivo de cazadores o arcaicos con macrolitos, sino que está matizado por comunidades de diverso menaje tecnológico y comportamiento económico. También relaciona de modo firme esta ocupación con un manejo de plantas que dada su antigüedad, debió evolucionar hacia formas más complejas y productivas. Esto confirma una vieja percepción de la Arqueología cubana, latente en la concepción del llamado fenómeno protoagricultor. Este aspecto fue enunciado desde la década de los setenta para explicar contextos que con una base arcaica mostraban capacidades de pro-

ducción cerámica e indicios de neolitización. Se inferían estos últimos por la presencia de asentamientos sedentarios o semi-sedentarios, amplio instrumental lítico, potencialmente dirigido al procesamiento de plantas, y reporte de macro-restos botánicos que incluían frutos de palmáceas (Ulloa Hung y Valcárcel 2002) y semillas de maní (*Arachis hypogaea*), estas últimas exhumadas en el sitio Birama de la región central de Cuba (Angel Bello *et.al.* 2002).

El fenómeno protoagrícola. La complejización del arcaico

Estudios en los yacimientos arqueológicos Arroyo del Palo y Mejías, en el oriente de la Isla, permitieron establecer expresiones de lo que se consideró una nueva cultura (Tabío y Guarch 1966) que coexistía con las últimas expresiones del entonces llamado Ciboney Cayo Redondo y las primeras y los llamados subtaínos (Tabío y Rey 1966), el agroalfarero típico de Cuba. Se trataba de un contexto en el que concurrían elementos propios de actividades de pesca, caza menor y recolección, junto a cerámica. Hasta ese momento, salvo los estudios de Felipe Pichardo Moya en el sur de Camagüey y de otros pocos autores, se había considerado la alfarería como uno de los indicadores fundamentales a la hora de enmarcar las comunidades indígenas cubanas en un estatus neolítico. La consideración de Mayarí como nueva cultura (Tabío y Rey 1966) contribuyó a percibir los registros arqueológicos similares como expresiones de grupos diferenciados y, hasta cierto punto, aislados de su componente arcaico precedente, idea que ha sufrido variaciones y ha asumido matices evolucionistas unilineales o matices difusionistas.

Los ochenta marcaron pautas importantes a nivel antillano, sobre todo por estudios en sitios similares de la República Dominicana (Rimoli y Nadal 1980, 1984; Veloz Maggiolo *et al.* 1974), y por el descubrimiento e investigación de otros asentamientos con cerámica simple y ajuar recolector en Cuba. Entre ellos los conocidos como Aguas Verdes, Canímar⁴, y Playitas (Artiles y Dacal 1973; Dacal 1986; Febles 1982; Koslowki 1975), que agregaron una óptica diferente a este tipo de estudios. Con los nuevos sitios, cuyo reporte cerámico era menor y aparentemente más simple, la atención pasó al elemento tecnológico de la industria lítica, cuyas particularidades se convirtieron en una de las huellas por excelencia para seguir esas comunidades por distintas regiones de Cuba. Se reafirmó además, la supuesta categoría de cultura independiente, no necesariamente vinculada al desarrollo de los arcaicos.

A tono con lo anterior le fueron atribuidos orígenes externos, y por comparación de las características líticas, dos regiones de América aparecieron como posibles puntos de origen, Jacketown en el valle del Mississippi y la cultura Momil I del llamado período formativo de Colombia. Al final la balanza se inclinó hacia la primera, proponiéndose una migración sobre todo hacia la zona de Canímar (Febles 1991a). Esas ideas fundamentaron otras de las tesis para aproximarse a ese fenómeno. Una visión de secuencia cultural donde sitios similares a Canímar eran el

⁴ Este es uno de los varios sitios localizados a orillas del río de igual nombre. No debe confundirse con el sitio Canimar Abajo del cual se ha hecho mención previamente.

precedente de los similares a Arroyo del Palo en Mayarí, lo que establecía una relación cronológica lineal y evolutiva entre dos expresiones distintas de un mismo fenómeno. Otra propuesta sostenía la existencia de un período transicional entre la etapa preagroalfarera y agroalfarera (Tabío 1984). Estos derroteros lejos de sacar a la luz la riqueza y matices del fenómeno contribuyeron a encasillarlo, de manera que un mismo registro podía recibir varias clasificaciones según el aspecto desde el cual fuera evaluado (micro-lítica o cerámica).

Un intento abarcador y abierto, al evaluar esas expresiones, se encuentra en la obra de José M. Guarch (1990). Este esboza la complejidad de un fenómeno que no puede encasillarse de manera genérica dentro de un patrón en tanto existen diferencias en la organización de las actividades económicas así como en los complejos tecnológicos de las comunidades involucradas en el mismo. Además, deja abierta la posibilidad de que esa complejidad esté relacionada con aspectos de procedencia cultural distinta y no solo asociada a un referente cronológico. En ese caso el fenómeno es evaluado como manifestaciones de cambios en los arcaicos, en las cuales no es posible desechar la evolución pero tampoco las influencias de procesos de transculturación dentro de ese complejo, y entre este y los agricultores ceramistas.

Las líneas de pensamiento reciente (Godo 1997, 2001; Ulloa Hung y Valcárcel 2002; Ulloa Hung 2005) enfrentan el problema a partir de los modos de vida⁵ arcaicos y su consolidación dentro de determinadas regiones. Sus matices y variedad tienen un peso fundamental para evaluar la diversidad dentro del llamado proceso protoagrícola. Este se percibe vinculado con los arcaicos, y la creación local o la adquisición de cerámica y de otros aspectos culturales se produce posiblemente desde una multiplicidad de situaciones, que en esencia indican una complejización de sociedades con tendencia hacia la neolitización. En algunas de ellas la cerámica se hace realmente importante y funcional, deja de ser excepcional para convertirse en algo utilitario y se combina con un manejo de plantas que implica procesos de agricultura incipiente (ver figuras 2 y 3). En ese mismo sentido es necesario señalar que se trata de un fenómeno que ha dejado de ser propio de contextos cubanos y de La Española y su existencia, a nivel de otras islas, ha llevado a la consideración de un horizonte cerámico pre-aruaico (Rodríguez Ramos *et al.* 2008).

Los contextos arcaicos con cerámica en Cuba parecen vincularse a comunidades cuya permanencia en una región combina el uso de paraderos o campamentos con sitios más estables. Un rasgo sobresaliente es una relación simbiótica que combina la explotación de varios paisajes o ambientes. Asentamientos como Arroyo del Palo, Mejías, La Escondida de Bucuey, Belleza y Catunda en el oriente de la Isla, indican una relación intensa con bosques interiores, valles intra-montanos, o cuencas aluviales. En ellos se revela la preeminencia de una tradición ali-

⁵ Usamos el término modos de vida para señalar la diversidad de manifestaciones culturales existentes dentro de los arcaicos. En su existencia pueden incidir factores de orden ecológico, modelos de adaptación, formas específicas de organizar la economía o el proceso productivo, etc. Las modificaciones en algunas de esas expresiones pueden ser generadas por factores intrínsecos o extrínsecos y pueden llegar a producir un cambio general en la propia praxis general del modo de vida.

mentaria asociada a ese tipo de entornos (Reyes 2001) que no desecha el manejo inicial de ciertas especies vegetales. Por otro lado sitios como Caimanes III, Corintia III y Playitas (Dacal 1986; Navarrete 1989; Valcárcel et al. 2001), ratifican la existencia de una tradición de recolectores marinos, sin invalidar la posibilidad de una explotación mixta e intensa de ambos ecosistemas.

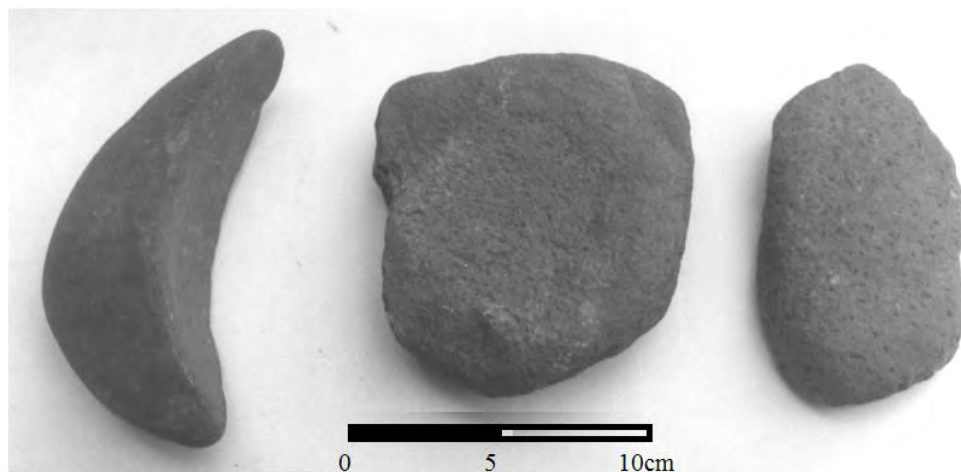


Figura 2. Mortarero y piedra moledera de sitio arcaico con cerámica. Sitio Belleza del Sudeste de Cuba

En la variedad de esos contextos la cerámica viene a ser un elemento unificador que sugiere la posible pertenencia de muchos sitios a una tradición cultural común. Residuarios como Mejías, datado para el 930 d.C y Arroyo del Palo, con antigüedad que remite al 980 y al 1190 d.C, coexisten con los indicios de los primeros grupos agricultores asentados en el oriente de la isla desde el 950 d.C. Esa contemporaneidad define la existencia de un interesante mosaico cultural con características aún por estudiar.

En la última década el interés por la alfarería presente en los contextos arcaicos también ha derivado hacia análisis de sus aspectos tecnológicos (Jouravleva y Gonzáles 2000; Jouravleva 2002; Ulloa Hung *et al.* 2001) como una forma de generar enfoques relacionados con los orígenes de la cerámica además de intentar establecer parámetros capaces de captar la evolución de la tecnología alfarera en diferentes contextos y regiones, aislar fases de su desarrollo, y diferencias o similitudes con las cerámicas de los agroalfareros⁶. Algunos de esos resultados han sido obtenidos a la luz de características geológicas de los contextos, lo que ha aportado datos sobre cerámicas producidas localmente. Además de ofrecer elementos sobre la interacción entre arcaicos y agricultores en relación a este componente (Padilla y Celaya 2003).

⁶ En esa misma línea se encuentran los estudios sobre ácidos grasos presentes en la cerámica, lo cual ha arrojado luz sobre los hábitos alimentarios de estas comunidades y sus peculiaridades respecto a yacimientos agroceramistas tradicionales (Jouravleva y Gonzáles 2000).



Figura 3. Tiestos decorados de un sitio arcaico con cerámica.
Sitio Catunda. Sudeste de Cuba

Sobre esto último es importante señalar que junto al reconocimiento de los indicios de producción local para la cerámica vinculada a un contexto arcaico como Arroyo del Palo (Jouravleva y Gonzáles 2000) desde 1990 la arqueología en Cuba comenzó vincular estrechamente ese fenómeno con los orígenes de la llamadas cerámicas de tradición meillacoide⁷ antillanas (Celaya 1995). Además de vincularlo

⁷En este artículo usamos los términos taxonómicos de Irving Rouse (1992) con los cuales este autor designa el nombre de algunas series cerámicas, como meillacoide, chicoide u ostionoides, con un sentido diferente. Los utilizamos con el criterio de designar conjuntos cerámicos que se inscriben dentro de cierta forma de hacer cerámica, tradiciones, que se extienden a través del tiempo y que son dinámicas, no estáticas. Sin embargo, sus variaciones dependen de múltiples factores, y no solo de las migraciones y de una relación directa y lineal con el avance crono-espacial sobre el archipiélago antillano de una única tradición cerámica (saladoide). Sus variaciones se relacionan con las situaciones y contextos sociales de interacción en que sus portadores se encuentran inmersos, con los orígenes y rasgos de los entes involucrados en esos procesos, con el o los paisajes naturales y culturales en que estos procesos tienen lugar, entre otros. Desde esa óptica los llamados estilos locales, complejos, variantes, etc., pueden expresar manifestaciones diversas respecto a cierta norma con las cuales mantienen una relación como manifestación o expresión de identidad. En otras palabras, cuando se hable de meillacoide, por ejemplo, nos estaremos refiriendo a un conjunto de manifestaciones cerámicas

con los resultados de procesos de transculturación entre agricultores y arcaicos en el contexto cubano (Godo 1994). En ambas situaciones las relaciones entre ambos componentes no solo se conciben por similitudes en las cerámicas sino también por otros rasgos generales. Entre ellos el amplio dominio de paisajes inherente a los arcaicos como elemento predominante en los agricultores de Cuba vinculados a la cerámica meillacoide además de una posible trascendencia de costumbres funerarias propias de los arcaicos hacia comunidades reconocidas como agricultoras dentro de la isla.

La importancia del componente arcaico en la conformación de la expresión cultural meillacoide ha sido reevaluada más recientemente por otros investigadores (Keegan 2006; Rodríguez Ramos *et al.* 2008; Wilson 1999, 2007). En ella ha adquirido especial significación la cerámica presente en contextos arcaicos así como la idea de una emersión multifocal ligada a distintos espacios de las Grandes Antillas a partir del siglo VIII d.C (Ulloa Hung 2010). Esta última idea asume mayor relevancia para el caso de Cuba, sobre todo porque en esta se vislumbran acentuadas particularidades regionales de este tipo de expresión en el marco de las Antillas Mayores. Un aspecto que sobresale en ese sentido es la amplia profusión en la industria de concha para el espacio cubano que no es distinguible en otros contextos donde está presente esta tradición cerámica dentro del espacio antillano.

Agricultores ceramistas. La presencia arcaica

A diferencia de la llamada cerámica chicoide que solo se localiza en el extremo más oriental de Cuba, las manifestaciones meillacoides típicas de los agricultores ceramistas⁸, se extienden a la mayor parte del territorio, incluyendo áreas cercanas a la ciudad de La Habana. Su predominio está vinculado a una larga permanencia que según las fechas más tempranas, obtenidas en los sitios El Paraíso y Damajayabo, en el litoral suoriental de la Isla, se remonta al 820 y 830 d.C respectivamente, aunque las calibraciones (Cooper 2007) indican que pudiera tratarse de ocupaciones más antiguas que pueden alcanzar incluso al siglo VII d.C. La presencia de cerámicas similares en La Española, el manejo común de elementos iconográficos y ciertas referencias etnohistóricas, sirven para proponer migraciones proveniente de esa isla hacia Cuba, además de sugerir una constante interacción entre ambos espacios.

La ocupación meillacoide se destaca por su adaptación a una gran diversidad de paisajes y entornos naturales, y por desarrollos de carácter regional que

que puede ser diversas dentro de un nivel de identidad mayor o más amplio que expresa la propia tradición. Esa diversidad se liga a la capacidad de agencia de sus portadores en diferentes espacios, regiones, situaciones y temporalidades. En ese sentido, el estilo o los estilos locales se asumen como variaciones de la norma mayor, y a su vez estos en sí mismos pueden asumir el carácter de norma si se toman como referentes para identificar la tradición en un momento y espacio determinado.

⁸ Usamos el término agricultores ceramistas para referirnos, como tradicionalmente ha hecho la Arqueología cubana, a los grupos cuyas expresiones arqueológicas indican una práctica consolidada y fundamental de este tipo de actividades. En el caso de Cuba básicamente se refiere las manifestaciones culturales vinculadas a cerámicas de expresión meillacoide y chicoide.

potencialmente refieren identidades étnicas diferenciadas (Celaya y Godo 2000). Estos desarrollos han sido reconocidos en la literatura arqueológica de Cuba bajo la denominación de Variantes Culturales (Guarch 1990), y se asocian con concentraciones importantes de sitios que exhiben ciertas particularidades de connotación cerámica, económica y de adaptación ambiental. En el caso de la costa suroriental se ha señalado la presencia de posibles rasgos ostionoides, aspecto muy poco claro, que se ha considerado básicamente a partir del hallazgo de pintura roja en un porcentaje ínfimo (Martínez Arango 1997; Trincado y Ulloa Hung 1996: 75).

Cercanos en el tiempo a los sitios más tempranos de la costa sur de oriente, aparecen en el nororiente de la Isla sitios como Aguas Gordas y Loma de La Forestal, habitados desde el siglo IX d.C, según la calibración de sus fechas de radiocarbono. Estos mantienen una base esencialmente meillacoides (Valcárcel 2002: 48), aunque carecen de algunas particularidades que parecen inherentes a la región suroriental de Cuba. Algunas de las cuales coinciden con las cerámicas definidas dentro del llamado estilo White Marl de Jamaica (Ulloa Hung 2010), lo que pudiera indicar procesos de interacción inter-isleña facilitados por la proximidad geográfica.

En las locaciones del norte de oriente resulta muy evidente un reajuste de los rasgos meillacoides hacia formas típicamente regionales. En estas, los posibles elementos ostionoides están ausentes (Valcárcel 2008: 10). Por ejemplo, la cerámica predominante en el montículo 1 del sitio Aguas Gordas se inscribe dentro de la tradición meillacoides pero carece de la variedad de punteados comunes en los inicios del llamado estilo Meillac (Rouse 1992) de La Española (Veloz Maggiolo *et al.* 1981), sus formas aplicadas son menos complejas y diversas y otorgan mayor peso a la incisión dentro de las técnicas de decoración. En opinión de Valcárcel (2002, 2008) el hecho de que esas cerámicas difieran de los patrones meillacoides tradicionales de La Española sugiere una modificación que pudo ser iniciada antes del arribo a la Isla, con posterior continuación en el nuevo territorio. Además de valorar que los contrastes con los sitios surorientales responden a posibles diferencias de carácter migratorio y de interacción.

En relación con lo anterior el análisis del paisaje cultural del oeste de La Española arroja interesantes aspectos sobre las posibles particularidades de las expresiones meillacoides del oriente de Cuba. Las características inherentes al oeste de La Española así como a las islas Bahamas en su conjunto reafirman la existencia de un paisaje cultural de predominio meillacoides (Jane Berman 2011; Koski Karell 2002; Keegan 2007; Moore 1997; Rouse y Moore 1985; Sinelli 2010). Situación que también se mantiene para el la isla de Jamaica (Allsworth Jones 2008).

Esas características de predominio meillacoides hacia el extremo más occidental del Caribe contrastan con los rasgos de la ocupación ostionoides en esos espacios, cuyos exponentes son muy escasos y remiten a sitios superficiales y sobre todo de carácter semi permanente. Por ejemplo, en Jamaica la presencia de lo que se ha dado en llamar red ware (Lee 2006) es aislada, superficial, y confinada solo a pocos sitios (Allsworth Jones 2008) lo que indica que esta fue una ocupación a pequeña escala y en sitios litorales con una situación que refleja un escenario simi-

lar al de todo el espacio occidental de La Española y además coincide con la casi total ausencia de aspectos ostionoides en Cuba.

A partir de lo anterior es posible percibir que el paisaje cultural del oeste de La Española se integra a rasgos de un paisaje cultural mayor dentro de las Antillas Mayores, donde la incidencia de la ocupación ostionoides hacia su extremo occidental es realmente pobre. Este rasgo contrasta con el abrumador predominio meillacoide que se constata a partir del centro y hacia el oeste de La Española, las características de ese paisaje cultural visto a través de un prisma cronológico indica que el centro y el noreste de esa isla constituyeron espacios importantes de confluencia e interacción social entre poblaciones distintas a partir del siglo VII d.C. Es precisamente en estas zonas donde aparece reflejada de manera clara la coexistencia y mezcla cerámica ostionoides-meillacoide cuyas expresiones han llevado a pensar en las manifestaciones de un origen monocéntrico para esa última manifestación cultural (Veloz Maggiolo *et al.* 1981).

Por otro lado las expresiones de ese fenómeno de mezcla estilística, donde la presencia de elementos ostionoides puede asumir mayor o menor preponderancia en los contextos sobre esta región, ha llevado a pensar en el origen o descendencia directa de la cerámica meillacoide desde las cerámica ostionoides a partir de un proceso de aculturación de la población arcaica de La Española por el avance de los grupos de tradición cerámica saladoide desde el este de las Antillas (Rouse 1992).

En realidad los rasgos inherentes al paisaje cultural y la cronología de La Española y de toda la parte occidental de las Antillas Mayores no avalan estas ideas, en lugar de un esquema lineal donde ambos fenómenos culturales (ostionoides y meillacoide) tienen un origen común o donde uno desplaza o sustituye al otro lo que parece tener lugar son procesos de interacción entre dos componentes culturales distintos y bien establecidos, fenómeno cuyas expresiones a nivel estilístico no parecen ser homogéneas a través del tiempo ni el espacio. Esta última parece ser una de las razones por la que es posible constatar distintas variantes tempranas de la cerámica meillacoide que coexisten o son contemporáneas en las diferentes islas de Las Antillas Mayores (Cuba, Jamaica y La Española) y que no necesariamente exhiben los rasgos de la cerámica meillacoide presente en La Española, donde la conjunción y mezcla estilística con aspectos ostionoides le otorga otros matices. En ese mismo sentido esas variaciones en las expresiones meillacoides existen de manera paralela al momento en que los supuestos procesos de orígenes de ese fenómeno ocurrían o se generaban en La Española a partir de la cerámica ostionoides en el siglo VIII d.C (Ulloa Hung 2010).

A tono con los rasgos del paisaje cultural anteriormente descrito la confluencia de elementos decorativos meillacoides y arcaicos parece evidenciarse en un contexto del oriente de la Isla de Cuba, Arroyo del Palo (fecha calibrada de 895 – 1223 d.C). Lo significativo en ese caso es que existe una base cerámica local (no saladoide) la cual incorpora nuevos rasgos y quizás incide sobre otros (Godo 1997: 27; Jouravleva y González 2000; Ulloa Hung y Valcárcel 2002: 165). Ese detalle ha sido ignorado o negado por lo que el sitio ha sido incluido en la subserie Ostio-

nan ostionoid (Rouse 1992: 95), criterio que fuera de la Isla de Cuba muchos siguen. El caso de Arroyo del Palo supone la posibilidad de que el proceso de ocupación agricultor ceramista en Cuba no se constituya solo por la recepción de migraciones meillacoides desde La Española sino también por su formulación o reformulación a partir de la interacción con los arcaicos establecidos en la Isla desde mucho antes. En esa línea de interacción se pueden aportar y recibir rasgos contribuyendo en algunos casos a los desarrollos regionales cubanos. Debe hacerse notar que el aporte arcaico a los agricultores ceramistas incluyó artefactos, especialmente de concha (gubias de diversos tipos, vasijas, picos, puntas), así como conocimientos sobre el ambiente y sus recursos. En ese sentido es notable la reiteración en el uso de ciertas regiones especialmente las líneas litorales suroriental, centro norte y noroeste de Cuba. Se trata de una interacción o una formulación cultural marcada por la diversidad implícita en distintas sociedades que cambió el panorama demográfico y cultural imponiendo esquemas de neolitización o consolidando los que se hallaban en curso (Valcárcel 2008: 10). Esto se encuentra a tono con una extensa coexistencia temporal entre arcaicos, arcaicos con cerámica y agricultores que constituye una premisa básica para el desarrollo de esta multiplicidad de formas de interacción que aún están por estudiarse.

La ocupación agricultora ceramista en Cuba destaca por su diversidad en el uso de paisajes y sistemas de asentamientos, particularidad que posiblemente no solo responde a condicionamientos ambientales sino a matrices culturales distintas o flujos migratorios diferentes. En ese último sentido es importante notar que pese a su similitud con indígenas de Puerto Rico y La Española, establecida a partir de análisis de genética dental (Coppa et al 2008), estudios de formas de variación facial diferencian los restos de agricultores ceramistas cubanos de individuos de las Antillas Mayores y La Florida, sugiriendo la posibilidad de un origen centroamericano para los primeros (Ross 2004: 296).

La expresión en Cuba de lo que Rouse denomina subserie Chican Ostionoid es diferente a los estilos de La Española o Puerto Rico, y nunca alcanza su potencia estética ni el mismo nivel de formalización de los espacios ceremoniales. Una de las causas de esa diferenciación ha sido asociada a su arribo a Cuba tras un proceso de mezcla con elementos meillacoides (Guarch 1978: 128). La existencia de sitios meillacoides y de contextos de mezcla meillacoide-chicoide (Martínez Arango 1980) en el extremo oriental de la isla, área donde los rasgos chicoide son más acentuados, sugiere que el proceso persistió en Cuba. En el estado actual de las investigaciones es difícil definir la cronología de estas interacciones, pues solo se dispone de una fecha para un sitio chicoide⁹, que se remonta al 1310 d.C. De cualquier modo es peculiar la concentración chicoide solo al extremo oriental de la Isla, donde se vincula con elementos culturales como plazas limitadas por muros de tierra y un énfasis notable en aspectos iconográficos. Esto marca una situación caracterizada por un alto nivel de complejidad, al menos si se compara con otros

⁹ Fue obtenida en el sitio Laguna de Limones, en Maisí. Montículo 1, trinchera 2, sección D 40 cm. SI-348 640+120. Calibración 2 sigma 1050 (1271) 1493.

contextos cubanos. Tales aspectos han servido para proponer su integración dentro del llamado Taino clásico (Rouse 1992).

Los elementos cerámicos chicoides aparecen de forma escasa en otras partes de Cuba (Valcárcel 2002: 65-66), e incluso en puntos del centro de la Isla como el sitio Los Buchillones. Este fenómeno ocurre en momentos tardíos y bajo el carácter de rasgos mezclados o de posibles materiales de intercambio, sugiriendo una importante movilidad e interacción intra-isleña o inter-isleña (Valcárcel 2008).

La cronología disponible para los agricultores indica que entre los siglos XI y XII d.C se produjo una ocupación de nuevos espacios en el oriente de la Isla, y hacia el siglo XIII d.C esa tendencia se incrementó e incluyó el centro y occidente de Cuba. En esta última dispersión parecen influir situaciones de crecimiento demográfico y también factores de tipo ambiental, creándose las bases del panorama poblacional que perdura hacia el siglo XV. Se estima (Rives *et al.* 1997) que durante este período se produjo un evento ENOS (evento climático El Niño) que generó intensas sequías en el oriente de Cuba, lo que pudo influir en el desplazamiento de grupos hacia zonas con mejores condiciones situadas al occidente. Sin embargo, el factor climático parece resultar un catalizador de reajustes y movimientos poblaciones gestados desde momentos anteriores (Valcárcel 2008: 12).

En esencia los flujos poblacionales desde el este al oeste parecen constituir la tendencia básica, aunque atendiendo al estado actual de las investigaciones debe considerarse un proceso más complejo. En ese sentido no se excluyen entradas o poblamientos por puntos de la costa central u occidental. Algunas ideas interesantes al respecto sopesan el posible establecimiento de grupos venidos desde La Florida, a partir de ciertas similitudes en la cerámica y la piedra tallada con sitios tempranos del Periodo Weeden Island (Rives *et al.* 1997), opinión que algunos investigadores no apoyan (Vernon James Knight comunicación personal). Potencialmente Cuba también pudo emitir emigraciones hacia otras islas como Las Bahamas, idea que se sostiene por la presencia de cerámicas de posible origen cubano y el manejo de ciertas materias primas y caracteres tipológicos relacionados con los arcaicos de Cuba, en sitios de estas islas (Berman *et al.* 1999). No se excluye sin embargo, que algunos de estos elementos también estén relacionados con poblamientos desde La Española (Berman y Gnivecki 1995).

La interacción de Cuba con otras islas no solo estuvo generada por una movilidad migratoria sino que parece abarcar otras esferas de la existencia indígena que incluía formas diversas de alianzas y de integración sociopolítica. En ese sentido es importante señalar que el vínculo con el oeste de La Española está documentado incluso a nivel etnohistórico y parece haber sido altamente frecuente. Este puede incluir formas de integración inter-isleña que quizás expliquen la acogida que recibieron pobladores de la isla vecina desplazados por la conquista hispana, y el hecho de que un cacique de esta mantuviera su estatus en Cuba y llegara a convertirse en un líder de la resistencia anti-española (Valcárcel 2008: 15).

Tradicionalmente se ha considerado que las expresiones sociopolíticas en Cuba no tuvieron la complejidad alcanzada en La Española y Puerto Rico. Sin embargo, se han identificado ciertos esquemas de ordenamiento territorial que sugie-

ren la existencia de centros de poder ideológico y quizás político (Valcárcel 1999, 2002; Valcárcel y Rodríguez 2005). Un ejemplo de esto se manifiesta en la región de Banes, donde la gran cantidad de sitios reportados sugiere una alta densidad demográfica y donde se hallan asentamientos con altos índices de materiales suntuarios y ceremoniales, con evidencias de una posición preeminente en ciertas áreas e indicios de posibles formas de diferenciación social. Esto, combinado con otras variables sociopolíticas y con un incompleto proceso de colonización territorial de la isla, parecen ser rasgos destacados de la existencia de los agricultores ceramistas al momento del arribo europeo. La presencia arcaica en ese momento no está probada arqueológicamente (González Herrera 2008) aunque muchos investigadores la asumen siguiendo ciertos detalles del dato etnohistórico.

Valoraciones finales

A la luz de datos obtenidos en las últimas décadas es evidente la necesidad de incorporar los mecanismos de interacción para entender la complejidad de los desarrollos indígenas en la historia precolonial cubana. Esto contribuiría a explicar mejor el origen de los diferentes complejos culturales que habitaron la isla, como se relacionaron entre sí, y el rol de esa relación en su conformación y evolución.

En esos procesos el componente arcaico desempeñó un papel más importante que el generalmente considerado, no solo porque represente la ocupación más extensa y diversa sino porque además logró insertarse en desarrollos posteriores, aportándoles matices particulares. La evaluación de esos procesos puede ser útil para entender situaciones desarrolladas dentro y fuera de la isla, y es sin duda un eje de conexión de la Arqueología cubana con otras áreas antillanas.

La reevaluación fuera de Cuba de la importancia del arcaico en la conformación de los grupos meilacoides (Keegan 2006; Rodríguez Ramos *et al.* 2008; Wilson 1999, 2007), así como la idea de su emersión multi-focal en distintos espacios de las Grandes Antillas¹⁰ a partir del siglo VIII d.C (Ulloa Hung 2010) otorga mayor soporte a las percepciones cubanas. Lo anterior contradice la idea de un centro único y de un componente único para explicar orígenes de cualquier fenómeno cultural en las Grandes Antillas. En ellas las manifestaciones culturales parecen exhibir una marcada diversidad desde momentos muy tempranos y vincularse a procesos de fusión, influencias, e interacciones en los que componentes diferentes pueden tener mayor o menor peso. En ese caso la diversidad de los arcaicos y su vínculo con los agricultores ceramistas no solo ayuda a comprender particularidades presentes en la ocupación de estos en Cuba sino también contribuye a una mejor comprensión de toda la historia precolombina de la Isla y de Las Antillas.

¹⁰ Este parece ser el caso de La Española, donde estudios recientes en la región noroeste (Ulloa y Ruitier 2011) han vislumbrado los orígenes de la particular expresión meilacoide de esa isla vinculada a la fusión de dos componentes distintos. En ese caso la fuerza del componente ostionioide genera una particularidad que no está presente en la expresión cubana donde ese componente es muy tenue o parece estar ausente.

Bibliografía

- Arredondo Antúnez, C., Rodríguez Suárez, R. y A. Rangel Rivero. 2007. Moluscos presentes en el sitio arqueológico prehispánico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. Un análisis. En *Memorias del Segundo Seminario Internacional de Arqueología. CD Rom*, edited by R. Arrazcaeta. Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.
- Artiles, M. y. R. D. 1973. *Moluscos marinos y terrestres presentes en el sitio arqueológico Aguas Verdes, Nibujón, Oriente*. Antropología y Prehistoria No. 2. Centro de Información Científico y Técnica Universidad de La Habana, La Habana.
- Angelbello, S. T.; Delgado, Leonel; Álvarez de La Paz, Orlando y Teresa Eguiguren. 2002. Estudio arqueológico del sitio Birama. Trinidad Sancti Spiritus. *El Caribe Arqueológico* (6):56-70.
- Allsworth Jones, P. 2008. *Pre-Columbian Jamaica*. University of Alabama, Tuscaloosa.
- Berman, M. J. y Perry L. Gnivecki. 1995. The Colonization of Bahamas Archipelago: A Reappraisal. *World Archaeology* 26(3):421-441.
- Berman, M. J. Sievert; Sievert, April K. y Thomas R. Whyte. 1999. Form and Function of Bipolar Lithic Artifacts from the Three Dog Site, San Salvador, Bahamas. *Latin American Antiquity* 10(4):415-432.
- Berman, M. J. 2011. Good as Gold. The Aesthetic Brilliance of the Lucayans. En *Islands at the crossroads*, editado por Antonio Curet y M. W. Hauser. University of Alabama Press. Tuscaloosa, Alabama. pp. 104-134
- Celaya, M. 1995. Los Agricultores. En *CD Room Taino*. Centro de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba La Habana.
- Celaya, M. y Godo, P. P. 2000. Lloro-lluvia. Expresiones mítico-artísticas en la alfarería aborigen. *El Caribe Arqueológico* (4):70-84.
- Cordero Cabrera, Y. 2007. Una aproximación a los procesos sociales que acontecieron en el área arqueológica Canimar Abajo haciendo énfasis en las prácticas funerarias. En *Memorias del Segundo Seminario Internacional de Arqueología. CD Rom*, edited by R. Arrazcaeta. Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.
- Coppa, A.; Cucina, A.; Hoogland, M.; Lucci, M.; Luna Calderón, F.; Panhuysen, R.; Tavares, G.; Valcárcel, R. y R. Vargiu. 2007. Evidence of two Different Migratory Waves in the Circum-Caribbean Area during the Pre-Columbian Period from the Analysis of Dental Morphological Traits. En *Crossing the Borders. New Methods and Techniques in the Study of Archaeological Materials from the Caribbean*, edited by C. Hofman, M. Hoogland y A. van Gijn, pp. 195-213. The University of Alabama Press. Tuscaloosa.
- Cooper, J. 2007. Registro nacional de Arqueología Aborigen de Cuba. Una discusión de métodos y prácticas. *El Caribe Arqueológico* (10): 132-141.
- Curet, A. 2006. Las crónicas en la arqueología de Puerto Rico y del Caribe. *Caribbean Studies* 34 (1):163-199.

- Dacal, R. 1986. *Playita. Un sitio protoagrícola en las márgenes del río Canimar. Matanzas, Cuba*. Editora Universidad de la Habana, La Habana.
- Davis, E. L., W. Brott y D.L Weidel. 1969. *The Western Lithic Co-tradition*. San Diego Museum Papers, San Diego.
- Domínguez, L. 1978. La transculturación en Cuba. Siglos XVI-XVIII. En *Cuba Arqueológica Vol. I*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba pp. 36-48.
- Domínguez, L. 1995. El Yayal: sitio arqueológico de transculturación indohispánica. En *Arqueología colonial cubana*, pp. 29-92. Instituto Cubano del Libro. Editorial Ciencias Sociales La Habana.
- Febles, J. 1982. *Estudio tipológico y tecnológico del material de piedra tallada del sitio arqueológico Canimar I, Matanzas, Cuba*. Editorial Academia, La Habana.
- Febles, J. 1984. *Excavaciones en el sitio arqueológico Melones 23, río Mayarí, Holguín, Cuba*. Carta Informativa No.48 (época II). Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Febles, J. 1990. Estudio de la variante cultural Seboruco. Inédito, Centro de Antropología. La Habana.
- Febles, J. 1991. Herramientas de piedra tallada del conjunto cultural Seboruco, Mayarí, Holguín, Cuba. En *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, pp. 380-412. Editorial Academia, La Habana.
- Febles, J. 1991a. Estudio comparativo de las industrias de la piedra tallada de Aguas verdes (Baracoa) y Playitas (Matanzas). Probable relación de estas industrias con otras del S.E de los Estados Unidos. En *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, edited by E. Academia, pp. 312-379, La Habana.
- Febles, J. y Rives, A. 1983. Cluster Analysis; un experimento de aplicación a las industrias de la piedra tallada del protoarcaico de Cuba. En *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. Editorial Academia, La Habana.
- Febles, J. y Rives, A. 1991. Las puntas de lanza y de dardo del Protoarcaico de Cuba. Funcionalidad y distribución espacial. En *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, pp. 174-184. Editorial Academia, La Habana.
- Garcell Domínguez, J. F. 2008. Propuesta de categorías sepulcrales para las comunidades no ceramistas de Cuba. *Boletín del Gabinete de Arqueología* (7):101-119.
- Godo, P. P. 1994. Acerca de los procesos de transculturación en las comunidades aborígenes de Cuba. Departamento de Arqueología. Inédito. Centro de Antropología CITMA. La Habana.
- Godo, P. P. 1997. El problema del protoagrícola de Cuba. Discusión y perspectivas. *El Caribe Arqueológico* (2):19-30.
- Godo, P. P. 2001. Contextos arqueológicos del protoagrícola en el centro-occidente de Cuba. *El Caribe Arqueológico* (5):62-75.
- Godo, P. P. B., Guillermo y A. Morffis. 1986. La industria lítica de Punta Vizcaíno, Caibarién, provincia de Villa Clara. En *Carta Informativa No. 100. Época II* Editorial Academia, La Habana.

- González Herrera, U. 2008. Ciboneyes, Guanahatabeyes y Cronistas. Discusión en torno a problemas de reconstrucción etnohistórica en Cuba. *El Caribe Arqueológico* (11):98-105.
- Guarch, J. M. 1978. *El Taino de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- . 1985. *Cuba antiguas tradiciones económicas y tecno-estilísticas (Etapa pre-agroalfarera)*. Tesis Doctoral inédita. Academia de Ciencias de Cuba.
- . 1990. *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Holguín.
- Harrington, M. R. 1935. *Cuba antes de Colón*. Traducido por Aureliano del Valle y F. Ortiz. Vol. XXXIII. Cultural SA, La Habana.
- Hernández Fuentes, C y Rives, A. 2007. *Los primeros habitantes de la región habanera*. Unicornio ed. Centro Provincial del Libro y la Literatura de La Habana., La Habana.
- Izquierdo, G. y Gonzales, U. 2007. Las Comunidades aborígenes de cazadores recolectores de Cuba; problemas y posibilidades de estudio. *El Caribe Arqueológico* (10):23-30.
- Izquierdo, G. y Sampetro, R. 2008. Las sociedades pretribales tempranas en Villa Clara, Cuba. Nuevos descubrimientos y realidades. *El Caribe Arqueológico* (11):42-53.
- Jouravleva, I. y González, N. 1999. Nuevos resultados acerca de la cerámica de Arroyo del Palo. Inédito. Centro de Antropología CITMA. La Habana.
- Jouravleva, I. 2002. Origen de la alfarería de las comunidades protoagroalfareras de la región central de Cuba. *El Caribe Arqueológico* (6):35-43.
- Keegan, W. F. 1990. *The People who Discovered Columbus. The prehistory of the Bahamas*. University Press of Florida. Florida.
- Keegan, W. F. 2006. Archaic Influences in the Origins and Development of Taino Societies. *Caribbean Journal of Science* 42(1):1-10.
- Keegan, W. 2007. *Taino Myth and Practice: The Arrival of the Stranger King*. University of Florida Press. Gainesville.
- Koski Karell, D. 2002. Prehistoric Northern Haiti. Settlement in Diachronic Ecological Context. PhD Dissertation o Catholic University of America. Inédito.
- Kozlowki, J. 1975. *Las Industrias de piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. Serie Arqueológica No. 5. Academia de Ciencias de Cuba. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.
- Koslowki, J. 1980. In search of the evolutionary Pattern of preceramic Cultures of the Caribbean. *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (13):61-79.
- Lee, J. W. 2006. Jamiacan Red Ware. In *The Earliest Inhabitants. The Dynamics of the Jamaican Taino*, editado por L. G. Atkinson. University of the West Indies Press. Kinston, Jamaica. pp. 153-160.
- Martínez Arango, F. 1980. *Arqueología de Maisí II*. Editorial Oriente. Santiago de Cuba.
- Martínez Arango, F. 1997. *Los Aborígenes de la Cuenca de Santiago de Cuba*. Ediciones Universal, Miami, Florida.

- Martínez Gabino, A.; Rives, A. y Baena, G. 1993. *Área arqueológica Canimar-Morato-Yaití, provincia de Matanzas*. Editorial Academia, La Habana.
- Martínez López, J. G.; Díaz-Franco, S. y D. Morales Valdés. 2007. Valoraciones tafonómicas preliminares sobre el sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. En *Memorias del Segundo Seminario Internacional de Arqueología. CD Rom*, editado por R. Arrazcaeta. Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.
- Martínez López, J. G.; Arredondo Antúnez, C.; Rodríguez Suárez, R. y S. Stephen Díaz-Franco. 2008. La preservación diferencial en los enterramientos humanos del sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. En *Memorias de la IX Conferencia Internacional Antropología 2008. CD Rom*, editado por P. P. Godo. Instituto Cubano de Antropología, La Habana.
- Martínez-López, J.; Arredondo, Carlos; Rodríguez Suárez, R. y Stephen Díaz-Franco. 2009. Aproximación tafonómica en los depósitos humanos del sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. *Arqueología Iberoamericana* (4):5-21.
- Morales, L. 2010. New Early Tradition Stone Tool Industries in Cuba. In *Beyond the Blockade*, editado por Susan Kepecs; Antonio Curet y Gabino La Rosa, pp. 47-69. Alabama Press, Tuscaloosa.
- Morales, O. y Pérez, R. 1945. El Período de Transculturación Indo-hispánica. In *Contribuciones del Grupo Guama*. Antropología. no.4, 5 y 6, La Habana.
- Moore, C. 1995. Settlement patterns in pre Columbian Haiti: an inventory of archaeological sites. Port au Prince. Bureau National d'Etnologie. Inédito.
- Navarrete Pujol, R. 1989. *Arqueología de Caimanes III*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Ortiz, F. 1982. *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Oliver, J. 2007. Caciques and cemi idols the web spun by Taino rulers between Hispaniola and Puerto Rico. Alabama Press, Tuscaloosa.
- Padilla Álvarez R. y Celaya Gonzales, M. 2003. Classification of the regional aboriginal ceramic production and distribution in the central region of Cuba based on INAA. En *Nuclear Analytical Techniques in Archaeological Investigations*. International Atomic Energy, Vienna.
- Pajón, J. M., I. Hernández, P. P. Godo, R. Rodríguez Suarez, C. Arredondo, S. Valdés Bernal y Y. Estévez. 2007. Proyecto "Reconstrucción paleoclimática y paleoambiental de sectores claves de Cuba y el Caribe: contribución a los estudios de poblamiento y asentamientos de sitios arqueológicos en Cuba. En *Memorias del Segundo Seminario Internacional de Arqueología. CD Rom*, editado por R. Arrazcaeta. Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. La Habana.
- Pino, M. 1995. *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. Editorial Academia, La Habana.
- Reyes, J. M. 2001. Apropiación y tradición alimentaria en el oriente cubano. En *El Caribe Arqueológico* (5): 42-51.

- Rimoli, R. y Nadal, J. 1980. Cerámica temprana en Honduras del Oeste. *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (15):17-82.
- Rimoli, R. y Nadal, J. 1982. *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Universidad Autónoma de Santo Domingo. Santo Domingo.
- Rives, A., L. Domínguez y M. Pérez. 1991. Los documentos históricos sobre las Encomiendas y las Experiencias indias de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico. En *Estudios Arqueológicos 1989*, pp. 26-35. Editorial Academia, La Habana.
- Rives, A; García, E. y G. Izquierdo. 1997. Investigaciones sobre sitios ceramistas del occidente de Cuba. Inédito. Centro de Antropología CITMA. La Habana.
- Rodríguez Ramos, R. 2008. From the Guanahatabey to the Archaic of Puerto Rico: The Nonevident Evidence. *Ethnohistory* 55(3):393-415.
- Rodríguez Ramos, R.; Babilonia, E.; Curet, A. y J. Ulloa. 2007. The Pre-Arawak Pottery Horizon in the Antilles: A New Approximation. *Latin American Antiquity* (19):47-63.
- Rodríguez Ramos, R. 2010. *Rethinking Puerto Rican Precolonial History*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Ross, A. H. 2004. Cranial Evidence of Pre-Contact Multiple Population Expansions in the Caribbean. *Caribbean Journal of Science*. 40(3):291-298.
- Rouse, I. 1965. Prehistory of the West Indies. In *Science*. American Association for the Advancement of Science. vol. 144, Washington DC. pp. 499-513.
- Rouse, I. y Moore, C. 1985. Cultural sequence in southwestern Haiti. Paper presented at the Proceeding of the Tenth International Congress for the study of the pre-Columbian cultures of the Lesser Antilles. Fort de France. pp 3-22.
- Rouse, I. 1992. *The Tainos. Rise and Decline of the people Who Greeted Columbus*. Yale University. New Haven.
- San Pedro, R.; Izquierdo, G.; Grande L. y R. Villavicencio. 1999. Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara: Una primera Interpretación. *El Caribe Arqueológico* (5):52-61.
- Sinelli, P. 2010. All island great and small. The roll of small cay enviroment in indigenous settlement strategies in the Turk and Caicos Islands. PhD. Dissertation. University of Florida. Inédito.
- Tabío, E y Estrella, R. 1966. *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba ed. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Tabío, E. y Guarch, J. M. 1966. *Excavaciones en Arroyo del Palo*. Departamento de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba La Habana.
- Tabío, E. 1984. Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba. En *Islas*, No. 78. pp. 37-52.
- Torres Etayo, D. 2006. *Taino mitos y realidades de un pueblo sin rostro*. Editorial Asesor Pedagógico, México DF.
- Trincado, M. N. y Ulloa Hung J. 1996. Las comunidades meillacoides del litoral sudoriental de Cuba. *El Caribe Arqueológico* (1):74-82.
- Ulloa Hung, J. y Valcárcel, R. 2002. *Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba*. Viewgraph, Santo Domingo.

- Ulloa Hung, J. 2005. Approaches to Early Ceramics in the Caribbean: Between Diversity and Unilineality. En *Dialogues in Cuban Archaeology*, editado por Antonio Curet; S. L. Dawdy y G. L. Rosa, pp. 103-124. University of Alabama Press, Tuscloosa.
- Ulloa Hung, J. 2010. El meillacoide uno o varios? Las secuencias regionales de las cerámicas meillacoides en las diferentes islas. Sus posibles relaciones con otras expresiones cerámicas. Unpublished. Leiden University.
- Ulloa Hung, J. y Ruithier S. 2011. Archaeology of the North of the Dominican Republic. A rough sketch of the archaeological landscape and interactions. Paper presented at the simposium *Leiden in the Caribbean V*. In Press, Faculty of Archaeology. Leiden University.
- Valcárcel, R. 1999. Banes Precolombino. Jerarquía y Sociedad. *El Caribe Arqueológico* (3):84-94.
- Valcárcel, R. 2002. *Banes Precolombino La ocupación agricultora*. Ediciones Holguín, Holguín.
- Valcárcel, R. 2008. Las sociedades agricultoras ceramistas en Cuba. Una mirada desde los datos arqueológicos y etnohistóricos. *El Caribe Arqueológico* (11):2-19.
- Valcárcel Rojas, R., C. Rodríguez Arce, L. Pérez Iglesias y J. Guarch Rodríguez. 2001. Un contexto apropiador ceramista temprano. *Corinthia* 3, Holguín, Cuba. *El Caribe Arqueológico* (5):76-88.
- Valcárcel Rojas, R. y C. Rodríguez Arce. 2005. El Chorro de Maíta: Social Inequality and Mortuary Space. En *Dialogues in Cuban Archaeology*, editado por L. A. Curet, S. L. Dawdy and G. La Rosa, pp. 125-146. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Veloz, M.; Ortega, E. y P. Pina. 1974. *El Caimito, un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Fundación García Arévalo, Santo Domingo.
- Veloz, M. 1980. *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo*. Museo del Hombre Dominicano. Fundación García Arévalo, Santo Domingo.
- Veloz M.; Ortega, E. y A. Caba. 1981. *Los modos de vida meillacoides y sus posibles orígenes*. Editora Taller, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, M. 1991. *Panorama Histórico del Caribe Precolombino*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, M. 2003. *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.
- Wilson, S.; Iceland, H. y Hester, T. 1998. Preceramic connections between Yucatán and the Caribbean. *Latin American Antiquity*, 9 (4).
- Wilson, S. 2007. *The Archaeology of the Caribbean*. Cambridge University Press, New York.

CAPÍTULO 2

•

VIDA Y MUERTE ABORIGEN EN CANÍMAR ABAJO, MATANZAS, CUBA

Carlos Arredondo Antúnez
Roberto Rodríguez Suárez

Introducción

Para Cuba, el siglo XX y lo que va de este, es muy prolífero en intervenciones arqueológicas prehispánicas y estudios sistemáticos de las evidencias halladas. La identificación de restos óseos humanos en los sitios arqueológicos, cuando aparecen por una u otra razón, siempre es motivo de atracción entre los investigadores y los que esperan el comentario de estos; pues es muy amplia la información que aportan los huesos sobre la vida y la muerte de esos pobladores. El sexo, la edad y la estatura de los individuos exhumados son datos de interés en la reconstrucción de la población que habitó en el área o cerca de esta; también el estudio de paleopatologías; inferencias paleodemográficas y análisis tafonómicos nos ponen en condiciones de emitir criterios integradores sobre los restos óseos humanos que se llevan al laboratorio para identificar. Más recientemente se han incorporado estudios paleodietarios a partir del cuidadoso análisis de las evidencias en los huesos.

La osteología nos permite un acercamiento y una visión integral de un sitio arqueológico. Aportes a este conocimiento se realizan también desde el análisis de la Arqueozoología, el estudio artefactual y otras evidencias macroscópicas y microscópicas detalladas en el análisis de laboratorio.

Estudiantes de pregrado y postgrado, asesorados por investigadores del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, han realizado estudios en sitios arqueológicos relevantes del occidente de Cuba donde la osteología ha ocupado el rol protagónico. García (1997) estudia los restos óseos humanos procedentes de Cueva del Infierno en San José de las Lajas, provincia Habana y ofrece el dato total de 66 individuos exhumados; por su parte Rodríguez (1998) realiza un análisis parecido, pero esta vez en Cueva Perico I, en la provincia de Pinar del Río y reporta un número total de 56 individuos y finalmente, para esta última localidad, Travieso *et al.*, (1999) reportan 162 individuos, ambas localidades se han asignado al grupo aborigen *Ciboney*, llamados también *No ceramistas* o

Preagroalfareros. Más recientemente, Garcell (2009) da a conocer un total de 169 individuos exhumados en el sitio Bacuranao I, San José de Las Lajas.

Canímar Abajo, sitio arqueológico ubicado en la provincia de Matanzas y asignado al grupo aborigen *Ciboney*, pero con una antigüedad mayor a otros conocidos, es relevante por el número de individuos exhumados, aunque el número total aún está por definir ya que las labores de excavación continúan. Las primeras excavaciones se realizaron entre 1984 y 1987 y se resumen en el informe inédito de Rivero (1988); posteriormente el trabajo de campo en el lugar se reanudó en el 2004 y continúa en el presente. Blanco (2007) y Zepeda (2008) culminaron su tesis de Licenciatura en Biología realizando un estudio antropológico de los restos extraídos en las campañas de excavación del 2004 y 2005, respectivamente. Contribuciones recientes y particularizadas a determinados aspectos bioantropológicos del sitio objeto de estudio ofrecen una visión más completa acerca del conocimiento físico de los habitantes de la región (Martínez *et al.*, 2008; Arenas y Arredondo, 2008; Campillo y Arredondo, 2008; Morales y Arredondo, 2008 y Chinique y Arredondo, 2008). Otros estudios abordan las características de los enterramientos efectuados en el lugar (Cordero, 2007); por otra parte Chinique y Rodríguez (2007), Arredondo *et al.*, (2007) y Torres y Arredondo (2008) tratan temas relacionados con la composición faunística pretérita del lugar y la incidencia de esta en la dieta de los aborígenes. Arredondo (2011) y Martínez *et al* (2011) profundizan en la osteología de los individuos exhumados en este sitio y como la Tafonomía es una herramienta importante en la interpretación de depósitos arqueológicos de este tipo, respectivamente. Los aportes realizados en los trabajos antes mencionados ubican a este lugar como uno de los más importantes del occidente de Cuba, sobre todo por el enfoque multidisciplinario que en él se realiza. La historia de las expediciones y excavaciones a Canímar Abajo, sus objetivos por temporadas de campo, logros y proyecciones del trabajo son resumidas por Arredondo *et al.*, (2008).

Otro dato de interés para Cuba y el contexto antillano es la antigüedad del sitio. Datos cronológicos de Canímar Abajo efectuados en muestras de carbón y fechadas por carbono 14 ofrecen una antigüedad de más de 7000 años antes del presente (AP) lo que ubica al sitio como el más antiguo de Cuba donde además, se han exhumado una gran cantidad de individuos adultos y subadultos, estos últimos en mayor número.

El estado actual del conocimiento osteológico de nuestros aborígenes es el resultado de significativas aportaciones de investigadores cubanos y extranjeros, larga sería la lista de ser mencionados. Sin embargo, es el Doctor Manuel Rivero de la Calle (1925-2001) el investigador cubano que más se dedicó a este tema, por lo que sirva esta contribución como un merecido homenaje a tan distinguida figura.

Es nuestra finalidad, en la presente contribución, reseñar el conocimiento antropológico y arqueológico acumulado y los nuevos aportes al estudio de las comunidades aborígenes tempranas que habitaron la región de Canímar en la provincia de Matanzas, Cuba; y que nos acercan a la vida y muerte de estas poblaciones.

Área de estudio

El sitio Canimar Abajo forma parte de una de las regiones arqueológicas más importantes de la provincia de Matanzas que enmarca la cuenca del río Canimar y sus afluentes. Más de una treintena de sitios arqueológicos en diferentes fases de desarrollo económico social han sido registrados en las áreas aledañas a su curso. El río Canimar desemboca en la costa norte de Matanzas, presenta una boca de márgenes rocosos con una anchura de 400 m alcanzando una profundidad aproximada, en su delta, de 2.8 m, la cual aumenta en la medida que se avanza hacia el interior hasta los 6 m, en su primer meandro. Esto permite la navegación hasta unos 10 km río adentro. Es alimentado por manantiales que pertenecen a dos extensas regiones cársticas ubicadas a ambos lados de su curso principal; por aguas pluviales y por las que aportan múltiples arroyos y corrientes superficiales.

El sitio Canimar Abajo está ubicado cerca de la desembocadura del río Canimar a la Bahía de Matanzas, en la margen oeste de este afluente a unos 40 metros en dirección perpendicular a tierra firme y a unos 50 metros antes del puente de Canimar por donde se tiene acceso a la Península de Hicacos. Las coordenadas geográficas son aproximadamente: 23 00'20''- 23 03'03'' latitud Norte y 81 28'08''- 81 30'30'' longitud Oeste. La longitud del lugar es de 16 metros y el ancho es de tres. Esta área fue dividida en cuadrículas de un metro cuadrado en el año 1984, cuando se iniciaron los trabajos en el lugar; está limitada por una elevación cárstica de unos 20 metros de altura que se proyecta hacia adelante constituyendo un abrigo rocoso, por tanto debió ser un refugio efectivo del sol y la lluvia en tiempos pasados (Figura 1).

La subdivisión del área en cuadrículas (Figura 2) facilita la organización y científicidad en la toma de datos; la profundidad de excavación ha llegado hasta los dos metros aproximadamente, donde el estrato es infértil arqueológicamente; el registro de toda evidencia es controlado artificialmente cada 10 centímetros, fundamentalmente.

El material osteológico (humano y no humano), los restos de conchas de moluscos y artefactos no cerámicos son registrados en el diario de campo, extraídos del lugar -previo proceso de fotografía-, envasados en bolsas de nylon adecuadamente etiquetadas y luego guardados en cajas protectoras de cartón corrugado hasta su traslado al laboratorio. Todo el material óseo y otras evidencias, se encuentra ubicado en el Laboratorio de Antropología "Aristides Mestre", Facultad de Biología, Universidad de La Habana.

Durante el proceso de excavación, en las campañas del 2004 al 2011, fueron numerados los entierros *in situ* denominándose Esqueletos 1, 2, 3,n y así registrados en el diario de campo. Posteriormente en el laboratorio, que incluyó limpieza y restauración de los restos, se mantuvo la numeración inicial de los entierros exhumados en el 2004 y luego se trabajó de forma consecutiva en los siguientes a partir del último numerado en esta campaña de trabajo. Estos datos, para adultos, se encuentran explicados en Blanco (2007), Zepeda (2008), Morales (2009) y Luna (2011). Arenas (2009) aborda el estudio de los enterramientos de subadultos

y mantiene la numeración consecutiva acordada. Los restos óseos no adjudicados a ningún entierro, por el momento, fueron numerados de forma independiente con la finalidad de su estudio particular constituyéndose una base de datos integradora. Todo el proceso de excavación efectuado en las campañas 2004-2011 está documentado fotográficamente en formato digital. Estudios referentes a la Craneometría (Valdés, 2009), Cefalometría (Felipe, 2009), Paleopatologías (Campillo, 2009), Tafonomía (Martínez, 2009) y Paleodieta (Chinique, 2009) también han sido objeto de análisis.

Altitudinalmente en el sitio se identifican tres regiones o segmentos: uno inferior, que fue utilizado principalmente como área de enterramientos; por encima de este otro segmento donde predominan restos de animales y sedimentos que pudo haber sido un área de procesamiento de alimentos y/o paradero estacional y donde existen muy pocas evidencias de huesos humanos; y finalmente la parte más superior que es nuevamente ocupada como área de enterramientos en una etapa más tardía, pero con mayor intensidad de entierros que en la ocupación inicial.



Figura 1. Sitio Arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. El área de excavación se extiende por 16 metros con una anchura de tres metros. Nótese el farallón cárstico que constituye un perfecto abrigo rocoso



Figura 2. Imagen de un momento de la excavación donde se aprecian las cuadrículas de trabajo en que está dividido el sitio

Resultados y discusión

Características generales de las etapas de enterramiento

Durante la ocupación inicial del sitio en que el mismo es utilizado como espacio sepulcral, principalmente hacia la base del farallón, se encuentran restos humanos en menor proporción que en la etapa más tardía de ocupación del sitio, los entierros son primarios sin ningún rasgo particular, salvo por ejemplo, el hecho de que no aparezcan huesos teñidos de rojo, práctica muy frecuente en los últimos momentos de empleo del sitio con estos fines. La mayoría de los entierros aparecen en posición anatómica (Figura 3). Sólo un individuo aparece cubierto por piedras hasta la altura de las vértebras cervicales, aunque en muy mal estado de conservación como la mayoría de los enterramientos correspondientes a esta ocupación más temprana.

El área de enterramiento más tardía, aproximadamente hasta la profundidad de 0.70m – 0.80m, fue utilizada intensamente como espacio sepulcral. Además, se observa que existió una actividad antropogénica diversa evidenciada a partir de la presencia de restos de dieta y artefactos utilitarios; esto es, que intermitentemente se vive y se enterra en este espacio, aunque es muy difícil diferenciar estos dos momentos temporal y espacialmente (Figura 4). Es probable que esta dificultad se



Figura 3. Esqueleto exhumado en el año 2010, numerado *in situ* como E-4. Posición lateral semiflexionado



Figura 4. En la Imagen, correspondiente al cementerio tardío o Sector 1, se observan numerosos restos humanos concentrados y pertenecientes a diversos individuos (numerados como E-#)

solape con la práctica, en comunidades prehispánicas, de colocar el cadáver sobre un “colchón” de bivalvos o la de recubrirlos con una “manta” de estos. No obstante, próximo al comienzo de la etapa de habitación más o menos intensa, es decir cercana a los 0.60m, se aprecian posibles efectos de factores tafonómicos como

causantes de movimientos verticales y horizontales en los residuos acumulados, fundamentalmente en los moluscos bivalvos. Esto en alguna medida atentaría contra la consideración anterior respecto al uso alternativo de este espacio para inhumar cadáveres y de ocupación habitacional.

En los enterramientos encontrados están representados los diferentes grupos etarios; esto es, individuos infantiles de diferentes edades, juveniles y adultos. Si bien la actividad de enterramientos ha sido bastante intensa -sobre todo en el cementerio más tardío- lo que ha determinado la mezcla de restos, su fractura y dispersión, se han recuperado individuos cuyos cuerpos han sido dispuestos en varias de las múltiples formas de colocación del cadáver descritas para estas comunidades. Aún así, en algunos de los casos en que se recuperan entierros primarios estos han carecido de algunas de las piezas óseas y podrían catalogarse como entierros primarios incompletos. Así por ejemplo, las posiciones observadas en los enterramientos (en los que pueden identificarse) son las siguientes: Decúbito dorsal extendido, Decúbito dorsal flexionado, Decúbito lateral izquierdo flexionado y Decúbito lateral derecho flexionado (Figura 5).



Figura 5. Esqueleto de un individuo subadulto inhumado en posición decúbito lateral izquierdo, entierro primario

Por otra parte, la frecuencia de restos óseos teñidos de rojo es variable; en particular los entierros primarios bien identificados se han caracterizado por no presentar esta peculiaridad. Probablemente se trate de individuos de diferentes grupos, con costumbres de esta práctica en unos y en otros no, si bien no debe descartarse algún tipo de rasgo diferencial con alguna implicación de estatus social que

conlleve esta práctica. De igual forma, resulta muy variable la presencia de material óseo afectado por el calor, destacándose la no incidencia intensa del factor térmico, lo que en alguna medida podría descartar la práctica de la cremación como parte del proceso de inhumación en un ritual funerario; así como la presencia de individuos dentro de fogones sin alteraciones por el calor, lo que se hallaría en correspondencia con su enterramiento posterior al uso con estos fines.

Los restos óseos exhumados y su estado de conservación

Canímar Abajo adquiere relevancia, entre otros aspectos, por haber sido utilizado como lugar de enterramiento con un número significativo de inhumaciones. La información que hoy podemos ofrecer sobre los aborígenes ciboneyes que fueron enterrados en este lugar es gracias al estado de conservación y preservación de los restos en el lugar y a la cantidad de individuos que fueron llevados a este sitio. Sin embargo, existen diferencias entre los entierros más tardíos y los más tempranos. Fue muy importante la excavación controlada por cuadrículas de un metro cuadrado y la toma de muestras cada 10 centímetros de profundidad en la reconstrucción del lugar, lo que permitió la asignación de huesos inconexos a un enterramiento (esqueleto) determinado.

Esqueletos de individuos adultos

La información que se posee, hasta el momento, no incluye de que en el sitio se halla practicado algún entierro de tipo secundario, por tanto se asume que todos corresponden a entierros primarios, o sea, estos poseen la mayor parte de los restos óseos más o menos en la posición en que el individuo fue enterrado (Figura 6); la disposición de los restos esparcidos e inconexos parece estar relacionado por el efecto de la reutilización del espacio fúnebre y diferentes procesos tafonómicos.

Rivero (1988), a partir del estudio del material óseo extraído entre 1984 y 1987, señala que en el área cercana a la pared del farallón los restos óseos están muy bien conservados como resultado de ser una zona seca y que limita el sitio, por tanto el impacto del trasiego en la superficie y el efecto de las lluvias fue mínimo. Los huesos exhumados se encuentran muy limpios y poseen un color crema uniforme. La presencia de huesos quemados y teñidos de rojo también son frecuentes (*op. cit.*). Las excavaciones más recientes en el sitio realizadas entre 2004 y 2011 ofrecen una confirmación a lo planteado; sin embargo, existen esqueletos recuperados muy cercanos a la pared del farallón que están muy deteriorados e inmersos en sedimentos de marga y fragmentos rocosos desprendidos del farallón que protege el lugar; además de una considerable cantidad de conchas de moluscos bivalvos que fueron utilizados como alimento, además de gasterópodos marinos y algunos terrestres. El color de las piezas esqueléticas se mantiene amarillento crema bastante uniforme (Figura 7).

Más de 40 esqueletos de adultos han sido identificados *in situ* y parcialmente agrupados todos los restos existentes por cada uno de ellos, lo que ha facili-



Figura 6. Esqueleto *in situ*, correspondiente a un entierro primario, donde se aprecia la posición anatómica en que fue inhumado el individuo



Figura 7. Imagen de restos óseos muy cercanos al farallón cárstico donde es evidente el deterioro de los mismos

tado un estudio osteobiográfico individual que permite la estimación del sexo, la edad y la estatura. De estos, se cuenta con más de 12 cráneos, algunos muy completos, y pertenecientes a ambos sexos (Figura 8). Los cráneos no poseen ningún

tipo de deformación intencional como ocurrió, de forma general, en los conocidos *Tainos*; además, otros caracteres craneales son consistentes con pobladores ciboneyes como: el contorno dorsal (sagital) es redondeado lo que influye en que el diámetro antero-posterior sea corto, lo que es mucho más evidente en los cráneos femeninos donde también son menos altos que los masculinos; los arcos supraorbitarios no se presentan marcadamente desarrollados, incluso en ejemplares masculinos, aunque entre ellos están más evidentes en este último sexo; la región nasal es amplia; los huesos malares, a pesar de ser variables, están proyectados hacia adelante -más en los masculinos-; es evidente también el desarrollo de un torus occipital que en algunos casos es más conspicuo que en otros. El desarrollo de las apófisis mastoides -regularmente más marcada en masculinos- en estos cráneos es variable, incluso en individuos masculinos se notan pequeñas y poco robustas (ver Figura 8).

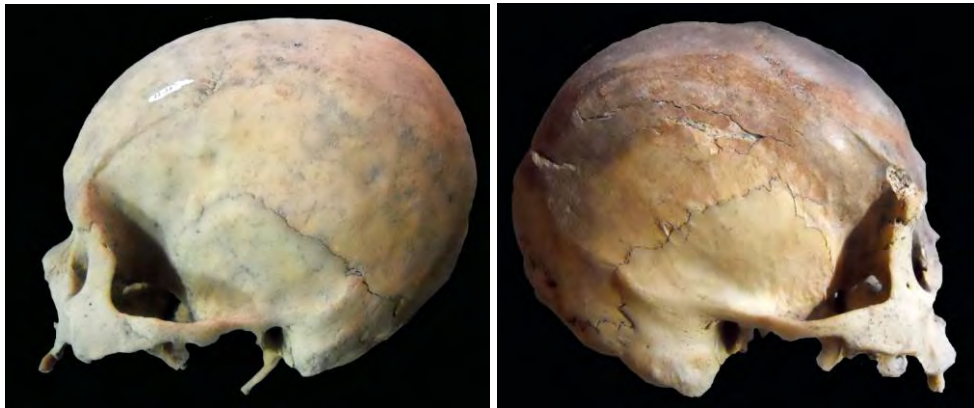


Figura 8. Cráneos de individuos adultos procedentes del Sitio Canímar Abajo.

A: Femenino y B: Masculino

La amplitud de la abertura piriforme, la depresión post-coronal y el desarrollo más o menos marcado del canal simeano ofrecen un parecido a cráneos de filiación negroide, sin que esto sea nada concluyente. Los caracteres craneales más generalizados de los ciboneyes se correlacionan mucho con los de filiación mongoloide sobre la base de sostener un origen remoto a partir de grupos americanos. Vento (1996) describió un cráneo, procedente de Canímar Abajo, con caracteres de negroide a partir de los caracteres de la cara y la nariz ancha, bóveda palatina profunda, surco prenasal presente y protuberancia occipital desarrollada. Este cráneo fue hallado por debajo de otros entierros de aborígenes del lugar y datado por el Método del Colágeno en 1 110 años de antigüedad (Figura 9). Arredondo y Valdés (2010) analizaron la muestra completa de cráneos de Canímar Abajo y de otros sitios ciboneyes de Cuba y concluyen que el citado cráneo no se separa ostensiblemente de lo conocido para estas poblaciones en el territorio nacional y que la variabilidad observada es propia de estas poblaciones prehispánicas.

Un complejo propósito de los antropólogos físicos es la estimación del sexo cuando se carece de piezas óseas como el cráneo y/o los coxales. En Canímar

Abajo se han recuperado esqueletos de adultos que poseen estas últimas piezas y por tanto el sexo se determinó con seguridad en 20 esqueletos (11 masculinos y 9 femeninos). El análisis osteométrico integral de los individuos, de sexo conocido, permitió estimar entonces un total de 18 Masculinos y 22 Femeninos. Sin embargo, esta labor debe contar con una muestra suficientemente representativa y que hasta el momento no lo es. Zepeda (2008) conformó una estimación métrica sexual en huesos largos de individuos de sexo conocido, la muestra muy pequeña, pero con la intencionalidad de iniciar un largo camino en este sentido para nuestras poblaciones antiguas. En su trabajo (*op. cit.*) señala diferentes mediciones discriminantes en huesos como el húmero, el radio y el fémur. Morales y Arredondo (2008) reevaluaron los caracteres considerados por Zepeda (2008) con una muestra superior extraída de la misma localidad y obtienen como resultado final que los valores propuestos discriminantes no lo son, pues los datos mínimos para el sexo masculino coinciden con los máximos o son inferiores para el sexo femenino, por tanto ambos se solapan en la mayoría de los casos.



Figura 9. Cráneo 584 procedente de Canimar Abajo y actualmente depositado en el Museo El Morrillo, Matanzas, Cuba

Sin embargo, en el estudio del fémur debemos significar algunas mediciones en que se obtuvieron datos de interés en la estimación del sexo, estas son: *la*

circunferencia del cuello; distancia desde el borde posterior del cóndilo externo al borde anterior del mismo cóndilo y el diámetro intercondilar en el punto medio. En la primera de ellas se obtuvo un valor mínimo de 74mm, uno máximo de 84mm y un valor medio de 77.6mm para los individuos femeninos; en los masculinos es de 80mm, 92mm y 87mm, respectivamente. Como se aprecia el valor máximo para el sexo femenino es el límite del valor mínimo para el sexo masculino. La *distancia desde el borde posterior del cóndilo externo al borde anterior del mismo cóndilo* nos ofrece para el sexo masculino un valor mínimo de 55.5mm, uno máximo de 62mm y una media de 56.8mm; mientras que en el femenino estos valores son 54.2mm, 55mm y 54.9mm, respectivamente. Aunque la muestra es pequeña todavía, debemos seguir con atención esta medición en el futuro pues pudiese ser un elemento discriminatorio desde el punto de vista sexual en el fémur. Finalmente, el *diámetro intercondilar en el punto medio* ofrece la misma interpretación; para el sexo masculino un valor mínimo de 19mm, uno máximo de 22.4mm y una media de 20.8mm; mientras que en el femenino estos valores son 14.3mm, 18mm y 16.6mm, respectivamente. Además, al igual que sucede con el húmero y el radio, la gracilidad morfológica del fémur es manifiesta en el sexo femenino. Futuros análisis de funciones discriminantes e índices morfológicos, con una muestra mayor, corroborarán o no estas valoraciones. En resumen, estimar el sexo en nuestras poblaciones antiguas tomando en consideración la métrica de los huesos largos aún no es un parámetro útil con la muestra que se posee.

Esqueletos de individuos subadultos

Los restos de individuos subadultos son muy abundantes en Canimar Abajo, esparcidos en todas las cuadrículas en que se trabajó y a diferentes profundidades. Son diversas las problemáticas a las que se enfrenta un antropólogo cuando estudia restos de esta naturaleza, como: la determinación de la estatura por la no fusión de las epífisis distales en los huesos largos; la fragilidad y rotura de las piezas; la difícil estimación de la edad si no se cuenta con una suficiente muestra ósea comparativa y la controvertida situación de asignar sexo a estos restos, sobre todo en las edades más tempranas cuando la morfología ósea está en franco desarrollo.

Convenientemente es válido subdividir esta categoría de subadulto en otras, aunque pueda parecer más complicado. Buikstra y Ubelaker (1994) fundamentan cuatro subdivisiones que se siguen en la presente contribución, pero además, han sido utilizadas en otros aportes en Cuba para el estudio con restos de Ciboneyes, como García (1997), Rodríguez (1998) y Travieso *et al.*, (1999). Estas categorías son: *fetal*, antes del nacimiento; *infante*, recién nacido hasta los tres años; *niño*, de tres a 12 años y *adolescente* de 12 a 20 años. Además de organizar en grupos los restos de subadultos, esta subdivisión posee la importancia de permitir análisis paleodemográficos con mayor precisión.

La abundancia de estos restos en relación a los adultos ya fue advertida por Rivero (1988) cuando contabilizó un total de 36 individuos en las primeras excava-

ciones realizadas en Canímar Abajo, donde el 44.4% (16 individuos) y el 47.2% (17 individuos) se concentran en las categorías de infante y niño, respectivamente.

Arenas y Arredondo (2008) ofrecen un conocimiento más integral de los entierros de subadultos en el sitio de análisis. Con una metodología de excavación más controlada (2004-2007) las posibilidades de estudio de los entierros fueron más precisas; así fue posible asignar piezas sueltas en el posterior trabajo en el laboratorio a esqueletos definidos como tales durante la excavación *in situ*. Los resultados de la estimación del Número Mínimo de Individuos (NMI) de subadultos ofrecieron una cifra total de 42 esqueletos identificados en el último período de excavación en Canímar Abajo. A esta cifra se le agregó un estudio preliminar sobre el fémur -como hueso aislado- que nos indica que el NMI pudiera aumentar, pues se registraron 17 piezas de lateralidad derecha y otras nueve izquierdas que no corresponden a ninguno de los esqueletos identificados, tanto en su morfología, longitud y distribución espacial en el sitio, de igual forma tampoco coinciden asumiendo la lateralidad del hueso. De este modo se obtuvo un total de 68 individuos subadultos. Al agregar los datos reportados por Rivero (1988) de 36 individuos en las primeras campañas de excavación, tendríamos entonces un estimado actual para Canímar Abajo que ascendería a 104 individuos subadultos como mínimo, lo cual se acercaría a lo reportado en la Cueva del Perico I (Rodríguez, 1998), considerado en la actualidad el sitio arqueológico *Ciboney* más grande del archipiélago, con respecto a la mortalidad de subadultos. En estos momentos se estudian los restos de subadultos exhumados en el 2010 y 2011 los que tentativamente superan los 15 individuos.

Un aspecto novedoso para Canímar Abajo, pero no para la literatura especializada en Cuba, es la asociación de esqueletos de subadultos -principalmente niños- a individuos adultos. Varios esqueletos de adultos están en franco contacto con los de niños y no de forma casual, podríamos decir que intencional, pues incluso las extremidades superiores de los adultos cubren los restos de los niños de una forma clara y evidente y en otros casos los cráneos poseen contacto palpable. En este punto numerosas interrogantes pueden surgir ¿Existe relación de parentesco? ¿El niño murió al morir la madre cuando el adulto es del sexo femenino? ¿Qué interpretación hacer cuando se trata de un individuo masculino y posee niños muy cerca o sobre él? ¿Ocurrió infanticidio o alguna práctica similar? La Rosa y Robaina (1994) abordan este último punto desde una óptica histórica y comparativa con diversos sitios ciboneyes de Cuba, concluyendo que existe una complementación entre la categoría relación niño-adulto y la categoría infanticidio.

Por el momento, no pensamos que el infanticidio pudo ser una práctica habitual en las poblaciones ciboneyes de Cuba, a pesar de los diversos casos que presentan La Rosa y Robaina (1994). Las conocidas enfermedades tropicales pudieron diezmar sensiblemente poblaciones antiguas cubanas en los últimos 7000 años; esta pudo ser una causa de muerte para los más pequeños que son los más vulnerables, sobre todo si tomamos en cuenta que los porcentajes más altos de muerte en diversas localidades estudiadas en Cuba corresponden a los niños como en Cueva del Infierno con un 91.2% (García, 1997) y en Cueva del Perico I con un

89% (Rodríguez, 1998). Subadultos y adultos, de la misma población, también pudieron ser afectados pero en menor escala y al ser coincidentes en el tiempo eran enterrados de forma conjunta. No se descarta absolutamente algún tipo de relación parental, pero aún faltan análisis de ADN en los esqueletos implicados.

Preservación de los restos óseos

La conservación y preservación de los restos *in situ* -adultos y subadultos- es buena en sentido general. Rivero (1988) ya se refirió a esto en el área excavada entre 1984-1987 como un elemento positivo; en las posteriores excavaciones el criterio se mantiene y como pruebas están los numerosos cráneos recuperados casi completos y la extensa colección ósea restante de esqueletos independientes y huesos aislados que se atesora y ofrecen información concreta.

En el análisis de la preservación de los restos deben ser tenidos en cuenta diversos aspectos, tales como: variabilidad espacial de las condiciones físico-químicas en el sitio arqueológico; área ósea expuesta a la acción de agentes abióticos y bióticos; densidad y porosidad de los restos; edad de muerte del individuo en que se analizan los restos; condiciones paleopatológicas que pueden afectar la integridad de los restos; el sexo y los procesos tafonómicos ocurridos más o menos relacionados con algunos de los aspectos ya señalados, entre otros.

Martínez *et al.*, (2007) abordan los principales procesos tafonómicos ocurridos en Canimar Abajo, y más recientemente Martínez *et al.*, (2008) tratan la preservación diferencial de los restos a partir de los mecanismos de alteración tafonómica que inciden en esta, como: la biodegradación, relleno sedimentario, bioerosión, disolución, distorsión tafonómica, cremación, desarticulación y dispersión (Figura 10).

Aunque aún no con datos concluyentes, se puede considerar que las diáfisis de los huesos largos sobre todo del fémur y la tibia se preservan mejor que en el resto; las epífisis distales del húmero y el fémur se mantienen más integras que las proximales. Estos dos aspectos señalados son más marcados en los restos de individuos masculinos. El cráneo es una pieza que por presentar espacios amplios en su interior y huesos sumamente delgados en algunas de sus regiones tiende a tener poca preservación en los sitios arqueológicos como estructura completa. Sin embargo, otras partes de este se preservan más fácilmente como el hueso occipital, el hueso temporal y los huesos malares. Rivero (1988) cita numerosos fragmentos craneales asociados a estas últimas regiones mencionadas.

La preservación en los adultos es más evidente que en los subadultos sobre todo en infantes y niños, de los más de 40 esqueletos estudiados de subadultos (Arenas y Arredondo, 2008) en la mayoría fue imposible recuperar los huesos craneales. Stojanowski *et al.*, (2002) estudiando el sitio Windover Pond en La Florida, Estados Unidos, reportan un muy bajo nivel de cráneos conservados en relación a los 110 entierros analizados, concluyendo que no es significativa esta relación.

La mandíbula en adultos, para ambos sexos, es una pieza que se preserva con facilidad en Canimar Abajo, incluso en ausencia total del resto del cráneo. La

constitución ósea facilita tal preservación. Las primeras vértebras cervicales, quizás por la ausencia del cuerpo vertebral o la reducción en tamaño de este, se preservan mejor que las restantes, donde hemos observado que al deteriorarse la parte más voluminosa -el cuerpo- el resto de la estructura se desarticula y queda más expuesta a los efectos citados al inicio de este punto. Blanco (2007) determinó el Número Mínimo de Individuos, para Canimar Abajo, a partir de la persistencia de la vértebra atlas, en ejemplo de lo anterior.



Figura 10. Imagen donde se aprecia la total desaparición de la estructura ósea y la conservación de los dientes en posición anatómica

Diversas son las paleopatologías que se han detectado en los restos óseos exhumados en Canimar Abajo, muchas de ellas están sustentadas en un deterioro criboso en los huesos que posibilitan el debilitamiento y compactación de la superficie, por lo que este se hace vulnerable; otros afectan tanto la superficie general externa que producen áreas que quedan totalmente expuestas por pérdida de tejido compacto y las inflamaciones aceleran procesos esponjosos poco consistentes y por tanto proclives a que esta parte se deteriore extraordinariamente.

Aunque este análisis puede incluir más piezas aisladas, es factible generalizar los huesos de manos y pies. Chinique y Arredondo (2008) propusieron determinar el número mínimo de individuos (NMI) a partir de estos huesos en algunas de las temporadas efectuadas en Canimar Abajo. Los resultados finales de estos autores guardan relación con los estimados de NMI realizados a partir de otros huesos del esqueleto en adultos. Esta conclusión permite valorar que el nivel de preservación de los restos óseos correspondientes a los entierros de adultos es buena, de otra forma hubiesen existido estimados de NMI bien diferentes por una y otra vía.

Paleopatologías

Las paleopatologías son afectaciones, probables de ser identificadas, en los restos óseos que fueron ocasionadas cuando el individuo estaba vivo. Esta definición, muy general, permite comprender que el conocimiento de ellas nos acerca a estimar la salud y modo de vida de poblaciones antiguas.

En el área antillana, las paleopatologías no son desconocidas (ver Luna, 1977, 1983) y para Cuba existen varios reportes (Torres y Rivero, 1972; Rodríguez *et al.*, 1980; Toribio y Milanés, 1983; Toribio y Rivero, 1987; Toribio *et al.*, 1990). Reportes específicos de afectaciones óseas en el sitio arqueológico objeto de estudio son los ofrecidos por Rivero y Vento (1987), Rivero (1988), Vento (2004), Blanco (2007) y Campillo y Arredondo (2008).

Rivero (1988) señala la presencia de alteraciones óseas inflamatorias en la superficie de dos tibias, probablemente producidas por algún agente no específico y aunque otro investigador propuso que pudiera tratarse de una infección por treponematosiis, el primer autor no estuvo de acuerdo. Posteriormente, Vento (2004) con abundante información reafirma su criterio de la presencia de treponematosiis en huesos inspeccionados y propone una antigüedad para esta, en Cuba, de 3 000 años a.e. o quizás más remota, pero manifestada de una forma menos virulenta que en la actualidad. En otra parte de su informe Rivero (*op. cit.*) apunta diferentes patologías en diversos huesos largos de adultos y subadultos que tienen en común engrosamientos de la diáfisis y deterioro de la cubierta externa del hueso con aspecto esponjoso. Además, este autor señala la presencia de patologías maxilo-faciales.

Toribio y Rivero (1987) abordan la poca presencia de caries, probablemente relacionado con el poco consumo de hidratos de carbono en la dieta de estos aborígenes, con un mayor consumo de fibras y moluscos, a lo que habría que añadir que los dientes analizados recientemente -aislados o insertados en los alvéolos- poseen deposiciones de calcio que probablemente actúen en favor de proteger la formación y desarrollo de las caries.

Posteriores investigaciones han reafirmado la presencia de las paleopatologías mencionadas para restos óseos de este sitio arqueológico. Campillo y Arredondo (2008) describen afecciones maxilo-faciales fundamentalmente, como: la presencia de criba orbitalia, sarro dental, periodontitis, hipoplasia del esmalte y caries, además de fracturas en huesos de la extremidad anterior y ciertos engrosamientos óseos en zonas no articulares que por el momento están en fase de estudio. El desgaste de la superficie oclusal dentaria en sus diferentes gradaciones es consistente con las características del procesamiento del tipo de dieta consumida por estas poblaciones y de fracturas dentales, principalmente en los molares, probablemente como evidencia del empleo de los mismos adicionalmente como instrumentos (Figura 11). El sarro dental es muy frecuente detectarlo en numerosas piezas insertadas en los alveolos y en piezas aisladas (Figura 12). Algunas enfermedades parodontales han sido detectadas.

La presencia de Espina bífida es una paleopatología frecuente, de acuerdo con las evidencias óseas recuperadas en el lugar. Rivero y Vento (1987) reportan

por primera vez esta paleopatología para aborígenes cubanos y señalan que es llamativo que en los sacros recuperados exista tal anomalía en todos (Figura 13). La explicación más generalizada sobre la presencia tan frecuente, en una población, es la probabilidad de un elevado nivel de consanguinidad. Vento (2004) nuevamente apunta el probable índice de consanguinidad en la población que habitó en el área de estudio, considerando que más del 50% de la población moría antes de los 11 años de edad, quizás por la concurrencia de anemia por parasitismo agudo y malformaciones congénitas.



Figura 11. (arriba) Fragmento mandibular izquierdo de un adulto donde se presenta el desgaste dental. Además, son evidentes las caries dentales.

Figura 12. (izquierda) En la imagen se observa Cálculo dental y Reabsorción alveolar.

Figura 13. (derecha) Espina bífida en un adulto

Más recientemente, Blanco (2007) y Campillo y Arredondo (2008) estudian nuevos sacros con presencia de espina bífida en diferentes grados de desarrollo. Hasta el momento se han detectado siete sacros con desarrollo de esta paleopatología. En uno de ellos, el canal neural es totalmente visible por el no cierre de los arcos vertebrales en las vértebras comprendidas en esta región. Rodríguez *et al.*,

(2004) plantean que esta alteración pudiera tener alguna explicación en el consumo elevado de dietas pobres en ácido fólico y cobalamina como lo son el pescado y los moluscos, que sin duda alguna formaron parte significativa del alimento cotidiano de estas poblaciones típicamente recolectoras pescadoras.

La hipoplasia dental también está presente en numerosas piezas (Figura 14), así como la Criba orbitalia (Figura 15) pero con menor representatividad. Ambas paleopatologías, más frecuentes en adultos que subadultos, están asociadas a determinado stress alimentario ocurrido en las poblaciones, por tanto constituyen un marcador de stress nutricional. Entre las diversas causas más frecuentes de aparición de la Criba orbitalia está la hipovitaminosis (escorbuto o déficit de Vitamina C), el déficit nutricional y la anemia.

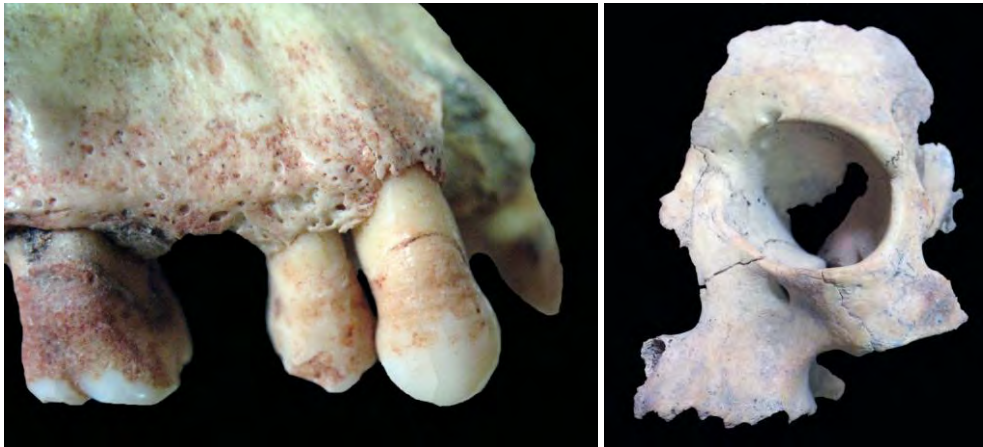


Figura 14. (izquierda) Hipoplasia dental y también es observable el Cálculo dental que es frecuente en los individuos exhumados en el lugar. Figura 15. (derecha) Imagen parcial rostral de un individuo adulto donde se observa la paleopatología Criba orbitalia en el techo de la órbita

En resumen, se han identificado 15 tipos de Paleopatologías y de ellas ocho corresponden a la región oral (53.3%). Los quistes, caries y otras afecciones paleopatológicas infecciosas faciales pudieron incidir en la salud general de los individuos y contribuir probablemente a la muerte por la disminución alimentaria e infección generalizada. En varios individuos adultos, que no sobrepasan los 45 años de edad, son frecuentes las afecciones citadas. Otras se encuentran en estudio, como varias fracturas en huesos largos y completamente soldadas (Figura 16 a y b) que nos permitirá en un futuro cercano conocer más sobre la actividad cotidiana de hombres, mujeres y niños enterrados en el lugar.

Zoarqueología

El material de fauna recuperado en el lugar está registrado por cada cuadrícula de excavación y profundidad al que se tomó. Extensa sería la lista de especies que ya fueron identificadas, sobre todo de moluscos marinos, así como la frecuen-

cia de aparición de estas en el sitio. Por las características de esta contribución se realizarán algunas valoraciones generales sobre el particular.



Figura 16. A. Fractura soldada en Húmero de un individuo adulto. B. Fractura en clavícula de un niño menor de dos años

Como ya se explicó con anterioridad, el sitio arqueológico ha sido estructurado en tres sectores fundamentales. En el sector más temprano y profundo predominan los entierros humanos y evidencias de dieta mezcladas con restos de fogones; en el sector intermedio la predominancia es correspondiente a los restos de dieta, y en el más superficial y tardío son abundantes los entierros humanos y restos de dieta. En resumen, las evidencias de dieta están esparcidas en todo el montículo estudiado y en todas las profundidades.

Los invertebrados están representados fundamentalmente por los moluscos con un total de 46 especies, de ellas 42 son especies marinas (Álvarez-Lajonchere y Arredondo, 2011). Los ecosistemas de manglar son espacios muy productivos y los gradientes de variables físico-químicas, producidas por el río, ofrecen como resultado que sean muy numerosas las poblaciones de moluscos; las especies que vivie-

ron en estas condiciones son las que se registran en mayor proporción en los residuarios aborígenes, como el caso de Canímar Abajo; además de emplearse poco esfuerzo en la búsqueda del sustento. Actualmente se realizan estudios más específicos e interpretativos pues se han identificado un grupo de especies que viven en la actualidad en el área y son típicas de zonas abiertas de la bahía con salinidades marinas normales sobre 35‰ y que muchas son comestibles y sin embargo, no se han registrado en el sitio arqueológico. Otras especies indican que posiblemente las aguas superficiales del río debieron haber sido más dulces entonces, para que no estuvieran representadas. Estas observaciones parecen coincidir con los criterios de Cooper y Peros (2010) respecto a la modificación del manglar por subida del nivel del mar y la adecuación de la subsistencia en las comunidades de la época. Aún faltan estudios paleoambientales en este sentido.

Las especies de moluscos bivalvos *Isognomum alatus*, *Crassostrea rhizophorae*, *Phacoides pectinata*, *Brachidontes exustus*, *Asaphis deflorata* y *Mytilopsis leucophaeata* resultan ser las más abundantes. En la vida cotidiana de los aborígenes del lugar las conchas de los moluscos fueron además, utilizadas como instrumentos para raspar, dar golpes, como vasijas (Figura 17) e incluso algunos fragmentos punzantes pudieron ser empleados en horadar.

Los vertebrados poseen una composición taxonómica inferior a la de los invertebrados (Torres y Arredondo, 2008 y Torres, 2010), ver la siguiente Tabla.

	Órdenes	Familias	Géneros	Especies
Peces	4	9	9	6
Reptiles	2	2	2	2
Aves	3	4	4	4
Mamíferos	4	6	9	8
	13	21	24	20

Tabla. Composición taxonómica de los vertebrados hallados en el sitio Arqueológico Canímar Abajo, en la provincia de Matanzas

Los restos de peces óseos son muy abundantes en relación a los reptiles, aves y mamíferos. No se ha hallado evidencia de algún tipo de artefacto específico que permitiera la captura de los peces; sin embargo, la diversidad de especies y hábitat de las mismas sugiere estrategias variadas de captura. Son los mamíferos terrestres el segundo grupo en importancia y específicamente los roedores con especies aún vivientes (*Capromys pilorides* y *Mysateles prehensilis*) y extintas, aunque estas últimas son escasas como *Boromys offella* y *Geocapromys columbianus*. No obstante, la frecuencia de aparición de mamíferos no es significativa. Un mamífero marino, *Trichechus manatus* (manatí), fue identificado en el sitio a partir del estudio de varios molares.

Por todo lo planteado anteriormente, aunque de forma preliminar, la diversidad de especies que sustentó los requerimientos alimentarios de la población o poblaciones humanas establecidas en la zona, dependió básicamente de los recur-

sos marinos por sobre los terrestres, en cuanto a fauna se refiere y la observación macroscópica de las evidencias.

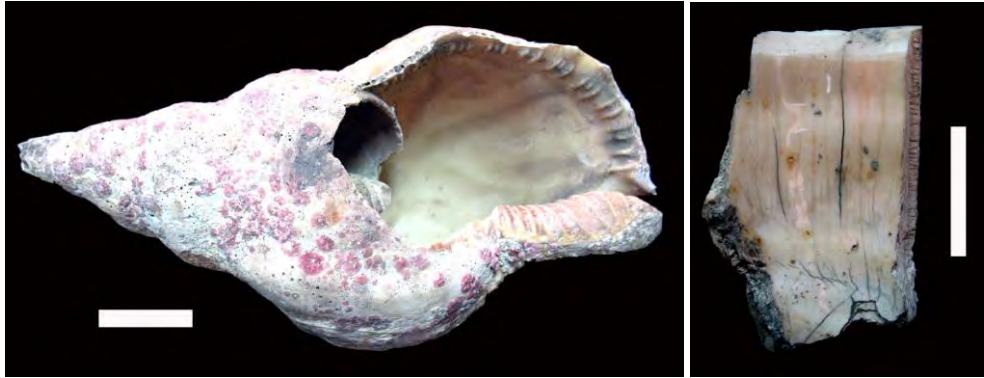


Figura 17. Artefactos elaborados a partir de conchas de moluscos. A: Vasija y B: Gubia

Paleodieta

Los estudios paleodietarios, otra vertiente desde la óptica de la osteología, a partir del análisis de elementos traza en los restos óseos humanos exhumados en Canímar Abajo aportaron información novedosa y valiosa de los habitantes de la región. Chinique (2007) y Chinique *et al.* (2008) estudiaron 23 individuos obteniendo información sobre las actividades económicas desarrolladas por los aborígenes de esta región. En estos, los altos niveles en las concentraciones de Estroncio (Sr) y los bajos niveles obtenidos de Bario (Ba) denotan un abundante consumo de alimentos procedentes del mar como los moluscos y los peces. Esto se reafirma con el alto contenido de Cobre (Cu) encontrado en las muestras. Aunque la actividad subsistencial más importante parece haber sido la colecta de moluscos marinos y la pesca, también debieron aprovechar fuentes vegetales como lo evidencia la correlación de alta significación entre el Sr y el Mg. Este resultado es muy importante, pues tradicionalmente no se le han atribuido manejo de plantas cultivables a esta cultura aborigen y sin embargo, se observa un aumento del consumo de ellas en la historia del sitio, donde las muestras de los entierros más tardíos presentan mayores evidencias de alimentos de origen vegetal lo que puede inducir a valorar un cambio en la alimentación. En cuanto al consumo de animales terrestres, aunque la media del índice Zn/Ca es bajo (0,38), los niveles de Zn cuantificados son cercanos a los del hueso fresco por lo que al menos consumían cantidades que le permitían mantener los niveles de este elemento en los huesos. Otro resultado expuesto es la existencia de consumo diferencial entre individuos de diferente sexo, donde las mujeres tienen mayores concentraciones de oligoelementos presentes en plantas y moluscos mientras que los hombres poseen indicadores de mayor consumo de alimentos relacionados con la caza y la pesca. Esto pudiera ser el reflejo de las diferencias en las actividades subsistenciales llevadas a cabo entre ambos o a diferencias alimenticias fundamentadas por algún tabú social, rompiendo de alguna manera el esquema igualitarista con el que se han representado a estas comunidades históricamente.

Hasta el momento Canimar Abajo se presenta como un sitio de los tradicionalmente catalogados como de recolectores-pescadores-cazadores. Nuevas evidencias permiten una más completa aproximación a la subsistencia alimentaria de sus pobladores.

En primer lugar, la abundante aparición de semillas entre las que se identifican las de la Palma Real (*Roystonea regia*) y la de Jocuma (*Mastichodendron foetidissimum*) constituyen una evidencia, aún indirecta, de la posible participación en algún uso de los frutos de estas plantas. Estas semillas, calcinadas, están bien representadas en varios niveles de excavación desde las etapas más tempranas de ocupación del sitio Canimar Abajo. Por otra parte, recientes hallazgos de artefactos de molienda-macerado en el sitio sometidos a análisis paleobotánico, desde una perspectiva microscópica, sugieren la necesidad de reconsiderar algunos aspectos teóricos en el orden socioeconómico para estas comunidades prehispánicas, de los que sólo se tenía evidencias confirmadas para Puerto Rico (Pagán *et al.*, 2005). La incorporación de la técnica de aislamiento e identificación de gránulos de almidón de plantas en artefactos arqueológicos y cálculo dental, desarrolladas en el Laboratorio de Arqueometría del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, abrió perspectivas de investigación en este campo que en nuestra opinión aportan datos que harán necesario a mediano plazo, una revisión de nuestra percepción acerca de estos grupos. Las especies registradas se identificaron como de *Ipomoea batatas* y *Zea mays*, como evidencia de su consumo por estas poblaciones humanas.

Las nuevas evidencias apuntan en el sentido de que la producción de alimentos fue un factor contribuyente no despreciable dentro de las actividades subsistenciales de estas poblaciones antiguas. Se pone de manifiesto por primera vez para Cuba que la población inhumada en Canimar Abajo, al menos desde el 3000 AP, debió estar empleando uno o varios sistemas de producción de vegetales, probablemente huertos caseros, además de las ya tradicionalmente conocidas actividades de subsistencia. Canimar Abajo pudo estar ocupado por sociedades que desarrollaron soluciones específicas en contextos ambientales, naturales y culturales que involucran combinaciones distintivas de especies domesticadas, poco manejadas y silvestres que la ubican en un espacio intermedio entre los dos extremos que constituirían los grupos de recolectores-pescadores-cazadores por una parte y los agricultores por otro. Bajo estas circunstancias y a partir de las evidencias preliminares en el orden subsistencial, podría catalogarse como un grupo con “*bajo nivel de producción*”. Esto es consistente en considerar cierta estabilidad de asentamiento, con sus implicaciones en el orden sociocultural, que de alguna manera registrara un nivel de sedentarismo mayor que el atribuido a estos grupos arcaicos.

Por otra parte, teniendo en cuenta fechados tan recientes como el obtenido para el sitio en las etapas más tardías, podría esperarse que otros habitantes de la zona con estadio socioeconómico más inclinado hacia prácticas agrícolas hayan utilizado el sitio como lugar de enterramiento, aún cuando no se observe la aparición de cerámica ni restos esqueléticos cuyos cráneos presenten deformación artificial, aspectos que tradicionalmente se han considerado como diagnósticos de grupos de agricultores.

Cronología del sitio

La información cronológica de un sitio arqueológico, siempre que se pueda obtener, es importante en la contextualización e interpretación de los resultados que se tienen. En Canímar Abajo los primeros fechados obtenidos por C-14 en conchas, cenizas y carbón dataron el sitio, en sentido general, en 5 586 años antes del presente (AP), fueron realizados en la Universidad de Barcelona, España. Con posterioridad, durante la continuidad de los trabajos en el sitio a partir del año 2004, se obtuvieron dos nuevos fechados realizados en la Universidad de Arizona (EEUU) a partir de muestras de carbón, registradas estas en capas de las que procedían dos artefactos de molienda-macerado de donde fueron extraídos gránulos de almidón de diferentes plantas. Uno de los fechados fue de 2 363 - 2 748 años antes del presente y el otro de 2 765 - 3 215 (AP). Esta datación es importante pues constituye una evidencia directa del uso de plantas en un sitio arqueológico de Cuba en fecha muy temprana. Más recientemente, con la colaboración del Laboratorio Universitario de Radiocarbono de la UNAM, México, se obtuvieron cuatro nuevos fechados, en carbón vegetal, donde el más reciente es de 800 años antes del presente (AP) y el más antiguo de 7 600 años antes del presente (AP). Todos los fechados están calibrados Antes del Presente (AP).

Por estos últimos fechados, el sitio Canímar Abajo se convierte en el más antiguo de Cuba y el resto de las Antillas Mayores. Hasta este momento el sitio considerado como más antiguo en Cuba era Levisa I en la región oriental del país, costa norte, con una antigüedad de $5\ 140 \pm 170$ AP, aunque recientemente, Cooper (2007) calibra el fechado de este lugar y lo ubica en $6\ 288 - 5\ 584$ años AP.

Resulta interesante anotar en este punto que tanto Canímar Abajo como Levisa I están ubicados hacia la costa norte de Cuba y que otros sitios con antigüedades cercanas a estos también poseen una ubicación hacia el norte. Este elemento podría ser un dato de apoyatura a aquellos investigadores que consideran una vía temprana de poblamiento desde el norte.

Valoraciones finales

Con el desarrollo del Proyecto Arqueológico Canímar Abajo, contribución del Museo Antropológico Montané de la Universidad de la Habana, se retomó un sitio excavado por vez primera en 1984. Desde el año 2004 se realizaron campañas de excavación anual que han permitido acumular un conocimiento, aún no concluido, sobre los pobladores prehispánicos recolectores-pescadores-cazadores que vivieron en el entorno y enterraron a sus muertos en el lugar.

Más de 200 individuos han sido identificados y estudiados, según el estado de conservación y preservación de sus restos, con un significativo número de subadultos (134) que representa más del 75% de la muestra total, donde la mortalidad fundamental está registrada en niños de edad entre cero y tres años (más del 60%) de los subadultos. En la muestra adulta se ha podido compilar una representación de 33 individuos con el sexo determinado a partir de huesos de importancia en este

parámetro, como son el cráneo y los huesos de la pelvis; esto permite tener estimados métricos para el resto del esqueleto postcraneal que hasta ahora se basaba en elementos aislados. Sin embargo, es el extremo distal del fémur la pieza, que hasta el momento, nos ofrece discriminación sexual, pero sin ser nada conclusivo.

El panorama bioarqueológico en cuanto a las formas y diversidad de entierros humanos, la preservación de los restos y los estudios tafonómicos enriquecen el conocimiento de que no solo la reutilización del espacio fúnebre es la causa de la dispersión de los restos en el cementerio objeto de estudio. En este aspecto resalta la inhumación de al menos dos individuos cubiertos con rocas hasta la región cervical; esto aún requiere de otras interpretaciones.

Las paleopatologías identificadas en los huesos permiten un acercamiento a la salud de los individuos, posibles causas de muerte y enfermedades padecidas. En la región facial fueron identificadas la mayor parte de estas, sobre todo en la región oral. La criba orbitalia, la hipoplasia dental y actualmente en estudio las líneas de Harris, ofrecen un panorama de stress ambiental y déficit nutricional en parte de los pobladores de la región. La marcada frecuencia de espina bífida induce a la valoración de causales genéticos y ambientales.

Las evidencias macroscópicas y microscópicas de la dieta son consistentes con poblaciones que utilizaron mayormente los recursos del mar. Los estudios de gránulos de almidón de plantas cultivables como el boniato (*I. batata*) y el maíz (*Z. maíz*) contenidos en artefactos y cálculo dental de varios individuos exhumados, nos acercan a valoraciones nuevas sobre la estabilidad geográfica de las poblaciones, o sea, debieron ser más estacionales en el área que lo que se ha considerado hasta el momento para los humanos prehispánicos tempranos de Cuba y el resto del Caribe.

El sitio arqueológico Canimar Abajo, datado como el más antiguo de Cuba en más de siete mil años antes del presente, en comparación a otros de igual filiación del occidente de Cuba, puede llegar a constituir el más importante de la región por sus valores antropológicos y arqueológicos en un futuro no muy lejano.

La multidisciplinariedad de enfoques investigativos realizados en Canimar Abajo permite un conocimiento integral de los pretéritos habitantes del área y una reevaluación teórica de la vida, costumbres y desarrollo social de estas poblaciones.

Agradecimientos

A la dirección de la Facultad de Biología y la Universidad de La Habana por el apoyo logístico para la ejecución de las diferentes temporadas de excavación en el sitio objeto de estudio, así como también a investigadores de la Universidad de Winnipeg, Canadá, especialmente a Mirjana Rodsanki. A los compañeros de trabajo del Museo Antropológico Montané, Armando Rangel, Yadira Chinique y Antonio Martínez, por el espacio y la discusión de diferentes puntos de vista; y muy especialmente a los Másteres en Antropología Biológica Julio Arenas, Joao G. Martínez, Dany Morales, Yadira Chinique, Elizabeth Campillo, Liamne Torres, Angel M. Felipe y Gustavo Valdés.

Bibliografía

- Álvarez-Lajonchere, L. y C. Arredondo. 2011. Interpretación arqueozoológica con relación a la fauna de moluscos hallada en Canímar Abajo, Cuba. Pp. 3097-3127. En: Convención internacional de Antropología. ANTHROPOS 2011. II Congreso Iberoamericano de Antropología. CD-ROM.
- Arenas, J. A. (2009). Estudio osteológico de los restos humanos subadultos del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 93 pp.
- Arenas, J. y C. Arredondo. 2008. Composición por edades (subadultos) en el sitio arqueológico preagroalfarero Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 13 pág.
- Arredondo, C. 2011. El sitio arqueológico Canímar Abajo, una mirada desde La osteología. *Revista Cubana de Antropología Catauro*. Año 12. No. 23: 64-76.
- Arredondo, C.; R. Rodríguez y A. Rangel. (2007). Moluscos presentes en el sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba: Un análisis. *II Seminario Internacional de Arqueología*. Ciudad de la Habana, Cuba. CD ROM.
- Arredondo, C.; A. Rangel; R. Rodríguez y S. Hernández. 2008. Historia y Expediciones al Sitio Arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *V Jornada Científica del Grupo de Trabajo Permanente Expediciones, Exploradores y Viajeros en el Caribe "La Ruta de los Aruacos en el Caribe"*. Instituto Cubano de Antropología. Ciudad Habana, Cuba. 33p.
- Arredondo, C. y G. Valdés. 2010. Un cráneo negroide en el Sitio Arqueológico Preagroalfarero Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *VI Jornada Científica del Grupo de Trabajo Permanente Expediciones, Exploraciones y Viajeros en el Caribe*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. 12p.
- Blanco, D. 2007. Estudio osteológico de restos humanos hallados en el sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. Campaña 2004. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología. Universidad de la Habana*. 42 p.
- Buikstra, J. E. y Ubelaker, D. H. 1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. *Ark. Archaeol. Surv. Research*. Arkansas. Ser. 44. 206 p.
- Campillo, E. 2009. Paleopatologías en aborígenes cubanos del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 88 pp.
- Campillo, E. y C. Arredondo. 2008. Paleopatologías en aborígenes cubanos y su presencia en preagroalfareros del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 12 pág.
- Chinique, Y. 2007. Estudios paleodietarios en el sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. Campaña de excavación 2005. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología*. Universidad de La Habana. 84 pp.

- Chinique, Y. 2009. Caracterización de los modelos de desarrollo económico de los aborígenes del sitio Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 85 pp.
- Chinique, Y. y R. Rodríguez. 2007. Los métodos para estudios paleodietarios en Cuba. Reflexiones teóricas. *Memorias Anthropos 2007: Primer Congreso Iberoamericano de Antropología*. La Antropología ante los desafíos del siglo XXI. Desoft s.a. Macromedia Inc., La Habana. pp:796-804.
- Chinique, Y. y C. Arredondo. 2008. Utilidad de los huesos de manos y pies para estudios osteológicos: Determinación del número mínimo de individuos adultos exhumados en el sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 8 pág.
- Chinique, Y.; R. Rodríguez; C. Arredondo; O. Collazo; A. Boza; S. Alleyne; M. Álvarez; M. Liva y Juan Jiménez. 2008. Estudio paleodietario en el sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba. *Boletín Antropológico*. Año 26, N° 73. Universidad de Los Andes. Venezuela. pp. 131-148.
- Cooper, J. 2007. Registro nacional de Arqueología aborígen de Cuba: una discusión de métodos y prácticas. *El Caribe Arqueológico* 10: 132-150.
- Cooper, J. y M. Peros. 2010. The archaeology of climate change in the Caribbean. *Journal of Archaeological Science* 37. 1226–1232.
- Cordero, Y. 2007. Una aproximación a los procesos sociales que acontecieron en el área arqueológica Canimar Abajo haciendo énfasis en las prácticas funerarias. *II Seminario Internacional de Arqueología*. Ciudad de la Habana, Cuba. CD ROM, pp. 852-864.
- Felipe, A.M. 2009. Estudio craneal de aborígenes cubanos mediante el uso de mátodos cefalométricos. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 95 pp.
- Garcell, J. 2009. Arqueología en Bacuranao I. nueva propuesta de categorías funerarias para las comunidades no ceramistas de Cuba. Editorial Unicornio. Cuba. 143p.
- García, L. 1997. Estudio antropológico de los restos esqueléticos aborígenes procedentes de la Cueva del Infierno, San José de las Lajas, La Habana. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología*. Universidad de la Habana. 52 pp.
- La Rosa Corzo, G. y Rafael Robaina Jaramillo. 1994. *Infanticidio y costumbres funerarias en aborígenes de Cuba*. Ed. Multigraf. Ciudad de La Habana. Cuba. 58p.
- Luna, F. 1977. Primeras evidencias de sífilis en Las Antillas precolombinas. *Cuadernos del Cendia* CCXLIII (2): 18p. Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas (CENDIA).
- Luna, F. 1983. Paleopatología de los grupos taínos de la Hispaniola. En: *La Cultura Taína*. Biblioteca del V Centenario. Sociedad Estatal de Ejecución de Programas. Conmemorativos del V Centenario del Descubrimiento de América. SA Madrid, España. Pp. 171-179.

- Luna, J. 2011. Estudio antropológico de los restos óseos exhumados en la campaña de excavación 2007 en Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología. Universidad de la Habana*. 90 p.
- Martínez, J. 2009. Caracterización tafonómica del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba: Un estudio en restos óseos humanos. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 89 pp.
- Martínez, J.; S. Díaz-Franco; D. Morales. 2007. Valoraciones Tafonómicas sobre el sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *II Seminario Internacional de Arqueología*. Ciudad de la Habana, Cuba. CD ROM, pp. 877-890.
- Martínez, J.; C. Arredondo; R. Rodríguez y S. Díaz-Franco. 2008. La preservación diferencial en los enterramientos humanos del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 25p.
- Martínez, J; C. Arredondo; R. Rodríguez y S. Díaz. 2011. La tafonomía en La interpretación de depósitos humanos en contextos arqueológicos. *Revista Cubana de Antropología Catauro*. Año 12. No. 23: 39-54.
- Morales, D. 2009. Caracterización osteológica de aborígenes adultos exhumados en Canímar Abajo, durante la campaña de excavación del 2006. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 124 pp.
- Morales, D. y C. Arredondo. 2008. Contribución a la determinación del sexo en esqueletos de individuos adultos de filiación preagroalfarera, Canímar Abajo, Cuba. Datos osteométricos. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 16p.
- Pagán, J., M. A. Rodríguez, L. A. Chanlatte B. y Y. Narganes. 2005. La temprana introducción y uso de algunas plantas, domésticas, silvestres y cultivos en Las Antillas precolombinas. Una primera revaloración desde la perspectiva del “arcaico” de Vieques y Puerto Rico. En: *Diálogo Antropológico* 10, enero-marzo, año 03. UNAM. México.
- Rivero de la Calle, M. 1988. Informe acerca del estudio antropológico realizado en los materiales del sitio funerario de Canímar Abajo, Matanzas. La Habana, Marzo de 1988. *Museo Antropológico Montané. Facultad de Biología. Universidad de la Habana*. (Inédito).
- Rivero de la Calle, M. y E. Vento. 1987. Reporte de la presencia de sacros con espina bifida en el sitio aborigen de Canímar abajo, Matanzas, Cuba. *Rev. Biología*. I (1): 75-83. Universidad de la Habana, Cuba.
- Rodríguez, D. 1998. Estudio antropológico de los restos óseos procedentes de la Cueva del Perico I, Bahía Honda, Pinar del Río. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología. Universidad de la Habana*. 43 pp.
- Rodríguez, M. J.; I. Díaz; F. Companioni y M. Rivero de la Calle. 1980. Estudios de enfermedades dentarias en mandíbulas aborígenes en Cuba. Serie información temática. *Estomatología*. 4 (6): 40-50.

- Rodríguez, R.; C. Arredondo y A. Rangel. 2004. Estudios osteológicos. En: *Informe de excavación del sitio Canímar Abajo, 2004*. Archivo Museo Antropológico Montané. Universidad de La Habana. Facultad de Biología. Mecanuscrito inédito. 25 p.
- Stojanowski, C.; R. Seidemann y G. Doran. 2002. Differential Skeletal Preservation at Windover Pond: Causes and Consequences. *Amer. Jour. Phys. Anthropol.*, 119:15–26.
- Toribio, L. y R. Milanés. 1983. Utilización de la *Cameraria Latifolia* Lin. (Maboa) en extracciones dentarias. *Jornada Nacional de Botánica*. Morón. Provincia de Ciego de Ávila. Mecanuscrito inédito.
- Toribio, L. y M. Rivero de la Calle. 1987. Consideraciones sobre la oclusión dentaria en un cráneo de aborígen de Cuba. *Simposium XLV. Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba*. Programas y Resúmenes. La Habana. p. 73.
- Toribio, L.; E. Vento; M. Rivero de la Calle y J. Lam. 1990. Paleopatología de los maxilares en el material osteológico de la cueva de Calero de Matanzas. *Congreso Internacional 50 Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba*. Programas y Resúmenes. La Habana, enero. p. 71.
- Torres, L. 2010. Caracterización de los vertebrados del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Zoología y Ecología Animal*. Facultad de Biología. Universidad de La Habana. 95 pp.
- Torres, L. y C. Arredondo. 2008. Presencia de la clase Osteichthyes en el sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. *IX Conferencia Internacional Antropología*. Instituto Cubano de Antropología. La Habana, Cuba. CD-ROM, 16p.
- Torres, P. y M. Rivero de la Calle. 1972. Paleopatología de los aborígenes de Cuba. *Serie Espeleológica y Carsológica* 32: 28p. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Travieso Ruiz, R.; D. Rodríguez; M. Rivero de la Calle y S. Marques. 1999. Estudio de los restos óseos humanos aborígenes encontrados en la Cueva del Perico I, Pinar del Río, Cuba. *Rev. Biología*, 13 (2): 88-94.
- Valdés, G. 2009. Estudio Craneométrico en Aborígenes Cubanos. *Tesis en Opción al Título Académico de Máster en Antropología*. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana. 75 pp.
- Vento, E. 1996. ¿Cambia la Historia? En: *Juventud Rebelde Dominicana*. P.11. Cuba.
- Vento, E. 2004. La treponematosi precolombina en Cuba. *Centro Provincial de Información de Ciencias Médicas*. Matanzas, Cuba, 10 p.
- Zepeda, F. 2008. Estudio Osteológico de los restos óseos humanos del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba. Campaña de excavación 2005. *Tesis de Licenciatura. Facultad de Biología. Universidad de La Habana*. 94 pp.

CAPÍTULO 3

•

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICO-CULTURAL DE LOS DESCUBRIMIENTOS EN EL SITIO ARQUEOLÓGICO DE LOS BUCHILLONES, PUNTA ALEGRE, CIEGO DE ÁVILA, CUBA

Juan Enrique Jardines Macías

Fotos y mapas: Pedro L. Cruz Rodríguez y José Cruz Rodríguez

Introducción

Para la ejecución del Censo Arqueológico Nacional de Cuba (1981-1983), (Rives y Febles, 1991), se dividió el territorio nacional en regiones y subregiones arqueológicas que presentan características físico geográficas similares y concentran asentamientos aborígenes de diferentes filiación cultural. Durante estos trabajos se definieron la Región Arqueológica Centro-Sur de Cuba (Dominguez, 1991), la Región Arqueológica Nororiental de Cuba, (Jardines y Guarch, 1996), la Región Arqueológica ocupada por el llamado Taíno de Cuba (Guarch, 1978) y la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba (Calvera, *et al.* 1996). Esta última abarca todo el territorio de las provincias de Camagüey y Ciego de Ávila y se caracteriza por la presencia de cinco áreas donde se agrupan sitios arqueológicos todos de filiación cultural agroalfarera. En esta región se encuentra ubicado el sitio arqueológico de los Buchillones (Fig. 1), a los 22° 23' de latitud Norte y los 78° 47' de longitud Oeste, específicamente en un territorio del litoral norte de la actual Provincia de Ciego de Ávila (Calvera, *et al.* 1996:63), limita al norte con la Bahía de Buenavista al sur con el Domo de Yeso de Punta Alegre, al oeste con el pueblo de Punta Alegre y al este con el central azucarero Máximo Gómez, a 35 Km. (en línea recta) de la ciudad de Morón (Fig. 2).

En 1983 y 1989 se realizaron sendas excavaciones de salvamento en Los Buchillones (Jardines y Calvera, 1999:44). Durante la excavación de 1989 se dio a conocer el descubrimiento realizado por dos pescadores residente en el poblado de Punta Alegre de piezas arqueológicas confeccionadas en madera en perfecto estado de conservación y concentrados en una laguna que estaba a unos 700 metros al

oeste del sitio, así como el reporte de un conjunto de postes en el mar relacionadas con posibles construcciones de madera (Torna, N. y P. Guerra, comunicación personal, 1989).



Figura 1. Vista parcial del sitio. Se pueden observar la línea de costa con la barra de arena, la laguna y las zonas de manglares

Las cifras de las piezas de madera reportadas en otros sitios arqueológicos de Cuba habían sido escasas en cantidad y variedad y por lo tanto su estudio había estado casi ausente en las investigaciones arqueológicas. Sin embargo y a pesar de esa limitante, muchos arqueólogos se han referido a estos hallazgos de forma general, clasificándolos a partir de la tipología y forma del objeto y asociándolos a diversos grupos culturales a partir del contexto arqueológico en que se habían encontrado (Rouse, 1942; Tabío y Rey, 1979; Martínez, 1995; Domínguez, 1991; Guarch, 1978, 1990; Pendergast, 1996b; Calvera y Jardines, 1999; Arrom, 1975; Edmund, 1916; Jardines, *et al.* 2009).

Estos descubrimientos condujeron a que la Delegación del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente de la Provincia de Ciego de Ávila cursara una invitación a arqueólogos del Museo Real de Ontario en Canadá para visitar el residuario y realizar conjuntamente con especialistas cubanos, un estudio de orientación y verificar la factibilidad de ejecutar un proyecto conjunto de investigación en el sitio.

En 1996 se firmó un convenio de trabajo entre el Museo Real de Ontario y la Delegación del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente de Ciego de Ávila, con la colaboración de la Dirección de Patrimonio Cultural en Ciego de Ávila y el Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA en Holguín, para ejecutar un proyecto de investigación que se extendió desde 1997 hasta el 2001.

En el 2003 se firmó un nuevo acuerdo institucional de colaboración por el profesor Peter Ueko, director del Instituto de Archaeology (IoA), Londres, de la Universidad College London (UCL) y Celso Pasos Alberti, Delegado del Ministe-

rio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente de Ciego de Ávila, para darle continuidad a los trabajos que se venían realizando en Los Buchillones desde 1997, ambos proyectos estuvieron bajo la direcciones de los doctores Jorge Calvera Rosés de la Delegación del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente de Ciego de Ávila y David Pendergast del Museo Real de Ontario y Juan E. Jardines Macías, Andres Bekerman y Elisabeth Graham al frente de la dirección técnica de las excavaciones desde 1997 hasta el 2001 por la parte cubana y canadiense respectivamente y Roberto Valcarcel y Jago Cooper por la parte cubana e inglesa a partir del 2003 (Valcarcel, 2006).



Figura 2. Ubicación del sitio arqueológico de Los Buchillones

En el presente artículo hacemos una valoración del aporte de los hallazgos en los Buchillones para el conocimiento histórico cultural de los grupos agroalfareros cubanos, a partir de la definición de la potencialidad arqueológica del yacimiento, su área de ocupación, relación que existe entre la parte seca del sitio y la laguna donde se hallaron los artefactos de madera, estratigrafía de la deposición cultural en diferentes condiciones (mar, laguna y franja de arena), la relación de las agrupaciones de postes con estructuras de diferentes tamaños y formas, variedad de técnicas utilizadas en sus construcciones y la caracterización del registro arqueológico.

Características del medio geográfico

El área donde se encuentra el sitio se caracteriza por ser una llanura marina formada por depósitos aluviales, parcialmente cenagosa, de textura arcillo limosos con vegetación de pastos, vegetación secundaria y bosque de mangle sobre suelos Gley Húmico, destacándose la degradación paisajística del entorno.

Contigua al sitio, se encuentra una laguna litoral, la cual está separada del mar por una estrecha barra arenosa, en ella aparecen pequeños esteros que permiten el intercambio de la laguna con el mar interior. Esta barra de arena ha ido sufriendo variaciones y transformaciones a lo largo de la evolución en el tiempo (Zúñiga, 2000:7). Análisis realizados sobre las fotos áreas del lugar a escala 1:10000 correspondiente al año de 1975 (Calvera, *et al.*, 2000:8), sirvieron para determinar la configuración exacta de la costa en estos años, siendo unos 70 o 75 metros más ancha que en la actualidad, pudiendo esta laguna no tener el tamaño actual en el momento de ocupación de los aborígenes.

El entorno del sitio estaba conformado, desde el punto de vista natural por un territorio costero típico, con una primera línea de costa dominada por una vegetación del bosque de mangle que representaba la primera barrera de protección de la costa contra la abrasión marina (Calvera, *et al.*, 2000:11) la cual puede convertirse en intensa en algunas épocas del año, generalmente con la entrada de los nortes, y el paso de tormentas y ciclones tropicales de gran frecuencia en nuestras costas.

La línea de costa mantiene escalones de erosión en algunas de sus partes superiores al metro y de acuerdo a las evidencias anteriores y entrevistas realizadas a viejos pobladores del lugar (Calvera, *et al.*, 2000:21), este territorio puede haber tenido un retroceso de la línea de costa por encima del metro por año. Un aspecto interesante es que durante una visita realizada a la zona en el año 1989, existía junto a la costa una construcción abandonada la que se hallaba enclavada en la tierra. En estos momentos, esta construcción se encuentra varios metros dentro del mar, lo cual da una idea de la velocidad del retroceso costero.

La geología del lugar se halla compuesta por depósitos palustres del Holoceno, que cubren toda la llanura costera. Estos depósitos se hallan compuestos restos vegetales, principalmente mangles, que se depositaron en un ambiente somero. Rodeando las elevaciones por el oeste, el sur y el este, existen depósitos eluvio – coluviales también de Holoceno, los cuales poseen un ambiente de deposición fluvial; mientras que en las márgenes del río Chambas, abundan los depósitos aluviales que mantienen la misma edad geológica (Trujillo y Vega, 1994).

Detrás de la línea de manglar, en el área de la llanura emergida hasta las estribaciones de las elevaciones de Punta Alegre se encontraban áreas boscosas conformadas generalmente por el bosque semidecídulo y bosques secundarios (Calvera, *et al.*, 2000:19). En la actualidad se puede apreciar con mucha claridad un franco proceso erosivo en el área litoral donde está enclavado el sitio arqueológico, determinado fundamentalmente por un retroceso acelerado de la línea de costa y la devastación de su vegetación original.

Resultados de las investigaciones

La historia de Los Buchillones se remonta a la década del cuarenta del siglo pasado en que el sitio es descubierto por el grupo de aficionado a la arqueología Caonao de Morón, provincia de Ciego de Ávila (Morales, 1950:8). Desde su descubrimiento fue visitado reiteradamente por aficionados a la arqueología, no solo de la provincia de Ciego de Ávila, sino también de territorios cercanos al lugar (Calvera, 1996:61). Durante estas excursiones se fue extrayendo del asentamiento gran cantidad de material arqueológico que fue a parar a colecciones particulares quienes las donaron posteriormente a los museos de la provincia. Todo este material solo es documentado en estas instituciones como perteneciente al sitio, pero no hay referencias del lugar específico que fueron encontradas, fecha u otro control, por lo que es posible encontrarlas en todos los museos de la provincia de Ciego de Ávila (Morales, 1950).

Los materiales arqueológicos obtenidos durante la excavación de 1983 no fueron ni cuantitativa ni cualitativamente representativo como para obtener resultados que permitieran integrarlos a un estudio global del área, ni como punto de referencia en la valoración del sitio. Una situación diferente se presentó con los resultados obtenidos en la excavación de 1989, al menos con la estratigrafía obtenida y la representatividad de la colección cerámica rescatada (Mesa, *et al.*, 1992), ambas excavaciones fueron dirigidas por el Dr. Jorge Calvera Roses y en la de 1989 colaboraron investigadores y técnicos del Departamento Centro Oriental de Arqueología de la Holguín.

No es hasta 1996 con la firma del convenio de colaboración entre la Delegación de CITMA de la provincia de Ciego de Ávila y el Museo Real de Notario de Canadá que se reanudan las investigaciones en Los Buchillones que contemplaron trabajos de exploración y excavaciones en el sitio.

Las exploraciones

A partir de 1997 se efectuó una extensa exploración en el sitio que se fue completando durante los trabajos de campos realizados. Concluida la fase de reconocimiento, se procedió de inmediato al levantamiento topográfico de toda el área (Jardines y Calvera, 1999), logrando una representación morfológica del mismo en todas sus magnitudes, comprobándose la presencia de una gran cantidad de materiales arqueológicos dispersos por un espacio de 1500 m por toda la línea de costa, desde el sector A al este del residuario hasta el sector F al oeste del mismo, y unos 50 m en el interior del mar frente a la zona E, F y D, donde se ubicaron fragmentos de cerámica, burén, sílex y piedra en volúmenes pulidos, cartografiándose los postes de madera que se encontraban en el mar (Jardines y Calvera, 1999) que por lo sugerente de sus formas, podrían estar relacionadas con estructuras de viviendas aborígenes (Fig. 3).

La proliferación de postes en la excavación de la estructura D2-6 en el 2004 (Valcarcel, *et al.*, 2006) que no fueron cartografiados en el plano de 1997, es

un fenómeno que estuvo presente en todas las unidades excavadas en el sitio, debido a que en 1997 o en la actualidad, resulta prácticamente imposible hacer una cartografía exacta de la ubicación de todos los postes y mucho menos de la formas de todas las agrupaciones, aunque en 1997 no solo se tomaron en cuenta los postes visibles o localizados en la superficie del mar, sino también muchos de los que estaban sumergidos (Bekerman, *et al.*, 1999).

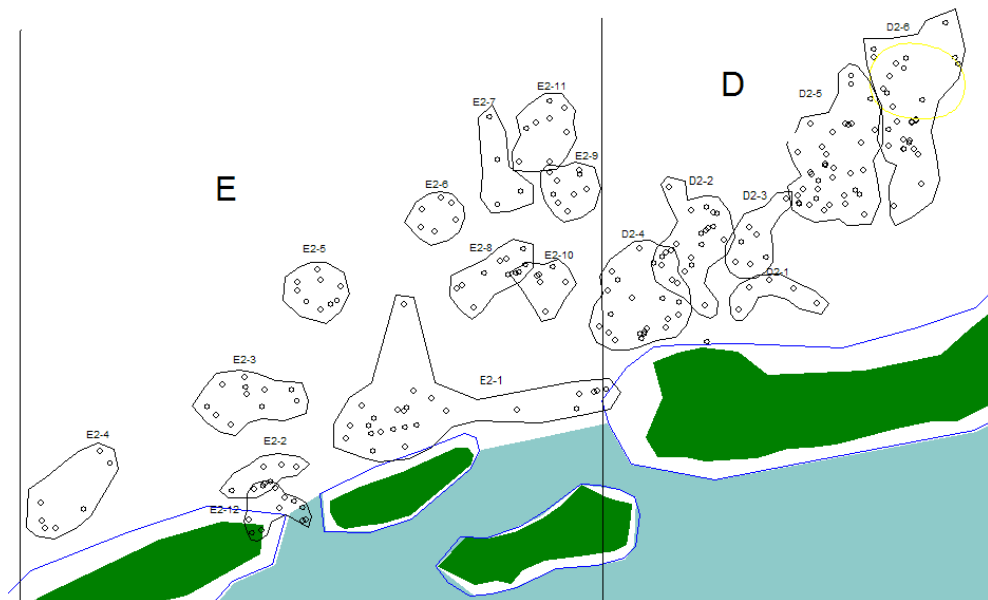


Figura 3. Plano el sitio donde se observan las concentraciones de postes

Los trabajos de exploración se continuaron en el 2004 con una visita a 28 cayos ubicados al norte de la bahía de Buena Vista (Cooper, *et al.*, 2006:68) encontrándose en los mismos muy poco material arqueológico, solamente cinco pequeños fragmentos de cerámica en algunas de las cuevas visitadas relacionados a artefactos diversos de concha y en una ocasión a restos dietarios y burén.

En Junio del 2008 se exploraron las cuevas reportadas hacia el sur del asentamiento conocidas como elevaciones de Punta Alegre para establecer las relaciones que podrían tener con el asentamiento en estudio y evaluar las características cársicas de esta zona (Guarch, *et al.*, 2008), efectuándose diversos trabajos de prospección de los cuales no se obtuvo material arqueológico, a pesar de los reportes de vecinos del lugar, de la recogida en algunas de ellas, de artefactos de concha, piedra, huesos y restos faunísticos asociados a comunidades aborígenes agricultoras cubanas (Torna, N. y P. Guerra, comunicación personal, 1998).

Del 15 de julio al 2 de agosto del 2010, tomando en consideración los resultados de las excavaciones de 1983, 1989 y 2001 así como el descubrimiento de un montículo funerario durante los trabajos del 2004 cercano a estas excavaciones, (Valcárcel, comunicación personal, 2012), se realizó un registro topográfico en el área seca del sitio que abarcó aproximadamente 441 544 metros cuadrados. A pesar

de la búsqueda por el terreno y la excavación en 7 de los 40 montículos que fueron controlados solo fue encontrado un fragmento de cerámica.

Las excavaciones arqueológicas

Metodología de trabajo

En todas las excavaciones se utilizaron procedimientos ajustados a las condiciones del plan de investigación excavándose en todos los casos en las dos dimensiones básicas, espacio horizontal y profundidad, de esta forma el área a trabajar se dividió en cuadrantes de diferentes tamaños, respondiendo a un procedimiento de ubicación por un par de coordenadas, localizando y registrando toda la información.

En profundidad, debido a que siempre se trabajó en suelo húmedo y que constantemente estaban alterando el área trabajada, se decidió excavar por separado el relleno de arena arrastrado por el mar y las dos capas de sedimentos identificados tanto en el mar como en la laguna, ubicando posibles áreas de cocción de alimentos, concentración de evidencia arqueológicas, espacios de habitación, disposición de los restos estructurales y objetos de madera.

Debido a que los contextos arqueológicos de Los Buchillones que se pretendían excavar estaban sumergidos en el mar y la laguna, se tuvo que diseñar y perfeccionar un sistema a utilizar para tales condiciones que permitiera el control de la información de las excavaciones teniéndose que construir un dique alrededor de las áreas a trabajar de manera que bloquearan el agua, decidiéndose ejecutar la idea propuesta por Pendergast y Bekerman (Pendergast, 1997) consistente en la construcción de un dique con sacos de arena cubierto por una capa de polietileno (Pendergast, 1997; Jardines y Calvera, 1999:49) y luego extraer el agua represada dentro de los diques, trabajando siempre con una entrada constante de agua que aumentaba a medida que se profundizaba en las excavaciones, haciendo muy difícil determinar la profundidad y ubicación exacta de los hallazgos por la alteración permanente que se producía durante los trabajos de prospección.

Las excavaciones se realizaron, en todos los casos a mano para definir la estratigrafía, control de las evidencias arqueológicas y el registro de las estructuras constructivas. Todos los sedimentos que se extraían de las excavaciones eran lavados y los materiales recuperados eran catalogados en el campo y referenciados al año de la excavación, la unidad excavada, el cuadrante, su distribución espacial y el caso que fue posible su profundidad, los materiales luego de contabilizados e inventariados eran entregados a la dirección de patrimonio de la provincia de Ciego de Ávila, para su conservación y posterior estudio.

Estratigrafía del sitio

Durante los trabajos de campo se pudo identificar una estratigrafía caracterizada por un relleno de arena depositada por el arrastre del mar que alcanzó dife-

rentes profundidades en las áreas excavadas y dos capas de sedimentos que se describieron como capa 1 y capa 2 (Jardines, 1997, 1998, 1999, 2001; Jardines y Calvera, 1999; Pendergast, *et al.*, 2003; Valcarcel, 2004; Valcarcel, *et al.*, 2006). Esta estratigrafía también fue reportada durante la investigación realizada por especialistas del grupo de dinámica costera del Centro de Investigaciones de Ecosistemas Costeros de Cayo Coco en la laguna y la bahía de Buena Vista (Zúñiga, 2000:9).

La capa 1, estaba formada por un sedimento arcilloso con material orgánico en descomposición, restos marinos y tierra de color negrusco. Las evidencias que aquí aparecen han sido arrastradas por el mar; en el caso de la cerámica se observa una gran erosión, que en muchos casos deja al descubierto su pasta y temperante, y los artefactos de madera se encontraron en muy mal estado de conservación.

La capa 2, esta constituida por un sedimento de color grisáceo, compuesto fundamentalmente por material arcilloso y en menor medida arena y restos marinos, muy fértil en evidencias arqueológicas, los materiales encontrados durante las excavaciones no presentaban la erosión ni el desgaste producido por el movimiento y arrastre del mar. En esta capa de sedimentos arcilloso, predominan las condiciones anaerobias donde se mantiene un PH relativamente bajo que oscila entre 6.97 y 7.22 que ha permitido durante muchos años la descomposición lenta de la materia orgánica y por lo tanto mantenido el excelente estado de conservación de todas las piezas de madera encontradas en este medio (Zúñiga, 2000:11).

La campaña de 1997

Desde el 27 de enero al 17 de febrero de 1997 se ejecuto la primera excavación ubicada en el área de la laguna de donde se habían extraído la casi totalidad de los artefactos de madera por los pescadores Nelson Guerra y Pedro Torna (Pendergast, *et al.*, 2003:25), denominándose unidad de excavación E1 (Jardines y Calvera, 1999). La zona seleccionada consistió en un área de de 24.30m de largo y 15 metros de ancho en su centro, su parte norte la cubría la franja de arena que separaba la laguna del mar y su parte sur una franja de arena que había sido depositada por el mar. El dique construido en esta oportunidad tenía en su cara este una longitud de 23,70 metros y el que cerraba el lado oeste 10,90 metros, el área prevista para ser trabajada se dividió en 20 cuadrantes de 5m² cada uno, trabajándose los cuadrantes 13, 14, 15 y 16, (Fig. 4) excavándose solamente hasta una profundidad de 1,06m (Jardines, 1997). En todos los cuadrantes, la franja de arena la capa 1 mostró muy poco material arqueológico, mientras que la capa 2 se comporto más fértil en cantidad y variedad de evidencias arqueológicas, artefactos de madera y restos de construcción.

Las excavaciones comenzaron por el cuadrante 15, en la capa 2 había una alta concentración de cerámica, concha, resto de fauna, artefactos de concha, piedra y muchos fragmentos de maderas largas y gruesas que fueron encontradas acostadas en la excavación y otras de formas cilíndricas que formaron parte de las paredes de las viviendas aborígenes de las Antillas (Fernández de Oviedo, 1953:63; Las Casas, 1951:214).

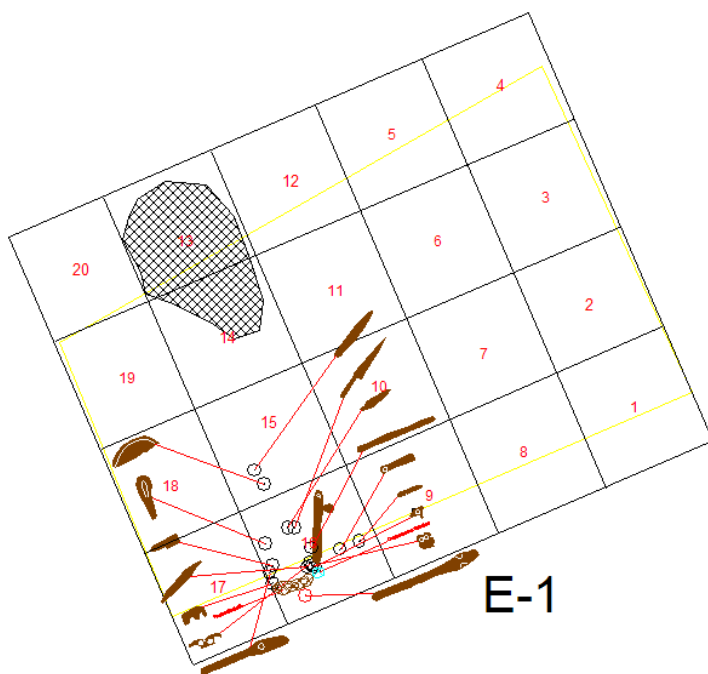


Figura 4. Plantas de la excavación de 1997. Las áreas sombreadas representan concentración de fauna, cerámica, concha y piedra

También aparecieron un fragmento de plato de madera a 0,75m de profundidad en excelente estado de conservación, un objeto alargado de perfil cilíndrico con un extremo aguzado y punzante de madera a 94cm de profundidad y un mango de hacha a 99cm de profundidad, fragmentos de sílex, huesos de animales, conchas y un fragmento de mayólica de forma triangular y bordes biselados con una decoración no reconocida dentro de la mayólica temprana clasificada en sitios cubanos (Goggin, 1968; Domínguez, 1964).

En el cuadrante 16 además de mucho material arqueológico se encontraron 10 objetos de madera; cinco de ellos alargados con perfil cilíndrico y con extremos aguzados y punzantes con superficies alisadas y en buen estado de conservación, el primero de ellos a una profundidad de 94cm de profundidad con uno de sus extremos más delgados y con una longitud de 30,8cm, el segundo a 86,4cm de profundidad con una longitud de 22cm, el tercero a 85cm de profundidad con una longitud de 15,3cm, el cuarto a 108 cm de profundidad, con una ranura hacia uno de sus extremos y con una longitud de 19,9cm y el quinto a 75cm de profundidad y con una longitud de 19,5 cm. Hay dos mangos de hachas, uno a una profundidad de 99 cm, con una longitud de 22cm con su superficie muy alisada y sus extremos presentan huellas de cortes y con una longitud de 22cm, el segundo a una profundidad a 93cm y con una longitud de 33cm, hay un fragmento de madera aplanado de 13,9cm de largo, pero que presenta en uno de sus extremos una perforación bicónica confeccionado un artefacto cilíndrico con una punta cónica en uno de sus extre-

mos de 38cm de longitud y el fragmento de un artefacto puntiagudo de 32cm de longitud.

En los cuadrante 13 y 14 se presentó una alta concentración de fragmentos de cerámica, huesos de animales, conchas y carbón, restos de peses, quelonios y sílex, identificándose una lasca de sílex retocada en uno de sus bordes de mediano tamaño, una lamina de pequeño tamaño con retoque en su borde de ataque y una lasca retocada en todo su perímetro de gran tamaño.

La campaña de 1998

Entre el primero y el veintidós de mayo de 1998 se efectuaron tres nuevas excavaciones en el sitio, una sobre la franja de arena que separa la laguna del mar llamada D-1 que consistió en un cuadrante de 5x5 m², la segunda en la parte seca del sitio (zona A), llamada A3 que comprendió un área de 5 x 5 m dividida en 25 cuadrantes de 1m² excavándose los cuadrantes 1, 5, 21 y la tercera se planificó dentro del mar, al borde de la agrupación de postes (D2-1) para lo cual hubo que represar un área cuya base era de 25m de extensión por la línea de la costa, con un radio de 12,5m de su centro al extremo del dique construido (Jardines y Calvera, 1999). El área represada se dividió en 15 cuadrantes cuyos lados tuvieron diversas dimensiones.

En la excavación de D-1, luego de ser retirada la franja de arena solo se pudo excavar hasta los 72cm de profundidad, apareciendo las dos capas estratigráficas reportadas durante la excavación de 1997, con un comportamiento muy similar en relación a la variedad y frecuencia de aparición de los materiales arqueológicos.

En la unidad de excavación ubicada en el área seca del sitio (A3), los tres cuadrantes excavados tuvieron una estratigrafía muy similar; un tapón vegetal en los primeros 10 o 15cm, una capa amarillenta denominada capa 1 de 25 o 30cm de profundidad rica en evidencias arqueológicas y por debajo de ella una capa 2 constituida por una tierra amarillenta estéril arqueológicamente.

Los sucesivos descubrimientos de elementos de madera en los cuadrantes 9, 3 y 13, de la excavación de D2-1, unido a la alta concentración de artefactos de diferentes industrias (concha, cerámica y piedra) que aparecen en la capa 2 hicieron que se decidiera excavar simultáneamente el resto del área marcada (Fig. 5). Hacia la parte noroeste de la excavación además de las varas o alfardas que se colocaban sobre la solera principal para conformar el esqueleto del techo, se rescató una gran cantidad de restos de fauna, fragmentos de cerámica y madera quemados que hacían pensar en una zona destinada para la preparación y cocción de alimento que se extendía por los cuadrantes 9, 8 12 y 1, aflorando también más postes de los que se habían controlado durante las exploraciones en 1997 (Jardines, 1998), descubriéndose al final de la excavación los restos de una construcción de madera de planta circular (Jardines y Calvera, 1999), El flujo del agua por debajo del dique hizo imposible continuar la excavación alcanzando solamente una profundidad de 65cm, sin embargo, un examen manual de la madera que están por debajo de los restos de esta construcción, nos permitió calcular más de 0,50m de deposición arqueológica virgen (Jardines y Calvera, 1999).

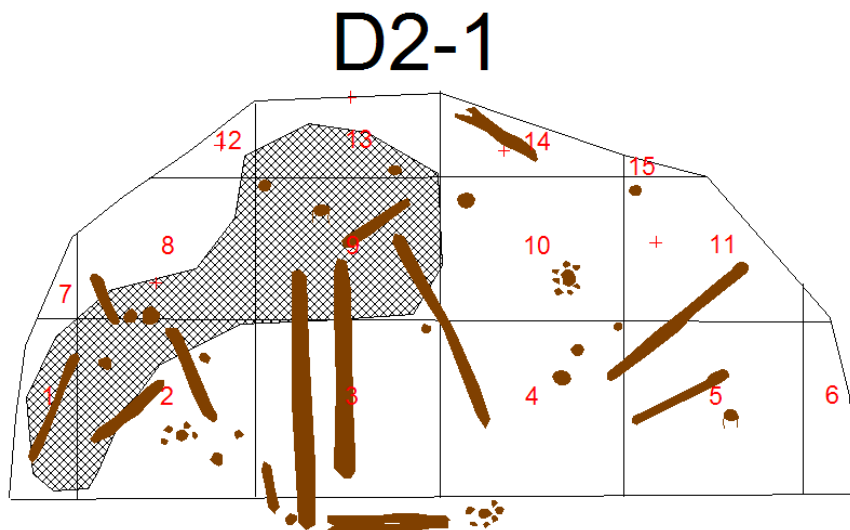


Figura 5. Planta con la excavación de 1998. Las áreas sombreadas representan concentración de fauna, cerámica, concha y piedra

La campaña de 1999

La tercera campaña de trabajo de campo se realizó del 7 de febrero al 1 de marzo de 1999. En esta oportunidad se decidió realizar la excavación nuevamente en la laguna investigada en 1997 (Pendergast, *et al.*, 2003) denominándose unidad de excavación E3. Al igual que en la excavación de 1998, aparecen en esta ocasión postes de diversos diámetros distribuidos por el área, fragmentos de madera de forma cilíndrica y de diversos tamaños, así como vara o alfardas de 1,5 metros hasta 4 metros de largo (Fig. 6), pertenecientes a una estructura de planta rectangular (Pendergast, *et al.*, 2003:26). Esta estructura se concentro del centro hacia el extremo NE de la excavación, disminuyendo hacia el extremo SE (Pendergast, *et al.*, 2003: 26), donde se produce un aumento en la frecuencia en la aparición de restos faunísticos, (quelonios, peces, pinzas de cangrejos, conchas) y huesos de jutias, además de mucho carbón que hacen pensar en la presencia de restos de una área cocción de alimentos que se extiende por los cuadrantes 23, 24 30 y 31 (Fig. 7) rescatándose en esta oportunidad también un mango de hacha en el cuadrante 23 a una profundidad de 42cm en buen estado de conservación y de 38cm de largo (Jardines, 1999).

La campaña del 2001

En esta oportunidad se excavaron tres nuevas unidades (Jardines, 2001), una de ella se ubico en la laguna y fue denominada E4-L, al norte de esta unidad y sobre la franja de arena se marcó la segunda unidad de excavación que se llamó E4-F, y la tercera unidad se ubico en el mar, denominándose unidad de excavación E2-12 (Fig. 7).



Figura 6 A y B. Restos de la construcción descubierta en 1999.

Se observan varas o alfardas que forman parte de las estructuras de los techos, postes y restos de las paredes de la estructura

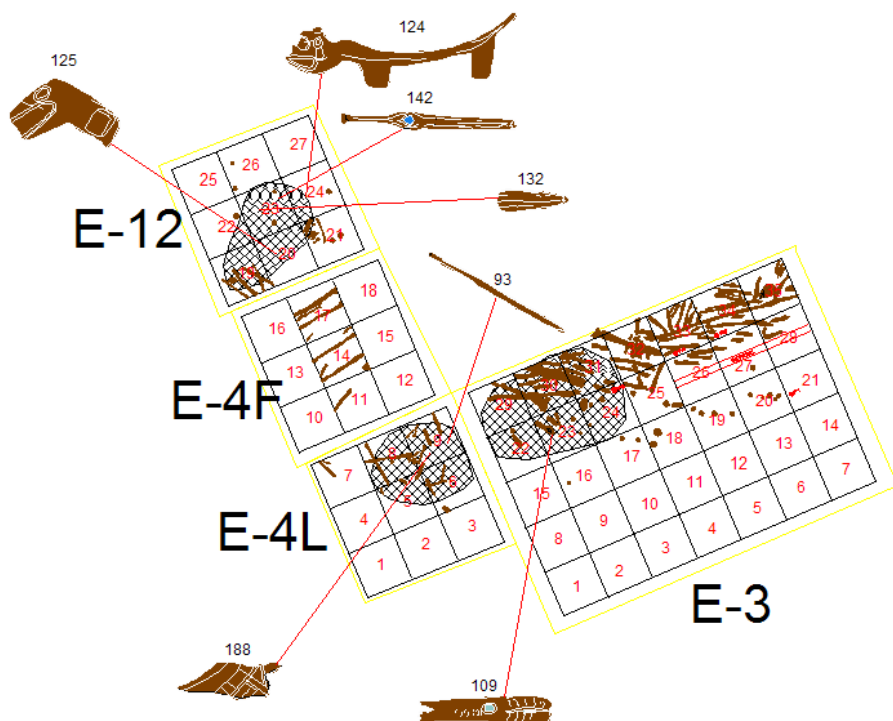


Figura 7. Plantas de las excavaciones de 1999 (E3) y 2001 (E4-L, E4-F y E-12). Las áreas sombreadas representan concentración de fauna, cerámica, concha y piedra

La unidad E4- L, se dividió en 9 cuadrantes de 2m cada uno comenzándose a excavar por el cuadrante 9 con una alta concentración de carbón asociado a restos de fragmentos de cerámica, burén, raspadores de concha, conchas trabajadas, sílex, restos de jutia, iguana y quelonios en la capa 2. En este cuadrante hacia su esquina SE fue encontrado un fragmento de bandeja y un objeto alargado de perfil cilíndrico con un extremo aguzado y punzante por uno de sus extremos (Jardines, 2001) y resto de material de la cobija del techo como el identificado durante la excavación de 1998 (Jardines y Calvera, 1999:50).

En el cuadrante 7 la capa 2 se presentó nuevamente con una alta concentración de material arqueológico, fragmentos de cerámica, burén, artefactos de concha, sílex, restos de jutia, iguana, quelonios y vértebras de peses. A una profundidad de 0,37cm se encontró un fragmento de bandeja de madera decorada en uno de sus bordes. En el cuadrante 8 en la capa 2 aparece abundante material de cerámica, sílex, concha y muchos restos faunísticos, que disminuyen en los cuadrantes 5 y 6.

Los cuadrantes 1, 2, 3 y 4 prácticamente fueron estériles. Los postes, fragmentos de madera para forrar las paredes, cujes y algunas piezas largas parecen estar más relacionados con la estructura de 1999. La alta concentración de restos faunísticos y carbón que están hacia el noroeste de la excavación parecen ser una continuación del fogón de la excavación de la unidad E3. En esta excavación solamente fue posible alcanzar 40cm de profundidad por la penetración del mar que mantenía ya inundada la excavación.

La unidad E4-F se ubicó a continuación del extremo N de la unidad de excavación E4-L, tenía 6 por 6 metros cuadrados dividiéndose en 9 cuadrantes de 2 metros cuadrados cada uno numerados del 10 al 18. Durante la excavación, por debajo de esta franja de arena de 0,20cm de espesor, la deposición arqueológica presentó una estratigrafía similar al resto de las excavaciones, hallándose en los tres cuadrantes restos de otra construcción.

La tercera excavación de esta temporada se realizó en el mar y se ubicó a partir de la esquina NE de la unidad E4-F, nombrada E2-12, dividiéndose en 9 cuadrantes de 5 metros cuadrados cada uno que solo fueron posible de excavar hasta una profundidad de 65cm, con la excepción del cuadrante 22 que alcanzó una profundidad de 1,68cm y de donde fue extraído uno de los postes. En este cuadrante no había relleno de arena arrastrada por el mar, pero se identificaron tres capas naturales; la capa 1 que alcanzó un espesor de 35cm, la capa 2 de 1,15cm de espesor y una capa 3 formada por arena de 18cm de espesor.

En general nuevamente la capa 2 fue muy rica en evidencias culturales, restos de fauna y madera en todos los cuadrantes. En el cuadrante 19 aparecieron fragmentos de cerámica, burén, carbón, vértebras de peces, huesos de jutias, restos de quelonios y conchas trabajadas. En el cuadrante 21 se encontró abundante fauna y cerámica incluyendo una vasija casi completa que tenía en su interior huesos de quelonios quemados y fragmentos grandes de burén y dos colgantes de oliva, en el cuadrante 24 se rescató un dujo muy pequeño y en buen estado de conservación y en el 23 dos piezas de madera una imitando la forma de un hacha petaloide y la otra imitando la forma de una daga. Del cuadrante 24 hasta el 27 disminuyó la frecuencia de aparición de los materiales culturales y faunísticos pero aparecieron otros postes que no habían sido cartografiados en 1997.

La campaña del 2004

Entre enero y febrero del 2004 se realizó una excavación en uno de los conjuntos más orientales de los postes de madera descubiertos y sumergidos en el mar (Valcárcel, 2006), ubicada a más de 12.0 metros al norte de la barra de arena y

a 44 metros al noroeste del canal de entrada a la laguna, a esta unidad de excavación se le denominó D2-6 (Fig. 8). En estas excavaciones se trabajaron todos los postes de la agrupación sobre los cuales se hizo un estudio de los posibles vínculos estructurales y aspectos constructivos (Valcárcel, 2006).

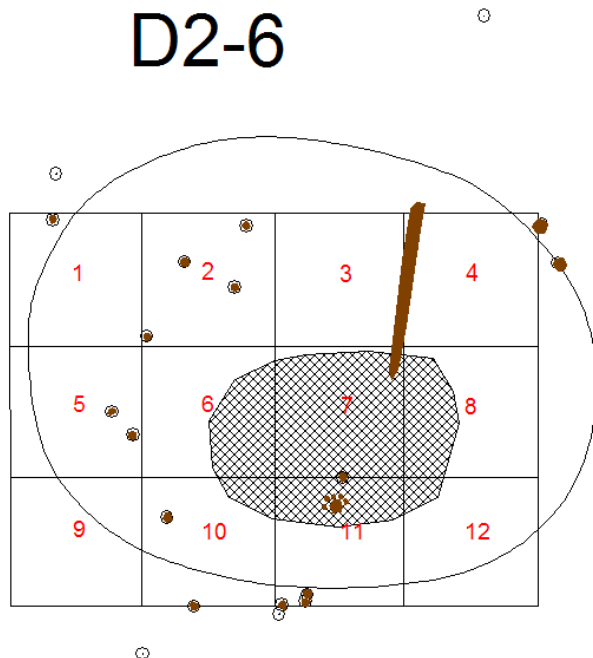


Figura 8. Planta de la excavación del 2004. Las áreas sombreadas representan concentración de fauna, cerámica, concha y piedra

Nuevamente la estratigrafía mostró las dos capas naturales controladas en las excavaciones anteriores, concentrándose las evidencias culturales y los restos constructivos en la capa 2. El extremo sur de la excavación se relacionó con un área de preparación y consumo de alimentos por la presencia de cerámica, pequeñas piezas de madera y algunos huesos de quelonios, descubriéndose en esta ocasión los restos de otra construcción de madera en esta oportunidad de forma oval y cinco nuevos objetos de madera en buen estado de conservación (Valcárcel, 2006:84-85).

Clasificación y análisis del registro arqueológico

La clasificación y caracterización del registro arqueológico del sitio se realizó sobre la base de una colección de evidencias compuesta por 3221 fragmentos de cerámica pertenecientes a las excavaciones de 1989, 1997, 1998, 1999 y 2001, 320 artefactos de piedra tallada y 24 de piedra en volumen que se corresponde con el material lítico rescatado en la excavación de 1998 (Febles, 2002) y 335 artefactos de concha también rescatados en esta excavación.

El esquema de clasificación de la cerámica se realizó a partir de una propuesta basada en la experiencia cubana en el trabajo con la cerámica de los grupos agricultores cubanos (Rouse, 1942; Tabío y Guarch, 1966; Guarch, 1972; Trincado, *et al.*, 1973; Jardines, 1985; Calvera, 1990; Valcárcel, *et al.*, 1995), combinándose con un sistema de catalogación desarrollado por el Dr. G. Smith (1983 y 1991) para el análisis de la cerámica Iroquesa, del que surgió un sistema de catalogación para la cerámica de los aborígenes de Cuba en soporte electrónico utilizado en estos estudios (Bekerman, Calvera y Jardines, 1997).

El análisis del material lítico se fundamentó en los estudios sobre la temática elaborada por J. Febles (1987-1993) para la industria de la piedra tallada de Cuba y el estudio de Kozłowski y Ginter (1993). Para las industrias de piedra en volúmenes pulidos se usó la lista tipológica elaborada por Febles y Rives (1993). El análisis de la colección de concha se utilizó la metodología elaborada por Dacal (1978) y la lista tipológica de la industria de concha de los aborígenes de Cuba y las Antillas de Izquierdo (1995).

La cerámica

Esta cerámica no tiene colorante aplicado intencionalmente en la superficie, como el baño rojizo que presenta en pequeña proporción la cerámica tempranas de la Costa Sur de Oriente, ni la pintura blanquecina que exhiben unos pocos objetos ceremoniales de la cerámica tardía del grupo taíno del extremo oriental de Cuba (Martínez Arango, 1998), ni la presencia de engobe observada en algunos fragmentos de la cerámica de los grupos agroalfareros de la región centro oriental de Cuba, (Jardines, *et al.*, 1985). El color pardo oscuro, como tonalidad más común sus superficies exteriores, es frecuente en la alfarería aborigen del Centro-Oriente de Cuba y de los denominados subtaínos medio (fines del siglo XII a primera mitad del XIII), de la región de Santiago de Cuba (Martínez Arango, 1998). En el caso de la cerámica de Los Buchillones y la de la Región Centro-Oriental de Cuba coinciden también en poseer tonalidades del color pardo claro en sus superficies interiores.

La textura de la superficie de las vasijas presenta buen acabado y son muy alisadas en sus caras interior y exterior. También presentan muy baja frecuencia de defectos, es muy similar a la cerámica de la parte centro oriental del país y el subtaíno medio del sur de Oriente, y se diferencia de la cerámica del centro sur de Cuba que se caracteriza por presentar un alto por ciento de defectos en sus superficies, cuenta con muchas protuberancias y desniveles y muchas manchas de cocción (Domínguez, 1991).

La textura de la pasta resultó muy compacta, con un adecuado amasado del barro y el trabajo con la arcilla que permitió obtener pastas poco porosas. Comúnmente se utilizaron antiplásticos o temperantes compuestos por concha y tiestos de barro molidos, arena y rocas trituradas (cuarzos y calizas) en diversos tamaños, predominando los temperantes finos. Los reportes de los estudios cerámicos de la parte Centro-Oriental, del sur de Oriente y de la porción Centro-Sur del país apuntan a significar un barro bien cocido a temperaturas mayores a 800⁰C, muy oxige-

nada en una atmósfera oxidante. Solamente la cerámica de los grupos agroalfareros tempranos del sur de Oriente y la de Los Buchillones presentan una cocción no controlada, en atmósfera reducida a una temperatura menor a 800^oC.

A partir de la orientación de los bordes se lograron reconstruir 226 vasijas, que en un primer nivel se clasificaron en vasijas abiertas ó cerradas (Lumbreras, 1987), en un segundo nivel clasificatorio se determinó las formas de vasijas a partir del perfil de las mismas (Agüero y Valcárcel, 1994), dentro de cada una de estas formas se definió otro nivel clasificatorio estableciendo tipos de vasijas que comúnmente han sido utilizados en los estudios cerámicos de Cuba (Guarch, 1987; Mesa, 1992) y a partir de las variaciones que presentaban los atributos de sus contornos dirección del borde, tamaño del espaldar, perfil del cuerpo y las paredes de los recipientes y su profundidad en 23 subtipos de vasijas (Agüero y Valcárcel, 1994; Mesa, *et al.*, 1992; Jardines y Martínez, 2001).

El 60.5% de las vasijas reconstruidas fueron cerradas, solo el 20.6% de estas vasijas tienen formas globulares o semiesféricas el resto son angulares. El 39.5% fueron vasijas abiertas, el 89.60% de formas semiesféricas y el 10,40% de formas rectangulares. Los tipos más comunes en las vasijas cerradas fueron las ollas y los cuencos y en las vasijas abiertas las escudillas y los potes. No están presentes ni las botellas ni las vasijas efigies, aunque estas son más representativas de los llamados Tainos del extremo oriental de Cuba. La media del diámetro de la boca en vasijas abiertas y cerradas es de 200 a 300mm y sus profundidades de 100 a 200mm, no se pudo comprobar una correspondencia entre diámetro de la boca de las vasijas y sus profundidades, en este ultimo caso muy pocas vasijas tienen mas de 200mm de profundidad.

La presencia de decoraciones en la colección estudiada sólo representa el 3,8%, 167 fragmento en total, de estas 104 fueron asas (62,27%) y el (37,72%) algún tipo de decoración incisa en paneles. En esta colección existen algunos tipos de asas que se repiten con bastante frecuencia, predominando las asas de cornamusa, algunas de ellas con un diseño almenado que aparecen con bastante regularidad en pares a ambos lados de la vasija. Las asas de barbotinas sobresalen también del resto de la colección, presentando en ocasiones diseños almenados y forma sigmoideal aplicado al cuerpo de la vasija y asas tabulares simples con diseños zoomorfos y antropomorfos (Jardines, *et al.*, 1985).

Las decoraciones incisas aparecen en los espaldares de las vasijas, son muy simples observándose algunos diseños combinados por dos o más motivos. Es significativo señalar, que en el caso del punteado aparecen en línea sobre el borde de la vasija o sobre gruesos rebordes exteriores, que asumen una posición decorativa en los ceramios. Las tiras aplicadas con diseño sigmoideal están usadas como elemento decorativo en los cuerpos de estas vasijas muchas veces terminando en diseños de miembros combinados con otras decoraciones, que en muchos casos representan figuras humanas estilizadas. Es común ver estas tiras imitando un antifaz conteniendo sendos ojos en grano de café.

La industria lítica

Los artefactos de piedra tallada fueron elaborados fundamentalmente en jaspe, pedernal, cuarcita, calcedonia y chert. Se clasificaron 136 artefactos representativos de cuatro tipos de industria distintas (Febles, 2002:10), macroindustria, mesoindustria, de pequeñas dimensiones y microlítica. Estos artefactos tienen retoques abruptos, semiabruptos, aplanados, semiaplanados, de golpe de buril, de muescas, denticulado y esquirlado con los cuales se pudieron realizar diferentes funciones; alisar, raspar, raer, cortar, punzar, perforar y astillar. La mayoría de estos artefactos fueron utilizados en la elaboración de materias primas u otros medios de trabajo y el resto en la preparación de alimento o relacionadas con alguna actividad subsistencial (Febles, 1993).

Géneros de artefactos

1. Raspadores: 6
2. Buriles: 11
2. Láminas retocadas: 6
3. Láminas con borde dorsal romo (cuchillos): 1
4. Láminas y puntas con espiga ó pedunculadas: 3
5. Micropuntas y otras herramientas en laminillas: 6
6. Perforadores: 29
7. Raederas: 8
8. Lascas y otras piezas pedunculadas. 32
9. Lascas con muesca ó muescas: 9
10. Lascas con retoque inverso o ventral:8
11. Lascas retocadas dorsalmente:9
12. Herramientas de núcleo: 4
13. Piezas esquirladas ó cuñas:3
14. Núcleos subdiscoidales: 3
15. Núcleos prismáticos: 2
16. Núcleos globulares: 5
17. Resto de taller: 174

A pesar que la industria de piedra en volumen es uno de los elementos diagnóstico fundamentales de las comunidades agricultoras cubanas, en las excavaciones realizadas en Los Buchillones, está muy pobremente representada correspondiéndose con un conjunto de guijarros utilizados sin manufactura previa (Febles y Rives, 1993; Jardines, 2001). Durante años se recogió del sitio una gran cantidad de variedad de instrumentos confeccionados en piedra en volúmenes pulidos típicos de esta industria que obran en custodia de los museos de la provincia de Ciego de Ávila, según constan en la documentación de estas instituciones, tales son los casos de las hachas petaloides, los buriles, majaderos, morteros, pulidores, etc.

El estudio del material de concha marina permitió identificar 277 instrumentos que se correspondían con:

1. Raspadores: 188
2. Punta de penetración: 29
3. Puntas de impacto: 16
4. Cucharas de *Strombus* sp: 2
5. Martillos de labio de *Strombus* sp: 1
6. Martillo con tubería y espira de *Strombus* sp: 1
7. Pico de mano en *Strombus* sp: 15
8. Cuentas de *Oliva reticularis*: 6
9. Pendiente sonajero en *Oliva reticularis*: 6
10. Cuentas de *Oliva reticularis*: 6

Los raspadores, picos de manos y puntas de impacto y de penetración son los artefactos mas abundantes en la colección, ausente del material estudiado están las denominadas gubias que constituyen la mayor variedad de tipo de artefactos entre los agroalfareros cubanos. Entre los usos estimados para estos tipos y a diferencia de lo artefactos de piedra tallada, la mayoría fueron utilizado en la preparación de alimentos (71.21%) y el resto en la elaboración de materias primas u otro medio de trabajo (28,79) (Jardines, 2001). A pesar de lo abundante y variado que son los objetos usados como adornos corporales o con un significado ceremonial en concha, dentro del ajuar de estas comunidades durante las exploraciones y las excavaciones solamente se recuperaron seis cuentas y seis pendiente sonajeros todos en *oliva reticularis*.

Consideraciones finales

Los descubrimientos de los artefactos de madera en 1989 en la laguna, a unos 700 m al W del área seca del sitio y los resultados de las exploraciones y excavaciones a partir de 1997 permiten que hoy estemos hablando de toda un área arqueológica asociada a un poblamiento aborigen extenso de una permanencia en el lugar por más de 400 años, con un sistema habitacional y características socioeconómicas muy específicas que los distingue del resto de los residuarios arqueológicos de igual filiación cultural en el país.

Este sitio se ubicó paralelo a la línea de costa sin una disposición regular ni un patrón fijo para la disposición de las construcciones dentro del área de habitación (Guarch, 1978; Samson, 2007; Tabío y Rey, 1979), con un posible momento inicial de ocupación en el siglo X d.n.e en el extremo este del sitio, produciéndose un desplazamiento y un movimiento de la comunidad hacia el W tomando en consideración que los fechados de los restos de viviendas descubiertas en 1998 y en 1999 ubican estas construcciones de los siglos XIV al XVII d.n.e. (Pendergast, et. al., 2003), constituyendo la laguna y el resto del área explorada un mismo yacimiento arqueológico de donde han sido extraídos todos los artefactos de madera, cerámica, lítico, concha, restos faunístico y de estructuras constructivas que constituyeron una novedad en el panorama arqueológico de Cuba y en el Caribe en el orden cuantitativo y cualitativo. El otro moviendo ocupacional debió producirse de norte a sur según se iba produciendo la erosión de la línea de costa y el estrechamiento y desplazamiento de la franja de arena.

A pesar de la ausencia de fechados absolutos en la provincia de Camagüey y Ciego de Ávila, las características físico-geográficas y la extensión territorial de las provincias orientales y centrales permitieron asimilar un proceso de ocupación en estos territorios por grupos aborígenes agricultores venidos desde el extremo oriental del país sin que ello trajera como consecuencia problemas de explosión demográfica o conflictos territoriales, por lo que el área pudo haberse poblado en su fase más temprana por poblaciones que se trasladaron usando la vía marítima por la costa norte o atravesando los territorios centrales y orientales del país o utilizando ambas vías hasta llegar a Los Buchillones.

Los aborígenes asentados en este sitio realizaron travesías a los cayos ubicados al norte donde pudieron obtener alimentos a través de la caza y la pesca y utilizar las cuevas como refugios temporales (Cooper, *et al.*, 2006:70), demostrando la capacidad de moverse por el área a través de la navegación, mediante la cual pudieron ponerse en contacto con otras comunidades asentadas en otras partes de este territorio e incluso trasladarse en proceso migratorio por estas vías hasta otro punto en la costa o el interior de la región.

La ubicación respecto al mar del residuario arqueológico y las características físico-geográficas de su entorno definieron en esta comunidad las variaciones e intensidad con que explotaron el medio natural. A través del estudio de los restos faunísticos procedentes de las excavaciones (Rodríguez, 1989; Pérez, y Jardines, 2004) se pudo determinar que además de que practicaran la agricultura, desarrollaron una explotación económica intensa del medio circundante, que elevó la pesca y la recolección marina a actividades fundamentales en su gestión económica dependiente de la fauna, lo que significó una forma de sustento estable para la comunidad que se asentó en el lugar y que todavía en la actualidad representa el mayor renglón económico de la población existente.

La variedad tipológica y funcional de la industria de piedra tallada de Los Buchillones, reúne en sí misma todas las tradiciones en el trabajo y funciones observadas en las comunidades aborígenes cubanas, al igual que los artefactos de conchas derivados de una larga especialización de los grupos precerámicos cubanos en la recolección de conchas marinas para su alimentación y la confección de artefactos, convirtiéndose en un elemento nuevo del ajuar de estas comunidades.

Las características tecnológicas y estilísticas de la cerámica presentó atributos distintivos de la alfarería estudiada en otras regiones del país, algunas de ellas asociadas a la forma de hacer cerámica de los aborígenes agroalfareros asentados al W de la Bahía de Santiago de Cuba y de la parte nororiental que han sido ubicados cronológicamente en un estadio medio del desarrollo de estas comunidades, entre los siglos XII y XIII, presentando elementos decorativos incisos con una combinación de motivos muy similares a los utilizados en cerámicas de grupos más tempranos, así como por una alta presencia de aplicaciones de tiras sigmoidales en el cuerpo de la vasija combinadas con una mayor frecuencia de aparición de asas como elementos decorativos sin que estas alcanzaran el tamaño, la complejidad estilística y diseños decorativos zoomorfos y antropomorfos de las asas del nororiental y centro sur de Cuba.

Esta manufactura y los elementos decorativos de la cerámica de Los Buchillones se encuentran en la cerámica de estilo meillacoides caribeños y las formas de sus vasijas, a pesar de no presentar "...botellas o potizas de gran tamaño, e incluso recipientes con formas escultóricas...", la complejidades y variaciones en sus formas son muy similares a las vasijas del llamado subtaíno del oriente de Cuba. Coincidimos con Knight y Valcárcel (2011) que se dificultó la posibilidad de establecer una correspondencia entre la información etnográfica y usos de estos recipientes a partir de sus formas, pero sí que indudablemente responden a necesidades funcionales específicas que pudieran estar concatenadas con el almacenamiento de líquidos o sólidos para su conservación, así como su utilización en ceremonias y ritos religiosos en el caso de aquellas vasijas con un alto nivel de decoraciones o en la preparación y cocción de alimentos como el de las vasijas reconstruidas de la excavación de este sitio en 1989, que en su mayoría fueron extraídas de áreas de fogones notándose su utilización directa al fuego (Mesa, *et al.*, 1992:8).

Los resultados de la caracterización de estos materiales son indicadores de la presencia de evolución tecnológica o de transferencia de conocimiento en los aborígenes de Los Buchillones en su forma de hacer y utilizar estos artefactos, confeccionando una variedad de herramientas que están asociados a diferentes niveles de desarrollo de las comunidades aborígenes de Cuba utilizados en variadas actividades económicas relacionadas con la elaboración de materias primas, otros medios de trabajo o la preparación de alimentos.

Una cuidadosa revisión de la información sobre las piezas de madera encontradas en los trabajos de campo realizado en Los Buchillones y el estudio de 11 de ellas custodiadas y conservadas por vecinos del poblado de Punta Alegre, permitieron anexar al inventario de la colección 37 nuevos artefactos (Jardines, 2011). De esta colección 142 objetos se encuentran en el Museo Municipal de Chambas y 55 en el museo Provincial de Historia de esa provincia (Jardines, 2011), sumando entre todas 208 objetos. El franco proceso de deterioro que presenta en la actualidad esta colección (Carrera, 2005; Toppe, *et al.*, 2010), condujo a que se diseñara un proyecto de investigación en el 2009 por parte del departamento de Arqueología de Holguín para determinar el estado de conservación actual de esta colección, así como revisar y actualizar la información existente sobre las características formales, estilísticas y funcionales de estos artefactos (Jardines, *et al.*, 2013).

Los estudios de las formas, tamaños, tipo de material empleado y técnicas de construcción de las viviendas de los agroalfareros cubanos y antillanos antes de los descubrimientos en Los Buchillones (Jardines y Calvera, 1999; Pendergast, *et al.*, 2003; Valcarcel, 2006) solo eran referenciadas por los Cronistas de Indias y las investigaciones de corte etnográfico (Fernández de Oviedo, 1853; Las Casas, 1951; Colon, 1961; Basso, 1973; Farrabe, 1924) o en el caso de Cuba por los estudios relacionados con construcciones domésticas aborígenes que podían ofrecer las llamadas huellas de postes (Calvera y Bashilov, 1988; Guarch, 1978, 1990), o los reportes de áreas apisonadas en residuarios arqueológicos que se atribuyen a pisos de casas (Tabío y Rey, 1979).

Desde 1997 hasta el 2004 fueron descubiertas en Los Buchillones durante las excavaciones siete estructuras de madera en el mar y la laguna, en 1997 restos de una construcción a la que no se le pudo definir tamaño y forma, en 1998 una estructura de planta circular, 1999 una estructura de planta rectangular, en el 2001 restos de construcciones en la laguna, la franja de arena y el mar sin definición de formas y tamaños y el 2004 una construcción de planta oval (Fig. 9).

Sobre la existencia de las viviendas de plantas circulares hay referencias sobre su utilización, tamaño, técnicas constructivas y número de habitantes, (Fernández de Oviedo, 1853; Las Casas, 1951; Colon, 1961; Basso, 1973; Farrabe, 1924; Casa, 1974). Las casas de plantas en forma de óvalo fueron documentadas por Oviedo (1851), siendo el único que describe una casa de planta rectangular aborigen en las Antillas (Oviedo, 1863:164) muy similares en cuanto a forma y tamaño a la reportada por Pendergast durante la excavación de 1999 (Pendergast, 2003).

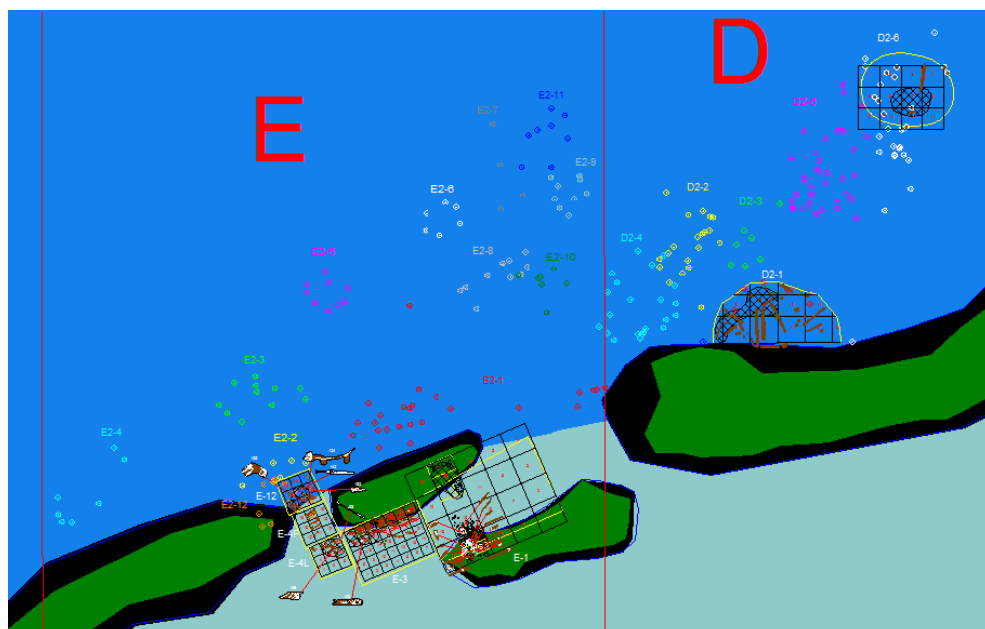


Figura 9. Mapa donde se observan todas las excavaciones realizadas en el mar y la laguna y las concentraciones de postes cartografiado en 1997

Para muchos investigadores las casas de plantas rectangulares no existían durante la ocupación precolombina (Rouse, 1992:). Sin embargo, las referencias de Oviedo de que estas viviendas eran ocupadas por los caciques u personas principales de la comunidad, la presencia de un ajuar puramente aborigen asociado a la estructura de 1999 en Los Buchillones y referencias etnográficas de la existencia de este tipo de construcción en las Antillas con habitación aborigen (Edmund, 1916), hacen pensar que los habitantes de este lugar no solo tenían los conocimientos tecnológicos para construir viviendas de este tipo (Curet, 1992), sino que también pudieron cons-

truir las para ser usadas con otros fines: refugios temporales, guardar granos, alimentos u otros similares o realizar dentro de ellas la cocción de alimentos.

En estas estructuras se utilizaron un grupo de técnicas constructivas muy similares independientemente de sus formas, tamaños o cronología. En todas ellas se usaron las denominadas crucetas en el cierre principal del techo para asegurar su armazón de la techumbre (Pendergast, 2003), las varas o alfardas como parte de la armazón del techo, madera de forma cilíndricas usadas en la cubiertas de las paredes (Jardines y Calvera, 1999; Pendergast, 2003; Jardines, 2001), postes principales que presentaban bases planas o redondeadas con presencia de huellas de cortes producidos por un hacha piedra, cuya función sería la de soportar estructuras techadas (Valcarcel, 2006; Jardines, 2001; Pendergast, 2003; Hofman, *et al.*, 2006), postes más pequeños y de menor diámetro (Fig. 10) que pudieron haber sido utilizados para fijar y fortalecer los postes de cargas (Jardines y Calvera: 1999) así como la utilización de un grupo de postes de menor diámetro y tamaño dentro del área de la estructura que debieron suplir la función de los ausentes postes centrales de estas construcciones (Jardines y Calvera, 1999:51; Pendergast, 2003; Valcarcel, 2006:82).



Figura 10. Presencia de postes más pequeños y de menor diámetro que pudieron haber sido utilizados para fijar y fortalecer los postes de cargas. A (izquierda). Excavación en la unidad E-12 en el 2001. B (derecha). Excavación en la unidad D2-6 en el 2004

En todas ellas se ubicaron áreas con concentraciones de restos de fauna, carbón, madera quemada, y restos de cerámica con manchas de cocción, artefactos de sílex, de concha así como de madera de usos utilitarios o ceremoniales que presuponen la utilización y manejo de estos espacios para la realización de diversas actividades doméstica, religiosa o políticas.

La permanencia en la actualidad por debajo del agua tanto en el mar como en la laguna de las viviendas descubiertas ha fortalecido la idea desde los inicios de estas investigaciones que se esté en presencia de construcciones levantadas sobre pilotes (Pendergast, 2003:26-27; Peros, 2000; Valcárcel, 2006:85). Sin embargo,

no se han podido encontrar vigas, restos de pisos, ni postes auxiliares que soporten un piso de madera necesario en cualquier construcción de estas características en cualquier etapa de su ubicación histórica (Pendergast, 2003:26-27), Valcárcel, 2006:86; Jardines, 2001), quedando abierta la posibilidad que se construyeran sobre la franja de arena y que regularmente fueran abandonadas por sus habitantes y trasladadas de lugar de acuerdo a las transformaciones y variaciones que iba sufriendo esta franja de arena según se iba produciendo la erosión de la línea de costa que iba cubriendo todo el residuario arqueológico (Zúñiga, 2000: 7).

Los Buchillones es un núcleo de población aborigen ubicado en el contexto de la colonización agroalfarera de la región central de Cuba, muy poco estudiada a diferencia de la región oriental del país más favorecida por las investigaciones arqueológicas y constituye un punto marginal o periférico de las poblaciones de origen Arauco que, en sentido general, por su aislamiento muestran un desarrollo socioeconómico y cultural menos evolucionado.

Sin embargo, y he aquí lo más notable de su registro arqueológico, aún en el estado actual de las investigaciones se destaca por su extraordinaria riqueza arqueológica. La complejidad y novedad de este registro cuestiona la imagen manejada al tratar las comunidades agricultoras del centro de Cuba e indica niveles de desarrollo socio económico que escapaban al estudio de la arqueológico tradicional, revelando una sociedad fuerte, capaz de organizar acciones laborales que involucraran la participación de grandes grupos de personas. Si a estos resultados se añade que la parte excavada del área es aun relativamente muy pequeña, entonces debe esperarse que los futuros trabajos de investigación en el sitio aporten un conocimiento insospechado y colecciones tan o más valiosas que las descubiertas hasta ahora.

Bibliografía

- Agüero, J. C. y R. Valcárcel. 1994. *Catálogo tecnotipológico de vasijas de barro en grupos agroceramistas de la provincia de Holguín*. Informe Final de Resultado. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología, 23h. (Documento sin publicar).
- Arrom, J. J. 1975. *Metodología y artes prehispánicas de las Antillas*. México: Editorial Siglo XXI.
- Basso, E. B. 1973. *Los Kalapalo Indians de Brasil central*. Holt, Rhinehart y Winston Inc., Nueva York.
- Bekerman, A.; J. Calvera y J. Jardines. 1997. *Sistema de clasificación de la cerámica aborigen de Cuba en soporte electrónico*. Holguín Departamento Centro Oriental de Arqueología. 26h. (Documento sin publicar).
- Bekerman, A.; J. Jardines y P. Cruz. 1997. *Cartografía de las agrupaciones de postes en el mar, del sitio arqueológico de Los Buchillones*. Holguín Departamento Centro Oriental de Arqueología. 12 h. (Documento sin publicar).
- Calvera, J. 1990. *Estudio de la Variante Cultural Cunagua*. Ciego de Ávila: Fondos del Museo Provincial. (Documento sin publicar).

- Calvera Roses, J.; E. Serrano, M. Rey, I. Pedroso y Y. Yparraguirre. 1996. El sitio arqueológico Los Buchillones. *El Caribe Arqueológico* (1):63. Santiago de Cuba.
- Calvera R. J y L. R. García. 2000. *Estudio Geográfico del sitio arqueológico de Los Buchillones, Punta Alegre, Ciego de Ávila*. 26 pp. (Documento sin publicar).
- Calvera, J. y V. Bashilov. 1988. *Informe de la excavación realizada en el sitio El Convento de Diciembre 1986 a Enero de 1987, Cienfuegos, Cuba*. Ciego de Ávila: Fondo del Museo Provincial. (Documento sin publicar).
- Carrera, R. 2005. Salvar las maderas de Buchillones: un reto para la conservación. *Boletín Gabinete Arqueológico*. No 4, año 4.
- Cassá, R. 1974. *Los Tainos de La Española*. Santo Domingo: Editorial Universidad Autónoma. 272 p.
- Colón, C. 1961. *Diario de Navegación*. La Habana: Comisión Cubana de la UNESCO. 221p.
- Cooper, J.; R. Valcarcel y P. Cruz. 2006. Gente en los cayos. Los Buchillones y sus vínculos marítimos. *El Caribe Arqueológico* (9):66-75. Santiago de Cuba.
- Cooper, J. y R. Valcarcel Rojas. 2010. *Prospección arqueológica en el área arqueológica de los buchillones, Ciego de Ávila, Cuba*. Trabajos en la Zona Este. 29 pp.
- Cooper, J. 2007. Registro Nacional de Arqueología Aborigen de Cuba: una discusión de métodos y prácticas. *El Caribe Arqueológico* (10):132-150. Santiago de Cuba.
- Curet, L. A. 1992. La estructura de Cámara y el cambio cultural en el Caribe: tres estudios de casos de Puerto Rico. *Antigüedad latinoamericana* (2):160-174.
- Dacal, R. 1978. *Artefactos de concha en las comunidades aborígenes cubanas*. La Habana: Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de La Habana. 114p.
- Dominguez, L. 1964. *Arqueología colonial cubana. Dos estudios*. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.
- 1991. *Arqueología del Centro - Sur de Cuba*. La Habana: Editorial Academia. 121pp.
- Edmund, R. W. 1916. *And Introductory Study of the Arts crafts and Custong of the Guiana Indians*. E.E.U.U.: Smithsonian Institution. 745p.
- Farabee, W. C. 1924. *Los Caribs centrales*. University of Pennsylvania el volumen de publicaciones antropológico. 10, Filadelfia.
- Febles, J. 1987. *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*. La Habana: Editorial Academia. 135p.
- 1993. Ampliación de la lista tipológica en uso para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba. *Carta Informativa* No 17, Época III. La Habana: Departamento de Arqueología. Centro de Antropología, 4p.
- 2002. Estudio tecnotipológico de la industria lítica del área arqueológica de Los Buchillones, provincia de Ciego de Ávila, Cuba.
- Febles, J. y A. Rives. 1993. Lista tipológica para la industria de piedra en volumen de los aborígenes de Cuba y Las Antillas. *Carta informativa*. Época III, No 18. Departamento de Arqueología. Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

- 1999. Ampliación de la lista tipológica para el estudio de la industria lítica de los aborígenes de Cuba. Estudios tecnotipológicos de la industria lítica de la provincia Ciego de Ávila, Cuba. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología. 22h. (Documento sin publicar).
- Fernández de Oviedo, G. 1853. *Historia General y natural de Las Indias; Islas y tierra firme del mar océano*. t.1. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- Goggin, J. M. 1968. *Spanish Majolica in the New World, Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*. Yale University Publications in Anthropology, No. 72. New Haven.
- Guarch, J. M. 1972. La cerámica taína de Cuba. *Serie Arqueológica* no. 2 Academia de Ciencias, La Habana. 83p.
- 1978. *El Taino de Cuba. Ensayo de reconstrucción etno-histórica*. Instituto de Ciencia Sociales, La Habana. 263p.
- 1987. *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales. 103p.
- 1990. *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín: Ediciones Holguín. 78p.
- Guarch, J.; J. Cruz y P. Cruz. 2011. Exploración a las cuevas de Punta Alegre. Holguín Departamento Centro Oriental de Arqueología. 18 h. (Documento sin publicar).
- Hofman, C. L., M. Hoogland, J. Oliver y A. Samson. 2006. Investigaciones arqueológicas en el Cabo, Oriente de la Republica Dominicana: resultados preliminares de la campaña de 2005. *El Caribe Arqueológico* (9):95-106. Santiago de Cuba.
- Izquierdo, G. 1995. La industria aborigen de concha. Lista tipológica de la industria de concha de los aborígenes de Cuba y las Antillas. La Habana: Departamento de Arqueología. Centro de Antropología. 7h. (Documento sin publicar).
- Jardines, J. E. 1990. Variante Cultural Baní. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología. 72p. (Documento sin publicar).
- 2001. Análisis de la industria lítica y de concha de la excavación de 1998 en Los Buchillones, provincia de Ciego de Ávila, Cuba. (Documento sin publicar).
- 1997, 1998, 1999, 2001. Informes de excavación en Los Buchillones. Archivo del Departamento de Arqueología de Holguín. (Documento sin publicar).
- 2001. *Los objetos de madera de Los Buchillones. Características formales, estilísticas y funcionales de estos artefactos*. Departamento Centro - Oriental de Arqueología. (Documento sin publicar).
- Jardines, J. E. y J. Calvera. 1999. Estructuras de viviendas aborígenes. *El Caribe Arqueológico* (3):44-53. Santiago de Cuba.
- Jardines, J. E.; P. Cruz; M. Martínez y O. Brito. 2001. *Informe técnico sobre el estudio y análisis del material cerámico de los Buchillones*. (Documento sin publicar).
- Jardines, J. y J. J. Guarch. 1996. Patrimonio arqueológico de una región de Cuba. *El Caribe Arqueológico* (1): 32-44. Santiago de Cuba.

- Jardines, J. y M. Martínez. 2000. *Clasificación tipológica de las vasijas de barro del sitio Los Buchillones*. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología. 25h. (Documento sin publicar).
- Jardines, J.; A. Bekerman y P. Cruz. 1997. *Levantamiento topográfico del sitio arqueológico de Los Buchillones*. Departamento Centro - Oriental de Arqueología. (Documento sin publicar).
- Jardines, J. E.; J. Calvera y P. Cruz. 2009. Aproximación al estudio de los artefactos de madera del sitio arqueológico de Los Buchillones. <http://www.baibra.ma.cult.cu>. Año III, No 1.
- Jardines, J.; P. Cruz, J. Guarch y A. Toppe. 2010. *Inventario de los objetos de la colección de artefactos de Madera de Los Buchillones*. Departamento Centro - Oriental de Arqueología. (Documento sin publicar).
- Jardines, M. J.; A. Toppe y J. Calvera. 2013. *La madera en la arqueología de Cuba. Los Buchillones*. En prensa.
- Keegan, W. F. 2000. "West India archaeology 3. Ceramic A", *Journal of Archaeological Research*. Vol. 8. No. 2.
- Knight, J. y R. Valcárcel. 2011. La cerámica en el Chorro de Maíta y su análisis funcional. Conferencia presentada en el *Segundo Taller de Arqueología Ambiental* en Holguín.
- Kozłowski, J. y B. Ginter. 1993. *Técnica de la talla y tipología de los instrumentos líticos*. La Habana: Editado por Universidad de La Habana. 157p.
- Las Casas, B. 1951. *Historia de Las Indias*. México - Buenos Aires: Fondo de Cultura. Economía, t1. 611pp.
- Lumbreras, J. 1987. Examen y clasificación de la cerámica. *Gaceta Arqueológica Andina*. (Perú) año IV (13):3, marzo IV.
- Martínez, A. 1995. Objetos de madera CD. *Taino. Arqueología de Cuba*. Centro de Antropología y CEDISAC. Centro Nacional Editor de Discos Compactos.
- Martínez Arango, F. 1982. *Registro de todos los sitios arqueológicos investigados por la Sección Arqueológica Aborigen de la Universidad de Oriente*. México: Edit. LIMSA Litografía Machado S.A. 41p.
- 1998. *Los aborígenes de la Cuenca de Santiago de Cuba*. Miami: Ediciones Universal, 293p.
- Mesa, I.; J. Jardines y J. Calvera. 1992. Estudio de la cerámica del sitio arqueológico de los Buchillones, Chambas, Ciego de Ávila. *Anuario Arqueológico* (La Habana): 36-47.
- Morales Patiño, O. 1950. Arqueología Cubana. Relación de actividades Durante el Año de 1949. *Revista de Arqueología y Etnología*. Publicada por la Junta Nacional de Arqueología y Etnología. Segunda Época. Año V, Enero-Diciembre. 5-34 pp.
- Pendegast, D. M. 1996a. AMS dates from Los Buchillones, Cuba. *ewsWARP*, 20-33.
- 1996b. The Los Buchillones site, North Coastal Cuba. *News WARP*, 19, 3-6.
- 1997. Up from the Shallows. A look at the ROM first archaeological excavation in Cuba. *Rotunda. The magazine of the Royal Ontario Museum* (Canadá) 2 (30): Fall/Winter.

- Pendergast, D.; J. Calvera, J. Jardines y E. Gram. 2003. Construcciones de madera en el mar. Los Buchillones, Cuba. *El Caribe Arqueológico* (7): 24-32. Santiago de Cuba.
- Pérez, L. y J. Jardines. 2004. Estudio Arqueozoológico en Los Buchillones. Economía y Medio Ambiente. *ARCHAEOFAUNA. Tropical Zooarchaeology*. Florida: Museum of Natural History. No.13: 71-84.
- Peros, M. C. 2000. *Coast environments and taíno ocupation at Los Buchillones, Cuba*. Tesis para optar por grado de doctor. (Documento sin publicar).
- Rives, A. y J. Febles. 1991. *Los sitios arqueológicos de Cuba hasta 1990*. La Habana Academia de Ciencias de Cuba. Centro de antropología y Centro de Diseños Automatizados. 154 p.
- Rodríguez Arce, C. 1989. *Clasificación de los restos faunísticos de la excavación de 1989 en Los Buchillones*. Holguín: Departamento Centro-Oriental de Arqueología. 10h. (Documento sin publicar).
- Rouse, I. 1942. *Archeology of the Maniabon Hills, Cuba*. USA: Yale University Press. 186p.
- 1992. *The Tainos Reis and decline of the people who greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven.
- Samson, A.; L. Menno y P. Hoogland. 2007. Residencia taina huellas de asentamientos en El Cabo, Republica Dominicana. *El Caribe Arqueológico* (10): 93-103. Santiago de Cuba.
- Smith, D. G. 1983. An analytical approach to the seriation of Iroquoian Pottery. Museum of Indian Archeology, *Reserch Report*. London (Ontario).
- 1991. Keffer site (AKGv-14) pottery and ceramic amoking pipes. Museum of Indian Archeology, *Research Report* No. 23, London (Ontario).
- Tabío, E. y J. M. Guarch. 1966. *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. La Habana: Editorial Academia de Ciencias. 83p.
- Tabío, E. y E. Rey. 1979. *Prehistoria de Cuba*. 2 Ed. La Habana: Editorial Ciencias Sociales. 234p.
- Trincado, M. N.; N. Castellanos y G. Sosa. 1973. *Arqueología de Sardinero*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente. 174p.
- Toppe, A.; J. Jardines, P. Cruz y J. Guarch. 2010. *Informe del estudio del estado de conservación de los objetos de madera del sitio arqueológico Los Buchillones*. Departamento Centro - Oriental de Arqueología. (Documento sin publicar).
- Trujillo, R; N. Vega, y H. Vega. 1994. *Programa LEXICO: Versión electrónica del código cubano estratigráfico*. Inst. Superior Minero Metalúrgico Moa.
- Valcárcel Rojas, R. 1995. *Apuntes para un esquema del desarrollo cerámico en la región arqueológica del Centro Norte de la Provincia de Holguín, Cuba*. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología. 12h. (Documento sin publicar).
- 2004. *Informe de la excavación del 2004*. Archivo del Departamento de Arqueología de Holguín.
- Valcarcel, R.; J. Cooper, J. Calvera, O. Brito y M. Labrada. 2006. Postes en el mar. Excavación de una estructura constructiva aborígen en Los Buchillones. *El Caribe Arqueológico* (9):76-88. Santiago de Cuba.

Veloz Maggiolo, M. 1991. *Panorama histórico del Caribe Precolombino*. Edición del Banco Central de la República Dominicana, Editora Corripio, República Dominicana.

Zúñiga, A. 2000. *Estudio de la dinámica costera de la Bahía de Buena Vista. Informe final de resultado*. Ciego de Ávila: Centro de Investigaciones de Ecosistemas de Cayo Coco. (Documento sin publicar).

CAPÍTULO 4

•

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LOS BATEYES ABORÍGENES DEL EXTREMO ORIENTAL DE CUBA

Daniel Torres Etayo

Introducción

Las llamadas plazas ceremoniales o bateyes han sido elementos arqueológicos destacados de las culturas prehispánicas tardías del área antillana. Estos fenómenos protoarquitectónicos, han estado vigentes en el registro arqueológico de la región antillana desde el siglo VII. Con el auge y desarrollo de las sociedades complejas del territorio de las Antillas Mayores, a partir del siglo XIV y hasta el momento del contacto europeo, las plazas ceremoniales adquirieron un notable grado de elaboración, exhibiendo además de una estructura más variada, la presencia de rasgos arqueológicos ligados al aumento del ceremonialismo, como son los petroglifos tallados en sus rocas delimitadoras.

Según los cronistas europeos, en estos espacios públicos delimitados especialmente por estructuras de diversas calidades, se desarrollaban actividades colectivas de alto significado cultural como el baile areito y el batey o juego de pelota. No obstante, en las fuentes documentales tempranas no parece existir una claridad completa acerca de si ambas actividades se hacían en el mismo espacio, o si dentro de la distribución espacial de la comunidad aborígen existían gradaciones en dependencia de la magnitud e importancia del asentamiento. Así el Padre Bartolomé de las Casas plantea que:

“...la pelota llamaban en su lengua batey, la letra e luenga, i al juego, i también al mismo lugar, batey nombraban” [...] Tenían una plaza, comúnmente ante la puerta de la casa del señor, mui barrida, *tres veces más luenga que ancha, cercada de unas lomillas de un palmo o dos de alto, salir de las cuales la pelota creo que era falta.*” (Las Casas, 1967:507).

Por su parte el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo nos comenta que:

“I en cada plaza que avía en el pueblo o villa estaba *lugar diputado para el juego de la pelota* (que ellos llamaban batey), i también *a la salida de los pueblos avía assimismo sitio puesto con asientos* para los que mirasen el juego, e mayores que los de las plazas...” (Fernández de Oviedo, 1851:163)

La denominación de “plaza ceremonial” fue empleada a inicios del siglo XX por arqueólogos norteamericanos (Fewkes, 1904; Harrington, 1921) en un intento de explicación del registro arqueológico antillano, estableciéndose *de facto* una identidad espacial entre los lugares destinados al areito y al juego de pelota.

En el caso de la mayor de las Antillas, los bateyes aborígenes solo han sido reportados para su extremo oriental y posiblemente relacionadas con comunidades tribales desde el siglo XIII. En la actualidad, son reconocidas tres plazas ceremoniales por parte de los arqueólogos, estas son: Pueblo Viejo, Monte Cristo y Laguna de Limones (Tabío y Rey, 1979; Pichardo, 1990). El primero fue reportado desde el año 1847 por el español Miguel Rodríguez Ferrer (Rodríguez, 1876) y los dos restantes en el año 1919 por el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington (Harrington, 1921). Además existe otro sitio que presenta una construcción que no es considerada como plaza ceremonial por algunos autores pero que presenta características constructivas similares. Este sitio fue bautizado por Harrington en 1919 como “Gran Muro de San Lucas”. De estos, el mejor conservado es Laguna de Limones. Todas estas manifestaciones arqueológicas se encuentran ubicadas en la llamada “zona taína” de Cuba (Guarch, 1978), en el extremo más oriental de la Isla de Cuba, municipalidad de Maisí, provincia Guantánamo (Fig. 1).

A pesar de que se tienen noticias de estos sitios desde hace mucho tiempo, las investigaciones se han enfocado más hacia el trabajo en los residuarios que al estudio de las plazas propiamente dichas, por lo que se conoce poco de las estructuras de tierra apisonada que las delimitan y conforman. Por ejemplo, en la actualidad se desconoce la ubicación exacta de la plaza ceremonial de Monte Cristo, así como no existen planos detallados de ninguna de las otras conocidas.

Las plazas ceremoniales cubanas se destacan por tres características fundamentales: el empleo de camellones de tierra apisonada para la delimitación de su espacio, sus formas aproximadamente rectangulares y sus grandes dimensiones; estas últimas, las ubican entre las mayores de su tipología en el área antillana.

Sin embargo, a pesar de su importancia como elemento arqueológico dentro del panorama nacional, las plazas ceremoniales, aún se encuentran poco estudiadas tanto desde el punto de vista estructural-formal como de su significación social dentro del mundo aborígen del extremo oriental, ya que diversos autores las han relacionado directamente con procesos de creciente complejidad social entre las sociedades aborígenes, en especial, con desarrollos cacicales, por lo que corroborar su existencia y establecer sus características particulares contribuye al desarrollo de este tema de investigación en el país.

Las informaciones presentadas en este trabajo son el resultado de los proyectos “Estudio de las Plazas Ceremoniales Aborígenes del Extremo Oriental de

Cuba”, y “Espacio Ceremonial y Desarrollo de la Complejidad Social en el Extremo Oriental de Cuba”, desarrollados por el Grupo de Arqueología del desaparecido Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, y que se constituyen en una línea de investigación de más de 10 años de continuidad.

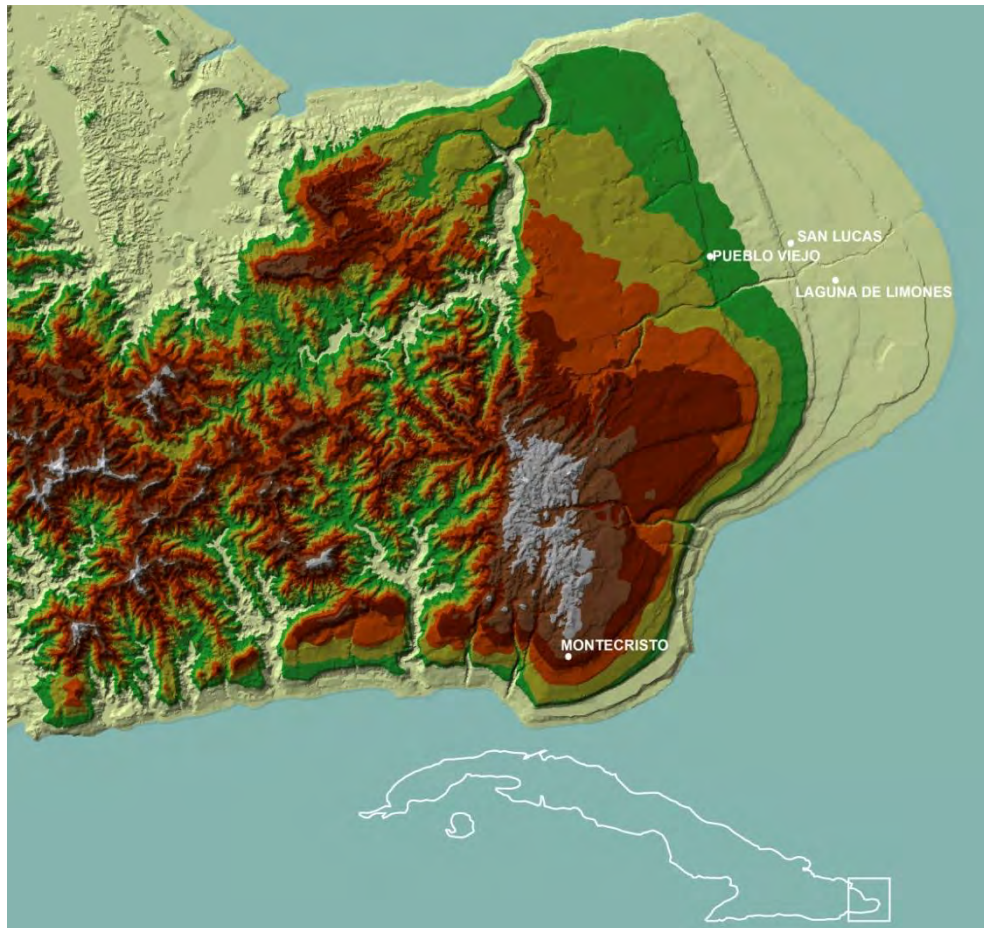


Figura 1. Ubicación de los bateyes cubanos reportados hasta la actualidad en la literatura arqueológica

Por razones de espacio en el presente trabajo nos centraremos en lo que consideramos, los últimos vestigios de estas obras aborígenes en nuestro país, específicamente en los sitios arqueológicos de Pueblo Viejo y Laguna de Limones, los mejores conocidos actualmente.

El sitio Pueblo Viejo

El sitio arqueológico de Pueblo Viejo se encuentra ubicado en una pequeña elevación sobre la tercera terraza emergida de Maisí, en el poblado del mismo nombre, a unos 9 km al OSO de la Punta de Maisí. Hacia el Sur del sitio, a 2 km se

abre la estrecha y profunda garganta del río Maya que en la actualidad corre sólo ocasionalmente. De acuerdo a las cartas topográficas del ICGC, el sitio se ubica exactamente en las coordenadas, X: 177250 y Y: 172650 de la hoja 5376-IV, escala 1:50 000.

Debemos al sabio español Miguel Rodríguez Ferrer la primera descripción del batey de Pueblo Viejo, que de hecho, es la primera que se conoce dentro de la arqueología cubana. Sus trabajos se desarrollaron en nuestro país a partir del año 1843, cuando fue comisionado por el gobierno español para realizar un estudio exhaustivo de país tanto desde el punto de vista natural como socioeconómico.

La descripción de las obras aborígenes de Pueblo Viejo fue realizada por Rodríguez Ferrer en su visita al territorio de Maisí en el año de 1847. A continuación, reproducimos la misma respetando su forma y ortografía original.

“Por esto, á poco de haber llegado a Baracoa, última población de su extremo oriental, allá por Febrero del propio año, salí para la gran tierra de Maya con ánimo de explorar unas ruinas que me aseguraban existían por allí con el nombre de pueblo viejo, y en forma mucho más completa que las que encontrar yo pude. De semejante ilusión se dejó llevar sin duda el relato de algún capitán de partido dirigido a la comisión de estadística de aquella isla en 1846, y esta fué la causa de que se publicasen sobre ellas descripciones inexactas que juzgo debo rectificar aquí, si bien ya lo hice por entonces en los periódicos de aquella isla, aplazando para este lugar su descripción verdadera. Encuéntrase situado este paraje como a 1 ½ legua de la gran tierra de maya por el S., y a 6 por la costa N. del llamado Variguas, no teniendo para llegar a él por cualquier dirección, sino difíciles y trabajosos senderos. Pues cuando aquí llegué con varios caballeros de Baracoa que me acompañaban, sus esclavos principiaron a picar el monte, y que las llamadas murallas encubrían, y aunque fué su resultado no encontrar nada de lo que las relaciones publicaran, advertí sí al punto unas líneas más o menos, prominentes sobre el terreno, las que cruzándose llegaban a formar una regular área del modo que lo representa la lámina adjunta (lámina 2^a); pero no ví con mis acompañantes otros destrozos, ni piedras, ni cantos sueltos, ninguna otra señal de edificio, ni mucho ménos de población, y sí sólo como los restos de unos cimientos que a la raíz de la tierra formaban un cuadro rectangular en direcciones paralelas y la encontrada de sus cuatro frentes. Mandé a cavar sobre estas líneas, y me dieron por resultado una especie de terraplén de cal y chinias de las que aparecen en el cauce del inmediato río Maya, cuyo material mezclado con arena formaba un todo, una especie de argamasa consistente, ojosa, dura y que pudiera equivocarse con una marga. También se nota que es más bajo el nivel del suelo por la parte de su latitud E., donde hay como dos salidas, cual se advierte en el plano a que me refiero (lámina 2^a). Estas líneas por lo tanto figuran como unas fajas o

anchas líneas, parecen indicar los restos de algunos muros que formarían el cuadrilongo que se observa en el dibujo o plano, dentro del que se encuentran hoy solamente los palmeros y humildes chozas que en él se enmarcan, situadas tal como allí las vimos. [...]Esta área tendrá unas 258 varas de frente y como 98 de lado. Y semejante regularidad y estas líneas casi salientes, dicen á no dudarlo, que fué obra de los hombres, sean estos vestigios formados con las tierras del propio suelo donde se levantan, ó con otros materiales de su industria.” (Rodríguez, 1876:184).

Quedó tan impresionado el sabio español que llegó a plantearse la idea de que las obras las habían realizado descendientes de los “mount builders” del Valle del Mississippi en los Estados Unidos.

Hablando en términos meramente descriptivos, lo escrito por el citado investigador posee un valor inestimable a la hora de intentar una reconstrucción arqueológica del sitio si tenemos en cuenta su actual grado de deterioro. En este sentido, es realmente lamentable que en la edición original de la obra no se haya publicado la lámina a la que tantas veces hace referencia el autor en su texto. La explicación la encontramos en los créditos finales, donde los editores expresan: “Se ha suprimido para la segunda edición, las láminas á que se refieren los primeros capítulos, sobre antigüedades y otros objetos...” (Ibidem.:939).

Con posterioridad al español, la próxima visita al sitio que se conoce, es la realizada por Don Carlos de la Torre y Huerta, en el año de 1890. El sabio cubano ofreció un excelente resumen de su labor en conferencia dictada en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, la cual fue publicada en el tomo XXVII de los *Anales* de dicha institución correspondientes a 1890. En esa ocasión, el Doctor de la Torre, expresó que:

“Consisten los muros de Pueblo Viejo en un rectángulo perfecto de unos doscientos metros de largo por cien de ancho, formado por cuatro líneas térreas que se elevan sobre el nivel del suelo á manera de anchos camellones. [...] de tal suerte, señores, que es necesario un poderoso esfuerzo de imaginación para aceptar que hayan podido ser muros; sin embargo, son tan rectas estas líneas y tan perfectos los ángulos que forman, que desde luego hacen suponer la intervención de la mano del hombre.” (De la Torre, 1890:333-334).

Un año después, es decir, en 1891, una nueva visita se produce al sitio que nos ocupa, esta vez protagonizada por el ilustre profesor Don Luis Montané y Dardé de la Universidad de La Habana, al que acompañaba Fermín Valdés Domínguez. Este último publicó la crónica del viaje en el periódico *El Triunfo* de Santiago de Cuba el 7 de octubre de 1891. Basándose en este artículo periodístico, el profesor Manuel Rivero de la Calle, ha expresado:

“Ascienden a Pueblo Viejo por la Cuesta del Palo, y ya en el poblado exploraron el célebre terraplén descrito por Rodríguez Ferrer. Practicaron además una pequeña excavación, donde encontraron, ' muchos pedazos de ollas, cucharas de mar [...], y otros objetos indios que ni por casualidad se veían a sus lados'.” (Rivero de la Calle, 1980:100).

Con el inicio del presente siglo, y enmarcados en la coyuntura social creada por del fin de la Guerra Independentista y la intervención estadounidense, llegan a nuestro suelo varios investigadores de ese país que marcarían una pauta en la arqueología de Cuba.

El primero de ellos, Mr. Steward Culin, viene en el año 1901 encabezando una expedición del Free Museum of Science and Art de la Universidad de Pensylvania. Sobre su visita a Cuba dejó la publicación “The Indians of Cuba”, en el boletín de la referida institución, volumen III, No.4 de mayo de 1902. Culin realizó trabajos en Pueblo Viejo dejando las siguientes anotaciones:

“...atrajo mi atención un terraplén de grava, extendiéndose paralelo al océano. [...]El terraplén, de unos doce a quince pies de ancho en su base y diez pies en lo alto, tenía una extensión de 668 pies. Continuando mi observación y con la ayuda de Fry, encontré que formaba un recinto regular, con lados que se extendían detrás formando otra línea de unos 300 pies, su mayor longitud siendo de este a oeste¹. Evidentemente debióse al trabajo humano, siendo llevada allí la grava desde un lugar distante.” (Culin en Harrington, 1935: 42-43).

Le sigue a Culin, el Dr. Jesse Walter Fewkes, quien realizó una breve visita a Cuba en 1904, pero que sin embargo, le proporcionó una colección de piezas lo suficientemente amplia para producir su obra “Prehistoric Culture of Cuba”, publicada en *American Anthropologist*, volumen VI, No.5, de octubre-diciembre de 1904. En esta obra, Fewkes establece por primera vez la semejanza de las obras de Pueblo Viejo con las “plazas de baile” aborígenes halladas en Haití y Puerto Rico, criterio que desde entonces ha prevalecido en la literatura arqueológica cubana.

Antes de proseguir con los investigadores norteamericanos, debemos mencionar que en la inmensa obra del insigne patriota Emilio Bacardí Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba*, tomo 1, de 1908, este afirma que:

“...En el terreno de la hacienda llamada Pueblo Viejo, en el partido también de Maisí, aparecen pruebas de que en aquella localidad existió un pueblo numeroso que no habitaba en bohíos, sino en casas de

¹ Aquí hay un evidente error pues en realidad la mayor longitud del cercado térreo de Pueblo Viejo es de Norte a Sur. Desconocemos si es una mala traducción en la obra de Harrington de 1921, o si en realidad fue un error de Culin. Lo cierto es que así aparece también en la traducción que realizaron Adrián del Valle y Fernando Ortiz de la obra *Cuba Before Columbus* en 1935. Esta diferencia de criterios también ha sido comentada por el puertorriqueño Ricardo Alegría (Alegría, 1983).

mampostería; los cimientos de un vasto muro cuadrilongo, de 300 varas de largo y 100 de ancho, lo prueba.” (Bacardí, 1908: 9).

Resulta significativo que el más destacado de los arqueólogos norteamericanos que nos visitó a principios de siglo (1915 y 1919), el Dr. Mark Raymond Harrington, no trabajó en Pueblo Viejo, pues como él mismo expresó: “...varias veces cruzamos los terraplenes de Pueblo Viejo, sin disponer de tiempo para hacer un exámen o visita.” (Harrington, 1935:213-214) no obstante, en su gran obra *Cuba Before Columbus*, publicada en 1921, se hacen abundantes referencias a este sitio.

Después de los trabajos de Harrington en Cuba en los años 1915 y 1919, la zona que nos ocupa permanece sin visitar y a merced de un buen número de coleccionistas privados y saqueadores que contribuyeron en gran medida al deterioro de los sitios arqueológicos; tal es el caso del tristemente célebre Colmenares. Una importante excepción la constituye el arqueólogo norteamericano Irving Rouse, quien estuvo brevemente en septiembre de 1941 en el lugar, colectando muestras de cerámica que posteriormente le sirvieron para establecer el llamado “estilo Pueblo Viejo” o “chicoide cubano” (Rouse, 1942:30).

No es hasta un año después del triunfo de la Revolución (1959), que se reanuda los estudios relacionados con el sitio, esta vez a cargo de la Universidad de Oriente en la persona del profesor Felipe Martínez Arango, incansable investigador de nuestro pasado aborigen y profundo conocedor del extremo oriental cubano. Desgraciadamente no hemos podido conocer detalles de su obra en el lugar, aunque sí sabemos que lo visitó en 1960, descubriendo un residuario parcialmente destruido al Este del cercado (Guarch, 1972: 39).

Posteriormente en 1964, personal del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba guiados por Ernesto Tabío Palma realiza trabajos de exploración y excavación en toda la región de Maisí-Gran Tierra, incluyendo al sitio de Pueblo Viejo, donde hizo algunas fotografías del muro y valiosos apuntes sobre su estratigrafía.

Una nueva visita de investigadores del Dpto. de Antropología se produce en 1968, esta vez bajo la dirección de José Manuel Guarch del Monte y con el expreso objetivo de realizar el plano del cercado térreo y de hacer colectas de evidencias arqueológicas. El valioso reporte de Guarch, planteaba:

“Levantamos el plano general del rectángulo amurallado, comprobando que el mismo resultaba ser culturalmente fértil, ya que en muchos sitios, aún sin excavar, se podía observar los fragmentos de cerámica en la superficie. No menos de dos casas construidas sobre el lado Este del rectángulo, permiten apreciar con claridad que la altura del basureo no es menor de 1.50 m [...] El rectángulo tiene un largo total (N-S) de 250 m y su ancho máximo (E-W) es de 135 m. La altura de los muros es del orden de los 3 m. El ancho de los mismos en su base es de 15 m”. (Guarch, 1972: 39).

El plano del sitio es reproducido en la página 38, de la *Serie Arqueológica*, No.1, “Excavaciones en el extremo oriental de Cuba”, de 1972, y hasta la fecha, es el único publicado del mismo (Fig. 2).

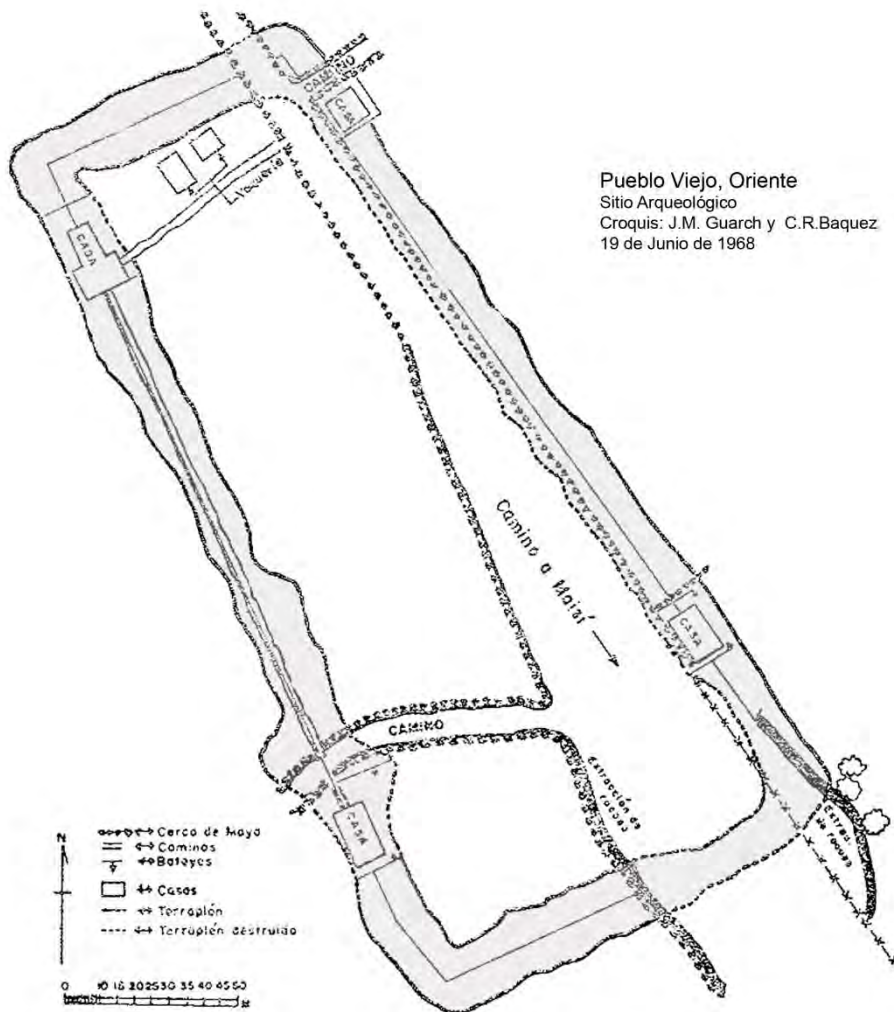


Figura 2 Croquis del sitio y batey de Pueblo Viejo, Maisí, Guantánamo. (Modificado de Guarch 1978), se han sombreados los contornos de los muros para facilitar su comprensión

El estudio del Dr. Guarch, ha sido, sin dudas, el de mayor alcance realizado en el sitio. Con posterioridad sólo hemos encontrado en bibliografía, los llevados a cabo por el Departamento Centro Oriental del Centro de Antropología del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA), durante el primer semestre del año 1989, en los cuales: “Fueron estudiados los sitios Duaba-Toa, Pueblo Viejo y San Lucas, obteniéndose una rica información topográfica del cercado téreo de Laguna de Limones” (RHH, 1990:109). También durante esa expedición

se realizó un estudio químico de suelos por parte del arqueólogo Roberto Rodríguez (Rodríguez, *et al.*, 2000).

El sitio Laguna de Limones

Este sitio arqueológico se encuentra ubicado en el segundo nivel de terrazas marinas emergidas de Maisí, a unos 3 km al SW del faro de la Punta de Maisí y a 600 m al Sur del camino que une La Máquina, cabecera municipal, con el poblado de Maisí.

Aproximadamente a 800 m al Norte del sitio se encuentra la quebrada que forma el río Maya. Su ubicación según las coordenadas del ICGC, hoja 5376-I, son: X: 117850 y Y: 778250, en una escala 1: 50 000.

El sitio toma su nombre de una pequeña laguna existente unos 100 m al Este del cercado térreo que hasta la década del 60 había gozado de un invariable caudal permanente. A partir de esta fecha y por intervención puramente antrópica (intento de ampliación) la laguna perdió su sellado de fondo, lo que ha provocado el escurrimiento subterráneo del agua.

Al Dr. Mark Harrington debemos el primer reporte científico del sitio, cuando tuvo la ocasión de visitarlo en 1919, guiado por campesinos de la zona que conocían su ubicación. En esa fecha el norteamericano, exploró, hizo algunas excavaciones² y un levantamiento topográfico del sitio, este último con evidentes errores de ubicación, pero con muy buena representación gráfica (Fig. 3).

Lo que más llamó la atención de Harrington, como él mismo establece:

“Este lugar es particularmente notable por su terraplén rudamente rectangular, un cercado cuyo malecón, aunque raramente llega a una altura mayor de 2 o 3 pies, y 14 pulgadas de anchura, se destaca claramente en todas sus partes y cuya edad nos es sugerida por los grandes árboles que crecen encima, tales como la caoba (cayoban) [...] Esta estructura mide 502 pies de largo y aproximadamente 260 de ancho, extendiéndose su eje mayor NNO y SSE, con la entrada en la esquina sureste.[...] El muro es generalmente más alto en la parte exterior que en la interior, ilustrándonos de que la tierra para su erección fue llevada de la parte de afuera. Probablemente fue el lugar dedicado a ceremonias y bailes, al igual que los hallados en Haití y Puerto Rico. [...] Los hoyos de prueba abiertos dentro del cercado pusieron de manifiesto una pequeña cantidad de residuos procedentes del pueblo, tales como cascós, conchas, etc...” (Ibídem: 216-217).

² En la obra del arqueólogo cubano J.M. Guarch, “Excavaciones Arqueológicas en el Extremo Oriental de Cuba”, *Serie Arqueológica* No. 1, 1972, se plantea que: “Al parecer este arqueólogo [Harrington] se limitó a efectuar una exploración superficial del sitio y a levantar el mapa del lugar” (Guarch, 1972:30). Sin embargo, está claro que Harrington, además, realizó excavaciones en el sitio.

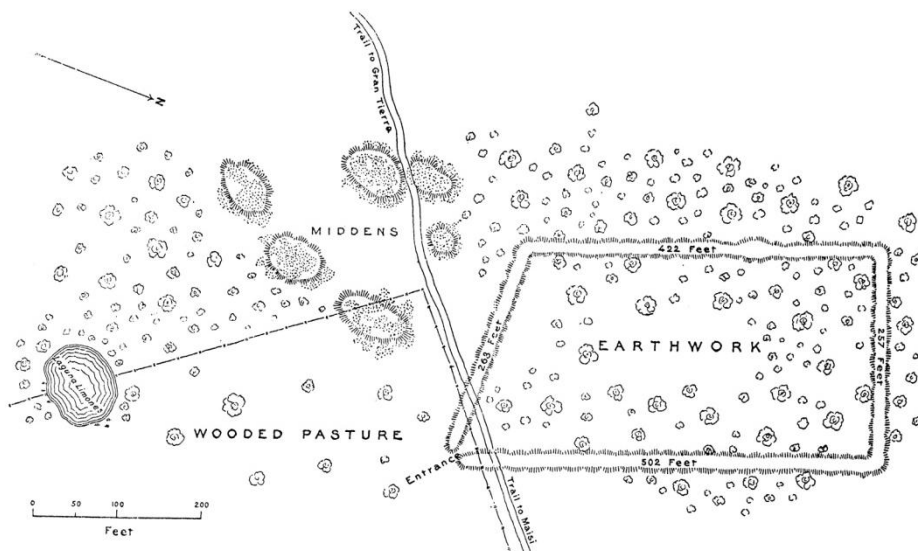


Figura 3. Plano del sitio y batey de Laguna de Limones, Maísí, Guantánamo (Tomado de Harrington 1921)

Es interesante la deducción que hace Harrington acerca de cómo fue erigido el muro del cercado, es decir, tomando la tierra de afuera hacia adentro, explicación que desestima la posibilidad de haberla acarreado de algún lugar. Por otra parte, el investigador sigue a su colega Fewkes al identificar el cercado con las plazas de baile halladas en Haití y Puerto Rico y en el resumen de su obra *Cuba Before Columbus* menciona a los cercados térreos como fenómeno importante de la cultura taína por él caracterizada en el oriente de Cuba.

Después de la visita de este investigador al sitio, el lugar quedó abandonado para los investigadores y a merced de una oleada de saqueadores furtivos que prácticamente destruyeron sus residuarios y que por suerte, apenas tocaron al batey. No es hasta la década del 60 que se retorna nuevamente al sitio.

En los meses de marzo y abril de 1964, personal del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, inicia las primeras excavaciones sistemáticas del sitio, que incluyó una nueva obra cartográfica del sitio que subsanó las deficiencias de la realizada por Harrington, sobre todo en lo referido a la ubicación de la laguna.

Los investigadores guiados por el arqueólogo Ernesto Tabío obtuvieron los siguientes resultados su intervención del batey:

“Un cateo efectuado en el ‘cercado térreo’ o ‘terraplén’, resultó estéril arqueológicamente, los escasos fragmentos que pudieron colectarse en el lugar se encontraban diseminados en forma dispersa, muy cerca de la superficie. El cateo rectangular de 1.00 m por 0.50 m y 0.40 m de profundidad, no arrojó una sola evidencia arqueológica, pudiendo

apreciarse que el material del cercado es una tierra gravosa, muy similar a la arcilla amarilla que constituye la tierra estéril del fondo de las trincheras excavadas en el sector Este del sitio. También se pudo observar que el cercado térreo, en general, presenta la parte externa más baja y menos inclinada que la interna, como si su construcción se hubiera efectuado acumulando relleno del interior hacia el exterior.” (Guarch, 1972:34).

En términos descriptivos, esta última observación de Guarch, contradice a la realizada por Harrington en 1919. El arqueólogo norteamericano en esa fecha planteó una observación completamente distinta y, según nuestra opinión, más acertada. Al igual que observó Guarch, él pudo apreciar que el muro era más alto por su parte exterior, pero en su explicación propone que la tierra fue acarreada de la parte externa hacia la interna lo que por consecuencia lógica produciría una mayor depresión en la parte exterior del muro.

Años más tarde:

“Durante nuestra [...] visita al sitio, en 1968, para obtener algunos datos necesarios para los estudios de la cerámica del lugar, pudimos recorrer en toda su extensión el terraplén, pues un largo período de seca había marchitado en gran parte la vegetación [...] En la superficie del terraplén se podía apreciar un gran número de cantos rodados, guijarros aparentemente silíceos, sobre una tierra amarillenta, distinta en coloración a la de los contornos.” (Ibid.:35).

Es en esta ocasión que, gracias a la valiosa observación del campesino Abigail Lores, vecino del lugar e incansable defensor del sitio, Guarch avanza la hipótesis que relaciona al cercado con la laguna en los siguientes términos:

“Si la observación efectuada por Abigail Lores durante los años ha sido correcta y la huella que nos enseñara es efectivamente la huella dejada en el terreno por el torrente que se forma en épocas de lluvia, es indudable que la laguna obtiene un buen suministro de agua, en poco tiempo, a expensas del cercado térreo. [...] Para comprobar esto debe hacerse una nivelación del terreno del cercado hasta la laguna, trabajo este que no pudimos hacer en nuestra última visita. [...] Aun cuando se trate de simple especulación el ir más allá, antes de tener la comprobación del desnivel entre el cercado y la laguna, creemos oportuno señalar a modo de hipótesis, la posibilidad, si es que existe el supuesto desnivel, que una de las funciones del cercado térreo fuera el de suministrar agua a la laguna y, por tanto, debió ser construido en un lugar conveniente y a propósito para que así sucediera. De esto resultaría una primitiva obra hidráulica, la primera de que tendríamos conocimiento en las Antillas” (Ibid.:36).

Sin embargo, no se quedó nuestro destacado arqueólogo en este punto, sino que pasa a plantear otro asunto de vital importancia en relación con el cercado, y es:

“...la similitud de los materiales con que está construido el cercado y los del fondo de la laguna, los cuales lucen iguales. [...] si los Taínos, hipotéticamente, tuvieron el desarrollo suficiente para diseñar y construir la citada obra de captación y canalización del agua de lluvia, podrían haber fabricado la laguna o ampliado al menos, construyendo con los materiales extraídos del cercado térreo.” (Ibid).

Y argumenta su hipótesis con el cálculo matemático de cubicación de la laguna y la obra del batey, cuyo resultado sólo le da una diferencia de 372 m³. Es de destacar que José Manuel Guarch fue el primero en emitir la hipótesis de que el batey de Laguna de Limones fuera una obra hidráulica.

Al igual que con el sitio anteriormente tratado, los trabajos desarrollados por el Departamento de Arqueología de la antigua Academia de Ciencias de Cuba durante las décadas del 60 y 70 han sido los de mayor alcance.

No obstante, al consultar materiales del archivo personal del Dr. Manuel Rivero de la Calle, hemos podido conocer que también en la década del 60, tanto la Universidad de Oriente como el Museo Montané de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, llevaron a cabo amplios trabajos en este sitio. Así por ejemplo, se efectuaron pequeñas excavaciones en la zona de montículos, que dieron como resultado el hallazgo de un entierro perteneciente a un adulto femenino, cuyo cráneo deformado estaba cubierto por una vasija de barro (Dacal, 1998, comunicación personal).

Uno de los principales frutos de estos trabajos, fue un anteproyecto para la restauración del sitio, elaborado por el arqueólogo Ramón Dacal Moure, cuyo objetivo era: “La restauración del Sitio arqueológico Laguna de Limones convirtiéndolo en un lugar de estudio para las Universidades de La Habana y Oriente.” (Dacal, 1971).

A pesar de esto, casi una década después, ese proyecto aún no había sido ejecutado, sino por el contrario el sitio recibía un fuerte impacto antrópico. Lo anterior se infiere de la lectura de un informe presentado por el arqueólogo Ramón Dacal Moure, al entonces Presidente de la Comisión Nacional de Monumentos, Dr. Antonio Núñez Jiménez, con fecha de 8 de abril de 1980. En este informe se advierte que:

“En las labores de preparación de tierras para pastoreo en 1979, se pasó un equipo sobre los montículos para nivelar el terreno, esto causó la destrucción de los mismos. Al final de la zona nivelada amontonaron parte de la basura arqueológica removida, junto con la arboleda que la cubría. [...] El cercado térreo se logró salvar por la gestión del campesino Abigail Lores y la comprensión del problema por el Jefe

del Distrito pecuario de Maisí [...]. No obstante pasaron un equipo a todo lo largo del borde exterior de los muros, quedó de esta manera todo el terreno desbrozado a partir de este límite. El área interna del cercado no fue tocada permaneciendo con su vegetación.” (Dacal, 1980).

El documento citado iba acompañado además, por un croquis del sitio, realizado por su autor que aporta nuevos datos al conocimiento del sitio. Así por ejemplo, se muestran un total de 13 montículos, es decir, 4 más que los reportados por Tabío y Guarch en la década del 60, así como también se representa otra pequeña laguna hacia el lado Noroeste del cercado, es decir, en una dirección opuesta a la de la Laguna de Limones.

Estos nuevos detalles fueron posibles de captar por la labor de desbrozamiento llevada a cabo en los terrenos del sitio que permitieron una visión más amplia de su área. Otro dato de importancia que aporta el croquis de Ramón Dacal es la indicación de las zonas que fueron dañadas por los equipos mecánicos de preparación de suelos. Desgraciadamente las indicaciones para restaurar el sitio, nuevamente fueron desatendidas, sin llegarse a hacer ningún esfuerzo por garantizar la integridad del mismo.

Con posterioridad a esa fecha sólo conocemos la referida expedición del Departamento Centro Oriental del Centro de Arqueología del CITMA en el año 1989, y durante la cual se realizó un levantamiento topográfico, que imaginamos como el más exacto realizado hasta hoy, pero que ha sido imposible localizar.

Resumen de las principales características de los bateyes cubanos de acuerdo a las fuentes historiográficas

Ubicación

Todos los bateyes hasta la fecha conocidos se encuentran ubicados en la región oriental de la isla. Al establecer una caracterización zonal, podemos decir que, todos se encuentran en la actual provincia de Guantánamo, y aún más específicamente en la porción Sur de esa provincia. De esta manera, en la actualidad todos los localizados pertenecen al municipio Maisí.

Concordamos con la observación de Tabío y Rey (1979) acerca de que los cercados aparecen “siempre asociados a sitios de habitación y a una distancia de 3 km o más de la costa”. Así por ejemplo, en el caso de Pueblo Viejo la distancia a la costa es de 9 500 m; siendo de 3 350 m para Laguna de Limones. En relación con la altitud sobre el nivel del mar, estas manifestaciones se encuentran entre el segundo y tercer nivel de terraza, con alturas sobre el nivel del mar de: 40 m para Laguna de Limones, y 205 m para Pueblo Viejo. Es necesario destacar que en el caso de Pueblo Viejo, el batey se han construido en la ladera de una pequeña colina de unos 50 m de altura sobre el nivel de la llanura que le rodea, como consecuencia se puede tener una visión panorámica de una gran área en dirección a la costa.

Otro aspecto interesante en relación con la ubicación es que siempre se encuentran en zonas aledañas a ríos de la zona. Así en relación con el río Maya se ubican Pueblo Viejo (2 000 m al Norte) y Laguna de Limones (800 m al Sur). Por último debemos apuntar que los bateyes siempre se encuentran asociados a depósitos residuarios, de lo que se infiere que todos han estado en relación más o menos directa con poblaciones aborígenes.

Forma

Hasta el momento todos los bateyes cubanos muestran una forma aproximadamente rectangular. No obstante, siempre existe uno de los lados que no describe un ángulo recto. Tal es el caso del extremo Sur de Laguna de Limones y de Pueblo Viejo, por lo que, hablando más exactamente, estos últimos tienen una forma trapezoidal.

Orientación

Para brindar la orientación hemos empleado la dirección seguida por el eje mayor respecto al Norte, teniendo en cuenta que los cercados presentan formas aproximadamente rectangulares, y por tanto no en todos los casos los muros son completamente paralelos. La obra de Pueblo Viejo está orientada hacia los 330 °, en tanto que Laguna de Limones está a los 340 °. En general, todos los bateyes tienen una orientación aproximada entre el Norte-noroeste y el Noroeste.

Dimensiones

Aun cuando en el capítulo anterior hemos efectuado la descripción de los bateyes mejor conocidos conviene precisar más las dimensiones que los mismos presentan. Para ello, hemos considerado, en cada caso, la medición más reciente y a partir de las mismas hemos hecho los cálculos relativos al volumen de las obras. Debemos apuntar que las dimensiones actuales, no son las que originalmente tuvieron estas obras, pues intensos procesos erosivos naturales y antrópicos han influido sobre estos sitios a lo largo del tiempo modificando el contexto.

Según José Manuel Guarch (1978) las dimensiones del cercado térreo de Pueblo Viejo son de 250 m de longitud por 135 m de ancho; en tanto que los muros tienen un promedio de 15 m en su base, siendo 1.50 m de ancho en su cima y 3 m de altura.

Para el cercado térreo del sitio Laguna de Limones, este mismo autor plantea una longitud de 146 m por 72 m de ancho, así como la presencia de muros con 4 m de ancho en su base, 0.40 m en su cima y 1 m de altura.

Las dimensiones de estos dos sitios, han llevado al investigador boricua Ricardo Alegría, en su minucioso estudio sobre las plazas ceremoniales, a considerarlos como las obras aborígenes de su tipo más grandes de Las Antillas (Alegría, 1983:151); hecho este último que desgraciadamente pocas personas conocen en

nuestro país. En nuestra búsqueda bibliográfica de investigaciones más recientes, no hemos encontrado noticia sobre otra obra precolombina mayor descubierta en los últimos diez años, por lo que sin dudas, estos sitios revisten una importancia regional en lo que a Patrimonio se refiere³. Como se puede apreciar en la gráfica presentada, los bateyes cubanos sobrepasan la escala regional en más del doble cuando apreciamos su superficie en metros cuadrados (Fig. 4).



Figura 4. Comparación entre los bateyes más grandes de Puerto Rico y Cuba. Nótese en el extremo derecho los bateyes cubanos sobrepasan largamente la media antillana. Los datos fueron tomados de Alegría (1983)

Tal vez no exista un indicador más gráfico sobre las dimensiones de estas obras que el volumen de las mismas, ya que el mismo se encuentra en estrecha relación con la cantidad de trabajo humano invertido en su ejecución.

Empezando por el más grande de nuestros cercados, el de Pueblo Viejo, nuestros cálculos arrojan un total de 20 790 m³, lo cual corrobora su posición de gran obra aborigen de Las Antillas. Por su parte, la obra de Laguna de Limones presenta un valor de 959.2 m³.

A manera de resumen, presentamos la tabla No. 1 que muestra las principales características de los bateyes cubanos, donde decidimos incluir, además de Pueblo Viejo y Laguna de Limones, lo que se conoce de las obras presentes en los sitios Montecristo y San Lucas.

³ Para tener una idea de las dimensiones podemos compararlas con las obras similares existentes en las Antillas Mayores. En la República Dominicana, por ejemplo, las obras mayores se localizan en los sitios de Padre Las Casas y Palero con 110 por 40 m y 92 por 35 m respectivamente; en tanto que en Puerto Rico existen las de Sabana y Palo Hincado con 90 por 45 m y 72 por 57 m, respectivamente.

CARACTERÍSTICA	PUEBLO VIEJO	MONTE CRISTO	LAGUNA DE LIMONES	SAN LUCAS
Altura s.n.m.	205 m	?	40 m	75 m
Distancia a la costa	9 500 m	?	3 350 m	6 000 m
Nivel de terraza	Tercera	?	Segunda	Segunda
Longitud lado mayor	250 m	?	146 m	80 m
Longitud lado menor	135 m	60.92 m	72 m	---
Ancho base del muro	15 m	7.60 m	4 m	10 - 15 m
Ancho cima del muro	1.50 m	?	0.40 m	?
Altura del muro	3 m	1 m	1 m	1.80 m
Orientación eje mayor	150 ° - 330 °	115 ° - 295 °	117 ° - 357 °	117° - 357°
Orientación eje menor	60 ° - 240 °	23 ° - 203 °	87 ° - 267 °	----
Área del cercado	33 750 m ²	8 411.13 m ²	11 096 m ²	----
Volumen del cercado	20 790 m ³	879.92 m ³	959.2 m ³	?
Existencia de declive	Si	?	Si	?
Dirección del declive	Oeste - Este	?	Norte - Sur	?
Presencia de residuarios	Encima del muro y fuera	Dentro y fuera	Fuera	Fuera
Distancia a río	2 000 m	?	800 m	450 m

Tabla 1. Principales Características de los Bateyes Cubanos según bibliografía

Últimos resultados de las investigaciones en los bateyes cubanos

Como planteamos en el inicio del presente trabajo, desde el año 2000 se viene realizando por parte de los arqueólogos del Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología investigaciones arqueológicas en el área geográfica de Maisí, cuyos resultados ya han sido publicados parcialmente (Torres, 2006, 2010).

Estas investigaciones se enfocan hacia el enriquecimiento de la información existente sobre los bateyes conocidos, en especial, en la obtención de planos detallados que posibiliten una caracterización fiable y permitan subsanar los errores y omisiones presentes en la literatura. El mayor esfuerzo se ha concentrado en el sitio Laguna de Limones, seguido del de Pueblo Viejo. Es de destacar que en estos sitios se han aplicado procedimientos de observación novedosos para el contexto nacional, como la microtopografía mediante Estación Total Topográfica y la fotografía aérea mediante kometas. Por otra parte las investigaciones han superado el carácter particular de visión del yacimiento para considerar, además, el paisaje arqueológico que le rodea y las posibles relaciones con otros sitios del área pero de menor preeminencia. Todo ello ha sido integrado en una plataforma SIG de indudable utilidad integradora de esa información. En los momentos actuales los esfuerzos se concentran en la caracterización del sitio San Lucas y la reubicación de Montecristo.

En relación con los estudios sobre la plaza ceremonial de Laguna de Limones, se pudo determinar que no es una estructura uniforme en su totalidad sino su forma es de tipo trapezoidal. Su eje más largo en el plano medio está orientado sensiblemente hacia el NNW (353°). Sus dimensiones son las siguientes: eje

NNW-SSE, lado más largo: 169 m; lado más corto: 156 m. En el eje WSW-ENE, lado más largo: 87 m; lado más corto: 69 m. Si comparamos estas cifras con las dadas por el arqueólogo José M. Guarch (142 m por 76 m), vemos que en realidad, el cercado es mayor que lo hasta ahora reportado. (Torres 2006)

También es necesario destacar que los muros no constituyen una estructura uniforme en toda la plaza sino que a veces se hacen tan bajos, como en la parte Noroeste y Suroeste, que casi desaparecen. Como término medio tienen una altura de 0.45 m, siempre medidos tomando como base la superficie exterior del cercado.

Acerca de su posible carácter de primitiva obra hidráulica, hipótesis enunciada desde la década de 1970, nuestra estrategia se basó en analizar los datos correspondientes a las superficies interior y exterior del cercado en busca de desniveles significativos en relación con la laguna. Fueron empleados el mapa de superficie total del sitio y los mapas vectoriales de la plaza ceremonial y de toda el área. En los mapas se puede observar un modelo de escurrimiento superficial de aguas que es concluyente en cuanto a que la laguna tiene una fuente importante de captación de aguas en grandes áreas aledañas, siendo la superficie del cercado insignificante, en cuanto al aporte de volumen de agua (Fig. 5).

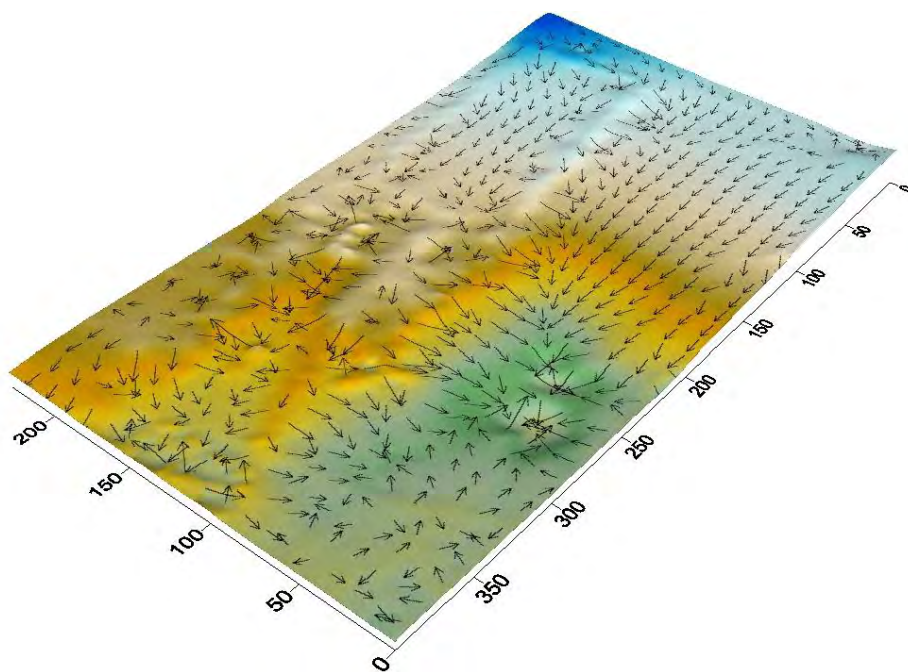


Figura 5. Modelo de escurrimiento superficial del sitio Laguna de Limones. Obsérvese como existe una gran cuenca de captación pluvial fuera de los límites del batey aborigen

Una información curiosa la aportó la fotografía aérea de baja altura, donde fue posible apreciar que al parecer la abertura presente en la esquina NW del batey era aún más estrecha que lo observado en la actualidad. En la foto se puede apreciar que el actual camino de entrada a la casa del campesino Albigail Lores, afectó

en gran medida a la obra aborígen destruyendo una gran porción de la misma. Esta situación es prácticamente imposible de visualizar desde el nivel del suelo por lo que la foto aérea demostró ser un instrumento muy útil y económico para el análisis de transformación del contexto arqueológico (Fig. 6).

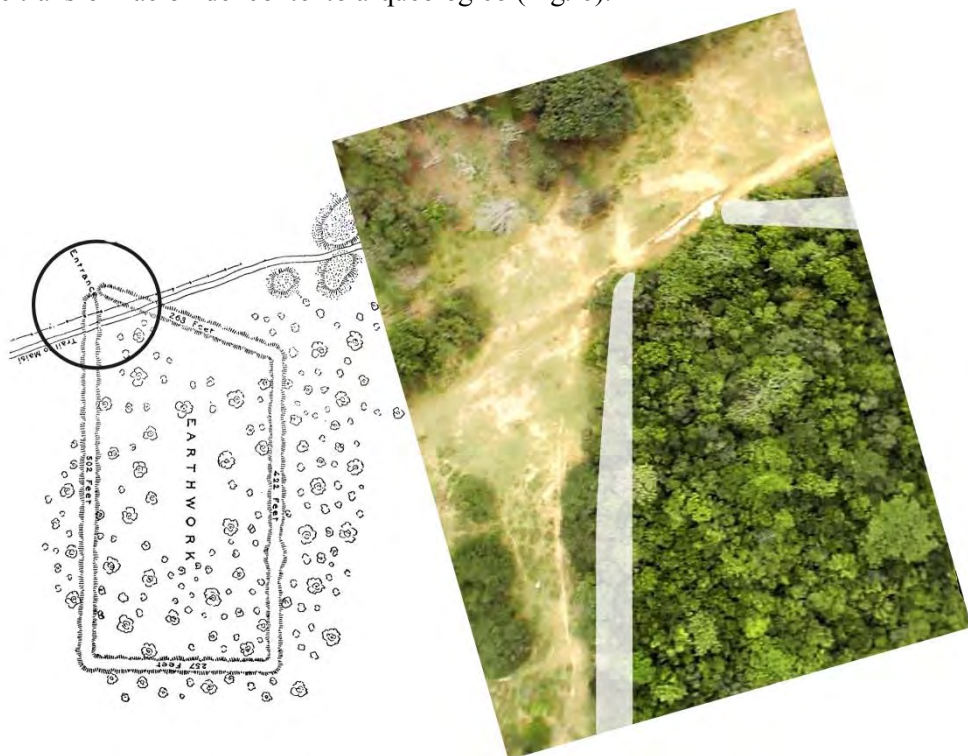


Figura 6. Fotografía aérea por kometa. Gracias a esta técnica se ha podido detectar la huella de los muros que hoy se encuentran destruidos por el camino vecinal

En cuanto al área total de la plaza ceremonial, se tomaron en consideración las dimensiones de la superficie interior del cercado, es decir, aquella que comprende el espacio demarcado a partir de la base interior de los muros. El resultado es de 13 834.3 m² (Ibid.).

En el caso de la obra presente en Pueblo Viejo, aun los resultados no son conclusivos. La obra se encuentra extremadamente afectada por la población moderna cuyas construcciones se han esparcido por casi toda su superficie. Además del daño causado por el constante uso agrícola del terreno. A tal punto ha llegado el daño que hoy es casi imposible poder observar a simple vista los llamados muros.

Sorprendentemente para nosotros, la cartografía detallada del relieve no ha podido revelar la existencia del muro Norte del batey ni su unión con los presentes en el Este y Oeste. Por otra parte mediante el mismo trabajo pudimos localizar una abertura en el muro Este que coincide con la descripción original de Rodríguez Ferrer de 1847, y que ningún otro autor posterior volvió a mencionar. Todas estas evidencias están siendo analizadas en el momento actual y prometen cambios drásticos en la concepción que de este sitio se tiene (Ver fig. 7).

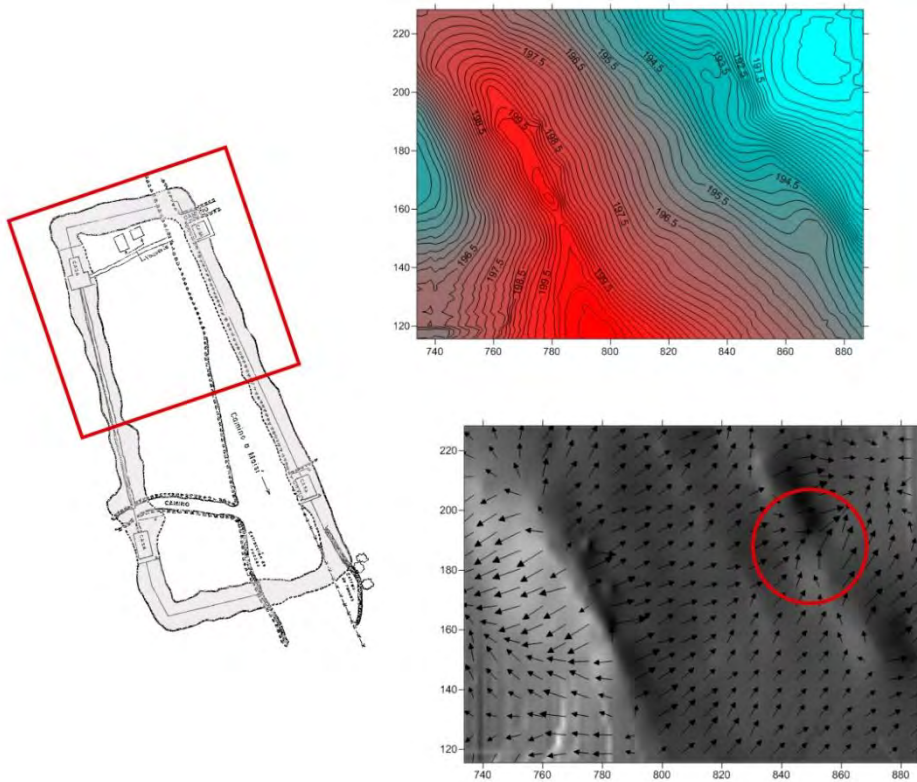


Figura 7. Planos de relieve, sombreado y escurrimiento realizados para la porción Norte del sitio Pueblo Viejo. Como se observa no es posible distinguir el muro Norte que une los del Este y Oeste. En el modelo de escurrimiento se ve claramente la existencia de una abertura en el muro Este, solo reportada antes por Rodríguez Ferrer (1847)

Hasta el momento el único sitio que presenta una coincidencia plena con lo mencionado por el cronista Fernández de Oviedo (ver la cita al inicio) para los bateyes antillanos es el sitio de Laguna de Limones, y que a su vez, y por suerte para todos, es el mejor conservado de todos. En este lugar es posible determinar la estructura de habitación compuesta por la aldea y sus casas ubicadas en forma de dos cintas paralelas, entre ellas un espacio público, y en el extremo Norte de este espacio el batey.

Bibliografía

- Alegría, E. R. 1983. Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies, *Yale University Publications in Anthropology* No.79, New Haven, 185p.
- Barcadí Moreau, E. 1908. *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía de Carbonell y Esteva, Barcelona, España, Tomo 1, 294p.
- De la Torre y Huerta, C. 1890. Conferencia Científica, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, Tomo 27, La Habana, pp. 325-343.

- Fernández de Oviedo, G. 1851. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra – Firme del Mar Océano*. Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid.
- Fewkes, J. W. 1904. Prehistoric Culture of Cuba, *American Anthropologist*, Vol. 6, No. 5, pp.585-598.
- Guarch, J. M. 1972. Excavaciones en el Extremo Oriental de Cuba, *Serie arqueológica* No.1, Editorial Academia de Ciencias, La Habana, 53p.
- 1978. *El Taíno de Cuba, Ensayo de Reconstrucción Etno-histórica*, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones, La Habana, 263p.
- Harrington, M. R. 1921. *Cuba Before Columbus*, Indian Notes and Monographs American Indian Museum, Heye Foundation, New York, 2 Vol.
- 1935. *Cuba Antes de Colón*, traducción de Adrián del Valle y Fernando Ortiz, Colección de Libros Cubanos, Vol. XXXII, Tomo 1, Cultural S.A., 290p.
- Las Casas, B. 1967. *Apologética Historia Sumaria*, Editora Universidad Nacional Autónoma de México, Libro 1.
- Tabío, E. y E. Rey 1979. *Prehistoria de Cuba*, Editorial Academia de Ciencias, La Habana, 234p.
- Pichardo Moya, F. 1990. *Caverna, Costa y Meseta*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 152p.
- Rivero de la Calle, M. 1980. “Aportes de Fermín Valdés Domínguez a la Espeleología, Arqueología y Antropología Cubanas”, *Revista Santiago*, No. 38-39 (junio-septiembre), Santiago de Cuba, pp.91-108.
- Rodríguez Ferrer, M. 1876. *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, Tomo 1, Imprenta de J. Noguera, Madrid.
- Rodríguez Suárez, R.; L. Pérez y P. Cruz. 2000. “¿Áreas de Cultivo Precolombinas? El Caso de Pueblo Viejo”, *Debates Americanos*, No.10 junio-diciembre, La Habana, pp.59-66.
- Rouse, I. 1942. “Archaeology of Maniabon Hills, Cuba”, *Publications in Anthropology* No.26, Yale University Press, New Haven, 184p.
- Torres Etayo, D. 2006. “Nuevos Enfoques de Investigación en el sitio Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo”, *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No.9, pp.23-34.
- 2010. “Investigation at Laguna de Limones: Suggestions for a Change in the Theoretical Direction of Cuban Archaeology”, en *Beyond the Blockade, New Currents in Cuban Archaeology*, Susan Kepecks, Curet y La Roza (eds.), Alabama University Press, 70-88 pp.

Fuentes documentales consultadas

Archivo personal de Manuel Rivero de la Calle

Epístola dirigida a la Dr. María E. Ibarra, Directora de la Escuela de Ciencias Biológicas, Universidad de La Habana, (inédita) 8 de mayo de 1971.

“Ante-proyecto de Restauración del Sitio Arqueológico de Lagunas de Limones, en Maisí, Oriente”, elaborado por Ramón Dacal Moure, (inédito), 8 de abril de 1971.

Arqueología precolombina en Cuba y Argentina

O. HERNÁNDEZ DE LARA y A. ROCCHIETTI, eds.

Archivo personal de Ramón Dacal Moure

“Informe sobre la visita al sitio arqueológico de Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo. Informe, recomendaciones, posibilidades y necesidades”, (inédito), 8 de abril de 1980.

CAPÍTULO 5

•

¿CÚPULAS EN CUBA? PRIMERA APROXIMACIÓN A LA POSIBLE PRESENCIA DE PETROGLIFOS CUPULARES EN LA MAYOR DE LAS ANTILLAS

Divaldo A. Gutiérrez Calvache
José B. González Tendero
Ramón Artilés Avela

*A la memoria de Luis Formigo Espinosa,
por su dedicación y entrega a los estudios
arqueológicos de su terruño natal*

Introducción

En la literatura especializada internacional existen innumerables ejemplos de trabajos encaminados al esclarecimiento de cuáles de las oquedades o depresiones que a menudo aparecen en las rocas, por todo el mundo, pueden ser consideradas expresiones culturales del hombre y cuáles no. Asimismo, ha sido un tema recurrente de investigación el poder definir cuándo dichas oquedades de origen antrópico pueden ser consideradas como un producto simbólico definible como arte rupestre –más comúnmente llamadas *cúpulas* o *petroglifos cupulares*– y cuándo su producción estuvo determinada por otras funciones utilitarias.

Quizás la propuesta más abarcadora y documentada de las realizadas hasta hoy en el mundo, en este sentido, sea el trabajo “Cupules”, del investigador australiano Robert G. Bednarik, aparecido en el año 2008, en la revista *Rock Art Research*.

Sin embargo uno de los primeros problemas que introduce el estudio de estas manifestaciones del hombre se puede ubicar en el nivel terminológico de nuestra comunicabilidad como investigadores. Por ejemplo, en nuestra lengua –la española–, como ya han sugerido otros autores, es apreciable cierta incertidumbre en la literatura sobre el alcance de los términos que se utilizan para la definición de las cúpulas (Van Hoek, 2007:5). Al enfocar este tema, Costas y Novoa (1993:23) con-

sideran que una cúpula es una “cazoleta”, como un hoyo pequeño de planta hemisférica y fondo cóncavo; el propio Van Hoek (1997:37) ha utilizado el término “oquedades” en sinonimia con el de cúpula; otros autores, como Querejazu (1998: 48), consideran dos tipos de oquedades o depresiones culturales: las verdaderas cúpulas y los morteros (“oquedades molederas”). Esta última distinción es común en la literatura sobre el tema en Bolivia, donde a menudo se diferencian las cúpulas en “auténticas cúpulas” y “utilitarias cúpulas” –también llamadas “batanes” o “moleedores”– (Methfessel y Methfessel, 1998:36). En el caso chileno, los arqueólogos de ese país en general no hacen ninguna distinción entre las depresiones antrópicas utilitarias y las no utilitarias, proponiendo definir las depresiones culturales en general como “tacitas” (Van Hoek, 2007:6). En México, por ejemplo es común el término “pocitos” (Rubén Manzanilla, 2012, com. pers.), el cual también es común en la terminología arqueológica de Costa Rica y Panamá (Denis Naranjo Masis, 2012, com. pers.).

En Cuba, hasta hoy, no existe un abordaje serio sobre la presencia de cúpulas, utilitarias o no, aunque desde principios del siglo XX algunos autores hicieron referencia a la presencia de este tipo de expresiones culturales en algunas regiones del país, asociándolas en la mayoría de los casos a lo que se ha denominado en la arqueología cubana como “morteros” (Dacal y Rivero de la Calle, 1984:87) o “morteros fijos” (Guarch, 1978:71). En el año 2000, miembros del Grupo Alejandría de la Sociedad Espeleológica de Cuba reportaron la presencia de una solapa cárstica en el municipio de Madruga, donde observaron una acumulación de numerosas oquedades o depresiones, en su opinión de origen antrópico.

Dicha cavidad fue bautizada con el nombre de Solapa de las Tacitas o Morteros (Guerrero y Mantilla, 2000:71), insertando de esta forma el término “tacitas” en la terminología arqueológica nacional. Finalmente, el investigador Luis Formigo Espinosa, al estudiar otras manifestaciones cupulares presentes en el occidente de Cuba, las define como series de “hoyuelos”, muy simétricos (AIN 2008), término también utilizado en el texto de Guerrero y Mantilla (2000). Sin embargo, el problema sobre la función utilitaria o no de estas manifestaciones en nuestro país, y su análisis desde la perspectiva de la rupestrología, no ha sido abordado aun con precisión, aunque es justo referir que, en su breve comunicación del año 2000, Reinaldo Guerrero y Georgina Mantilla, al referirse a las oquedades o depresiones descritas por ellos, expresan: “...conformando de esta forma este conjunto de hoyuelas talladas por el hombre una especie de petroglifo” (Guerrero y Mantilla, 2000:71).

Aunque todavía hoy no exista un criterio unificado a nivel mundial sobre si las cúpulas deben ser incluidas entre las formas típicas de investigación del arte rupestre y algunos autores hayan cuestionado su inclusión en nuestro campo de acción, identificándolas como simples “marcas en la piedra” (Rosenfeld, 1999:31), nosotros pensamos que si estas “marcas” son psicológica e ideológicamente voluntarias, entonces pueden y deben ser parte de la investigación rupestrológica; de lo contrario, si estas se aceptaran como marcas involuntarias, producto de la interacción hombre medio, entonces habría que evaluar si podrían considerarse estructuras etológicas y, por ende, objetos de estudio de la icnología, no de la rupestrología.

Ante la situación anterior consideramos imprescindible expresar con claridad, nuestra postura, la cual se corresponde con los resultados de la 1era. Conferencia internacional de Cúpulas, celebrada en Cochabamba, Bolivia, entre los días 17 y 23 de julio de 2007, donde quedó definido entre los rupestrólogos el papel de las “cúpulas no utilitarias” como expresiones ideológicas y simbólicas del hombre del pasado y, de ahí, su aceptación en el campo de los estudios del arte rupestre universal, por lo que en el presente trabajo intentaremos una primera aproximación a la distribución, características y definición de la presencia de petroglifos cupulares o cúpulas en el arte rupestre cubano.

Cúpulas. Definición y criterios de identificación

A pesar de nuestra posición teórica –antes expresada–, la búsqueda de una definición de cúpula para la arqueología y rupestrología cubana, no es una tarea fácil. Por ejemplo, el diccionario argentino *Jujuy*, el cual posee numerosas definiciones del campo arqueológico, nos dice:

“La palabra cúpula significa “bóveda hemisférica” y en arte rupestre se denomina así a toda depresión circular. Una cúpula es una horadación circular hecha en la roca por técnica de rotación, raspado intencional y desgaste. Como es difícil suponer su funcionalidad, hay una convención de que las cúpulas o tacitas con diámetro de más de 10 cm son morteros y las de menos son de carácter artístico. Las horadaciones pueden aparecer en formaciones desordenadas o formando figuras y también en combinación con líneas para completar un dibujo antropomorfo, donde por ejemplo con cúpulas se determinaron los ojos. Las rocas preferidas para realizar las cúpulas son las areniscas blandas.”

El blog sobre el tema creado por W. Briangardner, refiere en uno de sus títulos principales:

“...Las piedras tacitas son reconocidas como horadaciones inconclusas sobre afloraciones rocosas o rocas de gran tamaño que dificultan su traslado con fines prácticos.

Por lo tanto, son fijas, a diferencia de los morteros móviles o transportables de pequeñas dimensiones.

En otros países son llamados “morteros comunitarios”, que más que un nombre es una descripción, tal como lo es “piedra tacita” o “piedra con tacita” o “piedra con tacitas”, nombres que hacen referencia a su capacidad como contenedor.

En ese sentido también fueron conocidas como “platillos” o “piedras con platillos” si eran incipientes, u “ollitas” o “piedras con ollitas” si al contrario eran profundas.

También son conocidas por la gente de campo como “piedras de indios”, algunos estudiosos las denominaron “piedras sagradas” e incluso se les atribuye condición de altares para sacrificios...” (Brian-Gardner 2011).

Por su parte, el Glosario IFRAO¹ (Bednarik, *et al.*, 2003 y Bednarik, 2007) ha sido algo más conservador, respetando así las barreras objetivas que hoy tenemos en la interpretación correcta de esta manifestación; por lo que ha preferido ser menos específico y ha propuesto la siguiente definición: “*Cupule: A hemispherical percussion petroglyph, which may occur on a horizontal or vertical surface.*”

La definición anterior ha sido aceptada íntegramente en lengua española, en las tres versiones en castellano que se han realizado del Glosario IFRAO. En la última de estas, elaborada por el investigador Gory Tumi Echevarría López (Echevarría, 2010), de la Asociación Peruana de Arte Rupestre (APAR), se puede leer: “Cúpula: Un petroglifo hemisférico hecho por percusión, que puede presentarse en superficies horizontales o verticales.”

Considerando lo antes expresado, es imprescindible definir qué entendemos por cúpula en este trabajo. Para nosotros, una *cúpula* es una oquedad o depresión realizada por el hombre en un sustrato rocoso, por métodos de percusión y, en algunos casos, por abrasión, cuya ejecución no estuvo determinada por ninguna función utilitaria, sino que respondió a necesidades simbólicas de nuestros pueblos originarios –*cúpulas simbólicas*–. Es posible que, en algunas condiciones, la función utilitaria tenga alguna presencia, sobre todo en aquellas cúpulas que se originaron con propósitos utilitarios y luego fueron reutilizadas simbólicamente. Vale mencionar que, aunque una verdadera cúpula nunca ha sido formada por la naturaleza, es muy probable que en nuestras condiciones, al igual que en otras regiones del planeta, algunas depresiones naturales hayan motivado o estimulado la elaboración antrópica (cultural) de cúpulas (Taçon, *et al.*, 1997:961).

Por otra parte, ante la evidente existencia en nuestro país de confusiones en la definición terminológica del objeto de estudio, motivada en primera instancia por la poca presencia que, al parecer, tiene este fenómeno en el arte rupestre cubano y, en segundo lugar, por la ausencia de investigaciones sobre el tema, nos gustaría proponer como la terminología a aceptar en nuestra comunicación académica y profesional diaria las siguientes propuestas.

Cúpula: petroglifo cóncavo y hemisférico, formado por una depresión antrópica no utilitaria, ejecutado en una superficie rocosa –que puede ser desde horizontal hasta vertical–, cuyo papel en las sociedades ejecutoras estuvo vinculado a fenómenos o procesos simbólicos.

Mortero: depresión de origen antrópico utilitario, cuya función estuvo muy probablemente relacionada con las necesidades de moler, machacar, macerar, pulverizar o ablandar determinados elementos, tanto orgánicos como inorgánicos.

¹ Siglas en Inglés de la Federación Internacional de Organizaciones de Arte Rupestre.

Hoyo: depresión de origen natural, de diferentes tamaños o formas. Por ejemplo, scalops de erosión fluvial en cuevas y cavernas, hoyos de erosión por remolinos (erosión turbillonar) en los cauces fluviales (Fig. 1a), hoyos de disolución pluvial o disolución diferencial u hoyos por disolución de goteo acidulado en condiciones de goteo endocársicas (Fig. 1b), etc.

Finalmente, proponemos el uso del término *depresión*, para la identificación genérica de aquellas cavidades que, en el momento en que son referidas, no han podido ser identificadas como cúpulas, morteros u hoyos.

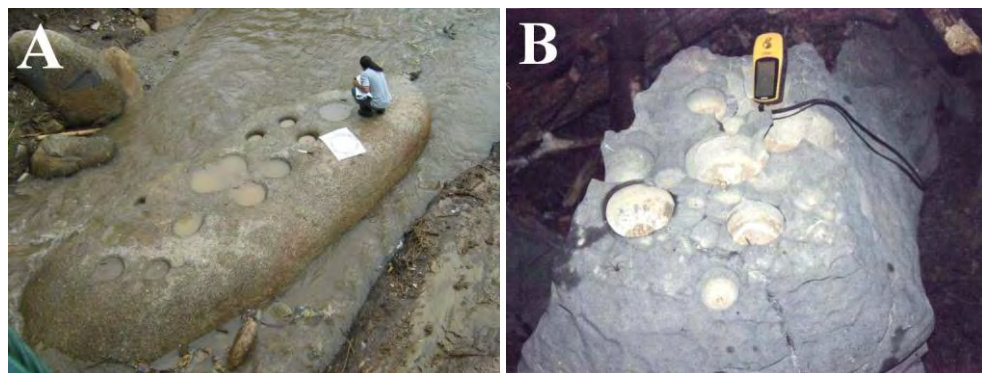


Figura 1. Hoyos de disolución de origen natural. (A) Hoyos de erosión por remolinos (erosión turbillonar) en cauces fluviales, Piedra de las Casimbas, cauce del río Mariara, Carabobo. (B) Hoyos de disolución de geometría cilíndrica, formados por goteo de la bóveda en condiciones de goteo endocársicas sobre un fragmento de caliza jurásica en el cauce subterráneo del arroyo Constantino, Sierra de Galeras, Viñales, Pinar del Río

Nuestra propuesta sugiere la exclusión de términos como “tacitas”, “cazuelitas”, “pilones”, “pocitos”, etc., que generan serios problemas en la comunicabilidad académica y entorpecen la definición y comparación a niveles espaciales del objeto de estudio.

Los conceptos y criterios de identificación expuestos nos dejan ante una realidad bien compleja pues, sin lugar a dudas, la distinción correcta entre una cúpula antrópica no utilitaria y otra utilitaria, o de una depresión natural, requiere – más que de conocimientos arqueológicos– del desarrollo de una sensibilidad para la percepción de objetos simbólicos que no se obtiene en un curso académico regular de arqueología, sino que depende de la experiencia, la revisión, la observación de cientos o miles de cúpulas o petroglifos y, sobre todo, del estudio detallado del referente etnográfico existente en otras partes del mundo y que, en algunos casos, ha sido publicado por diferentes investigadores, así como de la reproducción práctica del ejercicio de ejecución de cúpulas como vía experimental y arqueométrica (Fig. 2).

Partiendo de lo anterior, conscientes del empirismo de muchas de nuestras observaciones, pero aceptando el estudio de numerosos investigadores que nos precedieron, y asumiendo la responsabilidad de aplicar y exponer los resultados de

dichos estudios, intentaremos definir para el lector algunos atributos que pueden ser herramientas eficaces en la identificación de petroglifos cupulares.



Figura 2. (A) El investigador Robert G. Bednarik observa el proceso de percusión en una piedra sonajera o piedra gong (lithophones) para la elaboración de una cúpula asociada al simbolismo sonoro, Pola Bhata, Madhya Pradesh, India. (B) Resultado definitivo del proceso ilustrado en la imagen A. (Publicado con permiso de su autor, Bednarik, 2008: 77)

Las cúpulas generalmente se presentan en grupos, algunas acumulaciones pueden llegar a cientos de ellas en áreas relativamente reducidas; las ocurrencias de morfologías similares de forma aislada o en solitario están casi siempre más relacionadas con procesos utilitarios (morteros) que simbólicos.

La mayoría de las cúpulas identificadas en el mundo presentan diámetros entre 1,5 y 10,0 centímetros, los ejemplos más grandes son sumamente escasos y, en general, las morfologías mayores se pueden asociar a procesos utilitarios, como grandes morteros, o a fenómenos naturales (hoyos).

Las cúpulas aparecen tanto en superficies verticales, como inclinadas y horizontales; rara vez se han reportado cúpulas cenitales (en el techo). Su ubicación es siempre un buen índice diagnóstico, pues en la medida que el ángulo del sustrato donde se realizaron aumente, su relación con lo simbólico será mucho más evidente. Según la distribución mundial, más de un 50% de las cúpulas se han ejecutado en superficies con inclinaciones mayores a los 45° (Bednarik, 2008: 70).

Cuando las cúpulas han sido elaboradas en superficies verticales tienden a ser más ovoides, con el diámetro mayor en el eje vertical (Bednarik, 2008: 70). Tal característica parece responder a la biomecánica de su ejecución, pues la percusión repetitiva en una superficie vertical siempre estará influenciada por la gravedad, y de ahí que la distribución de la fuerza sea mayor en la vertical. Si el objeto a percudir fuera utilitario (machacar, macerar, moler, etc.), la inclusión de este entre sustrato y percutor generaría una geometría menos distinguible.

Las cúpulas elaboradas en sustratos verticales son generalmente de pequeño tamaño, si se comparan con las de sustratos horizontales e inclinados. Los reportes mundiales parecen asegurar que las cúpulas grandes y muy grandes casi

siempre están elaboradas en superficies horizontales o ligeramente inclinadas (Bednarik, 2008: 70). Ello parece corresponderse con el hecho de que la ejecución de una cúpula en un sustrato horizontal siempre requerirá de menos energía y esfuerzo físico, que en una superficie vertical.

En Cuba hemos aislado otra característica: generalmente, el punto más profundo de las cúpulas está algo desplazado del centro geométrico de su circunferencia en planta, tanto en cúpulas ejecutadas en superficies verticales, como en horizontales e inclinadas; lo cual genera que posean siempre fondos cóncavos y muy rara vez fondos planos. Dicha situación parece también estar determinada por los procesos biomecánicos de su elaboración (Bednarik, 2008: 71) y hacia donde se ejerce la mayor fuerza en el impacto de la percusión repetitiva (Fig. 3).

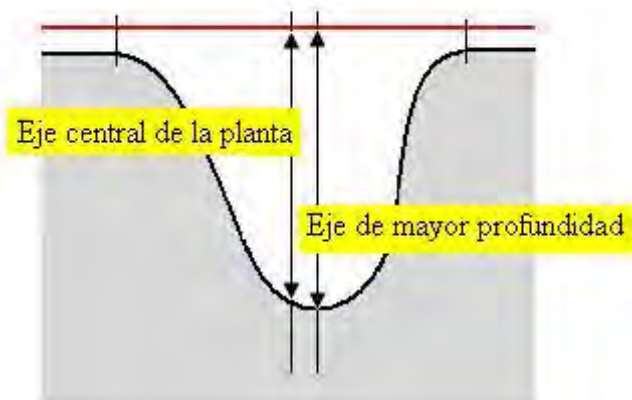


Figura 3. Gráfica que muestra el desplazamiento del eje de profundidad con respecto al geométrico (Reelaborado para Cuba y publicado con permiso de su autor, Bednarik 2008:71)

Otro elemento importante en la definición o diferenciación entre cúpulas o morteros y hoyos naturales es la presencia en el área de su distribución de restos del proceso de elaboración, o de algunas de las herramientas que se utilizaron en dicho proceso. Tales hallazgos reducen considerablemente el margen de duda sobre su origen antrópico.

También es un rasgo significativo en la definición de las cúpulas como elemento simbólico de nuestras sociedades originarias la distribución y conformación de los grupos de ellas: es razonable que su ubicación en superficies verticales asegura, con un alto grado de confiabilidad, su origen simbólico; pues no existen argumentos prácticos para justificar la ejecución de morteros en estas condiciones. Asimismo, son reducidos y pocos los procesos naturales que puedan dar origen a estas morfologías. En general, los temas de su conformación en el área o su agrupamiento en líneas, líneas paralelas, huellas de mamíferos, motivos florales u otras figuras geométricas, de difícil origen natural, reducen considerablemente las incongruencias en su definición funcional.

Un rasgo particular, sobre todo en las condiciones de Cuba, son las paredes de separación entre cúpulas. La asociación a las rocas calizas y al carso de la mayoría de nuestros sitios, como se verá más adelante, implica que fuera necesario

dejar un determinado grosor a dichas paredes, pues se hace difícil obtener una separación delgada entre cúpulas por el proceso de percusión, teniendo en cuenta que los sustratos rocosos de la mayoría de las estaciones cubanas presentan poca dureza: generalmente estos van desde la dolomita, dureza 4 en la escala de Mohs, hasta la caliza o calcita, con dureza 3. Tal situación, a juzgar por la experiencia de investigadores como Rober G. Bednarik, debería mantener un rango de profundidad uniforme de las cúpulas en Cuba, de entre 1 y 10 cm, con tendencia mayoritaria a profundidades entre 6 y 7 cm (Fig. 4), lo cual ha sido en gran medida ratificado por nosotros en nuestras experiencias de campo.

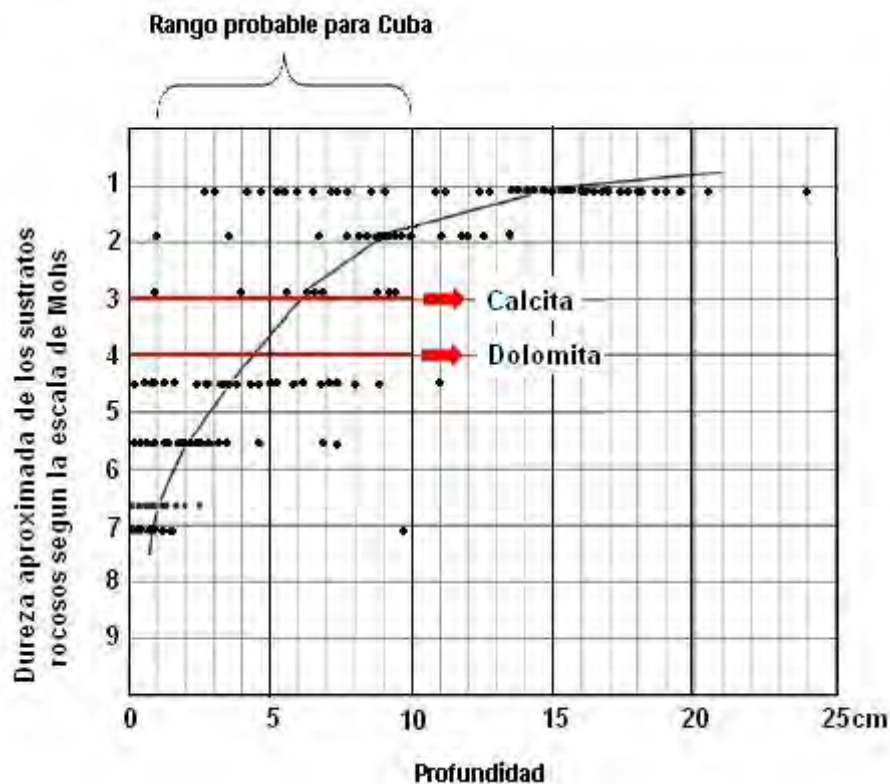


Figura 4. Rangos probables de profundidad de las cúpulas a partir de la dureza aproximada de los sustratos rocosos (Reelaborado para Cuba y publicado con permiso de su autor, Bednarik, 2008:88)

Las relaciones de dureza antes expuestas, junto al trabajo de percusión repetitiva, y la inevitable erosión que han sufrido las cúpulas desde su ejecución hasta hoy, sugieren como norma promedio que los contornos o bordes de las cúpulas no deban ser agudos; por el contrario, en la mayoría de los casos estos son suaves y curvos.

Finalmente, otro elemento importante es la ubicación de posibles cúpulas en determinados accidentes geomorfológicos: la presencia de estas depresiones en angostos y estrechos pasajes subterráneos, por ejemplo, es factor de juicio para

considerar la función simbólica, en contraposición con funciones utilitarias, como de mayor probabilidad.

Aun ante todo lo anterior, es imprescindible reconocer que, hasta el momento actual, la identificación de una cúpula y, con ello, el reconocimiento de un petroglifo cupular, es un proceso empírico, que necesita en la mayoría de los casos de investigaciones experimentales y arqueométricas que lo confirmen. Por ejemplo, los estudios por microscopía –dirigidos a la identificación de trazas– permitirían esclarecer datos funcionales: si se trituró, maceró o molió algún elemento orgánico o inorgánico; o también identificar huellas de procesos naturales, como la abrasión o la disolución diferencial. En especial, los estudios paleobotánicos a partir de la identificación de nódulos de almidón nos permiten comprobar o descartar su uso en la maceración de vegetales.

Estos, junto a otros procedimientos, serán vitales en el intento de reducir el empirismo en la correcta identificación de petroglifos cupulares en nuestro país, pero para su aplicación será necesario, primero, conocer la distribución, características y particularidades de aquellas estaciones que, según su morfología, podrían conformar el arte rupestre cupular del archipiélago cubano. La ausencia de ese conocimiento inicial, pero imprescindible, ha sido el principal motivador de este trabajo donde, como se verá en lo adelante, nos hemos propuesto una primera aproximación al problema, de forma que, a partir de este momento, nuestros investigadores cuenten con una fuente documental que permita abordar estudios más detallados y precisos sobre el objeto de estudio, el cual, en el estado actual de nuestra rupestrología, es un tema abierto a la discusión y el análisis.

En cuanto a los procesos simbólicos o religiosos que pudieron determinar la ejecución de las cúpulas, nada se ha escrito con profundidad en Cuba. En el mundo, el ámbito académico se encuentra en una encrucijada, cuando numerosas hipótesis han sido sugeridas, pero ninguna comprobada. Entre las más aceptadas, de manera general, están aquellas que aluden al sacrificio de animales, en los países andinos principalmente, donde se ha sugerido que la sangre de los guanacos² se vertía en las “cúpulas”, algunas de las cuales cuentan con canales comunicantes entre sí, interpretados como vías para la difusión del líquido sanguinolento, que se consumía por los oferentes.

La funcionalidad más aceptada es la molienda de semillas, interpretada por algunos especialistas como de carácter religioso, por la importancia en el marco propiciatorio de contar con los alimentos o semillas para moler. En este sentido, algunos han defendido que no es casual que la mayoría de las cúpulas en Suramérica tengan una edad probable que se corresponde con la extinción de la fauna pleistocénica, momento en que al hombre le es imprescindible la modificación de sus hábitos alimenticios, propiciando así el mayor consumo de semillas y granos.

Otra interpretación, que también se ha asociado con funciones simbólicas, apunta a la molienda de materiales para elaborar colorantes para la pintura corporal, el arte rupestre, etc.

² Camélido nativo de Suramérica, cuyo nombre científico es *Lama guanicoe*, fue muy utilizado y venerado por la inmensa mayoría de los pueblos originarios de esta parte del mundo.

Finalmente, existe otra explicación, la cual remite a “observatorios astronómicos”, donde las cúpulas en unos casos sirven de contenedores de agua cuya superficies funcionan como espejos que reflejan la bóveda celeste en las noches claras y despejadas; en otras su distribución y organización en un sitio son interpretadas como la representación y/o composiciones astrales y finalmente está el criterio que sostiene que muchos de los agrupamientos de cúpulas, podrían ser procesos mágicos de numeración y conteo, limite inicial del cálculo utilitario del hombre. Estas posturas cuentan con bastantes seguidores en el ámbito arqueológico internacional (Montelongo y Falero, 2004), sin embargo al igual que las que le anteceden las mismas no cuenta con un referente etnográfico confiable.

Reportes de posibles petroglifos cupulares en Cuba

La primera referencia que ha llegado a nosotros sobre la posible presencia de cúpulas o petroglifos cupulares en la arqueología cubana se la debemos al arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington, quien en 1915 reporta “...varios hoyos de buen tamaño...” (Harrington, 1935: 139), en la Cueva del Pueblo, cerca de la desembocadura del Río La Caleta, en la actual provincia de Guantánamo. A ese reporte le siguieron otros, todos en general muy escuetos y sin dominio claro de que se estuviera frente al fenómeno que aquí estudiamos, con la excepción ya comentada de R. Guerrero y G. Mantilla (2000). Tal es así, que uno de los últimos reportes realizado en este sentido ha sido hecho en una localidad en extremo conocida, la Cueva de las Charcas, en la provincia de Mayabeque; sin que numerosos investigadores que han trabajado en la región, y en la localidad en específico, repararan en la existencia de las posibles cúpulas, que analizaremos más adelante. En consecuencia, realizaremos un recorrido por las ocho localidades descritas y reportadas hasta hoy con posible presencia de petroglifos cupulares (Tabla I).

- **Cueva del Pueblo**

Justamente al oeste de la desembocadura del arroyo La Caleta, a 1.6 km al noreste de Punta Caleta y en el primer nivel de terrazas emergidas de Maisí, Guantánamo, Mark R. Harrington exploró en 1915 una serie de solapas comunicadas entre sí, a las cuales este investigador llamó Cueva del Pueblo (Fig. 5a). Desdichadamente, la Cueva del Pueblo no ha podido ser visitada por nosotros, por lo que nos limitaremos a la descripción del sitio efectuada por Harrington, en la que refiere:

“El último abrigo situado en la extremidad este de la línea, próximo al cañón de la Caleta, está formado por una roca enorme que se desprendió del peñasco en edades pasadas, elevándose ahora a alguna distancia de éste, formándose entre peñasco y roca una especie de pequeña barranca. En esta, nos sorprendimos al encontrar varios hoyos de buen tamaño, destinados a morteros hechos en la roca [...] descubriendo otro hoyo-mortero en la prominencia entre el último abrigo y el borde del cañón” (Harrington, 1935:139).

No.	NOMBRE DE LA ESTACION	PROVINCIA	MUNICIPIO
1	Cueva del Pueblo	Guantánamo	Maisí
2	Cueva de los Pedernales		
3	Cueva de los Pilonos		
4	Piedra de los Pilonos (María Teresa II)		
5	Solapa de las Tasitas o Morteros	Mayabeque	Madrugá
6	Cueva de las Charcas		San José de las Lajas
7	Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios	Artemisa	San Cristóbal
8	Cueva de la Jarra		

Tabla I. Sitios con posible presencia de petroglifos cupulares en Cuba

Unos párrafos antes de la descripción de lo que llamó “hoyos” (fig. 5b), el propio Harrington nos impone del hallazgo en el lugar de otros elementos similares, pero en este caso mobiliarios, al decirnos, refiriéndose a los resultados de las excavaciones por él realizadas en la Cueva del Pueblo: “No obstante, excavamos lo suficiente para obtener una colección típicamente ciboney, comprendiendo muchas gubias de conchas y un hacha de concha; [...] martillos de piedra con agujeros; cierto número de morteros de piedra” (Harrington, 1935: 138).

- Cueva de los Pedernales

La Cueva de los Pedernales fue igualmente explorada por Mark R. Harrington en 1915, y parcialmente descrita en su obra *Cuba Before Columbus*, traducida al español y publicada en Cuba en 1935. Dicha localidad se puede ubicar en la primera terraza emergida de la Punta de Maisí, provincia de Guantánamo, a unos 5.5 km al noreste de Patana Abajo y a unos 5.0 km al sursureste del asentamiento rural de Maisí.

En su descripción de los trabajos realizados en la Cueva de los Pedernales, Harrington refiere:

“Como objetos raros, había dos cuentas de concha, un anillo o cuenta de hueso de uso desconocido, un doble mortero de piedra con su mano igualmente de piedra, todavía rojo por haberse usado para reducir a polvo hematitas para pintar. Este era un mortero manuable, pero había también un bajío natural en el lugar que muestra el plano (fig. 6)³, que contenía dos morteros fijos, o sea hoyos abiertos en la roca y usados para dicho propósito” (Harrington, 1935:138).

No se han publicado fotos de las depresiones calificadas como morteros en esta localidad y nosotros no hemos podido reubicarla, para poderla estudiar. Sin embargo, como ya vimos, y veremos más adelante, la suposición de Harrington

³ Esta referencia a figura es nuestra, no está incluida en el texto original de M. R. Harrington.

sobre la funcionalidad del mortero mobiliar para moler hematites es un tema interesante, pues ha sido debatido con anterioridad por rupestrólogos y arqueólogos de otras latitudes.

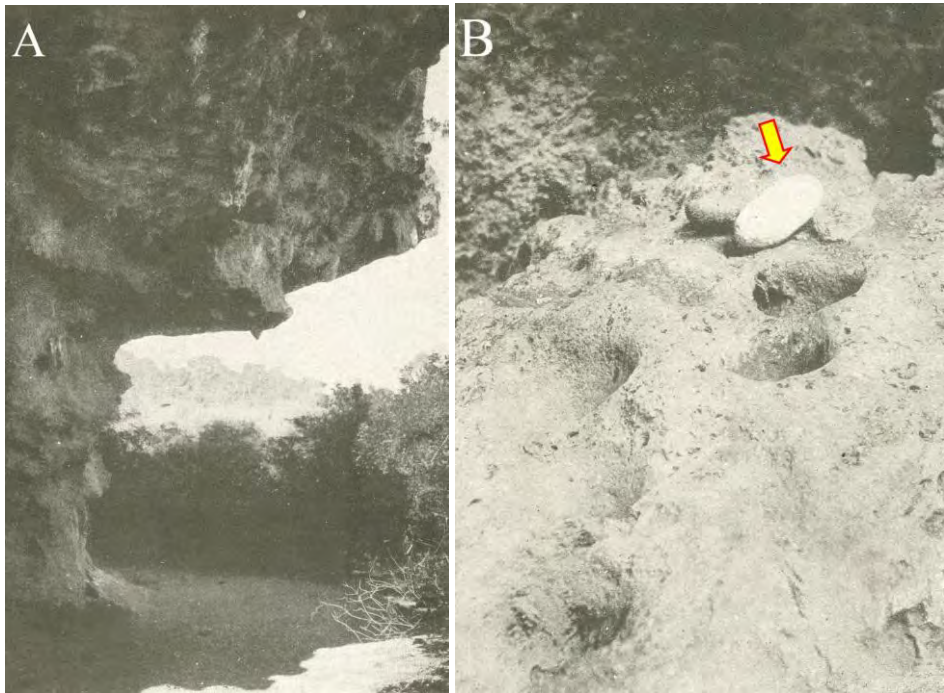


Figura 5. Imágenes de la Cueva del Pueblo, Maisí, Guantánamo, publicadas por Mark R. Harrington (1935). (A) Imagen del alero de una de las solapas que conforman la Cueva del Pueblo. (B) Depresiones de la Cueva del Pueblo. Nótese la flecha, señala los percutores o manos de morteros

- Cueva de los Pilonos

Esta localidad fue reportada en la década de los años 90 del siglo pasado, por el Proyecto Arqueológico Guatiao, el cual aglutinaba a miembros de los grupos Juan Federico Esper y Don Fernando Ortiz, de la Sociedad Espeleológica de Cuba, y a alumnos de la especialidad de Arqueología de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos, de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, en un interés común: la exploración y estudio geantropológico del territorio de Punta de Maisí, en el extremo oriental de Cuba.

La estación es una solapa abierta en el farallón del segundo nivel de terrazas marinas emergidas, a unos 2700 metros al sur del asentamiento rural de Patana Abajo. Desgraciadamente, los investigadores que la exploraron y reportaron no guardaron testimonio gráfico de sus trabajos y hallazgos. Sin embargo, uno de nosotros (González Tendero) participó en aquella primera exploración, por lo que conocemos que allí fueron halladas al menos 7 depresiones, de entre 5 y 7 centímetros de diámetro y 3 de profundidad, ubicadas en la roca estructural del piso de la solapa y alineadas con el borde del techo superior de la misma.

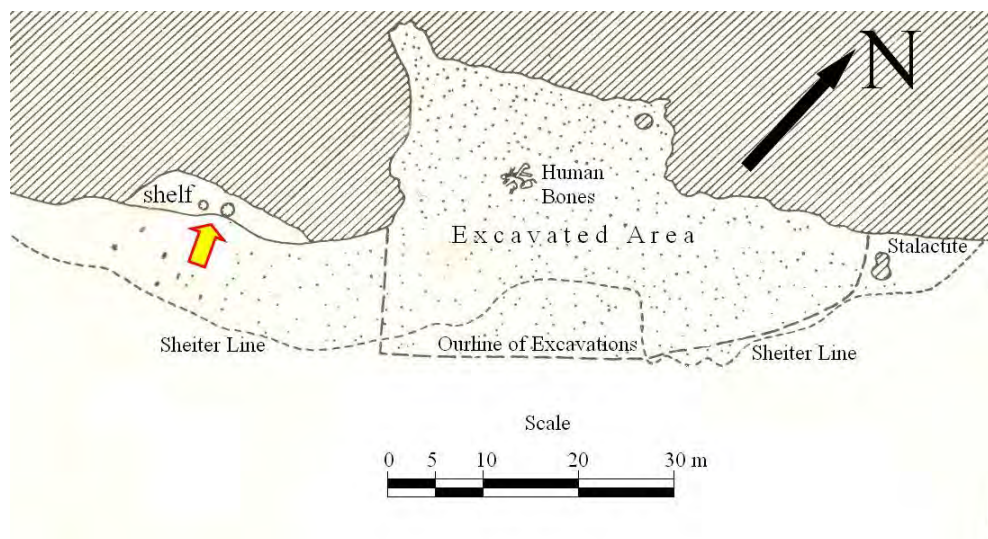


Figura 6. Plano de la Cueva de los Pedernales, Maisí, Guantánamo, publicado por Mark R. Harrington (1935). La flecha señala la ubicación de las depresiones definidas por Harrington como “morteros”

- La Piedra de los Pilonos (María Teresa II)

A unos 10 km al SW del poblado de Maisí, provincia de Guantánamo, en el área intermedia entre Patana Arriba y Patana Abajo, el arqueólogo Rodolfo Payerés, en el año 1968, reportó el sitio María Teresa II (Guarch, 1978: 66). Muchos años más tarde, investigadores del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) reportaron, a unos 150 metros al NW del tanque de agua de la vaquería que hoy existe en dicha área, una piedra con numerosas depresiones, las cuales consideraron morteros y, justo a su lado, una mano de mortero (Fig. 7), utilizada muy probablemente en el proceso de percusión y maceración (Torres Etayo, com. pers., 24 de julio de 2012).

- Solapa de las Tacitas o Morteros

El día 25 de julio de 1998, miembros del Grupo Espeleológico Alejandría, de la Sociedad Espeleológica de Cuba, reportaron para la ciencia cubana un sitio que nombraron Solapa de las Tacitas o Morteros (Guerrero y Mantilla, 2000:71). Dicho sitio se ubica en el municipio Madruga, provincia Mayabeque, a 25 kilómetros de la costa norte y en el nacimiento del río Biajacas o San Juan de Nepomuceno –en el sitio más alto del mismo, con agua muy cristalina–, rodeado de una vegetación boscosa y exuberante (González, 2012).

El sitio está conformado por una solapa o abrigo rocoso de 11 metros de puntal, 12 metros de profundidad y 20 metros de largo, con su entrada dirigida francamente al sur y a unos 25 metros de la orilla este del río Biajacas, ascendiendo por un perfil que presenta una inclinación referente al río, desde el fondo de la solapa hasta la ribera de 20 grados aproximadamente (Guerrero y Mantilla, 2000:71).



Figura 7. Piedra de los Pilonos (María Teresa II), Maisí, Guantánamo. Nótese la flecha que señala la mano de mortero (Fotografía gentileza de Daniel Torres Etayo)

En el fondo de la Solapa de las Tacitas o Morteros existe una superficie rocosa, con un ángulo de inclinación de 20 grados aproximadamente, donde fueron elaboradas alrededor de 200 depresiones –supuestas cúpulas–, que oscilan entre 2 y 9 centímetros de diámetro y entre 2 y 5 centímetros de profundidad (Fig. 8), las cuales, según sus descubridores, constituyen una especie de petroglifo (Guerrero y Mantilla, 2000:71).

Es significativo que, según reporta el investigador Abilio González González, refiriéndose a estas depresiones, morteros según dicho autor “...un grupo de ellos se encuentran sellados con un material aglutinante –a modo de mortero–, con carbonato de calcio y ceniza” (González, 2012: 1).

- Cueva de las Charcas

A pesar de que los primeros trabajos en la Cueva de las Charcas datan de junio de 1947 –cuando fueron exploradas por los entonces jóvenes investigadores Ramón Dacal, Oscar Arredondo y Armando Rivas (Dacal y Rivero, 1972: 29)– y de que, con posterioridad, a partir de 1974, su estudio ha sido sistemático, debido sobre todo al descubrimiento en esa fecha de un singular complejo de arte rupestre en las cercanas cuevas del Aguacate, de los Muertos, de la Jía y de los Matojos (Arrazcaeta y García, 2008: 56), no es hasta hace muy poco que una pequeña expedición realizada a la localidad, por miembros del Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre (GCIAR)⁴, reparó en la existencia, a escasos metros de la entrada

⁴ Visita realizada en mayo de 2010, en la que participaron Jorge F. Garcell, José B. González y Divaldo A. Gutiérrez.

de la cueva, de un importante conjunto de cerca de cincuenta pequeños y medianos orificios, al parecer de origen antrópico (Figs. 9 y 10).



Figura 8. Vista del plano inclinado con la concentración de las supuestas cúpulas de la Solapa de las Tacitas o Morteros, Madruga, Mayabeque (Foto cortesía del Grupo Alejandro de la Sociedad Espeleológica de Cuba)

La Cueva de las Charcas se ubica a 18 km de la costa sur de la provincia Mayabeque, en las estribaciones meridionales del grupo orográfico Bejucal-Madruga-Coliseo. Su ubicación se puede establecer a unos 1700 metros al norte del asentamiento rural de La Charca, municipio San José de las Lajas, y a unos 200 metros al oeste del margen occidental de una cañada intermitente –aprovechada en el siglo XIX por los ingenios azucareros de la zona–, que divide naturalmente el área, separando hacia el lado este al resto de otras las cuevas que también presentan arte rupestre (Arrazcaeta y García, 2008: 56).

Como ya expresamos antes, fue en el año 2010 que reparamos por primera vez en la existencia de los orificios de presunto origen antrópico, ubicados a ambos lados de la galería principal de la cueva, a unos 20 metros de la entrada. En la pared oeste los orificios, en número mayor de 20, se encuentran en un plano vertical, formando dos líneas paralelas en arco –en ocasiones tres líneas– (Fig. 9); al frente, en la pared este, los orificios aparecen con una organización similar, sobre una superficie que en un principio parte de una suave inclinación hasta caer en la vertical (Fig. 10).



Figura 9. Posibles cúpulas ejecutadas en la pared vertical oeste de la galería principal de la Cueva de las Charcas, San José de las Lajas, Mayabeque (Foto: Fondos del Archivo de la Imagen del GCIAR)



Figura 10. Posibles cúpulas ejecutadas en un plano inclinado hacia el lado este de la galería principal de la Cueva de las Charcas, San José de las Lajas, Mayabeque (Foto: Fondos del Archivo de la Imagen del GCIAR)

En ambos laterales los diámetros más comunes van desde 3 hasta 11 centímetros; mientras que las profundidades rara vez están por debajo de los 2 centímetros, con promedios entre 5 y 7 centímetros en los casos más grandes.

- Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios

Este interesante sitio fue descubierto en 1980 por el espeleólogo Cristóbal Domínguez Lezcano, entonces miembro del Grupo Espeleológico Sabcú (Carmenate, 2010 Inédito), sin embargo el mismo no es dado a conocer públicamente hasta los primeros meses del año 2008, por el espeleólogo e historiador cristobalense Luis Formigo Espinosa(†), quien al describir la morfología de las posibles cúpulas encontradas en el lugar las calificó como series de hoyuelos, muy simétricos, tallados intencionalmente en formaciones secundarias (Fig. 11).

El sitio se ubica en la Tranquilidad, en las cercanías del asentamiento rural de Niceto Pérez, en el consejo popular de igual nombre, a unos 72 km al oeste de la capital del país, en el municipio San Cristóbal de la provincia Artemisa, en pleno corazón de la Sierra del Rosario, Cordillera de Guaniguanico.

En esencia, se trata de un grupo de alrededor de 60 depresiones, elaboradas sobre la superficie vertical de una formación litogenética secundaria y agrupadas de forma lineal –en la vertical–, con diámetros de entre 2 y 7 centímetros, y con profundidades de entre 2 y 6 centímetros (Fig. 11). Es significativo que junto a esta formación, en el piso de la cavidad, fueron halladas dos lajas de caliza fracturadas, en cuyo centro se puede observar una depresión cóncava a modo de mortero.



Figura 11. Posibles cúpulas ejecutadas en un plano casi vertical de una formación secundaria en la solapa de Sabanilla o de los Sacrificios, San Cristóbal, provincia Artemisa (Foto gentileza de Luis Formigo Espinosa [†])

- Cueva de la Jarra

Muy cercana a la boca del cañón del Río Santa Cruz, al este-noreste de la Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios, en la propia Sierra del Rosario y en el municipio San Cristóbal de la provincia Artemisa, fue reportada en 1980 por el ya antes mencionado espeleólogo Cristóbal Domínguez Lezcano, del Grupo Espeleológico Sabcú; la hoy conocida Cueva de la Jarra (Carmenate, 2010, Inédito), interesante sitio donde, según el colega Hilario Carmenate, existía una formación litogenética pavimental (estalagmita) de un tamaño relativamente considerable, la cual presentaba en su cara norte una serie de posibles cúpulas en número de treinta y cinco (Carmenate, com. pers.).

Desgraciadamente, estas evidencias se perdieron para siempre, debido a la intervención de manos inescrupulosas que, durante un cuestionable y pretencioso proceso de puesta en valor de dicha cueva, destruyeron uno de los patrimonios

rupestres y culturales del territorio de la provincia Artemisa. Sin embargo, la dedicada y laboriosa paciencia del ya mencionado colega Hilario Carmenate dejó para la posteridad el único elemento gráfico que se conoce de estas posibles cúpulas, pues en unas de sus visitas a la cueva, antes de que fuera destruida, y ante la falta de un mejor recurso, procedió a dibujar en una tarjeta de cartulina la formación secundaria y sus hoyuelos (Fig. 12).

El análisis de este dibujo nos permite inferir que las posibles cúpulas de la Cueva de la Jarra estaban realizadas en un plano relativamente vertical (curvo) de uno de los laterales de la estalagmita; sin embargo, nada sabemos de las dimensiones de estos hoyuelos, ni del entorno arqueológico que los rodeaba.



Figura 12. Dibujo de la estalagmita de la Cueva de la Jarra, San Cristóbal, provincia Artemisa, donde se puede apreciar la distribución de las posibles cúpulas (Gentileza de Hilario Carmenate)

Aun aceptando la poca información que poseemos sobre este sitio como una barrera en la investigación, la información verbal y gráfica que hemos recibido nos estimula el criterio de que las supuestas cúpulas de la Cueva de la Jarra parecen corresponderse con la forma y tipo de las de la Solapa de Sabanilla. Esta apreciación, aunque muy arriesgada, se ve en alguna medida reforzada si tenemos en cuenta que es el territorio circundante a estas estaciones, en el municipio San Cristóbal y los municipios aledaños, una de las áreas del país donde se han encontrado con mayor frecuencia y número los llamados “morteros múltiples móviles”

(Fig. 13), algunos de los cuales forman parte de interesantes colecciones de los museos municipales del territorio. El análisis morfométrico de los supuestos morteros de algunas de estas piezas, los acerca bastante a sus similares de la Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios.



Figura 13. Imagen de uno de los morteros múltiples móviles, que aparecen con relativa frecuencia en el entorno arqueológico de la Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios y la Cueva de la Jarra (Dacal y Rivero de la Calle, 1984:86)

Sin embargo es preciso establecer que estas depresiones múltiples en piedras mobiliarias, no son únicas de este entorno, pues han aparecido en varios sitios del país, por ejemplo un caso sumamente singular es el reciente hallazgo el pasado 17 de septiembre de 2012, de un supuesto sitio arqueológico en la región de Baracoa, provincia Guantánamo, en la parte nororiental de la isla de Cuba, donde se han colectado más de un centenar de piedras que según sus descubridores, presentan rasgos de haber sido grabadas por los aborígenes que poblaron la región.

El hallazgo fue realizado en la superficie de un espacio despejado, en territorios del área protegida Yara - Majayara, por un grupo de arqueólogos baracoenses, encabezado por Roberto Ordúñez Fernández, dicho sitio fue nominado como Cuatro Lunas por sus descubridores; la importancia de este descubrimiento desde nuestro tema de discusión es el hecho de que en muchas de las piedras encontradas se aprecia la presencia de varias depresiones (Fig. 14), que al parecer tienen un origen antrópico (Roberto Ordúñez, com. pers.). Sin embargo en este caso es im-

prescindible dejar establecido que en este estudio no hemos considerado ninguno de los reportes de piedras móviles con depresiones de origen antrópico. La consideración de estas en futuros acercamientos a la presencia de cúpulas en Cuba requerirá de un detallado proceso de censo, de los reportes y su distribución.



Figura 14. Una de las piedras encontradas en el sitio Cuatro Lunas, donde se puede apreciar la presencia de algunas depresiones asociadas a las tallas (Gentileza de Roberto Orduñez)

Antes de concluir quisiéramos referirnos a dos sitios que si bien no han sido debidamente documentados, al parecer podrían poseer también muestras de petroglifos cupulares; de estos sitios solo hemos recibido algunos comentarios efímeros. El primero de ellos es un grupo de depresiones que según los arqueólogos Roberto Valcárcel y Jorge Ulloa aparecen dispersos en el piso de algunas pequeñas solapas cercanas a la zona del Bagá, en la región de Maisí, Guantánamo (Roberto Valcárcel, com. pers., 6 de octubre de 2013). La segunda se refiere al supuesto hallazgo de un grupo de pequeñas depresiones al parecer antrópicas, las cuales parecen estar unidas por pequeños canales, al estilo de muchas cúpulas suramericanas, dicho hallazgo se ha localizado en un grupo de rocas ubicadas en el lecho de un cauce fluvial en las afueras de la ciudad de Holguín, en la región nororiental de Cuba (Roberto Valcárcel, com. pers., 30 de noviembre de 2013).

Según las breves descripciones anteriormente realizadas, y basándonos sólo en los reportes documentados que hasta hoy se han hecho en la rupestrología cubana sobre la posible existencia de cúpulas o petroglifos cupulares, es posible

afirmar que estas se concentran de forma mayoritaria en tres áreas geográficas del país, las cuales a su vez representan regiones rupestrológicas.

En consecuencia, los sitios conocidos como Cueva del Pueblo (1), Cueva de los Pedernales (2), Cueva de los Pilonos (3) y Piedra de los Pilonos de María Teresa II (4), se encuentran en la región rupestrológica Meseta de Maisí (Gutiérrez, *et al.* 2009). Por su parte, los sitios Solapa de las Tacitas o Morteros (5) y Cueva de las Charcas (6) se ubican en la región rupestrológica Alturas Bejucal-Madruga (Gutiérrez, *et al.* 2009); mientras que los sitios Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios (7) y Cueva de la Jarra (8) se localizan en la región rupestrológica Alturas y Montañas de Guaniguanico (Gutiérrez, *et al.* 2009). Entonces desde el punto de vista de la distribución geográfica (Fig. 15) los reportes aquí estudiados se pueden separar en dos agrupamientos regionales, uno de cuatro estaciones para la macroregión rupestrológica occidental (Gutiérrez, *et al.* 2009) y otro igual de cuatro estaciones o sitios para la macroregión rupestrológica oriental; distribución que quizás esté más relacionada con el desarrollo e intensidad de los estudios que con la distribución real de esta evidencia arqueológica en el resto del país.

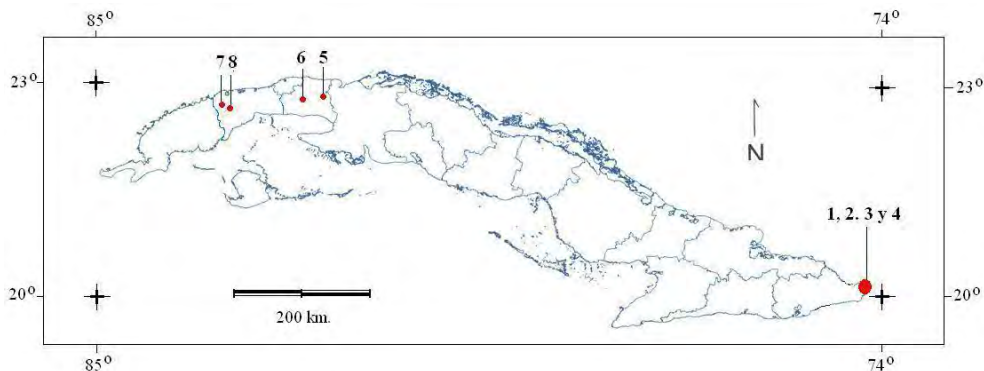


Figura 15. Mapa de distribución de los reportes documentados de posibles cúpulas o petroglifos cupulares para el arte rupestre cubano (Original de los autores)

Discusión

Todos los elementos valorados en las descripciones anteriores, así como no pocos trabajos de campo en varias de las estaciones referidas, nos permiten emprender una discusión sobre las características de los reportes de posibles petroglifos cupulares en nuestro país y, mediante estas, acercarnos a una identificación mejor argumentada.

Para empezar, centraremos nuestra atención en cuáles de los reportes apuntan a depresiones antrópicas (cúpulas o morteros). El primer rasgo a considerar es el de aquellos casos donde, junto a las depresiones, han sido halladas herramientas que intervinieron en su elaboración –percutores, majadores o morteros–, que por sí mismas parecen remitirnos al reconocimiento del origen antrópico de las depresiones; lo cual sucede en las estaciones Cueva del Pueblo (Fig. 5b), Piedra de los Pilonos (Fig. 7) y Cueva de los Pedernales. Las dos primeras presentan percutores o

majadores junto a las depresiones; mientras que en la Cueva de los Pedernales el percutor no aparece en asociación directa con las depresiones cedentes, pero a escasos metros se encontró un mortero mobiliario –al decir de su descubridor: “...un doble mortero de piedra con su mano igualmente de piedra, todavía rojo por haberse usado para reducir a polvo hematitas para pintar...” (Harrington, 1935:138)–, que nos remite directamente a una de las funciones de este tipo de depresiones en las sociedades ejecutoras, tema que veremos más adelante.

Otro rasgo importante aparece en las estaciones Cueva de las Charcas, Solapa de Sabanilla y Cueva de la Jarra, en las cuales las depresiones se hallan en planos verticales (Figs. 9, 10, 11 y 12). En la primera de ellas, la posición de los paneles verticales en que se encuentran no permite asociar su génesis, de ninguna forma, con procesos naturales. En el debate sostenido en la propia estación sobre la autenticidad de estas depresiones, hubo consenso entre los investigadores presentes sobre su origen antrópico, reafirmado en alguna medida por la correspondencia de su distribución en ambas paredes de la galería de la cavidad, de forma que los dos grupos quedan uno frente al otro, dándole al espacio interior de la galería un simbolismo que hoy nos es imposible decodificar.

Al respecto, surgió la duda de si dichas depresiones tendrían un origen reciente, a partir del indudable impacto antrópico que recibe la cueva, la cual en los últimos 15 años ha estado sometida a diferentes trabajos de puesta en valor. Sin embargo, la patina que presentan las depresiones en su interior nos permite inferir una importante antigüedad. Por otro lado, el 23 de octubre de 2010, con motivo del curso “La Arqueología Histórica en Cuba y América Latina”, tuvimos la oportunidad de conversar con el colega Roger Arrazcaeta Delgado –actual director del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana–, quien en 1974 explorara esta cavidad y reportara la existencia de arte rupestre en otras cavidades que rodean la Cueva de las Charcas. A nuestra interrogante sobre las depresiones que existen en la cueva, nos respondió: “...cuando yo exploré la Cueva de las Charcas, en los inicios de los años 70, yo era casi un niño, pero recuerdo claramente que ya esas depresiones de que ustedes me hablan estaban allí...” (Arrazcaeta, com. pers., 2010). Al respecto es imprescindible tener en cuenta que trabajos de excavaciones ejecutadas recientemente han permitido demostrar un alto grado de antigüedad para los procesos antrópicos de alteración de este sitio, pues excavaciones arqueológicas llevadas a cabo a finales del 2012, encontraron evidencias de estos impactos a profundidades de 0.60 y 0.65m de profundidad (Jorge F. Garcell y Roger Arrazcaeta, 2012, com. pers.).

Del análisis anterior solo quedan excluidas las estaciones Cueva de los Pilonos y Solapa de las Tacitas o Morteros. La primera de ellas presenta como rasgo de mayor importancia la alineación de las depresiones. En un inicio, pensamos que era poco probable que fueran producto de un proceso natural, sin embargo, una observación detallada de la localidad nos motivó una duda razonable, pues la alineación aparente de las depresiones respecto al borde de la solapa introduce la posibilidad de que respondan a un paleogoteo acidulado, hoy no presente en la localidad. No obstante, también es necesario reconocer que no existen en el entorno otras

huellas de proceso de redisolución alguno, tampoco la morfología del fondo y paredes de estas depresiones presenta signos de redisolución por goteo, generalmente más cilíndricos y cónicos, que cóncavos.

Otro es el caso de la Solapa de las Tacitas o Morteros, en esta localidad la distribución de las cúpulas es en un plano inclinado, y aunque se pueden obtener organizaciones geométricas parciales en grupos de algunas de ellas, en general no se puede hablar de una disposición que denote formas intencionales, al menos no en el nivel de nuestra comprensión contemporánea de lo que consideramos “formas intencionales”. Sin embargo, no existe un proceso natural conocido que provoque la acumulación en un área restringida, al fondo de la cavidad, de más de 200 depresiones (Guerrero y Mantilla, 2000: 71); semejante distribución solo es comprensible si se asume un origen antrópico de estas depresiones.

El segundo aspecto a evaluar en esta discusión, sería cuáles de estas depresiones pueden ser consideradas cúpulas y cuáles no. En este sentido, son las estaciones Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios, Cueva de las Charcas y Cueva de la Jarra las que presentan una mayor posibilidad, a partir de la verticalidad de los sustratos donde se ejecutaron las depresiones. En los casos de las dos primeras (Sabanilla y las Charcas) cumplen, además, con la morfología ovoide, donde el eje de profundidad está ligeramente desplazado con respecto al eje geométrico (Fig. 3), lo cual nos permite inferir la ausencia de un elemento intermedio (para macerar) entre la percusión y la cúpula, que aseguró que la fuerza mayor de la percusión se dirigiera hacia el lado de mayor fuerza biomecánica. Asimismo, las depresiones presentes en las localidades citadas presentan diámetros que se corresponden con los rangos establecidos mundialmente para las cúpulas simbólicas (entre 1,5 y 10,0 centímetros), aunque en la Cueva de las Charcas algunas depresiones alcanzan diámetros de 11.0 centímetros, y profundidades cercanas a los 6 centímetros, como rango promedio mayor. Otra característica común en estas estaciones es la conformación o agrupamiento en líneas de sus depresiones, que en la Solapa de los Sacrificios y en la Cueva de la Jarra⁵ forman agrupamientos lineales verticales, y en la Cueva de las Charcas agrupamientos en líneas arqueadas horizontales.

Otro caso importante, en este sentido, es la Solapa de las Tacitas o Morteros que, además de compartir con las anteriores los atributos de diámetro y profundidad, presenta en una superficie reducida e inclinada (25°) un agrupamiento de más de 200 depresiones, lo cual ha sido interpretado por numerosos autores como un rasgo más relacionado con procesos simbólicos que utilitarios, pues es difícil pensar en qué necesidad funcional requeriría de la elaboración de cientos de depresiones similares en una pequeña área.

Queda entonces el análisis de las estaciones Cueva del Pueblo, Cueva de los Pedernales y Piedra de los Pilonos (María Teresa II). En estas tres localidades existe como común denominador la presencia de los percutores o majadores, elementos que, con alguna probabilidad, son restos del proceso de elaboración; pero

⁵ No debemos olvidar que, en el caso de la Cueva de la Jarra, no hemos podido interactuar con el objeto de estudio, pues este desapareció, por lo que todos los elementos manejados aquí son inferidos a partir del dibujo original de Hilario Carmenate (Fig. 12).

es mucho más probable –y esta es nuestra opinión– que estemos frente a artefactos de uso cotidiano, para el proceso de majar, y que por ello permanecieron junto a las depresiones. Esta inferencia se ve apoyada, en alguna medida, por el hallazgo en la Cueva de los Pedernales de un mortero doble –en este caso mobiliario–, todavía manchado del rojo que generó la trituration de hematites para elaborar colorante (Harrington, 1935:138). Es importante señalar que en otras regiones del planeta este hecho ha sido reportado con cierta frecuencia, y algunos investigadores han propuesto considerar los morteros utilizados en la elaboración de colorantes para pintar como objetos simbólicos. Nosotros no compartimos esta posición, consideramos el acto de moler materiales de cualquier tipo un proceso utilitario, sin importar el destino del material producido.

Asimismo, es un rasgo importante en estas últimas estaciones el hecho de que los bordes de las depresiones sean mucho más suaves y desgastados que en las vistas inicialmente, lo cual es a nuestro entender una evidencia de la intensidad de su utilización. En aquellas depresiones consideradas cúpulas este desgaste es mucho menos intenso, pues el proceso de percusión que le dio origen concluyó cuando estuvieron listas para transmitir su simbolismo; sin embargo, en el caso de los morteros, el proceso de utilización y desgaste puede haber durado años.

Finalmente, es conveniente exponer que, para todos los casos aquí estudiados, se cumple el principio por el cual el grosor de las paredes que separan las depresiones es relativamente ancho, pues la poca dureza de los sustratos de realización (Fig. 4) no permite la ejecución cercana; como sí sucede en los procesos naturales (Fig. 1b), donde el proceso de disolución es mucho más lento y menos invasivo que los procesos antrópicos de percusión y abrasión.

Intentando conclusiones

Buscando conclusiones iniciales para el tema objeto de estudio, podemos establecer que, de las ocho localidades que han sido documentadas y reportadas en Cuba como posibles petroglifos cupulares, al menos siete pueden ser validadas como de origen antrópico, según los elementos que las caracterizan; manteniéndose un margen de duda para la localidad Cueva de los Pilonos, Maisí, Guantánamo, donde se hacen necesarios estudios más precisos y detallados, que permitan la definición correcta de sus depresiones (Tabla II).

No.	NOMBRE DE LA ESTACION	CUPULAS	MORTEROS	HOYOS
1	Cueva del Pueblo		X	
2	Cueva de los Pedernales		X	
3	Cueva de los Pilonos	?	?	?
4	Piedra de los Pilonos (María Teresa II)		X	
5	Solapa de las Tasitas o Morteros	X		
6	Cueva de las Charcas	X ?		
7	Solapa de Sabanilla o de los Sacrificios	X		
8	Cueva de la Jarra	X ?		

Tabla II. Resumen de la asignación de procesos (simbólicos, utilitarios o naturales) para las estaciones reportadas en Cuba con posibles petroglifos cupulares

Del total de siete estaciones consideradas con presencia de depresiones de origen antrópico, al menos dos, con toda probabilidad tres y hasta un máximo de cuatro parecen corresponder con nuestra definición de *cúpulas* o *petroglifos cupulares*, absolutamente asociados a procesos simbólicos; mientras que las otras tres estaciones –cuevas del Pueblo y de los Pedernales y Piedra de los Pilonos– son consideradas como morteros, de origen utilitario (Tabla II).

Aceptando todo lo expuesto hasta aquí como el primer acercamiento empírico de la rupestrología cubana a la definición de posibles petroglifos cupulares, es de esperar que el número de errores e imprecisiones cometido sea considerable. Sin embargo, preferimos asumir y enfrentar este riesgo, como medio de estímulo al desarrollo académico de nuestra arqueología en general y a la formulación de nuevos espacios de trabajo para la rupestrología en particular, y así comprender que donde hoy las respuestas son cuestionables, desde el punto de vista histórico, futuros estudios multidisciplinarios y detallados –a niveles de espacios reducidos– podrán ir corrigiendo nuestros desaciertos.

Agradecimientos

En primer lugar al colega y amigo Odlanyer Hernández de Lara, por invitarnos a formar parte de este volumen arqueológico, que además de sus aportes científicos, es otro paso en la integración académica latinoamericana. A la Dra. Niurka Núñez, por su sistemática colaboración en nuestra formación y la revisión de este trabajo. Al MSc. Jorge F. Garcell, Lic. Roberto Orduñez y Lic. Reinaldo Guerrero, por su colaboración de campo y gabinete. Finalmente al MSc. Daniel Torres Etayo, MSc. Iriel Hernández y al Dr. Pedro Pablo Godo, por su permanente colaboración.

Referencias

- Agencia de Información Nacional, AIN. 2008. “Hallazgo en cuevas y solapas de una curiosa manifestación de arte rupestre, atípica en Cuba”. Posteadó el 10 de julio de 2008, en *Agencia Cubana de Noticias*, <http://mc2.acn.net.cu/home/acnesp/files/spanish.pdf>. Consultado el 21 de mayo de 2012.
- Arrazaeta, R. y R. García. 2008. “La región pictográfica de Guara: propuesta de una nueva hipótesis explicativa”. En *El Caribe Arqueológico* (11): 54-67, Santiago de Cuba.
- Bednarik, R. G. 2007. *Rock Art Science. The Scientific Study of Paleoart*. Aryan Books International, New Delhi.
- Bednarik, R. G. 2008. “Cupules”. En *Rock Art Research*, 25 (1): 61-100, Sidney.
- Bednarik, R. G., A. Muzzolini, D. Seglie, Y. A. Sher y M. Consens. 2003. *Rock Art Glossary: a multiregional dictionary*. IFRAO Brepols Series 2, Brepols, Turnhout.
- Briangardner, W. 2011. *¿Qué son las “Piedras Tacitas”?* En <http://tacitas-definicion.blogspot.com/2009/02/diversas-funcionalidades-traves-del.html>. Consultado el 16 de Agosto de 2012.

- Carmenate, H. 2010 Inédito. El Arte Rupestre ¿se busca o “aparece”? Trabajo presentado al Congreso 70 Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, Matanzas.
- Costas, F. J. y P. Novoa. 1993. *Los grabados rupestres de Galicia*. Monografías 6, Edicions do Museu Arqueoloxico e Historico Concello de A. Coruña, La Coruña.
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle. 1972. “Actividades arqueológicas realizadas por la Sociedad Espeleológica de Cuba”. En *Serie Arqueológica y Cartográfica*, no. 33, La Habana.
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle. 1984. *Arqueología Aborigen de Cuba*. Ed. Gente Nueva, La Habana.
- Echevarría, G. T. 2010. *Glosario de Arte Rupestre*. En *Quelca Rumi*, 1(1): 62-72, Lima.
- Gobierno de Jujuy. 2012. *Diccionario de Americanismos de Jujuy*. En <http://www.diccionariojujuy.gov.ar/index.php?title=CUPULA>. Consultado el 13 de agosto de 2012.
- González, A. 2012. Cueva de las Tacitas en el Río Biajacas, Madruga, Mayabeque, Cuba. En *Ecu Red*, www.ecured.cu/index.php/Cueva_de_las_Tacitas. Consultado el 16 de Junio de 2012.
- Guarch, J. M. 1978. *El Taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etno-histórica*. Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Guerrero, R. y G. Mantilla. 2000. “Solapa de las Tacitas o Morteros. San Juan de Nepomucemos, Río Biajaca, Madruga, Provincia La Habana”. En *Libro de Resúmenes, Congreso 60 Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba*, p. 71, Camagüey.
- Gutiérrez, D. A., R. Fernández, J. B. González y otros. 2009. *Arte rupestre cubano*. Mapa plegable rupestrológico. Serie Mapas plegables etnológicos de Cuba, Fundación Fernando Ortiz-Ed. GEO, La Habana.
- Harrington, M. R. 1935. *Cuba antes de Colón*. Colección de Libros Cubanos, vol. XXXII, Cultural S.A., La Habana. 2 tomos.
- Merencio J. L. 2012. Relevante hallazgo arqueológico en Baracoa. Diario Granma Órgano Oficial del Partido Comunista de Cuba, Año 16, No. 257, 17 de Septiembre de 2012, La Habana.
- Methfessel, C. y L. Methfessel. 1998. “Cúpulas en Rocas de Tarija y Regiones Vecinas. Primera aproximación”. En *Boletín SIARB* (12): 36-47, La Paz.
- Montelongo, A. J. y M. A. Falero. 2004. “Tacitas y cúpulas en la isla de Lanzarote”. En *Almogaren* (35): 135-152, Lanzarote.
- Querejazu, L. R. 1998. “Tradiciones de Cúpulas en el Departamento de Cochabamba”. En *Boletín SIARB* (12): 48-58, La Paz.
- Rosenfeld, A. 1999. “Rock art and rock markings”. En *Australian Archaeology* (49): 28-33, Sidney.
- Taçon, P. S. C., R. Fullagar, S. Ouzman y K. Mulvaney. 1997. “Cupule engravings from Jinmium-Granilpi (northern Australia) and beyond: exploration of a wide-

spread and enigmatic class of rock markings”. En *Antiquity*, 71 / 274: 942-965, London, England.

Van Hoek, M. 1997. “El arte neolítico en las islas británicas: un fascinante legado cultural”. En *Arte Rupestre Mundial. El mensaje pétreo de nuestros antepasados. Arqueología sin fronteras*, pp. 36-42, Madrid.

Van Hoek, M. 2007. “¿Tacitas o cupules? Un esfuerzo a distinguir las depresiones culturales a dos sitios de arte de piedra cerca de Ovalle, Chile”. En *Rupestreweb*, <http://rupestreweb.tripod.com/tacitas.html>. Consultado el 22 de abril de 2012.

CAPÍTULO 6

•

LAS REPRESENTACIONES DE LA COLUMNA VERTEBRAL EN LA ICONOGRAFÍA DE LOS GRUPOS AGRICULTORES. ¿RASGO ANATÓMICO DE VALOR MÍTICO?

Racso Fernández Ortega
Dany Morales Valdés
Victorio Cué Villate

Introducción

Las comunidades agricultoras prehispánicas que habitaron el archipiélago antillano tuvieron en su ajuar ceremonial una numerosa gama de objetos que respondían a su pensamiento mágico-religioso. Por ello, para el estudio de la superestructura aborígen de esta área geográfica, por parte de la ciencia arqueológica, se utilizan las múltiples representaciones en diferentes soportes materiales recuperados. Así las inferencias e interpretaciones de las prácticas ceremoniales se han basado en la concatenación de las particularidades de los elementos que la componen desde una mirada funcional y de su uso, con auxilio además, en los pocos relatos mitológicos que se conocen y las descripciones que se reflejan en las crónicas.

La decoración de estas comunidades, estuvo muy ligada con aspectos intrínsecos de las figuraciones “*mágico-religiosas*”; elocuente muestra de ello son las bellas, misteriosas y abundantes imágenes que adorna la parafernalia ceremonial representada en dujos, bandejas, vasijas, manos de mortero, espátulas vómicas, cemíes, efigies e idolillos de cerámica, madera, concha o hueso, e incluso en los pictogramas y petroglifos, se corresponden con artefactos suntuosos utilizados en beneficio de toda la sociedad.

Estos objetos para cumplir su función y conservar el valor que ostentaban para la comunidad, debían lucir algún motivo o signo que caracterizara a determinada deidad, como parte de su iconografía. Por ejemplo, la presencia del ombligo en figuras modeladas o talladas es señal indicativa de la imagen de un ser vivo y la ausencia de este elemento señala que es un opía o espíritu de un difunto, como bien explican los pasajes mitológicos compilados por los primeros europeos llegados a

estas tierras. También se conocen las archiconocidas representaciones de los órganos genitales, alegoría indiscutible de virilidad, fertilidad y fecundidad según el sexo exhibido.

Otro motivo reconocido en las representaciones aborígenes es el caso –como ejemplo de este simbolismo– de las figuraciones antropomorfas lacrimosas presente en las vasijas de cerámica, esculturas en madera, e incluso en petroglifos, que fuera prontamente reconocido como el numen masculino Boinayel, –indispensable en la mitología aborígen antillana, ente generador de los imprescindibles aguaceros que permiten buenas cosechas– (Ortiz, 1947; Celaya y Godo, 2000; Fernández y González, 2001; Fernández, 2005).

Cada uno de estos elementos particulares de una deidad en específico, les permitía no solo su evocación simbólica, si no además la transmisión constante de las enseñanzas recogidas en la cosmovisión y perpetuar la presencia de los mismos en un acto de permanente recordación (Fernández y González, 2003; Morales, *et al.* 2011; Fernández, *et al.* 2012).

En la bibliografía consultada del área antillana, el estudio de las figuraciones antropomorfas, zoomorfas y su combinación se ha realizado considerando las normas estéticas y los patrones empleados para su ilustración. La generalidad de los mismos presta mayor atención a las características morfológicas de las piezas y la descripción de los rasgos más significativos de la anatomía externa de los cuerpos de las ejemplares, como en los casos anteriormente citados.

De esta manera es común encontrar que los estudiosos para examinar o describir el motivo “ojos” expresan: cuencas oculares vacías, definen su tamaño en grandes o pequeños, definen la forma en grano de café, circulares, lagrimosos, etc.; mientras que en ocasiones al referirse al “rostro” comentan sobre la forma de la nariz, si la boca está abierta mostrando los dientes, desdentada o cerrada, si las orejas son grandes, y así de diversos modos.

Como es lógico no pueden faltar las descripciones corporales relacionadas con las extremidades, el sexo, las manos, las ajorcas o bandas de algodón, si la figura está erguida o acuclillada, etc.

Llaman poderosamente la atención los elementos de la anatomía interna que se observan en estas piezas con mucha frecuencia, como son la columna vertebral y las costillas cuya función ha sido un aspecto poco estudiado y que son reflejo indiscutible de las prácticas mágico-religiosas; estructuras óseas que, a pesar de ser perceptibles en el registro arqueológico, han sido menos atendidas o estudiadas hasta el momento. Pudiera pensarse que no hay mucho que decir al respecto; sin embargo, la manifiesta presencia de las columnas vertebrales en variados elementos de la superestructura de los grupos agricultores, invita a realizar este intento.

Las Antillas y los grupos agricultores

Estos colectivos provenientes el norte del continente suramericano a partir de las grandes cuencas de los ríos Amazonas y Orinoco llegaron a las Antillas Menores, y avanzaron por este arco natural hasta alcanzar la zona más oriental de las Antillas Mayores, para ubicarse tanto en las zonas bajas como elevadas siempre

que se contara con los recursos hídricos indispensables para la vida de la comunidad, aun cuando existen zonas donde resultan escasos los cursos permanentes de agua, y solo aparecen de manera estacional.

Todos los grupos que emigraron hacia esta región desde la costa norte de Venezuela y Guyana, pertenecían al tronco lingüístico aruaco, uno de los más difundidos por el continente pues abarcaron las áreas geográficas correspondientes a los actuales Colombia, Venezuela, Guyana, Brasil y Bolivia. Su organización social tribal les permitía la garantía del proceso de autoprotección de las colectividades, con una organización del trabajo basada en las relaciones de parentesco o familiares que les sustentaba el intercambio o la suplementación de la producción que pudiera ser deficitaria.

Estas comunidades agricultoras demostraron conocer las condiciones climáticas de la zona de asentamiento y cómo lograr un mayor rendimiento agrícola lo cual ha quedado demostrado por el empleo para la siembra del sistema de montones –mucho más productivo que el de azada¹; de modo que reconocen sitios arqueológicos en regiones de Cuba donde se reportan los menores por cientos de precipitaciones anuales con un promedio de 760 mm., como en la Punta de Maisí, del extremo oriental.

De esta manera combinaron convenientemente su actividad económica fundamental con la recolección, la caza y la pesca según las particularidades locales y las relaciones establecidas con otros establecimientos humanos más cercanos, favoreciendo algún tipo de trueque de los excedentes para satisfacer las necesidades colectivas y así diversificar la alimentación.

Los poblados se organizaban construyendo las viviendas alrededor de una plaza o batey; las dimensiones de los mismos, fue bastante irregular y variaba según la información brindada por los cronistas; amén de que las fuentes arqueológicas no han aportado suficiente información al respecto. Las casas podían ser circulares –caneyes– o rectangulares –bohíos– albergando a un número importante de inquilinos. Entre las particularidades más relevantes de los pobladores de la región podemos destacar la construcción de los llamadas “plazas ceremoniales” de las cuales se conocen varias diseminadas por Puerto Rico, la República Dominicana y Cuba.

Estas sociedades conocieron ampliamente la artesanía para la que empleaban diversos materiales como la piedra de la que producían artefactos y objetos de uso suntuoso, personal-decorativo y utilitario de gran belleza y pulimento como collares, idolillos, aretes, majadores y percutores ceremoniales, etc.; así como las hachas petaloides, que eran empleadas fundamentalmente en las labores agrícolas, y eran pulidas con esmero causando la admiración de los conquistadores españoles.

¹ Este sistema permitía un uso más racional y productivo del suelo aumentando los rendimientos de las áreas sembradas que empleaban como abono, las cenizas y los fragmentos de cerámica utilitaria esparcidos y mezclados con la tierra -para depositar los nutrientes incorporados por la cocción sistemática de los alimentos en los recipientes- técnica con la que se obtenía un alta productividad por planta.

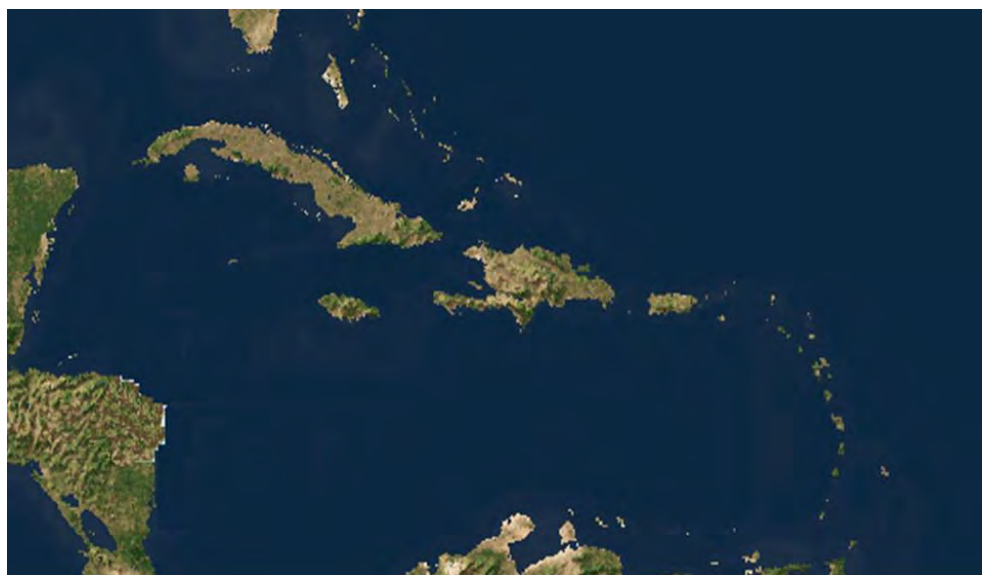


Figura 1. Las Antillas Mayores y Menores, ubicación geográfica

También demostraron ser hábiles tejedores de fibras vegetales y textiles con las que fabricaban hamacas, redes, cintos, ropas, cestos y otros productos. Su alfarería era de muy buena factura tanto por la selección de la pasta como por su buena cocción.

Las vasijas que se han recolectado exhiben decoraciones incisas o modeladas aplicadas generalmente en el borde y cuello generalmente con diseños figurativos y geométricos, que eran utilizados para perpetuar las imágenes y símbolos que representaban a sus deidades y los personajes mitológicos más importantes de su cosmogonía en una vinculación directa de lo real y lo ideal. Así se aprecian ejemplares de alfarería de las llamadas series “ronquinoide, huecoide, barrancoide y saladoide”; estas dos últimas son las más difundidas y se encuentran a lo largo del arco antillano hasta La Española.

Son sorprendentes los objetos elaborados en concha, hueso y madera lo que demuestra la habilidad, especialización y el conocimiento de la geometría del espacio por parte de sus fabricantes, por el nivel de simetría, proporción y perspectiva que presentan, lo que redundaba en un reconocido concepto estético en estos grupos culturales; ejemplo de ello son las espátulas vómicas, caretonas, dujos, bandejas, cemies y amuletos, todos de finísima hechura y alta precisión en la talla y el pulido.

Estos conglomerados humanos hibridados y con desarrollos locales muy particulares, que se reconocen por los nombres de Chicoides y Mellacoides se estima que salieron de la República Dominicana y Haití hacia Cuba, Jamaica y Las Bahamas hacia el 200 de n.e.

Desde hace muchos años el área objeto de estudio se ha considerado como una zona típica de los miembros del tronco lingüístico aruaco con una economía productora y una organización social gentilicia del Periodo IV de Rouse (1965); el Taíno Cubano de Tabio y Rey (1966) y Guarch (1978); el AGRO-IV de Chanlatte

(1986); el Agroalfarero de Dacal y Rivero de la Calle (1986) y Tabío (1991); o el denominado actualmente Agricultores por Moreira (1999).

Los fechados radiocarbónicos de los sitios agricultores obtenidos para Cuba permiten asumir que esta etapa se desarrolló entre el 820 DNE (1120 ± 160 a. AP), según las dataciones más antiguas obtenidas en el residuario del Paraíso en Santiago de Cuba (Pino, 1995) y el conseguido para Aguas Gordas en Banes, Holguín de 1785 DNE (165 ± 60 a. AP) (Pino, 1995). De la misma manera el sitio Bois Neuf en la costa centro-oeste de Haití mostró dos asentamientos correspondientes a los estilos cerámicos Meillac y Carrier para los que se determinó por los métodos de termoluminiscencia y radiocarbono (C-14) fechados absolutos para el sitio Meillac de 1430, 1450 y 1500 DNE; y del 1375 DNE para el sitio Carrier (Chanlatte, 1986), lo que está indicando una cronología aproximada de 965 años, o sea más de nueve siglos y medio de permanencia en el área.

Acerca de las representaciones

Los diseños para representar esta importante porción del organismo fueron diversos en toda el área de las Antillas, según se ha comprobado. Las figuras antropomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas eran realizadas a partir de distintos materiales como piedra, hueso, madera, concha, cerámica, textiles y en otros casos, como las pictografías o petroglifos, eran delineadas teniendo como soporte las paredes y formaciones litogenéticas cavernarias. En muchas de estas piezas podemos apreciar su magnífica factura y acabado, como muestra de un refinado gusto estético y una maestría admirable que denota la planificación, el estudio y el bosquejo antes de la ejecución de que fueron objeto.

Durante la investigación fueron revisados y analizados más de 300 objetos de la cultura material de los grupos agricultores, con el objetivo expreso antes señalado de verificar en cuáles de ellos se representaba la columna vertebral. Por tal motivo, en esta presentación se ha realizado una revisión de las piezas de las colecciones públicas o privadas de la República Dominicana (5) y de Cuba (17), así como la recopilada de la literatura nacional y foránea, para observar, comparar y clasificar las distintas evidencias en busca de su codificación e interpretación simbólica, con el ánimo de intentar desentrañar los mensajes que se esconden detrás de este interesante motivo iconográfico.

Es oportuno apuntar que varias de las piezas analizadas de la literatura, pertenecen a colecciones particulares o de reconocidos museos europeos, las que por fortuna formaron parte de la exposición *El arte Taíno*, que se exhibió en el *Musee du Petit Palais* de París durante el año 1992, en el marco de las actividades conmemorativas por los 500 años del violento encontronazo entre el “viejo y el nuevo mundo”. En sentido general tampoco han sido pocos los ejemplares de los que se ha publicado únicamente la vista frontal y lateral imposibilitándosele a los autores la realización pormenorizada de su examen.

Se revisaron más de 300 estaciones rupestres del Caribe insular —desde las islas de Sotavento, pasando por Las Antillas Mayores hasta llegar a Las Bahamas—

para un aproximado de 2200 imágenes de pictografías y petroglifos. De ellas solo fueron seleccionadas un total de 23 distribuidas de la siguiente forma: 3 en Granada, 1 en Guadalupe, 3 en Puerto Rico, 12 en República Dominicana y 3 en Cuba. En la isla de Granada se identificaron solo grabados mientras que solo en el segundo y tercer país de referencia se reconocieron manifestaciones ejecutadas tanto en dibujo como en grabado.

De esta manera se seleccionó un conjunto compuesto por un total de 108 ejemplares para su estudio, las mismas mostraban representaciones antropomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas, entre los que se incluyen según su uso espátulas vómicas, vasijas de cerámica, bandejas para ofrendas, dujos, inhaladores, cemíes, amuletos, ídolos personales y colectivos², pictografías y petroglifos, etc. Se puede decir que el 4,32 % de los objetos estudiados mostraban de alguna forma, o de otra, diseños para representar la columna vertebral, y en ocasiones solo se indican elocuentemente las costillas.

También merece destacarse que en aquellos ejemplares volumétricos que la presentan, la columna en sí, generalmente está ejecutada con trazos a relieve sobresaliendo en relación con el plano de ejecución del resto del tórax, que tiende a estar a un nivel inferior.

Durante el estudio se realizó la clasificación de los diseños empleados según el país de ejecución, y muy particularmente de los materiales que les sirvieron como soporte; de esta manera se intentaba establecer la distribución de las formas y modos de realización, así como las preferencias y tradiciones –regionales o no–, de algún tipo particular de diseño iconográfico.

La columna vertebral

La columna vertebral es un elemento característico del esqueleto de la fauna de vertebrados, conjunto de animales pertenecientes al *Phyllum* de los Cordados cuyos taxones más representativos son: Peces, Anfibios, Reptiles, Aves y Mamíferos. En dichos grupos faunísticos esta estructura se encuentra conformada por un largo tallo óseo situado en la línea media y posterior del tronco y se constituye por segmentos óseos aislados, llamados vértebras, superpuestos ordenadamente uno sobre otro, cuya función específica –además de sostén– es la de proteger a la médula espinal.

De acuerdo a las especificidades de su funcionamiento la columna vertebral presenta cinco regiones diferenciadas (cervical, torácica o dorsal, lumbar, sacra, coccígea o caudal) (Fig. 1) en las cuales, estos segmentos o vértebras varían en cuanto a forma, tamaño y fusión.

El número total de vértebras es variable en los diferentes grupos zoológicos; en los humanos la forma y número de vértebras está determinada por la posición bípeda que estos adoptan y poseen 33 ó 34 piezas distribuidas de la siguiente

² Se denominan ídolos familiares o colectivos a aquellos objetos suntuosos cuyas dimensiones sobrepasan los 10 cm. de longitud y no muestran huellas o evidencias de haberse utilizado como adornos corporales.

forma: la región superior de la columna posee siete vértebras conocidas como cervicales; le siguen 12 vértebras torácicas situadas en el pecho donde cada una articula con un par de costilla; en la región lumbar se hallan cinco piezas, que son las de mayor volumen y son el soporte principal del cuerpo sobre la pelvis; le continúa el sacro, compuesto por cinco vértebras que se fusionan en el estado adulto, y estando a su vez articulado con los huesos ilíacos forma parte de la cintura pélvica; la última porción la conforman las pequeñas vértebras coccígeas o cóccix que no es más que un rudimento evolutivo de la cola de los primates, cuyo número oscila entre 4 ó 5 piezas pequeñas.

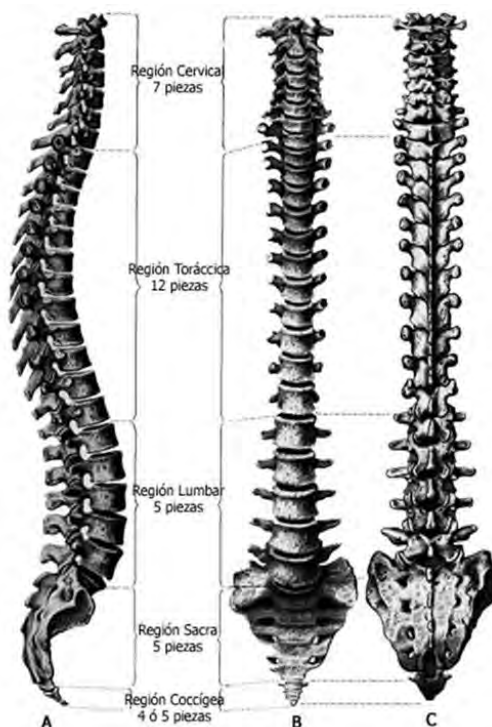


Figura 2. Regiones de la columna vertebral humana. A- Aspecto lateral derecho, B- Aspecto anterior, C- Aspecto posterior (Modificado de Sinelnikov, 1981)

Estudio y clasificación de los diseños

Para facilitar el estudio del material seleccionado, se intentó aislar aquellos patrones o atributos diagnósticos que en sentido general indicaran la presencia del motivo “columna vertebral”, para después proceder a establecer una clasificación de los diseños más empleados para la ejecución de sus representaciones, logrando reconocer hasta el momento un total de siete tipos (Fig. 3).

Por resultar muy numerosa la cantidad de especímenes a estudiar, y al mismo tiempo variada la muestra de diseños empleados, se decidió aceptar como mínimo, la presencia de tres ejemplares con igual representación de la columna, para establecer y definir un patrón o atributo diagnóstico.

- Patrón 1. Diseño simple. Este constituye exclusivamente una línea; en una forma muy esquemática de representar la columna vertebral que en ocasiones muestra las costillas. Este diseño se ha manifestado particularmente en el dibujo rupestre donde siempre aparece acompañada de estas estructuras torácicas (Fig. 3).
- Patrón 2. Diseño simple. Columna vertebral simbolizada en proyección semitubular a relieve o con dos líneas paralelas incisas, representando esquemáticamente sus bordes, sin definir los discos vertebrales o las costillas, aunque en ocasiones se presentan estas últimas (Fig. 3).
- Patrón 3. Diseño simple. Columna vertebral simbolizada con dos líneas paralelas incisas o en proyección semitubular a relieve dividida por una línea central paralela a sus bordes. (Fig. 3).
- Patrón 4. Diseño simple. Columna vertebral definida por dos líneas paralelas o en proyección semitubular (bordes de la columna vertebral) atravesadas por segmentos, en representación esquemática de los límites de los discos vertebrales, en ocasiones se presentan las costillas (Fig. 3).
- Patrón 5. Diseño complejo. Columna vertebral proyectada o con dos líneas paralelas dobles que representan los bordes de la columna vertebral, presenta los segmentos a modo de rectángulos generalmente de forma incisa (Fig. 3).
- Patrón 6. Diseño complejo. Columna vertebral establecida únicamente por los discos vertebrales en hoyuelos a modo de rectángulos o de círculos; en una columna vertebral que rara vez se muestra a relieve o proyecta sus bordes (Fig. 3).
- Patrón 7. Diseño complejo. Columna vertebral proyectada o con dos líneas paralelas que representa los bordes de la columna vertebral, muestra los segmentos y los discos vertebrales a modo de rectángulos o círculos generalmente de forma incisa (Fig. 3).

Atributo diagnóstico o patrón 1: columna vertebral constituida exclusivamente por una línea

Este es el tipo de diseño menos elaborado estéticamente y más sencillo de los seis aislados. Hasta la fecha de concluir este estudio solo se había ubicado en las manifestaciones gráficas rupestres, sin distinción de la técnica de ejecución utilizada por el hacedor aborigen.

Debemos destacar que este diseño, a excepción de Cuba, donde se ubicó en un pictograma bicromado por la utilización de pigmentos rojo y negro, en todas las restantes pictografías de la región, incluyendo a la mayor isla del Caribe, fueron realizadas empleando el colorante negro (Fig. 6/2).

Atributo diagnóstico o patrón 2: Columna vertebral en proyección semitubular a relieve o con dos líneas paralelas incisas

Durante el estudio se pudo comprobar, que aparentemente existió una norma para la ejecución de las columnas vertebrales representadas en aquellos objetos

producidos empleando diversos materiales líticos. En estos casos el atributo diagnóstico se corresponde con el clasificado como 2 y se puede apreciar en las hachas efigies ceremoniales y los cemíes familiares o colectivos³ con independencia de que la imagen fuese antropomorfa o zoomorfa.

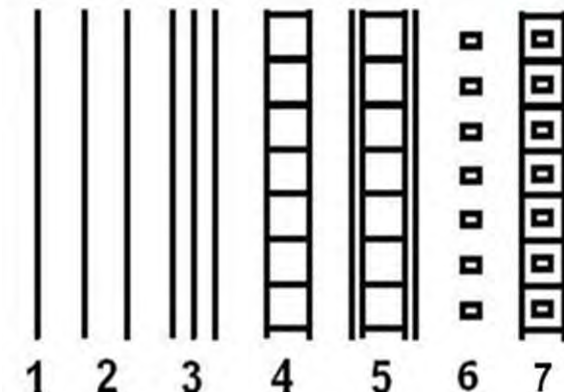


Figura 3. Atributos diagnósticos o patrones generalmente empleados en las representaciones de las columnas vertebrales

Esta forma de representar la columna vertebral es hasta el momento la de mayor presencia en los diferentes soportes utilizados por los grupos agricultores como materias primas para la elaboración de sus elementos u objetos superestructurales. De este tipo se analizaron un total de 24 piezas de Cuba y la R. Dominicana. De los ejemplares 12 son cubanos, distribuidos en un hacha ceremonial, una espátula vómica y diez cemíes familiares o colectivos; mientras que los nueve de la República Dominicana son hachas ceremoniales (2), vasija de cerámica (1), pictografía (1) y cemíes (5) y espátula vómica (1), uno es un amuleto de República Dominicana, y desafortunadamente consideramos dentro de la muestra uno del que desconocemos la localidad de origen (Fig. 7/5).

Este patrón también fue aislado en dos ejemplares realizados en madera, del total de ocho estudiados; estos dos especímenes fueron localizados en la R. Dominicana, correspondiéndose con una espátula vómica y un cemí bandeja para la ceremonia de la cohoba (Fig. 7).

Resulta interesante apuntar que el único cemí de algodón conocido que llegó a la modernidad, luce este atributo diagnóstico, delineado por el entramado de una puntada que fuere realizada específicamente, para resaltar la representación de ciertos componentes anatómicos del cuerpo de la pieza y entre ellas la columna y las costillas (Fig. 7/9).

³ Se denominan ídolos familiares o colectivos a aquellos objetos suntuosos cuyas dimensiones sobrepasan los 10 cm. de longitud y no muestran huellas o evidencias de haberse utilizado como adornos corporales.

Atributo diagnóstico o patrón 3: Columna vertebral simbolizada con tres líneas paralelas incisas o en proyección semitubular a relieve dividida por una línea central paralela a sus bordes

La muestra del diseño de las columnas en este patrón está poco representada, con apenas cuatro figuras, todas de República Dominicana. Este patrón se empleó para diseñarle la columna vertebral a un cemí de madera, a una figurina de saurio de cerámica y a dos sellos o pintaderas de barro que exhiben sendas imágenes de ranas en las cuales los artistas optaron por representarles este tipo de diseño. Todo parece indicar que este tipo de atributo se utilizaba en varios materiales como soporte y posiblemente con preferencia para las figuras zoomorfas (Fig. 8).

Atributo diagnóstico o patrón 4: Columna vertebral definida por dos líneas paralelas o en proyección semitubular atravesadas por segmentos

De las piezas seleccionadas 15 presentaban este patrón de diseño. Coincidentemente –quienes esto suscriben– han hallado cuatro ejemplares de cerámica, cuatro de madera y cuatro de lítica, incluyéndose además un ídolo confeccionado en una roca madrepórica, siendo este el único ejemplar con columna que hemos localizado en este material. (Fig. 9).

Este motivo iconográfico fue aislado en dos cemíes de cerámica, así como en una vasija efigie dominicana (Fig. 9/9).

Por otra parte, dos de los diseños pictóricos localizados en cuevas puertorriqueñas, emplean una variante de este atributo, en el que líneas en forma de la letra uve invertida “Λ”, son las que indican los segmentos vertebrales (Figs. 9/5 y 9/6).

Atributo diagnóstico o patrón 5: Columna vertebral proyectada o con dos líneas paralelas dobles atravesadas por segmentos

Este es el patrón de menor representatividad apenas tres imágenes lo presentan, al mismo tiempo que muestra una amplia dispersión dentro del área: un cemí de madera del sitio Los Buchillones, Cuba; un trigonolito de piedra originario de R. Dominicana, localizado actualmente en el Smithsonian Institution, Washington; y un cemí de la cohoba procedente de Jamaica (Fig. 10).

Atributo diagnóstico o patrón 6: Columna vertebral establecida por los discos vertebrales en hoyuelos a modo de rectángulos o de círculos

Este es un patrón de cierta complejidad en su realización, y además muy curioso en cuanto a su diseño de forma general, se encuentra bien representado, con unos 14 especímenes de la muestra analizada. Llama la atención el hecho de que los artesanos mostraron preferencia por este atributo diagnóstico para la cerámica y que es abundante en la República Dominicana con 8 ejemplares. Se presen-

ta en múltiples materias primas y tipos de piezas, por ejemplo un inhalador de hueso; un cemí de la cohoba de madera; varios vasos efigies de barro cocido, un sello o pintadera de barro y una vasija de cerámica. Este diseño fue predominante en la República Dominicana, pues además lo representaron en varios tipos de soportes y materiales; también se ubicó en una pieza en Cuba y otra en Puerto Rico, por lo que se infiere que ambos vestigios pudieron salir de la primera isla hacia las restantes, representando un ejemplo de especialización local (Fig. 11).

Atributo diagnóstico o patrón 7: Columna vertebral proyectada o con dos líneas paralelas que muestra los segmentos y los discos vertebrales a modo de rectángulos o círculos

Este no aparece ejecutado en muchas piezas, pero exhibe cierta variedad en la selección de la materias primas (cerámica: 3 especímenes; piedra: 3 y hueso: 1). Se pueden mencionar una espátula vómica de hueso, tres vasijas de cerámica; un majador de piedra de uso ceremonial con la imagen de un quelonio, procedente de Cuba y dos hermosos trigonolitos, ambos de República Dominicana. Lo más significativo es que dos de las tres piezas de cerámicas coinciden con representaciones zoomórficas que para mayor similitud se corresponden con motivos de saurios, solo que una se recuperó en suelo puertorriqueño y el otro ejemplar en dominicana. Resulta singular que a excepción de la espátula vómica y la muñequina de cerámica, de dominicana y borinquen respectivamente, los restantes motivos (5) son netamente zoomorfos o antropozoomorfos (Fig. 12/5).

Se debe apuntar que se identificó una variante regional de este patrón, que hasta la fecha es exclusivo de la gráfica rupestre, donde los discos vertebrales se indican por rectángulos que en su interior lucen lo que recuerda una columna dórica (Fig. 4.). Esta tradición probablemente tuvo un origen continental que habría todavía que investigar, y sus portadores la trasladaron a las cercanas islas de San Vicente, Santa Lucía y Guadalupe donde se pierde definitivamente su rastro, pues no se ha logrado identificar en el resto de las ínsulas que componen el arco antillano.

Entre otras consideraciones se debe apuntar, que se ha comprobado en algunos de los atributos diagnósticos que son empleados indistintamente, sin establecerse alguna preferencia o diferencia entre los géneros que identifican a los personajes caracterizados, lo cual quiere decir que aparentemente, no existía un patrón en la iconografía de la columna vertebral que fuera empleada exclusivamente en la representación de uno u otro sexo (Fig. 11/8 y 12/3).

Por otra parte, en la descripción que María del Pilar Zaldívar (2003) realizaba al llamado erróneamente como “*Ídolo del tabaco*”, en el artículo *El cemí del tabaco del Museo Antropológico Montané*, la autora se refiere al número de 12 vértebras que exhibe la columna vertebral de dicho cemí apunta:

“Al inicio de las investigaciones, este número de vértebras nos sugirió la idea que quizá se haya querido expresar ciclos lunares (muy aproximados al calendario gregoriano) y que el total expresara doce ciclos

lunares o, lo que es lo mismo, un año gregoriano, pues es evidente que debió existir una especie de calendario por el cual se dividía el tiempo, las épocas de cosecha...” (Zaldívar, 2003:188).

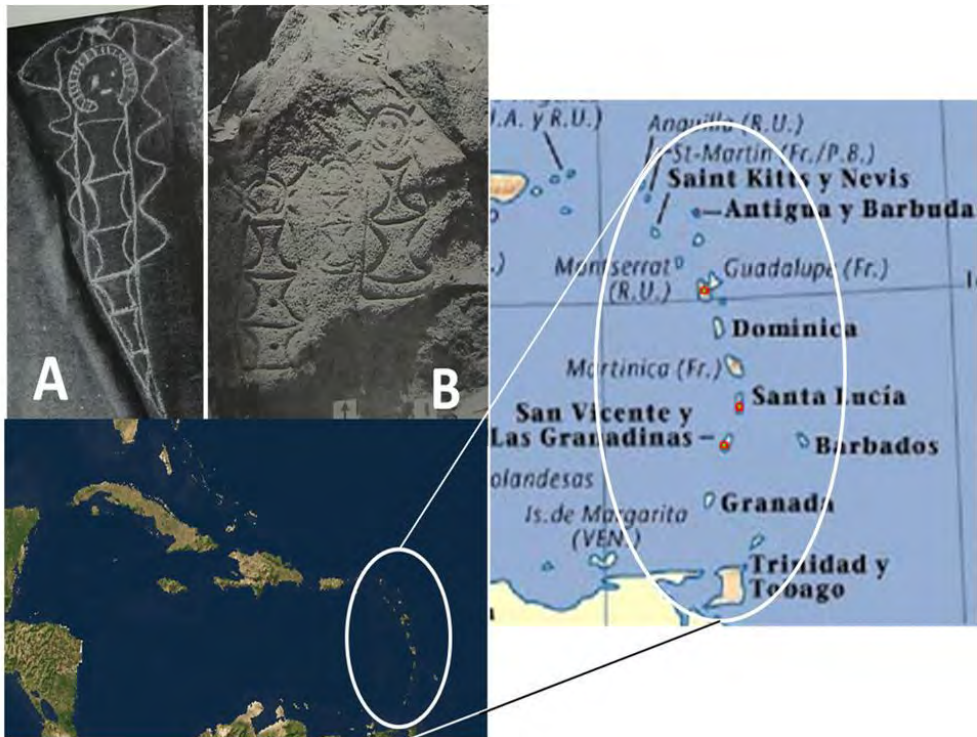


Figura 4. Variante regional exclusiva de la gráfica rupestre de las islas de San Vicente, Santa Lucía y Guadelupe. (A) Sitio Stonefield Estate, Isla de San Vicente; (B) Sitio Santa Lucía V, Isla de Santa Lucía (Dubelaar, 1995; Jönsson, 2002)

Finalmente la autora concluye expresando su opinión en relación a que el número de vértebras representadas pudiera estar determinado por las características de la pieza, como el tamaño, o si la figura está encorvada, entre otros aspectos.

A partir de esta curiosa observación, se decidió buscar en la bibliografía algún otro indicio que pudiera dar luz sobre esta temática, sin resultado palpable hasta el momento, ya que el grueso de la información que se ha obtenido es a partir de imágenes y fotografías de las piezas, en las cuales no es posible contabilizar con certeza el número exacto de todos los segmentos vertebrales de las representaciones que los autores han ubicado en este trabajo en los patrones 4 al 7. Sin embargo, entre las piezas estudiadas se halló una con un número vertebral igual al mencionado, que resultó ser un inhalador de hueso de la República Dominicana en el que también se aprecia la cifra de 12 segmentos, ambos objetos adjudicables a los patrones establecidos como 4 y 6.

Este hecho particular hizo suponer, de alguna forma, que el hacedor pudo pretender la representación aproximada de la región dorsal de la columna vertebral,

que está conformada por 12 vértebras que articulan con las costillas, sección que al proporcionar forma y consistencia a la cavidad torácica posibilita la protección de los principales órganos vitales del cuerpo humano (Figs. 9/1 y 11/1). No obstante, al no apreciar otros ejemplos que coincidan con este número vertebral, no se puede aseverar tal hipótesis, aunque tampoco se desecha totalmente, pues como se explica anteriormente las imágenes no permiten un adecuado conteo y en muchos ocasiones la cuenta de los segmentos es de diez y de once, por lo que pudiera haber algún segmento que no se pudo ver bien y no ser computado.

También merece un paréntesis para el análisis la posición que adoptan algunos autores, relacionada con las imágenes pictográficas que denotan la ausencia de las extremidades o partes de ellas, y son tomadas como las representaciones, muy comunes en el dibujo rupestre antillano, conocidas por fardos funerarios, rechazando la posibilidad de que sean asumidas como diseños donde se identifica la columna vertebral (Gutiérrez D. comunicación personal oct./2010).

En tal sentido, cabe recordar que la denominación de “*niños envueltos*” fue propuesta por Louis A. Pinart en 1890, en su presentación al IX Congreso Internacional de Americanistas de Madrid. Un siglo después en el año 1995, el destacado rupestrólogo holandés C. N. Dubelaar al estudiar los petroglifos de las Antillas Menores describía y clasificaba estas representaciones estableciendo que:

“In the Lesser Antilles the anthropomorphs often show a 'body' consisting of an outline of parallel or slightly converging or diverging lines. These 'bodies' are filled with parallel rectilinear lines, (A), crosses (B), or connected curved lines (C).

Secondly, the body filling may consist of one or more crosses (B). Anthropomorphs showing these kinds of body crosses are sometimes referred to as swaddled figures by authors who interpret them as representations of infants or dead bodies.

Finally the body filling may consist of connected curved lines found along the inside of the (almost) vertical body outlines (C). They are often combined with parallel rectilinear lines” (Dubelaar, 1995) (Fig. 5).

El estudio meticuloso de los petroglifos de las islas de Sotavento durante largos años por parte de Dubelaar, le permitió establecer que los cuerpos de las figuras antropomorfas, atendiendo a las líneas que decoran su interior, generalmente podían clasificarse en tres tipos, aún cuando en ocasiones estos presentan algunas variantes dentro del mismo.

Aceptada como certera la propuesta antes señalada, es por lo que para esta investigación se consideran como válidos, aquellos diseños que muestran en el interior del cuerpo, una línea vertical cortada por varios segmentos de recta perpendiculares o tangenciales, que recuerdan a las costillas, mientras que la línea central divide casi a la mitad a la figura estableciendo la simetría bilateral; es necesario señalar que en ocasiones la bisectriz no llega a tocar al segmento inferior que limita al cuerpo de la imagen (Fig. 6/2).

Al mismo tiempo se debe reconocer la posibilidad de que también se representen imágenes “enfardeladas” que muestran estructuras anatómicas compuestas por la columna vertebral y las costillas; de igual forma sucede con diversos personajes representados en la cerámica, madera, hueso y concha, los que en apariencia participan del mundo de los vivos, por los atributos que muestra la imagen –los genitales, el ombligo–, pero inequívocamente lucen la columna y las costillas con el mayor detalle. En este mismo sentido Oliver (1998), asume un razonamiento similar para la interpretación del grabado que él denomina la *Dama - rana* y *Ancestro femenino de la Plaza Central del Centro Ceremonial de Caguana* en Puerto Rico.

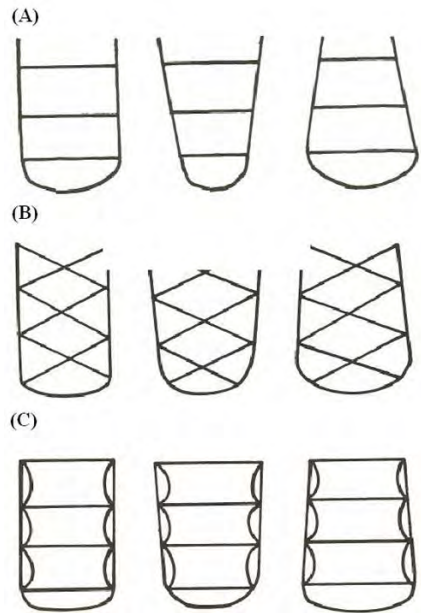


Figura 5. Modelo clasificatorio de los diseños “enfardelados” según Dubelaar (1995)

La columna vertebral y su reflejo cosmogónico

Debido a sus propias formas de producción, indudablemente de mayor desarrollo respecto a las comunidades precedentes, los grupos agricultores que arribaron a Las Antillas tuvieron un nivel de prosperidad poblacional tal que los hizo expandirse demográficamente de un modo hasta ese momento inédito en la región. De esa manera, el consiguiente incremento productivo a partir del despliegue de prácticas de labranza como la monticulación permitió el desarrollo del ceremonialismo y de la elaboración de objetos asociados a la agricultura, con el fin de “garantizar” las cosechas (Curet, *et al.* 2004, en Alonso, *et al.* 2008).

Recordemos que el aborigen antillano ostentaba una especie de creencia muy vinculada a los procesos de la naturaleza y a las acciones del propio hombre y su colectivo. Presumía mediante el animatismo que tanto los objetos como en los fenómenos que integraban la naturaleza, moraba un “espíritu”, y que mediante actividades rituales mágicas específicas este podía ser influido favorablemente.

Algunas de estas prácticas ceremoniales se recogen en los pasajes mitológicos, que entre otras funciones, tienen la propiedad de explicar mediante símbolos o imágenes –muchas veces fantásticas– las características de las sociedades y la alteración, transición o ruptura de las normas establecidas en ellas. Lo común, lo cotidiano, e inamovible no merece explicación que roce la leyenda. Existe una relación directa entre los sucesos y símbolos con la evolución y transformación social, donde cada elemento de la narración permite identificar procesos impresionables en la metamorfosis social.

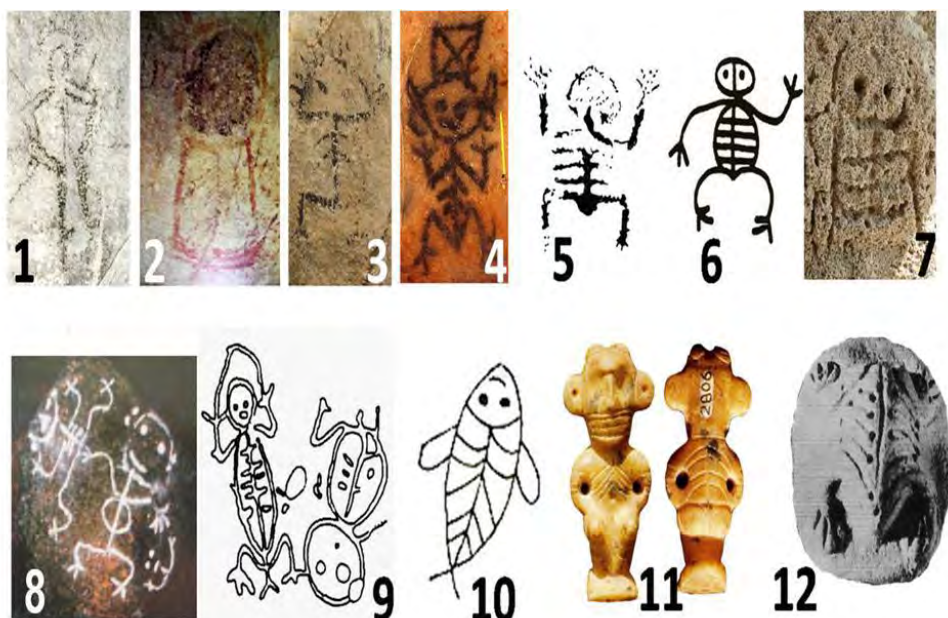


Figura 6. Elementos representativos del Patrón 1. 1- Pictografía de Cueva Ambrosio, Matanzas, Cuba (Archivo de los autores); 2- Pictografía de Cueva García Robiou, Mayabeque, Cuba (Archivo de los autores); 3- Pictografía de Cueva del Puente, Bordón, República Dominicana (Archivo de los autores); 4- Pictografía de Cueva Las Maravillas, República Dominicana (Archivo de los autores); 5- Pictografía de Puerto Rico (Dávila, 1979); 6- Pictografía del área de Morovis, Puerto Rico (Martínez, 1981); 7- Petroglifo de Solapa Las Caritas, R. Dominicana (Archivo de los autores); 8- Petroglifo de Mount Rich, Granada (Jönsson, 2002); 9- Petroglifo de Granada (Jönsson, 2002); 10- Petroglifo de St. Julien, Guadalupe (Dubelaar, 1995); 11- Idolillo de piedra, Cuba; 12- Sello o pintadera de barro, República Dominicana (Montás, *et al.* 1983)

¿Tenía alguna significación especial el motivo “*columna*”? ¿Tuvo el símbolo “*columna vertebral*” un rasgo anatómico distintivo, reflejando una realidad biológica, o respondía su representación a expresiones cosmogónicas o mágico-religiosas? ¿Acaso tendría de las dos?

La representación de la “*columna*” al parecer llamó poderosamente la atención de los artesanos aborígenes, los que la plasmaron de forma bastante coherente en las figuraciones antropomorfas, aunque también se le puede encontrar en las zoomorfas y antropozoomorfas. Se pudiera pensar que la evidencia arqueológica más directa observable sobre este particular, se halla en aspectos concretos de la esfera ideológica vinculada a las prácticas funerarias, y específicamente durante el proceso de exhumación de los cadáveres para efectuar los enterramientos secundarios. De esta manera en el necesario proceso de manipulación de los restos óseos del cadáver, el indígena pudo percatarse no solo de la existencia de estos órganos internos, sino de la estructura y disposición anatómica entre ellos. Esta posibilidad la dejó planteada en su momento el Dr. Herrera Fritot al expresar:

“La extrema delgadez que se ha querido ver en estas efigies como justificante de enfermedad, por presentar la columna vertebral saliente e indicadas también las costillas, signos que consideramos paralelos con la posición acucillada o sentada, no son otros que los correspondientes a las divinidades, moradoras de ese “otro mundo” al que iban los muertos y donde la figura corporal variaba en esa forma, observada por los indígenas en los restos de sus propios deudos al ejecutar los entierros secundarios o, accidentalmente, en los cadáveres insepultos”... (Herrera, 1952: 197).

Según la anterior expresión del sabio cubano, éste era de la opinión que solo las deidades que moraban el “*mundo de los muertos*” eran las que exhibían tanto la columna, como las costillas en sus representaciones; atributos que además permanecían ausentes siempre que la posición adoptada por la divinidad fuera otra diferente a la acucillada o sentada. Las pesquisas realizadas indican que la postura asumida por las figuras modeladas, grabadas o esculpidas, no guardan ninguna relación con la presencia o ausencia de estos símbolos de la iconografía aborigen.

El análisis paciente y detenido de la segunda sugerencia brindada por el Dr. Herrera Fritot, y tomándola como argumento válido que le diese respuesta a la relativa frecuencia con que aparece presente el símbolo motivo de estudio, permite asumir que muchas imágenes –de entre la gran variedad y diversidad que lucen la columna– no pueden ser vinculadas a ese “otro mundo” tales como caguamas, batracios, reptiles, cánidos, etc. e inclinan a pensar que esta propuesta no está dirigida en el camino correcto.

Por otra parte es oportuno señalar que como es conocido, en la plástica aborigen americana existen sobrados ejemplos donde se resalta un aspecto prominente del animal, como sucede con el jaguar andino y mesoamericano, en el que se destacan especialmente las garras y colmillos como símbolos en la iconografía. En el área del Caribe por ejemplo, la representación sintética de la rana aparece señalada por las extremidades, preferentemente las traseras; quizás por su longitud y la sorprendente muestra de fuerza provocada por la flexión y extensión de las mismas, para alcanzar largas distancias mediante el salto, amén de que le permiten sujetarse de cualquier soporte, aun encontrándose en una superficie vertical.

Al examinar la correspondencia entre los rasgos morfológicos y la iconografía acompañante de las diferentes deidades antillanas que llegaron hasta nuestros días, gracias a la descripción proporcionada por el fraile ermitaño Ramón Pané y otros cronistas, no se conoce ninguna en que se mencione expresamente la “columna”. La asociación mítica más cercana, pudiera ser la referida a la aparición de la tortuga en la espalda de Deminan caracaracol.

Según refiere Pané en su *Relación acerca de las antigüedades de los indios* (Arrom, 1990) existían cuatro gemelos –sólo uno con nombre, identificado como Deminán Caracaracol–. Los cuatro gemelos huyen de la casa de Yaya, hasta llegar a la casa de Bayamanaco y se reproduce textualmente el pasaje para una mejor interpretación de su contenido:

“Estos, tan pronto llegaron a la puerta de Bayamanaco, y notaron que llevaba cazabe, dijeron: (...) «Conozcamos a este nuestro abuelo». del mismo modo Deminán Caracaracol, viendo delante de sí a sus hermanos, entró para ver si podía conseguir algún cazabe (...). Caracaracol, entrando en casa de Bayamanaco, le pidió cazabe, que es el pan susodicho. Y este se puso la mano en la nariz, y le tiró un guanguayo a la espalda; el cual guanguayo estaba lleno de cohoba, que había hecho hacer aquel día (...). Y así les dio por pan aquel guanguayo, en vez del pan que hacía; y se fue indignado porque se lo pedían... Caracaracol, después de esto, volvió junto a sus hermanos, y les contó lo que le había sucedido con Bayamanacoel⁴, y del golpe que le había dado con el guanguayo en la espalda, y que le dolía fuertemente. Entonces sus hermanos le miraron la espalda, y vieron que la tenía muy hinchada; y creció tanto aquella hinchazón que estuvo a punto de morir. Entonces procuraron cortarla y no pudieron; y tomando un hacha de piedra se la abrieron; y así se fabricaron su casa y criaron la tortuga” (Arrom, 1990: 32-33).

Para tener una mejor visión del asunto, tampoco resultaría ocioso recordar lo que Pedro Mártir de Anglería, en su *Décadas del Nuevo Mundo* (libro IX) escribe al narrar el incidente acaecido entre los cuatro gemelos y “el abuelo” Bayamanaco:

“Dicen asimismo que estos hermanos, de miedo de Jaia, anduvieron errantes por diversos lugares por tanto tiempo que ya casi morían de hambre, porque no se atrevían a parar en ninguna parte. Y porque ya el hambre les apretaba cruelmente, comenzaron a tocar en la casa de un panadero pidiendo cazabe, es decir pan...” (Anglería, 1944: 102).

Llegado a ese punto se hace necesario una breve interpretación: al expresar que los gemelos al andar errantes por tanto tiempo “ya casi morían de hambre”, se reconoce la necesidad que tenían de alimento, que en esta ocasión no por casualidad está representado por el “pan” de cazabe, el que solo se obtiene luego de realizar prolongadas prácticas agrícolas. Hasta este momento del relato en que los gemelos van a “pedirle” cazabe a Bayamanaco, se puede concluir que están requiriéndole los secretos básicos para desarrollar la agricultura; del mismo modo que por transferencia indirecta, asimilarían los conocimientos necesarios para confeccionar los burenes⁵ y cuencos de cerámica, imprescindibles para la elaboración del cazabe, lo que de alguna manera implica el dominio del arcano relacionado con la conservación del fuego para cocer el barro y los alimentos.

⁴ Arrom escribe indistintamente Bayamanaco o Bayamanacoel, como modos aceptados de escribir el nombre de este personaje, refiriendo otras cuatro formas en las diferentes traducciones del texto de Pané.

⁵ Pieza plana de forma circular confeccionada en barro, empleada para preparar los alimentos y especialmente el pan de cazabe.

Haciendo una interpretación minuciosa del pasaje mitológico se advierten elementos que permiten observar la relación enunciada. En primer lugar una evidente contradicción intergeneracional: por un lado Deminán Caracaracol y sus hermanos representan la juventud, el ímpetu, el empuje, la ambición por conocer y cambiar los esquemas y las normas establecidas por la vieja generación que se va declinando –personificada por Bayamanaco– y que es la portadora de toda la experiencia, los secretos de los bienes culturales y el progreso alcanzado. En segundo lugar, en la disputa Deminán –violando los tabúes establecidos– irrumpen en la casa y enfrenta a Bayamanaco, quien atesora los procesos ya mencionados y por consiguiente los conocimientos agrícolas, alfareros y de la manipulación del fuego.



Figura 7. Elementos representativos del Patrón 2. 1- Ídolo femenino de piedra, Cueva del Jobo, Banes (Sala de Arqueología del Instituto Cubano de Antropología); 2- Ídolo lítico. Finca La Caridad, Baracoa (Sala de Arqueología del Instituto Cubano de Antropología); 3- Rana majador lítica, Asiento los Pocitos, Banes (Sala de Arqueología del Instituto Cubano de Antropología); 4- Hacha de uso ceremonial, Holguín (Dacal y Rivero, 1996); 5- Amuleto Concha, R. Dominicana Colección Pierre Dominó; 6- Ídolo de rana en concha. Luquillo, Puerto Rico (Pons s/f); 7- Ídolo de madera para la ceremonia de la Cohoba. Sala de Arte Prehispánico de la Fundación García Arévalo, República Dominicana (L' Art Taino, 1994); 8- Vasija de cerámica. Ídolo de algodón de República Dominicana. Colección del Museo Arqueológico de Turín, Italia; 9- Ídolo de algodón de República Dominicana. Colección del Museo Arqueológico de Turín, Italia (L' Art Taino, 1994)

Conjuntamente se puede asumir, que la mención en el pasaje de que el *guanguayo* lanzado a Deminán contenía partículas de cohoba, estaría indicando que probablemente Bayamanaco fuera un bojiti o behique, poseedor del conocimiento para elaborar dichos polvos alucinógenos, lo que infiere que los cuatro gemelos también se apoderaban así de una fórmula, que solo estaba destinada a los elegidos, pues la ceremonia de la cohoba era organizada y oficiada por los behiques y practicada exclusivamente por los caciques y algunos pocos familiares de éste o señores destacados, previa autorización del behique (Deive, 1983; Moscoso, 1986).

El hecho de lanzarle un guanguayo al intruso, está indicando que el behique con el castigo al infractor, está imponiendo el orden y el control de la conducta, que es, a fin de cuentas, el reflejo de unas relaciones sociales caracterizadas por un nivel de jerarquización que conservaba para el horizonte más alto las posiciones de los caciques y behiques; lo que indiscutiblemente expresa el modo de pensar y la ideología de un grupo social, en el que se aplica la tutela imponente y necesaria de estos personajes, para mantener la supervivencia del colectivo. Por otra parte, refleja al mismo tiempo, una manifestación inequívoca del antagonismo permanente entre las viejas y las nuevas generaciones.

En honor a la verdad, con este análisis anterior se trata de explicar que, a pesar de la aparente relación entre el motivo columna y el pasaje del personaje irreverente hasta ahora tantas veces mencionado, parece bastante aventurado establecer con certeza algún tipo de relación entre ellos; mientras que el símbolo iconográfico sí puede verse en otros aspectos de la representación cosmogónica de estas sociedades.



Figura 8. Elementos representativos del Patrón 3. 1- Cemí de Madera, R. Dominicana Fundación García Arévalo (L' Art Taino, 1994); 2- Figura de Saurio en cerámica, Rep. Dominicana, (Bastan, 1971-72); 3- Sello o Pintadera de barro. República Dominicana. (Montás, *et al.* 1983); 4- Sello o Pintadera de barro. República Dominicana. (Montás, *et al.* 1983)

El personaje conocido por Bohíti o Behique

Uno de los personajes de gran preeminencia dentro de la tribu –con omisión del cacique– era el curandero, el shamán o hechicero, conocido como bohítitiu –bohíti– o behique. Este individuo estaba facultado para dirigir el culto tribal, la medicina comunitaria, y de ser el responsable absoluto de la dirección de la ceremonia de la *cohoba*, actividad que le garantizaba la comunicación, cemíes mediante, con el mundo sobrenatural y de los ancestros para realizar los conjuros y poder influir en la toma de decisiones. Se empleará el término bojíti o behique pues es como más comúnmente se le conoce por ser la forma castellanizada que llegó a nosotros.

Sobre estos transcendentales personajes el cronista Fernández de Oviedo (1851), en su *Historia General y Natural de las Indias* (Libro V: 126) planteaba:

“E tenían ciertos hombres entre si que llamaban buhití, que servían de aurispices ó agoreros adevinos (...) Estos, por la mayor parte eran grandes hervolarios é tenían conosciada las propiedades de muchos árboles é plantas é hiervas; é como sanaban á muchos con tal arte, teníanlos en gran veneración é acatamiento (...) Una cosa he yo notado de lo que he dicho y passaba entre esta gente: y es que el arte de adivinar (ó pronosticar las cosas por venir) y quantas vanidades los cemies daban á entender á esta gente, andaba junto con la medicina é arte mágica...” (Fernández, 1851: 126).

Como “la columna vertebral” resulta el símbolo iconográfico que ha motivado esta investigación, se considera como muy valioso y documental el hecho por todos conocido, que los behiques toda vez que fueran a realizar la ceremonia de la cohoba, y de otras prácticas sanatorias, debía pasar por un proceso de ayuno purificador cuya duración estaba en dependencia de la relevancia de la actividad a efectuar, por ello podía durar desde varios días hasta más de un mes. Al parecer por las referencias dejadas por los cronistas, el tiempo de privación alimentaria solía ser de un lapso realmente mayor en el período iniciático. En este sentido, relatando la privación a que se sometían los behiques –y en algunas oportunidades el cacique o “señor”–, Las Casas comenta lo siguiente:

“En aquella isla⁶ era extraño el ayuno que algunos hacían, principalmente los behiques, sacerdotes ó hechiceros, y espantable; ayunaban cuatro meses, y más, continuos sin comer cosa alguna, sino sólo cierto zumo de yerba ó yerbas, que solamente para sustentarlos que no muriesen, bastaba” (Las Casas, 1912: 474).

Al parecer estos episodios de ayuno no escaparon a la observación del fraile y describió cómo repercutía sobre el estado y aspecto físico de los behiques la privación alimentaria durante ese período, pues en otro texto posterior reproduce el mismo argumento, ahora con más detalle:

“...ayunaban tres y cuatro meses, y más, continos, que cuasi cosa no comían, si no era cierto zumo de hierbas que sólo bastaba para no expirar y salirseles el ánima; después que así quedaban flaquísimos, macerados, eran ya dignos y aptos para que les apareciese aquella visión infernal...” (Las Casas, 2011: 19, en Cairo y Gutiérrez, 2011⁷).

⁶ Se trata de Cuba.

⁷ Los compiladores del texto reproducen un fragmento de: Fray Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*. Prólogo y edición de Gonzalo de Reparaz, Ed. Aguilar, Madrid, 1927, Ts. II y III.



Figura 9. Elementos representativos del Patrón 4. 1- Ídolo en Madera; 2- Ídolo de Madera. Jamaica British Museum (L' Art Taino, 1994); 3- Cemí de Madera, República Dominicana (Arrom, 1975); 4- Urna funeraria Madera, República Dominicana (Arrom 1975); 5- Pictografía, Puerto Rico (Dávila, 2003); 6- Pictografía, Puerto Rico (Dávila, 2003: 339); 7- Petroglifo, Granada (Jönsson, 2002); 8- Vaso efigie de cerámica (Vega, 1987); 9- Vaso efigie cerámica, República Dominicana (Montás, *et al.* 1983); 10- Trigonolito Caguas, Puerto Rico. Private collection Wilfredo A. Géigel (Oliver, 2007)

De tal forma que no es ocioso pensar que estos seres pudieron ser individuos delgados, e incluso en algunas etapas de crisis subsistencial o alimentaria y de epidemias, debido a las reiteradas y sucesivas actividades rituales a realizar, pudieran haber tenido un aspecto cadavérico, tal y como se representa en las imágenes que se estudian. Recuérdese que para cada ocasión, antes de officiar el ritual luego del ayuno, se sometían a un vómito purificador, el cual provocaban con ciertas paletas denominadas espátulas vómicas, realizadas generalmente a partir de huesos de animales. El rigor de las reiteradas y prolongadas hambrunas, debió producir en la fisonomía de los behiques una delgadez tan extrema que posiblemente rozara en lo esquelético.

De esa manera, no sería fortuito suponer que las principales representaciones antropomórficas aborígenes que exhiben columnas y costillas –que por lo general son asumidas como piezas ceremoniales utilizadas en los rituales de la cohobación– deban ser representaciones de los propios personajes behiques, en directa mención a que son officiantes establecidos ya enflaquecidos por los ayunos. La priva-

ción prolongada de la ingesta, en combinación con la aspiración nasal de polvos macerados obtenidos de ciertas plantas alucinógenas, tenían un resultado fisiológico tal que les provocaba un estado de éxtasis con efectos sicotrópicos que les producía alucinaciones y desvaríos; actitudes que caciques, bojiti y pobladores en general interpretaban como señales y comunicaciones con el mundo numinoso de sus deidades y ancestros.



Figura 10. Elementos representativos del Patrón 5. 1-Cemí antropomorfo de madera. Vista frontal y lateral, Buchillones, Cuba (Archivo de los autores); 2-Ídolo en madera con incrustaciones de concha. Jamaica. Vista frontal y lateral (Arrom, 1975); 3-Trigonolito. Vista lateral y superior. Puerto Rico. Smithsonian Institution, Washington (Arrom, 1975)⁸

En este sentido el conocido investigador dominicano Manuel A. García Arévalo (2002) asume que la delgadez de los behiques representa en sí, su carta de presentación, el atributo *sine qua non* para ejecutar los procedimientos necesarios para cumplir con su función social:

“Por medio del ayuno prolongado, los behiques alcanzaban el estado esquelético, que representa en el indumento chamánico universal el “arquetipo de su muerte y resurrección”, escenificando el haber rebasado su condición humana, por estar vinculado a lo sobrenatural y ver la realidad del “más allá” (García, 2002: 94).

⁸ Hostos describe esta pieza de la siguiente manera: “Representa una figura femenina arrodillada, con rostro humano; los brazos y manos descansan contra la parte superior del abdomen. Los senos, órganos sexuales, la columna vertebral, seis costillas y los pies con tres dedos están bien moldeados acorde con los más curiosos e interesantes conceptos originarios. La parte posterior de la cabeza está decorada con un cuadrado imperfecto de esquinas redondeadas, incluyendo dos círculos separados por una línea vertical. Todas estas líneas son incisas. La columna vertebral y las costillas se muestran al relieve. Las vértebras están representadas por hoyos poco profundos. Los muslos y pies son humanos; pero la parte inferior de las piernas son inspiradas probablemente por un modelo animal” (Hostos, 1987: 15).

Sobre este particular agrega García Arévalo (2002), que los vasos efígies son el mejor ejemplo en los que se manifiesta la intención de reproducir los huesos del cuerpo humano sugerencia directa de los ayunos intencionales practicados por el behique (García, 2002). No es ocioso mencionar, coincidiendo con lo planteado por García (2002), que estas representaciones cerámicas identifican no solo a seres masculinos, si no también a femeninos, lo cual es una clara alusión al hecho bastante discutido por algunos y aceptado por otros, de que la función del behique no era privativa del sexo masculino.

En la muestra estudiada se han reconocido un total de 10 personajes femeninos, 6 de los cuales cumplen con las características antes descritas, mientras que las otras 5 por la posición que ocupan en las fotos, solo se les aprecia las costillas indicadas. Los primeros ejemplares fueron ejecutados 4 en cerámica de dominicana y 1 en piedra de Cuba, además del petroglifo realizado sobre un monolito en la Plaza principal del Centro Ceremonial de Caguana en Puerto Rico.

Recordemos el fragmento mitológico de la investidura del bojiti - behique legendario del grupo cultural Arauco, según el Capítulo VI del texto relatado por Pané:

“Dicen que estando Guahayona en la tierra donde había ido, vio que había dejado en el mar una mujer, de lo cual tuvo gran placer, y al instante buscó muchos lavatorios para lavarse, por estar lleno de aquellas llagas que nosotros llamamos mal francés. Ella le puso entonces en una guanara, quiere decir lugar apartado; y así, estando allí, sanó de sus llagas. Después le pidió licencia para seguir su camino y él se la dio. Llamábase esta mujer Guabonito. Y Guahayona se cambió el nombre, llamándose de ahí en adelante Albeborael Guahayona. Y la mujer Guabonito le dio a Albeborael Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevase atadas a los brazos, pues en aquellas tierras las cibas son de piedras que se asemejan al mármol, y las llevan atadas a los brazos y al cuello, y los guanines los llevan en las orejas...” (Arrom, 1990: 26-27).

La interpretación de forma integral del mensaje implícito en el pasaje incluye la relación: Ceremonia de iniciación “muerte simbólica” – Aprendizaje de los secretos de curar – Aprobación de la experiencia “renacer” – Investidura de poder por Guabonito la sacerdotisa.

De esta manera Guabonito oficia como la “Maestra hechicera, sacerdotisa” que lo llevará a una *guanara* donde mantendrá el prolongado período de dieta alimentaria y abstinencia sexual como estaba establecido durante la iniciación, lo que le producirá la muerte simbólica. Luego durante el retiro Guahayona conocerá los secretos herbolarios –para curar las enfermedades que aquejan a su pueblo–, de la alquimia –al lograr la fundición para obtener los guanines– (Robiou, 1983), y finalmente, después de haber pasado la prueba y estar en condiciones de dirigir espiritualmente a su comunidad, lo reconoce y lo inviste como legítimo behique o boji-

ti, imagen de que renació o resucitó, entregándole las piedras con los poderes mágicos que lo acompañaran de por vida, y que además le darán prestigio y autoridad en la aldea (Fernández, *et al.* 2004).



Figura 11. Elementos representativos del Patrón 6. 1- Inhalador. Hueso. República Dominicana. (Arrom, 1975) 2- Cemí de la cohoba. Madera. República Dominicana. (Montás, *et al.* 1983); 3-Vaso efigie Cueva de Muñalé, República Dominicana (Ortega, 2005) 4- Vaso efigie. Cerámica. República Dominicana. (Arrom, 1975); 5- Vaso efigie. República Dominicana (Arrom, 1975); 6- Sello o Pintadera de barro. República Dominicana. (Montás, *et al.* 1983); 7-Vasija de cerámica. República Dominicana (L' Art Taino, 1994); 8- Vaso efigie. Cerámica. República Dominicana (L' Art Taino, 1994)

No menos cierto es que el vocablo *Guabonito* proviene de la raíz **aboa**, que significa en aruaco enfermo, y de la cual provienen los verbos **aboan** enfermar y **aboanin** o **abonin**, que indican las acciones de sanar y curar (Herrnhunter, 1883; Coll y Toste, 1972). De esta manera en el verbo **aboanin** o **abonin** la partícula **nin** es terminación verbal que da el sentido de disminución o apocamiento de la enfermedad o del mal que aqueja a la persona (pues la terminación **ni** indica poco); de tal suerte que la partícula **nin** unida a la raíz **aboa** indique sanar, aliviar, mejorar, curar al enfermo (Fernández, *et al.* 2004). Así las cosas, *Guabonito* reunía las características y los conocimientos de una gran “maestra - sacerdotisa” alquimista e instruida en el arte de curar que tiene la transcendental responsabilidad de iniciar e investir al “Bojiti Legendario” (**Guahayona**) entregándole finalmente los guanines y las cibas como símbolo de jerarquía, autoridad y poder (Fernández, *et al.* 2004).

Asimismo es prudente recordar que las restantes piezas que presentan columnas vertebrales, son en su totalidad objetos ceremoniales de diverso tipo (majadores, urnas funerarias, trigonolitos, petroglifos y pictografías), las que forman parte importante en la superestructura de la comunidad y que un número trascendente de ellos están directamente asociados al rito de la cohoba como los cemíes, vasos efigies, inhaladores y espátulas vomitivas.

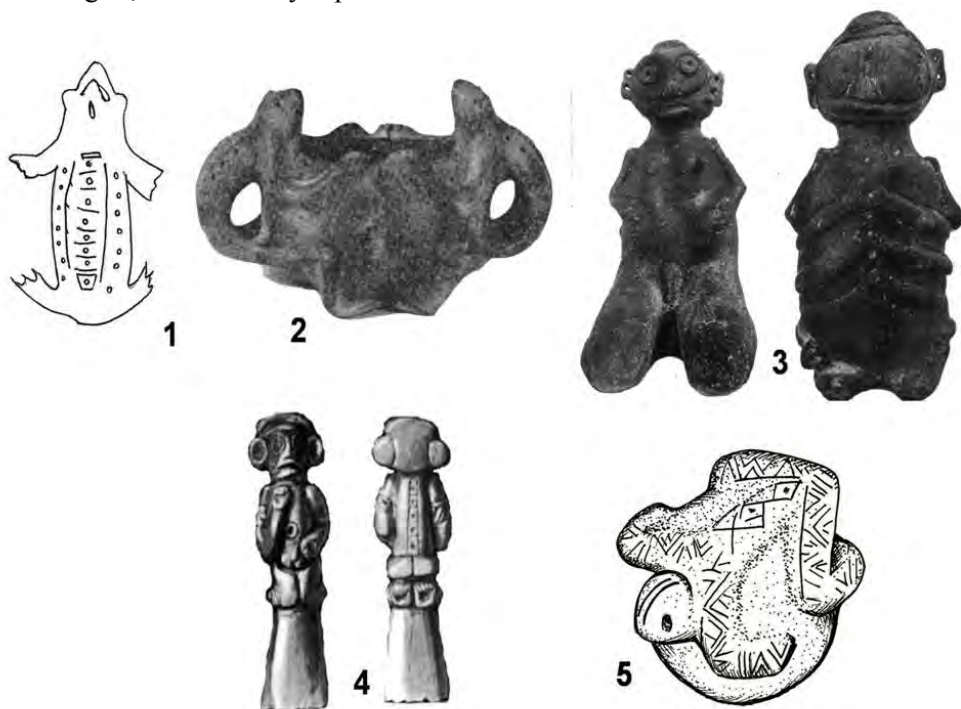


Figura 12. Elementos representativos del Patrón 7. 1- Figura zoomorfa. Asa de vasija. Puerto Rico (Hostos, 1987); 2- Vasija pequeña. Asas zoomorfas. Cerámica. Puerto Rico (Hostos, 1987); 3- Figurina de barro. Puerto Rico (Hostos, 1919); 4- Espátula vómica. Hueso. República Dominicana. Colección Archibishops (Fewkes, 1903b); 5- Majador de piedra, zoomorfo, Cuba (Guarch, 1998)

Si se asume como válida la propuesta realizada por varios autores (Deive, 1978; García, 2002; Fernández, *et al.* 2004) de que el bojiti estaba facultado para establecer la relación entre el mundo real, el de los ancestros y el de los númenes, pero que además su estado esquelético es la condición *sine qua non* que le permite representar su don de la ubicuidad al permanecer “presente” físicamente entre los vivos, pero encontrarse psicológicamente “muerto” consultando a las deidades o los ancestros; entonces se puede colegir además, que la columna vertebral en alguna medida pudo ser la representación simbólica del *axis mundi*, eje central de la mitología y la cosmovisión de los agricultores que poblaron las islas antillanas, a todas luces por ser el órgano anatómico que permanece junto al cuerpo del bojiti o behique, así durante su tormentosa y sacrificada vida, como después de su muerte

psicológica –durante el trance o período de éxtasis–, y física –cuando fallece definitivamente–.

Considerando este supuesto simbólico se puede establecer la relación: Columna vertebral–Eje central o Centro sagrado; cada una de las imágenes en estudio –vasos efigies del personaje del bojiti o cualquier otro implemento graficando una deidad luciendo la columna– sería portadora del signo cuya representación estaría idealizando la correspondencia establecida entre los tres niveles del universo, el vínculo entre lo sagrado –el de las deidades, cemíes y ancestros– y lo profano –el mundo de lo real y los vivos– que permite mantener el orden social, así como la indivisible dependencia establecida entre lo cultural y lo ignoto en la cosmovisión de los grupos agricultores antillanos.

Toda la parafernalia que integraba el mundo de lo ideal y lo simbólico acompañaba a esta sociedad ya fuere en lo personal, familiar o comunitario, transmitiendo su ideología y cosmovisión a través de los signos en los objetos utilizados, para ilustrar ellos mediante, las transmutaciones que se operaban en el cosmos como consecuencia del impulso social.

No debemos olvidar que el mundo mágico-religioso de los agricultores caribeños insular está implícito en todas sus creaciones plásticas, en las pictografías, petroglifos, en los ídolos y figuras modeladas en los más disímiles materiales incluyendo las vasijas de cerámica con formas zoomorfas, antropomorfas y zooantropomorfas; todas y cada una de ellas encierran un contenido mágico-mitológico relacionados con la cosmovisión y el tiempo sagrado; por ello sería prudente pensar, a manera de hipótesis, en la posibilidad real de que la columna vertebral sea la representación simbólica de la unión mística entre lo sagrado y lo profano.

A modo de conclusiones

La representación de la columna vertebral es observable en figuraciones antropomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas empleadas en distintos objetos de la superestructura como espátulas vómicas, vasijas de cerámica, bandejas para ofrendas, dujos, inhaladores, cemíes, amuletos, ídolos personales y colectivos, pictografías y petroglifos, etc.

Se propone una clasificación de los diseños más empleados para la ejecución de las representaciones, suponiéndose aislar o reconocer un total de siete patrones.

Se identificó una variante regional del atributo diagnóstico 7 exclusivo de la gráfica rupestre, en las cercanas islas de San Vicente, Santa Lucía y Guadalupe. Esta tradición probablemente tuvo un origen continental que habría todavía que investigar, y sus portadores la trasladaron hasta las islas de Sotavento.

Hasta el momento no existe ningún argumento válido, que permita aseverar que la muestra iconográfica de seres enfardelados constituye óbice para que en ella se representen la columna vertebral, y en ocasiones las costillas.

Si se asume como válida la propuesta de que el estado esquelético el bojiti es la condición *sine qua non* que le permite representar su don de la ubicuidad al permanecer “*presente*” físicamente entre los vivos, pero encontrarse psicológica-

mente “muerto” consultando a las deidades o los ancestros; entonces se puede colegir, que la columna vertebral en alguna medida pudo ser la representación simbólica del *axis mundi*, y establecer la relación: Columna vertebral–Eje central o Centro sagrado, idealizando la correspondencia establecida entre los tres niveles del universo, el vínculo entre lo sagrado y lo profano que permite mantener el orden social, así como la indivisible dependencia establecida entre lo cultural y lo ignoto en la cosmovisión de los grupos agricultores antillanos.

Referencias

- Alegría, R. 1981. *El uso de la incrustación en la escultura de los indios antillanos*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan y Fundación García Arévalo, Santo Domingo. 79 pp.
- Alegría, R. 1994. Christophe Colomb et le trésor des indies tainos D’Hispaniola. En *L’art des sculptures taines chefs-d’Œuvre des grandes antilles precolombiennes*. Museu de Petit Palais. Pág. 68-95.
- Alonso, E., G. Izquierdo, U. González, R. Valcárcel, M. Pino, E. Blanco. 2009. *Las comunidades aborígenes en la Historia de Cuba*. Instituto Cubano de Antropología. (Inédito).
- Altos de Chavón. Museo Arqueológico Regional. Catálogo Conmemorativo V Centenario. Edits Dominique Bluhdorn y Stephen D. Kaplan. República Dominicana. 95 pp.
- Arrom, J. J. 1975. *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Editores Siglo XXI S.A., de México, España y Argentina. 191 pp.
- Arrom, J. J. 1990. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Fray Ramón Pané. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Bastan, F. J. 1971-72. Los amuletos precolombinos de Santo Domingo. *Revista dominicana de Arwurología y Antropología*, Año II, Vol. II, No. 2 y 3. Santo Domingo.
- Caro, J. A. 1977. *Cemies y Trigonolitos*. Artes Gráficas Manuel Pareja. Barcelona.
- Cairo, A. y A. Gutiérrez. 2011. *El padre Las Casas y los cubanos*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana. 61 lpp.
- Cassá, R. 1979. *Los Taínos de la Española*. Editora Alfa y Omega. 272 pp.
- Castellanos, N. y M. Pino. 1988. Aspectos generales de las comunidades aborígenes preagroalfareras del Norte de Holguín y Las Tunas.
- Celaya, M. y P. P. Godo. 2000. Llorá-lluvia: Expresiones mítico-artísticas en la alfarería aborígen. *El Caribe Arqueológico* No 4, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Colección García Feria, Expediente de la (S/F): Centro de Documentación del Instituto Cubano de Antropología, ICAN.
- Coll y Toste 1972. *Diccionario Taíno. Vocabulario de voces indígenas del lenguaje aruaco de Las Antillas Mayores*. Clásicos de Puerto Rico, Segunda Edición. Ediciones Latinoamericanas, S. A.
- Chanlatte, L. 1986. *Cultura Ostionoide: Un Desarrollo Agroalfarero Antillano*. *Rev. Homines*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Juan.

- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle. 1986. *Arqueología Aborigen de Cuba*. Ed. Gente Nueva. La Habana.
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle. 1996. *Art and archaeology of pre-columbian Cuba*. University of Pittsburg Press, Pág. 134.
- Dávila, O. 1979. Los Pictoglifos de Cueva Maldonado. Archivo de inventario de yacimientos arqueológicos C. I. del I.C. P., San Juan. 8 pp.
- Dávila, O. 2003. *Arqueología de la isla de la Mona*. Editorial Instituto de Cultura Puertorriqueña. 482 pp.
- Deive, C. E. 1978. *El indio, el negro y la vida tradicional dominicana*, Edit. Museo del Hombre Dominicano. Santo Domingo.
- Dubelaar, C. N. 1995. *The petroglyphs of the Lesser Antilles, the Virgin Island and Trinidad*. Publication Foundation or Scientifics Research in the Caribbean Region. Amsterdam. 492 pp.
- Fernández, R. 2005. *El registro gráfico rupestre como fuente de información Arqueológico-antropológica. La Caverna de La Patana, Maisí, Guantánamo, Cuba*. Tesis en Opción al Título Académico de Master en Antropología Sociocultural. Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de la Habana (inédito).
- Fernández, R. y J. B. González. 2001. *El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe Insular*, Editorial Juan Marinello, La Habana.
- Fernández, R. y J. B. González. 2003. El mito del sol y la luna en el arte rupestre de las cuevas de Cuba. Revista *El Caribe Arqueológico*, No. 7, Santiago de Cuba.
- Fernández, R.; J. Cuza y J. B. González. 2004. El behiquismo de los aborígenes en Las Antillas Mayores. En *Revista Museo del Hombre Dominicano*. Año XXXI, Núm. 37. Santo Domingo. Pág. 96-116.
- Fernández, R., D. Morales y L. Torres. 2012. La cosmovisión relacionada con el agua en los grupos agricultores, su simbología y significado: región de Báguano, Holguín, Cuba. Revista *CIENCIA ergo sum* Vol. 19, Núm. 2 (Julio – Octubre). México, D.F.
- Fewkes, W. 1903a. Prehistoric Porto Rican Pictographs. *American Anthropologist*. Vol. 5, No. 8. Washington D.C.
- Fewkes, W. 1903b. Preliminary Report on an Archeological Trip to the West Indies. *Smithsonian Miscellaneous Colletion*. Vol. XLV. Washington D.C.
- Fewkes, W. 1915. Engraved celts from the Antilles. *Contribution from the Heye Museum*, Vol. II, No. 2. New York.
- García, M. 1977. *El arte taíno de la República Dominicana*. Artes Gráficas Manuel Pareja. Barcelona.
- García, M. 1994. Les indiens de Colomb. En *L'art des sculptures taines chefs-d'Œuvre des grandes antilles precolombiennes*. Museu de Petit Palais. Pág. 97-185.
- García, M. 1994. Zemis en Pierre trigonolithes. En *L'art des sculptures taines chefs-d'Œuvre des Grandes Antilles precolombiennes*. Museu de Petit Palais. Pág. 18-25.

- García, M. 2002. El ayuno del behique y el simbolismo ritual del esqueleto. En Boletín 31, *Revista Museo del Hombre Dominicano*. Año XXIX, Núm. 31. 2002. Santo Domingo. Pág. 83-96.
- Godo, P. P. y M. Celaya. 1988. Expresiones Mitológicas en los Burenes de Cuba. *Anuario de Arqueología*. Editorial Academia, La Habana.
- Guarch, J. M. 1978. *El Taíno de Cuba*. Editorial Academia. La Habana.
- Guarch, J. M. y A. Querejeta. 1992. *Mitología Aborigen de Cuba Deidades y Personajes*. Publicigraf, La Habana.
- Harrington, M. R. 1935. *Cuba antes de Colón*. Cultural, S. A., La Habana. 290 pp.
- Herrera, R. 1938. *Revisión de las hachas de ceremonia de la cultura taína*. La Habana. Pág. 47.
- Herrera, R. 1952. Vasos-efigies indígenas en la República Dominicana. *Congreso Histórico Municipal Interamericano*. Tomo I, Santo Domingo.
- Herrnhuter, Bruder – Unitet. 1883. *Diccionario Aruaco - Alemán*. Editores.
- Hostos, A. de 1941. *Anthropological Papers*. San Juan Puerto Rico. Pp. 211.
- Jönsson, S. 2002. *Les Petroglyphes des Petites Antilles Meridionales. Contexte physique et culturel*. Archaeopress. BAR International Series 1051. 328pp.
- L' Art Taíno*. 1994. Compilado por Kerchache, J. Musee du Petit Palais. París.
- Laucer, M. 1994. Peinture rupestre et petroglyphes a Saint Domingue. En *L'art des sculptures taines chefs-d'Œuvre des Grandes Antilles precolombiennes*. Museu de Petit Palais. Pág. 26-59.
- López, A. 2003. *El arte en la penumbra*. Pictografías y petroglifos en las cavernas del Parque Nacional del Este, República Dominicana. Impresión Amigos del Hogar. 359 pp.
- Las Casas, B. 1912. “*Historia de Las Indias*”, Ediciones M. Aguilar, Madrid.
- Martínez, R. 1981. *Pinturas Indígenas de Boriquen*. Ediciones Morovis. Pág. 52.
- Mártir de Anglería, P. 1944. *Décadas del Nuevo Mundo*, Editorial Bajel, Buenos Aires.
- Montás, O. y P. J. Borrell. 1983. *Arte Taíno*. Banco Central de la República Dominicana. Santo Domingo.
- Moscoso, F. 1986. *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Universidad Central del Este. San Pedro de Macorís.
- Morales, D., R. Fernández y L. Torres. 2011. Una visión de la utilización y significación aborigen del recurso agua, en el actual municipio de Báguano, Holguín, Cuba. En *Báguano. Reclamo de una comunidad*, compilado por Pablo Rodríguez Ruiz. Editorial Instituto Cubano de Antropología. La Habana. (Inédito).
- Moreira, L. 1999. *La Sociedad Comunitaria de Cuba*. Ed. Feliz Varela. La Habana. 201 pp.
- Ortega, O. 2005. *Compendio General Arqueológico de Santo Domingo*. Vol. I. Academia de Ciencias de República Dominicana, pág. 471.
- Ortiz, F. 1947. El dios “llora-lluvia” de los indios cubanos. *Revista Bohemia* No. 28, Año 39, La Habana.

- Oliver, J. R. 1998. *El Centro Ceremonial de Caguana, Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y poderío caciquil Taíno de Boriquen*. Archaeopres, British Archaeological Reports: 232.
- Pagán, D. 1978. *Nuevas pictografías en la isla de Santo Domingo. Las cuevas de Borbón*. Ediciones del Museo del Hombre Dominicano. Santo Domingo. 129 pp.
- Pagán, D. 1982. Aspectos ergológicos e ideología del Arte rupestre de la isla de Santo Domingo. *Revista Museo del Hombre Dominicano*. Año X, Núm. 17. Santo Domingo. Pág. 55-97.
- Peña, Á. y Rodríguez, C. 2004. Taguabo y Maicabó: Un testimonio en torno al elemento aborígen en el sincretismo religioso cubano. *El Caribe Arqueológico*, No. 4. Santiago de Cuba.
- Pinart, A. L. 1979. "Los petroglifos y antigüedades de las Antillas Mayores y Menores" (1890), *Revista del Museo de Antropología, Historia y Arte* de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, p. 77-88.
- Pons, M. (s/f). *El arte de los aborígenes de Puerto Rico I*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. San Juan.
- Richard, G. 2009. The Rock Art of Guadeloupe, French West Indies. *En Rock Art of the Caribbean*. Edts M. Hayward, L. Atkinson y M. Cinquino. Pág. 134-146.
- Robiou, S. 1983. Del mito al tiempo sagrado. Un posible calendario agrícola ceremonial taíno. En Boletín 18, *Revista Museo del Hombre Dominicano*. Año XI, Núm. 18. 1983. Santo Domingo. Pág. 117-140.
- Robiou, S. 2005. *Tainos y caribes. Las culturas aborígenes antillanas*. Edit. Punto y coma, San Juan Puerto Rico. 288 pp.
- Roe, P. 1993. Eternal Companions: American Dogs from Tierra Firme to the Antilles en *Actas del XV Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*. San Juan de Puerto Rico. Edts. Ricardo Alegría y Miguel Rodríguez. Pág. 155-172.
- Rouse, I. 1965. *Caribbean Ceramics: A Study in Method and in Theory. The Ceramic and Man*, New York.
- Sinelnikov, A. 1981. *Atlas de Anatomía Humana*. Tomo I, Ed. Mir, Moscú. 230 pp.
- Tabío, E y E. Rey. 1975. *Prehistoria de Cuba*. Ed. Academia, La Habana.
- Tabío, E. 1991. Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba. *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Ed. Academia. La Habana.
- Valcárcel, R. 2000. Seres de barro. un espacio simbólico femenino. *El Caribe Arqueológico* No. 4, Santiago de Cuba. Pág. 20-34.
- Vega, B. 1987. *Santos y Shamanes y Zemíes*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, República Dominicana. 211 pp.
- Veloz, M. 1991. *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Editorial Banco Central de la República Dominicana. Santo Domingo.
- Veloz, M. 1994. Les taines, origines, art et societe. *L'art des sculptures taines chefs-d'Œuvre des grandes antilles precolombiennes*. Museu de Petit Palais. Pág. 18-25.

- Veloz, M. y E Ortega. 1980. Nuevos hallazgos arqueológicos en la costa norte de Santo Domingo. *Revista Museo del Hombre Dominicano*. Año IX, Núm. 13. 1983. Santo Domingo.
- Veloz, M.; E. Ortega; P. Pina; R. Rímoli; F. Luna. 1972. El cementerio de la “Unión”, provincia de Puerto Plata. *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Año I, No. 2. Santo Domingo. Pág. 130-156.
- Zaldívar, M. 2003. El cemí del tabaco del Museo Antropológico Montané. *Revista Catauro* Año 8, No. 8, Fundación Fernando Ortiz, La Habana.

CAPÍTULO 7

•

LA PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO ABORIGEN EN LA PROVINCIA DE MATANZAS, CUBA

Silvia Teresita Hernández Godoy

La protección de los bienes culturales, tanto muebles como inmuebles, son disposiciones esenciales en las leyes de la República de Cuba. El interés por la salvaguarda y conservación de los objetos (en diferentes campos de la cultura) y edificaciones se reflejan, en las Leyes 1 y 2 de 1977, referidas a la protección del patrimonio nacional y local.

En el caso del patrimonio arqueológico aborigen en sus dos vertientes, los bienes muebles, resultado de las excavaciones arqueológicas atesorados por diferentes instituciones, ya sean expuestos o en los almacenes, así como los que existen en manos de coleccionistas; y los inmuebles, los yacimientos arqueológicos, también son protegidos por los decretos 55, de 1979 y 118, de 1983. Tales leyes reflejan un estado ideal de la problemática que, en la práctica, se enfrentan a diversas situaciones.

En el decursar del tiempo, las miradas, interpretaciones y alcance de la ciencia arqueológica y sus objetos de estudio han ido cambiando, tanto en sus ideas como en las proyecciones y modos de hacer. Si anteriormente sólo era importante y primordial el descubrimiento, la búsqueda de los materiales y su inmediata clasificación, actualmente se exige la documentación total del área a investigar, antes, durante y posterior al proceso de intervención arqueológica, así como la conservación del sitio y las evidencias colectadas.

Se debe entender que, en la arqueología, el desarrollo de la tecnología y las pruebas en los laboratorios son acciones imprescindibles para la interpretación y comprensión de las formas de vida de las comunidades humanas pretéritas. Por lo tanto, el estudio de los yacimientos no culmina después de la excavación arqueológica y el seguimiento y análisis de cada una de las evidencias –no siempre al alcance de los investigadores del presente–, lo cual conlleva a la obligatoriedad de la protección y conservación de cada uno de estos recursos, a la espera de futuros procesos de investigación. La postura ética de los profesionales de la arqueología

cubana y de los aficionados debe encaminarse a estudiar más y excavar menos, dada la impronta destructiva de la intervención arqueológica.

Los impactos, antrópicos o naturales, que han tenido lugar en el sitio arqueológico inciden de forma particular en la deposición y ubicación de las evidencias, lo que redundará en el análisis del yacimiento.

Los sitios arqueológicos en Cuba se han identificado de acuerdo a los materiales localizados y las diferentes categorías de sitio que tipifican los asentamientos establecido por la literatura arqueológica de la Isla. Estas son: *Cueva Habitada*, *Cueva funeraria*, *Sitio Habitacional*, *Sitio Funerario*, *Paradero*, *Cueva con arte rupestre* y *Taller lítico*. Estas categorías no son excluyentes, un sitio puede incluir dos de las mencionadas.

La mayoría del patrimonio arqueológico aborígen, reportado hasta la fecha, en la provincia de Matanzas alcanza la cifra de 217 sitios, correspondientes a las siguientes categorías de asentamiento:

Cueva Habitada	24
Cueva con arte rupestre	46
Cueva funeraria	23
Sitio de habitación	41
Sitio funerario	1
Montículo funerario	23
Paradero	27
Taller lítico	7
Cueva habitada y con arte rupestre	7
Cueva funeraria con arte rupestre	16
Sitio de habitación y Sitio funerario	2
Piezas aisladas	15 ¹

Tabla 1. Categorías de asentamiento de los sitios arqueológicos de la provincia de Matanzas

En el análisis estadístico de esta extensa ocupación de las comunidades aborígenes del archipiélago cubano en el territorio matancero, se observa que las cuevas fueron el espacio de asentamiento por excelencia, representando el 55.29 % de los yacimientos.

La presencia mayoritaria de aborígenes a Matanzas, según los datos, parece ser de grupos que se dedicaron a la caza, pesca y recolección como actividades económicas fundamentales (86.17 %). La anterior afirmación está sujeta a futuros análisis, ya que actualmente se verifica un manejo de especies vegetales en residuarios que siempre se ubicaron en esta clasificación cultural, como Canímar Abajo en Matanzas y Morejón I en Pedro Betancourt. La representación de los cazadores-recolectores es minoritaria (4.60 %) concentrándose en áreas asociadas a corrientes fluviales de los ríos Yaití, afluente del Canímar, en el municipio Matanzas y Cama-

¹ No se contabilizan como sitio.

rioca, en Cárdenas. El área de agrupación de los agricultores- ceramistas en la provincia (7.37%), hasta la fecha, continúa siendo el río Canimar, aunque el registro arqueológico de estos grupos se ha incrementado en los últimos años con dos sitios en la zona del río San Juan en Limonar, uno en Cárdenas y dos en la Ciénaga de Zapata.



Figura 1. Mapa de la provincia de Matanzas y sus municipios

La realidad que se se expone está matizada con lo comentado reiteradamente sobre la interpretación de las evidencias arqueológicas en los yacimientos que hace posible plantear la hipótesis de que las comunidades aborígenes que tangiblemente parecieran pescadoras, cazadoras y recolectoras en su adaptación al medio que ocuparon, conocieran la agricultura u horticultura y el empleo de vegetales, que en ocasiones implementarían, cuestión que permanece oculto a las miradas de los arqueólogos contemporáneos, a la espera de análisis de microrestos.

Evaluar el estado de conservación de los sitios arqueológicos aborígenes que conforman el patrimonio, es sumamente importante para proyectar estrategias para su preservación, en las cuales se incluya de manera directa, tener conocimiento de su localización y del potencial para la investigación que aún pudieran conservar, para que las entidades que planifican el crecimiento y desarrollo del territorio tengan en cuenta la existencia de este recurso cultural no renovable. Conjuntamente, es necesario de forma urgente hacer valer las leyes patrimoniales y evitar la proliferación de excavaciones sin objetivos científicos definidos y sin infraestructura para la conservación del material hallado, tanto in situ como en los sitios de destino de las piezas, pues es infructuoso y nada gratificante descubrir para luego destruir. En este contexto se analizan los factores antrópicos y naturales que amenazan la conservación patrimonial de los sitios, presentados como impactos negativos.

“(…) un manejo racional de los recursos que integran el patrimonio arqueológico, en las condiciones actuales del país, significaría otorgarle, además, una función (valor de uso) en la estructura productiva (valor económico) de la sociedad, sin perder la perspectiva de que es un legado ancestral (valor cultural) que demanda la convocatoria pública y las voluntades políticas para su defensa” (Robaina Jaramillo, *et al.* 2003: 9).

Otra condición primordial para el logro de este empeño es aunar esfuerzos con todas las instituciones involucradas en el proceso de conservación y protección del patrimonio arqueológico. También la constancia debe estar encaminada a una labor divulgativa hacia todos los sectores de la población para que colaboren con esta preservación.

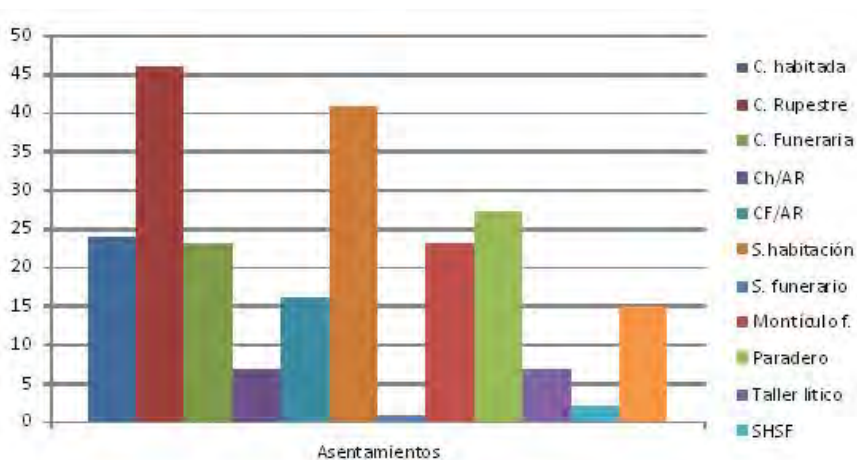


Figura 2. Categoría de asentamientos aborígenes en la provincia de Matanzas

Los impactos sobre el patrimonio arqueológico aborigen en la provincia de Matanzas

La definición de impacto se conceptualiza como repercusión importante, consecuencia de acciones de origen antrópico, o sea, provocadas por la actividad manifiesta del hombre o natural, conllevadas a su vez, por fenómenos atmosféricos. Ambas, producen serias transformaciones en el patrimonio arqueológico, lo que incide medularmente en su integridad, de ahí, el dictamen sobre su estado de conservación².

² En este punto, se ha seguido la metodología de trabajo que actualmente desarrolla el Instituto Cubano de Antropología, quien conceptualiza y especifica los impactos y las acciones que condujeron a tal resultado. En tal sentido fue vital el asesoramiento del MSc. Racso Fernández Ortega y el técnico José B. Tendero.

En la provincia de Matanzas los sitios arqueológicos aborígenes han perdido su integridad, casi totalmente, debido a impactos negativos (96 %). Las causas antrópicas más reincidentes se relacionan con el crecimiento de las áreas de cultivo, la construcción, el establecimiento de viviendas, las obras para la defensa en cuevas, el uso indebido de las espeluncas (para corrales de puercos, siembra de hongos, extracción del guano del murciélago para abono, hurto y sacrificio de ganado) y las continuas colectas de superficie sin control científico. En cambio, los impactos naturales afectan más a los sitios al aire libre y a los residuarios del litoral norte matancero.

En orden prioritario se han detectado las siguientes acciones con el consecuente impacto:

Impactos Naturales

Climáticas	Paso de huracanes y ciclones que han variado la configuración del lugar debido al lavado de los suelos y el traslado de las evidencias, en los sitios cercanos a la costa, embate del oleaje marino, derribo de árboles.	Ejemplos Sitios en el Valle de Yumurí, Bacunayagua I, II, El Morrillo, Playita, Hospital I, II, Universidad, Canímar Arriba, Ferrer I, Cayo Jorajuría, Canímar Abajo, Diana I-V, La Peira, La Cañada, Cayería, Sigüanea.
Refugio de Fauna	Numerosas cuevas de cangrejo en la superficie del montículo sacan a la superficie el registro arqueológico y alteran la estratigrafía del sitio.	Playita, Bacunayagua II, I, Canímar Abajo, sitios en la Ciénaga de Zapata.

Impactos antrópicos

Acción	Impacto	Ejemplos
Intervenciones arqueológicas (Colectas de superficie)	Extracción y traslado sin control de evidencias arqueológicas.	Los referidos en el texto.
Obras para la defensa en las cuevas	Transformaciones en el piso de las espeluncas, acarreo de materiales, excavaciones, rotura de formaciones.	La mayoría de las cuevas en el sistema Bellamar. Camilo I, II, III Victorina.
Construcción de caminos, viviendas y otras obras	Desmonte de vegetación, nivelación del terreno y movimiento de tierra. Acarreo y vertimiento de materiales exógenos, compactación del terreno. Vertimiento de aguas contaminadas en las cavernas.	Bacunayagua I, Cueva Simpson, Cueva Rufino, Universidad, Hospital I, II, San José de Buena Vista.
Pescadores y turistas ocasionales	Recogida ocasional de evidencias de superficie, amontonamiento de desechos	Canímar Abajo, Caleta de Cocodrilo.

	sólidos como embases de plástico, lata, vidrio	
Desmante del terreno	Sustitución de la flora autóctona por oportunista de manigua.	Yumurí II, Loma de los Negros.
Construcción de corrales para puercos.	Extracción y traslado sin control de evidencias, perforación de hoyos para postes. Aporte de materia orgánica que modifica la composición química del suelo, revolcaderos que afectan la estratigrafía del sitio.	Cueva Los Pepes, Loma del Sabcú.
Roturación de tierras para uso agrícola	Pase de arado hasta profundidad de 30 cm lo cual altera la estratigrafía del sitio y la consecuente dispersión de las evidencias en superficie.	Río Chico, Caunabaco II, III, Yumurí I, II, IV, Morejón I, II, Diana V.
Campistas y público en general que hace acampadas en las cavernas	Amontonamiento de desechos sólidos como envases de plástico, lata, vidrio y escritos contemporáneos (grafitis) sobre el arte rupestre.	Cueva Pluma, Cueva Simpson y la mayoría de las espe-luncas con arte rupestre.
Sacrificio y hurto de ganado en las cuevas.	Depósito de material exógeno, suciedad y proliferación de fauna ajena a la cueva (ratas)	Cueva Melodía, Cueva Santa Victoria.
Extracción del guano de murciélagos, siembra de champiñón.	Extracción de guano y tierra para su utilización como abono, traslado de evidencias.	Cueva Ciclón, Gato Gíbaro, Jarrito

El análisis de los datos obtenidos, según la consulta de las fuentes de estudio o las visitas realizadas a los sitios, revela que el 96 % de los sitios (209) están sumamente afectados, y muy pocos han sido investigados bajo las directrices de la ciencia arqueológica. Se incluyen los 93 sitios arqueológicos destruidos, los 46 parcialmente destruidos, y los 70 residuarios diagnosticados como desconocido su estado de conservación, pero según las entrevistas realizadas, el criterio unánime apunta a que son lugares también destruidos. Los elementos que acusan una incidencia mayor en el deterioro son el mal uso de las cuevas con valores patrimoniales (cultivo de hongos, extracción guano murciélagos, corral de puercos, hurto y sacrificio de ganado) y en los sitios en áreas despejadas, principalmente la utilización de los terrenos para las labores agrícolas. El municipio Matanzas por contar con la mayoría de los residuarios es el más afectado, siendo las zonas más laceradas la meseta de Bellamar y el Valle de Yumurí. La Ciénaga de Zapata, también resulta un lugar muy antropizado dada la propia naturaleza de la supervivencia humana en

este espacio aislado de la geografía nacional. Para los cenagueros la elaboración de hornos de carbón fue su principal sustento de vida y aquellos eran aterrados con la tierra de los montículos funerarios aborígenes. Llama la atención el hecho de no registrar sitios arqueológicos en los actuales territorios de Perico, Los Arabos y Colón lo que pudiera estar vinculado a dos hechos: la utilización de los suelos por las plantaciones azucareras en el siglo XIX o la falta de exploración sistemática en busca de evidencias materiales de los grupos prehispánicos. En otro orden, la cuantía de los resultados de investigación de los sitios trabajados es minoritaria y no se tiene conocimiento exacto del paradero de los objetos arqueológicos procedentes de los yacimientos.

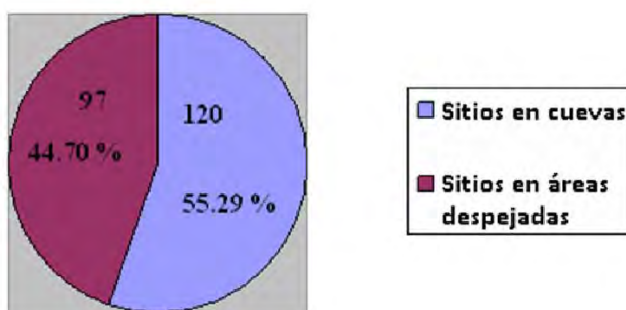


Figura 3. Ubicación de los sitios arqueológicos aborígenes en la provincia de Matanzas

En otro ángulo del análisis se encuentran las categorías de protección otorgadas por el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural (CNPC). En la provincia poseen la categoría de Monumento Local (ML) las cuevas Simpson, Melodía y Pluma en Matanzas; La Cueva Santa Victoria en Pedro Betancourt, Cuevas Ambrosio en Varadero y como Zona de Protección, Cayo Jorajuría en Martí. Por otra parte, ostentan la condición de Monumento Nacional (MN) el Sistema Cavernario Bellamar, incluyendo las espeluncas Gato Gibaro, Ciclón y Jarrito, también en la capital provincial y la Caverna Santa Catalina en Cárdenas.

Recientemente, en junio de 2009, se han añadido a los MN de la provincia el Paisaje Cultural Río Canímar, con varios sitios arqueológicos, aborígenes y coloniales. Los datos computan que bajo estas regulaciones solo se “protegen” el 15.2 % del patrimonio arqueológico aborígen (33 sitios). Lamentablemente tales disposiciones, no han constituido un freno para los desmanes que ha sufrido, como tampoco los sitios arqueológicos que se localizan en áreas que ostentan las categorías del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SNAP). En el último caso se insertan 27 yacimientos en el Río Canímar con la categoría de Paisaje Natural Protegido, aunque la administración de esta entidad realiza serios esfuerzos para la protección e investigación de uno de estos sitios. Es el caso del cementerio Canímar Abajo.

Asimismo, los sitios Bacunayagua I, II se insertan en el Área Protegida Reserva Ecológica (RE), mientras los residuarios en el Valle de Yumurí se incluyen en el Área Protegida de Recursos Manejados (APRM) del mismo nombre. Mientras

que Ambrosio y Musulmanes pertenecen al Paisaje Natural Protegido (PNP) Varahicacos. También varios residuarios de la Ciénaga de Zapata se incluyen dentro de Áreas Protegidas, al igual que Galindo y Cayo Cruz del Padre en el archipiélago Sabana Camagüey.

Se añade a este panorama, que no existe en el municipio ni en la provincia un centro de monitoreo, seguimiento, evaluación del patrimonio arqueológico, ni institución alguna que investigue al respecto, como su objeto social. En el mejor de los casos, el interés individual de algunos profesionales no se materializa en grupos de trabajo con una infraestructura que avale su existencia y favorezca su desarrollo.

Los resultados expuestos apuntan a que las zonas de Bacunayagua-Punta de Seboruco, Valle de Yumurí, San Juan y Río Canimar, con sus afluentes, en el municipio Matanzas, son áreas con potencial arqueológico que con proyectos de exploración y prospección brindarían nuevos aportes al conocimiento de la población aborígen de la localidad, y la relación de esta con otras áreas de la provincia y por ende del país, no así el espacio de la meseta de Bellamar. En otras zonas del territorio vale destacar la costa norte, en Martí y la cayería del Archipiélago Sabana Camagüey, que merecerían mayor atención. De igual forma, la Ciénaga de Zapata sigue despertando especial interés por lo nuevos residuarios reportados, al igual que la zona limítrofe entre Jovellanos y Pedro Betancourt.

La visión de aquellos grupos humanos en relación a su desarrollo, permanencia, temporalidad y patrones de asentamiento, migraciones, su vinculación y manejo del entorno en el que vivieron, la interpretación en el orden social, son algunos de los aspectos sobre los cuáles entenderíamos mejor si se investigan los sitios arqueológicos aborígenes de la provincia de Matanzas y las colecciones existentes. Por tal razón, la preservación de los sitios arqueológicos matanceros es una prioridad científica, proceso de la historia matancera y cubana que indiscutiblemente forma parte de nuestra identidad.

Los bienes patrimoniales arqueológicos muebles: su conservación en la red de museos de la provincia de Matanzas

La riqueza del patrimonio arqueológico aborígen de la provincia de Matanzas es bien conocida y un recorrido por sus museos así lo atestiguan. Algunas de las piezas de los residuarios se localizan, además, en la Academia de Ciencias de Cuba, el Departamento de Arqueología del Instituto Cubano de Antropología, el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana y el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la capital del país. El atesoramiento del patrimonio arqueológico matancero por parte de otras instituciones, fuera de la provincia, se explica por la actividad que, por mucho tiempo, desarrollaron estos centros científicos en la localidad, como las excavaciones de Cueva Florencio por René Herrera Fritot y Manuel Rivero de la Calle, las de cueva Calero dirigidas por Aida Martínez Gabino y Enrique Alonso y las del cementerio Canimar Abajo realizadas por el Museo Antropológico Montané.

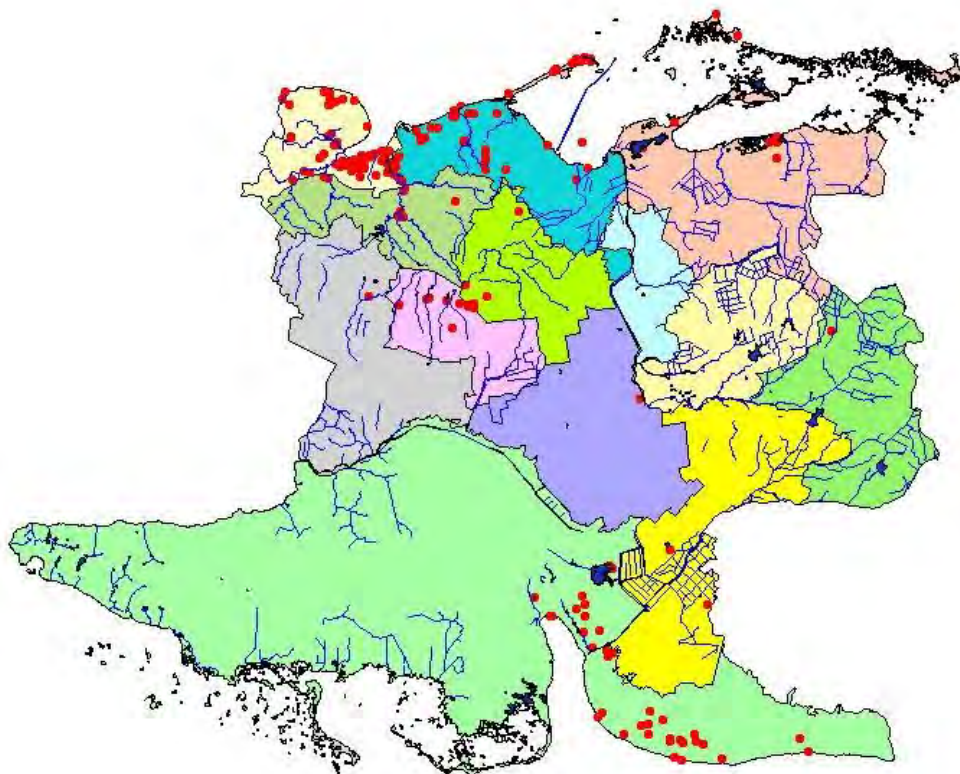


Figura 4. Sitios arqueológicos aborígenes en la provincia de Matanzas

Actualmente las colecciones de arqueología aborigen más numerosas en el territorio se ubican en el Museo Provincial de Matanzas, Palacio de Junco, el Museo Oscar María de Rojas en la ciudad de Cárdenas y en el Museo Memorial El Morrillo, también en la cabecera de la provincia.

El Palacio de Junco, creado en 1980 cuenta con una sala de arqueología donde se exponen parte de los descubrimientos de los sitios de Bacunayagua y del área arqueológica Río Canímar, principalmente. En sus colecciones sobresalen el collar de dientes de foca y microcuentas de concha de la Caverna La Pluma, el entierro múltiple de Cueva Las Cazuelas, además de atesorar las únicas vasijas de barro decoradas con motivos geométricos y zoomorfos, en buen estado de conservación. También destaca por su valía y singularidad nacional un pendiente metálico confeccionado en oro del sitio El Morrillo.

Por su parte, el centenario museo cardenense resguarda una colección arqueológica de considerables proporciones, iniciada por su fundador, Oscar María de Rojas. Sobresalen el aro lítico localizado en Cayo Cupey, las colecciones de piedra macrolítica y concha de numerosos sitios del municipio y la colección de arqueología americana.

Asimismo, en el Museo Memorial El Morrillo, se inauguró una sala de arqueología en 1997 y en sus colecciones los yacimientos más representados son las evidencias procedentes de las áreas de Canímar y Yumurí, destacándose la mini colección de idolillos de piedra y concha. Presenta en su sala, además, el material óseo recuperado en cueva el Donquen en Unión de Reyes y algunas evidencias del yacimiento La Cañada, en Limonar, particularmente restos cerámicos decorados. En este centro recientemente se inauguró otra sala dedicada a las evidencias paleopatológicas en restos óseos procedentes de sitios aborígenes de la provincia³.

Existen piezas arqueológicas en otros museos que, aunque en cuantía minoritaria, no dejan de ser importantes. Así se cuenta con los exponentes del Museo Hato Nuevo en Martí, donde es significativa la canoa aborígen localizada en la década del ochenta, que se encuentra en mal estado de conservación. Por una decisión errónea, aunque colmada de buenas intenciones, esta pieza de incalculable valor nacional y regional se mantuvo en el municipio, sin existir las condiciones elementales para su conservación, que tal vez en otro lugar se hubiera logrado. En cambio, resguardan otra pieza importante de madera en buenas condiciones de conservación: la cabeza de quelonio procedente de Cayo Corojal. En el museo, además se custodia material lítico y cerámico de Cayo Jorajuría.

El Museo Clotilde García de los Arabos, posee un ídolo de piedra que algunos autores han relacionado con la representación de Opiyelguoabirán, el perro que deambula con los muertos en la mitología taína; y las colecciones de los museos Domingo Mujica de Jovellanos, Batalla de Godínez de Calimete, Juan G. Gómez de Unión de Reyes, Gustavo González de Pedro Betancourt, Agustín Acosta de Jagüey, y los municipales de Limonar y Varadero, cuentan indistintamente con representaciones de los grupos pescadores-cazadores-recolectores, mayoritariamente. El museo Playa Girón de la Ciénaga de Zapata atesora ejemplares de hachas petaloideas del sitio Cocodrilo y algunos exponentes en concha, como las gubias.

En la provincia, un gran por ciento de las piezas que conservan las instituciones museales han sido donadas por los grupos espeleológicos del territorio, pero no constituyen de modo alguno, el total de los hallazgos, y en el común de los casos, son resguardadas sin la documentación y registro del lugar del cual proceden y el contexto preciso en el cual fueron colectadas (nivel estratigráfico, asociaciones).

El vínculo entre patrimonio arqueológico mueble e inmueble quedaría entonces expresado de la siguiente forma:

En el presente análisis vale añadir que las instituciones museales realizan un gran esfuerzo por exponer sus colecciones arqueológicas aunque sus condiciones de almacenamiento, en la mayoría de los casos, no son las mejores. Sin embargo, muchas de estas tienen un material arqueológico de poco valor expositivo y museológico como los restos de dieta (pequeños huesos de animales, majá, cangrejos, jutías, moluscos), restos de taller de concha y piedra; y como se expresó anteriormente, sin contexto de procedencia, lo cual dificulta sobremanera el discurso museológico y museográfico necesario para la comprensión de la historia aborígen

³ La sala se inauguró el 27 de marzo de 2012 a partir de las donaciones realizadas por el Dr. Ercilio Vento Canosa.

de la provincia. Si bien, el empeño por mejorar el trabajo, en la mayoría de estos centros es una realidad, no poseen especialistas con conocimientos arqueológicos, cuestión que lacera en gran medida el tratamiento de las propias colecciones.

Museos	Relación de sitios asociados.
Provincial Palacio de Junco	Yaití, Arco Iris, Pluma, Canímar abajo, Florencio, Playita, Cazuelas, Morrillo, Santa Victoria, Los Perros, el Naranja, Ronquen, Manolito, Jorajuría, Arco Iris.
El Morrillo	Donquen, La Cañada, Canímar Abajo, Río Chico, Morrillo.
Oscar María de Rojas (Cárdenas)	Calero, Siguanea, Camarioca I, III, La sierrita, Cueva Loca, Cayo Cruz del Padre, Cayo Galindo, Guásimas, Cayo Cupey.
Hato Nuevo (Martí)	Jorajuría, Cayo corojal, Playa Menéndez.
Clotilde García (Los Arabos)	Arroyo de los Chinos.
Domingo Mujica (Jovellanos)	Diana I, II, III, IV.
Batalla de Godínez (Calimete)	Loma del indio.
Gustavo González (Pedro Betancourt)	Cueva Santa Victoria, Morejón I.
Playa Girón (Ciénaga)	Cocodrilo.
Agustín Acosta (Jagüey)	La Peira.
Limonar	Las Carolinas, Valle de Guamacaro.
Colón	Finca Bermudas, Ciénaga.
Unión de Reyes	
Varadero	Musulmanes.

Tabla 2. Piezas arqueológicas aborígenes en los museos de la provincia de Matanzas

No obstante, para el conocimiento de la vida y costumbres de los grupos aborígenes que se asentaron en Matanzas, es imprescindible tener en cuenta las colecciones arqueológicas del territorio. Un análisis exhaustivo y la sistematización del estudio de estas piezas, sigue siendo una deuda de la arqueología matancera y cubana.

Fuentes consultadas

- Consejo Nacional del Patrimonio Cultural. 2002. Protección del patrimonio Cultural. Compilación de textos legislativos. La Habana. CNPC.
- Constituciones de Cuba 1869-1940. 1978. La Habana: Editora Política.
- Fernández, G. y A. Guzmán Ramos. 2006. El patrimonio histórico-cultural revalorizado en el marco de un desarrollo sustentable del turismo. Pedro Torres Moré.

- Gestión turística del patrimonio cultural* S/L. Editorial Félix Varela. La Habana. pp. 53-64.
- Fernández Ortega, R.; J. B. González Tendero; S. T. Hernández Godoy y J. A. Amorín Ponce. 2007. *Reporte del trabajo realizado en el municipio Ciénaga de Zapata, Matanzas, Cuba, como parte del proyecto de evaluación y diagnóstico del patrimonio sociocultural de Cuba*. Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de Matanzas, Inédito.
- Gutiérrez Calvache, D.; R. Fernández Ortega y J. B. González Tendero (2007): La conservación del patrimonio rupestrológico cubano. Situación actual y perspectivas, en *Boletín del Gabinete de Arqueología*. Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana, La Habana, año 6, # 6, pp. 107- 124.
- Hernández Godoy, S. T. 2012. *El patrimonio arqueológico aborigen en la provincia de Matanzas*. Ediciones Matanzas. Matanzas.
- Herrera Fritot, R. 1939. Reglamento de la Comisión Nacional de Arqueología, *Revista de Arqueología*, 3, pp. 69-77).
- López Aguilar, F. 1990. *Elementos para una construcción teórica en arqueología*. Colección científica. INAH. México.
- Martín Rodríguez, M. L. y J. M. Cuba Díaz. 2009. *Catálogo matancero de monumentos*. Oficina de Monumentos y Sitios Históricos, [s.e], Matanzas.
- Martínez Gabino, A.; E. Vento y C. Roque. 1993. *Historia aborigen de Matanzas*. Editorial Matanzas, Matanzas.
- Pérez-Juez Gil, A. 2006. *Gestión del patrimonio arqueológico*. Editorial Ariel. Barcelona.
- Renfrew, C. y P. Bahn. 1993. *Arqueología, teoría, métodos y práctica*. Editorial AKAL. Madrid.
- Robaina Jaramillo, J. R.; M. Celaya González; O. Pereira Pereira y R. Rodríguez Solís (2003): *Gestión y manejo de recursos y valores arqueológicos aborígenes patrimoniales de la República de Cuba*. Instituto Cubano de Antropología, La Habana, Inédito.
- Torres Etayo, D.; R. Dacal Moure y M. Capablanca. 2000. *Evaluación del patrimonio arqueológico aborigen del municipio Maisí, Guantánamo*. Trabajo mecanografiado. Inédito.

Fuentes periódicas

- Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología* (1937/1962).
1861. *Revista de Espeleología y arqueología*. Comité Espeleológico de Matanzas. Sociedad Espeleológica de Cuba, diciembre de 1997- enero 2005. Publicación digital.

Fuentes documentales

- Instituto Cubano de Antropología. Cartillas Informativas para el Censo Arqueológico Nacional. Series 0624-0696.

Arqueología precolombina en Cuba y Argentina O. HERNÁNDEZ DE LARA y A. ROCCHIETTI, eds.

Archivo de la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Matanzas. Alonso, Evelio y Elsa Cobo. Documentación municipio Martí, Expedientes de Declaratoria Monumento Local y Nacional, Inventario de los sitios arqueológicos de la provincia de Matanzas.

Museo Provincial Palacio de Junco. Inventario automatizado de piezas arqueológicas la provincia de Matanzas, Fondo Recorteca de Arqueología.

CAPÍTULO 8

•

ERNESTO ELIGIO TABÍO PALMA: PILAR DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN LOS ALBORES DE LA REVOLUCIÓN

Odlanyer Hernández de Lara

Introducción

La historia de la arqueología cubana en la etapa revolucionaria ha sido un tema poco frecuentado en cincuenta años, aunque se han realizado algunos ensayos puntuales (Domínguez, 2005; La Rosa, 1994, 2000; Linville, 2005) y generales (Berman, *et al.* 2005; Dacal y Watters, 2005; Davis, 1996; Fernández, 1992; La Rosa, 2003; Oliver, 2004). Es llamativo que quien más le haya dedicado espacio a esta temática haya sido un investigador foráneo (Oliver, 2004), que implica un punto de vista necesariamente externo, cuestión que conlleva a develar importantes aspectos medulares del desarrollo de la disciplina en el país, pero que vislumbra un vacío contextual que no solo aparece en las publicaciones sino también en los congresos científicos, que muestran el verdadero nivel alcanzado (La Rosa, 2003). La historia cotidiana está reflejada, en cambio, en algunos textos específicos que han versado sobre la trayectoria científica de determinados investigadores cubanos que han marcado pautas en la arqueología cubana. De algunos se ha escrito en mayor o menor medida, mientras que otros han quedado en el olvido, voluntario o involuntario.

La etapa revolucionaria de la arqueología, como momento histórico, tiene un aspecto importante de destacar: la institucionalización y sistematización de esta ciencia en el país. Ello fue posible gracias al ímpetu de investigadores de la talla de Antonio Núñez Jiménez (1923-1998), quien dirigió la creación de la Academia de Ciencias de Cuba, y de René Herrera Fritot (1895-1968), que fungió como asesor en el nacimiento del Departamento de Arqueología de esa institución. Pero resulta interesante que no se haya escrito biografía alguna de un significativo baluarte en el desarrollo de la arqueología cubana postrevolución como lo fuera Ernesto Tabío Palma, quien dirigió el mencionado departamento desde su creación.

Esta inquietud conllevó a una búsqueda exhaustiva de información sobre la vida y obra de Tabío que tuvo como resultado distintos obstáculos, algunos in-

herentes a la inexistencia de una labor biográfica precedente y otros a cuestiones burocráticas institucionales. Gran parte de los datos que se ha podido rescatar proceden esencialmente de su obra literaria, aunque otra parte se ha encontrado de forma fortuita, fruto de la persistencia. La posibilidad de investigar en Cuba y en Perú, dónde Tabío desarrolló sus conocimientos arqueológicos, brinda una visión general de la persona y su legado, que contribuyó de forma contundente en la reconstrucción de la historia precolombina de ambos países.

Algunos aspectos de su vida

La vida de Ernesto Eligio Tabío Palma fuera del mundo de la ciencia arqueológica es una incógnita poco transitada. Los arqueólogos que lo conocieron son los únicos que conservan experiencias conjuntas y alguna que otra información. Esto, tal vez, puede haber sido uno de los motivos por los que hasta el momento no se ha escrito ninguna biografía de tan destacado científico cubano, aunque su aporte académico es extenso.

De su infancia se conoce poco. Algunos escasos datos los aporta una de sus publicaciones post mortem: *Introducción a la arqueología de las Antillas* (Tabío, 1988), donde se precisa que durante sus estudios de bachillerato Tabío participó en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado, que desde finales de la década de 1920 hasta 1933, oprimió a la nación cubana. En cuanto a su familia, los primeros datos obtenidos fueron gracias a algunas de sus obras. La dedicatoria de uno de sus libros permitió conocer el nombre de su esposa y luego, otra dedicatoria, esta vez en su tesis de doctorado, reveló la existencia de un hijo llamado Ernesto. Por otra parte, mediante la investigación realizada al respecto se pudo localizar a un posible hermano de Tabío, a juzgar por los apellidos y por el año de nacimiento de José Ramón Tabío Palma (1915-1975), camarógrafo y fotógrafo cubano.

Un golpe de suerte permitió localizar a un primo lejano de Tabío, quien nos proporcionó el nombre de la hija del arqueólogo: Graciela Tabío Medina, primogénita del matrimonio entre Ernesto Eligio Tabío Palma y María Sylvia Medina Larrauri. De esta unión nacerían otros tres hijos varones: Ernesto Norberto, que fallece a los dos años de edad, Ernesto Silvio y Jorge Luis (Graciela Tabío Medina, comunicación electrónica, 2010).

El padre del arqueólogo, con igual nombre, contrajo matrimonio con Concepción Palma Bancells y fue agregado militar de la Embajada de Cuba en Washington D.C., Estados Unidos de América (EUA), donde fallece en 1918 víctima de la gran epidemia de influenza que quitó millones de vida en todo el mundo. La búsqueda de información aportó que la madre de Tabío, Concepción, era hija de María de la Concepción Bancells y Massó y Eligio María Palma y Fuster, importante médico de Santiago de las Vegas, provincia de La Habana, que fuera médico personal de José Martí (Alemán, 2009) y de quién Tabío hereda el segundo nombre.

El comienzo en el mundo de la ciencia

Para el año de 1936 se ha localizado la primera publicación que parece haber realizado Ernesto Tabío, donde firma como encargado de la Sección de Aerología del

Observatorio Nacional de Cuba. El mismo corresponde a una nota adicional a un artículo donde proporciona varios datos sobre el estado del tiempo (Tabío, 1936). Esta nota indica la filiación de Tabío a la institución antes mencionada, donde, a juzgar por una serie de artículos que seguirían a este primero (Tabío, 1936b, 1937a, 1937b, 1937c), fue desarrollándose intelectualmente.

Al año siguiente, 1937, Tabío publica otro artículo, esta vez titulado: *Observaciones aerológicas en La Habana*, donde se observa la profesionalización que ha alcanzado en esta tarea y se vislumbra su interés por las ciencias al mencionar: “no nos basta con el esfuerzo realizado, y nuestra sed por la verdad científica es infinita” (Tabío, 1937a:73-74).

Por otra parte, en su *Introducción a la arqueología de las Antillas* también se menciona que fue fundador y director del primer servicio de control de vuelos en Cuba, lo que parece haber realizado a la vez que laboraba en el Observatorio Nacional. Uno de sus artículos en el boletín del observatorio, que fue publicado originalmente en la *Marina Constitucional*, permite conocer algo más sobre esta parte de su vida, ya que lo dedica a sus compañeros y alumnos de la Aviación Nacional. En este texto el autor conjuga sus conocimientos atmosféricos con los de aviación, para brindarles a los pilotos algunos conocimientos básicos sobre las turbonadas, donde incluye un dibujo explicativo sobre el tema (Tabío, 1937b).

Esta serie de artículos que publica Ernesto Tabío en el mencionado Boletín, permiten hacer un acercamiento a su trayectoria. Con 25 años de edad ya fungía como encargado de la Sección de Aerología del Observatorio Nacional y en 1938 firma otro de sus artículos con el grado de teniente, lo que parece estar relacionado con la adscripción del Observatorio a la Marina de Guerra cubana. En este año ocupaba el cargo de jefe de meteorología (fig. 1) del Aeropuerto de Rancho Boyeros (Graciela Tabío Medina, comunicación electrónica, 2010), actualmente Aeropuerto Internacional José Martí, que había sido inaugurado ocho años antes (fig. 2).

Primeras labores arqueológicas

Las referencias más tempranas sobre los trabajos que realizara Ernesto Tabío en Cuba se desprenden de su primera publicación conocida: *La cultura más primitiva de Cuba precolombina*, publicada paralelamente en la Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología en 1951 y como folleto en el mismo año, como contribución del Grupo Guamá (Tabío, 1951). En esta obra, el autor refiere el estudio de las colecciones arqueológicas públicas y privadas a lo largo de todo el país que realizó aprovechando la oportunidad de viajar extensamente por todo el territorio como Oficial de la Marina de Guerra y como Inspector de Aviación Civil, a la vez que incluye sus primeras experiencias en exploraciones arqueológicas que realizara desde la década de 1940. De estos trabajos resultó la publicación antes mencionada, que constituyó su primer aporte a la arqueología cubana.

En esta obra Tabío recalca su carácter de aficionado y advierte que “seguramente estará falta de solidez científica y probablemente en ella se harán afirmaciones que alarmarán quizás a los arqueólogos que estudian estas materias bajo cánones más

rigurosos” (Tabío, 1951:4). No obstante, sus planteamientos se enmarcan en el contexto de la época en cuanto a las problemáticas terminológicas de las culturas precolombinas cubanas, donde utiliza los denominados Complejo I, II y III, que habían sido definidos por Herrera Fritot y aceptados por la recién celebrada Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe que se realizó en La Habana en 1950.



Figura 1 (izquierda). Fotografía dedicada a la madre, en el Aeropuerto de Rancho Boyeros (La Habana), cuando fungía como Jefe de Meteorología en 1938 (cortesía de Graciela Tabío).
Figura 2 (derecha). Tabío con los implementos de aviación en el Aeropuerto de Rancho Boyeros, agosto de 1939 (cortesía de Graciela Tabío)

Para entonces Tabío señalaba cuatro dificultades esenciales para el estudio de los Complejos I y II por las características de su ajuar, entre ellos las limitadas colecciones arqueológicas que contaban con este tipo de evidencias ya que “los colectores de reliquias indias, en su mayor parte, no se han preocupado de recoger o de anotar todos los ejemplares que pudieran haber aparecido, sino solamente los más vistosos” (Tabío, 1951:6).

Tabío hace un análisis del ajuar de las dos culturas basándose en materiales procedentes de colectas estrictamente científicas, con el objetivo de hacer una compilación gráfica que permitiera el análisis conjunto de todos los hallazgos. Ya por esta fecha Tabío se preocupa por la presencia de cerámica simple y tosca en el ajuar de los grupos conocidos entonces como pre-cerámicos, cuestión que lo llevaría más de una década después a clasificar estos contextos como correspondientes a una nueva cultura.

Por otra parte, y a la vista del desarrollo actual de la arqueología regional, entre sus aciertos se encuentra la comparación y asociación que realiza de los asentamientos cubanos con los homólogos de Venezuela y Haití, para los caso de los sitios Manicuaire y Couri respectivamente. Un detalle a señalar es la mención que hace Tabío de la presencia de artefactos elaborados en basalto rojo y, sobre todo, la diferenciación que hace en cuanto al uso natural de la materia prima y la confección de los artefactos. También tuvo desaciertos, con especial énfasis, si bien no totalmente, en la caracterización del ajuar de las culturas, aunque se debe conside-

rar que esa fue una etapa en la que constantemente se fueron replanteando las características de los contextos arqueológicos. Además, la asociación de restos óseos de algunas especies extinguidas del Pleistoceno con las evidencias materiales de las comunidades aborígenes que Tabío sostiene, al igual que otros investigadores, todavía sigue siendo un tema de discusión, si bien ha sido reportada en varios sitios arqueológicos a lo largo de todo el país.

Como ya se mencionó, esta obra de Tabío estuvo basada en su experiencia en el campo de la arqueología, que consistía en una década de exploraciones por varias provincias cubanas. Entre estas se hallan las exploraciones que realizara en 1941 acompañado de Antonio García y Ernesto Navarrete, en ocasión de visitar el residuario del Potrero de las Vacas y la Cueva de la Monja, en la playa de Jibacoa, provincia de La Habana. Luego, en 1944, excava junto a Herrera Fritot y Antonio García un pequeño abrigo rocoso en las cercanías del Salto de Manantiales, Soroa, Pinar del Río, donde exhumaron un enterramiento aborigen y varios artefactos.

En 1948, en compañía de Antonio García y otros miembros del Grupo Guamá, Tabío realiza exploraciones en la zona de la bahía de Mariel, donde localizan la cueva funeraria La Caña Quemada, lugar en el que se hallaron varios entierros (Tabío, 1950). Al año siguiente explora un montículo en la finca La Gloria, junto al río Ariguanabo, en las inmediaciones a San Antonio de los Baños, provincia de La Habana, donde años antes Herrera Fritot y otros miembros del Grupo Guamá habían realizado excavaciones (Tabío y Rey, 1966).

En 1951 Tabío acompaña a Fritot en la exploración a un residuario en un pequeño cayo que denominan Cayo Jorajuría, actualmente en la provincia de Matanzas, donde realizaron excavaciones que aportaron gran cantidad de utensilios de concha y piezas de sílex, entre otras evidencias. En esa ocasión, el propietario del lugar les obsequió dos objetos de madera tallada, a la vez que hallaron en superficie fragmentos de cerámica tosca. En este sitio, de singular importancia para la arqueología cubana, años después apareció una canoa tallada en madera que se conservaba en la ciénaga circundante¹.

Estas labores arqueológicas constituyeron la base de su primer texto conocido sobre arqueología, obra que cierra una etapa de la vida de Ernesto Tabío en Cuba. No obstante, al año siguiente de esta publicación, junto a Herrera Fritot participa en las excavaciones realizadas en Cueva Florencio, en Matanzas, donde se hallaron varios restos óseos humanos y otras evidencias materiales que fueron estudiadas por Fritot y Rivero de la Calle.

De estas referencias, según las fuentes que se han podido consultar, merecen resaltarse dos cuestiones, primero su trayectoria científica en la ciencia arqueológica y segundo, el marco institucional en el que desarrolló su formación como arqueólogo.

¹ En la actualidad la canoa se encuentra en el Museo Municipal de Martí, provincia de Matanzas. Si bien esta importante pieza de la arqueología cubana y de las Antillas apareció en forma íntegra, en la actualidad las condiciones de conservación son extremadamente malas y se encuentra fragmentada, donde la proa y la popa, muy bien definidas, están separadas del casco, sección que está quebrado en dos. Es imposterizable la conservación de esta pieza para la arqueología caribeña.

Según la síntesis curricular post mortem antes mencionada (Tabío, 1988), Ernesto Tabío trabajó 38 años como científico en la especialidad de Arqueología y Prehistoria, lo que significaría que desde 1946 haya estado vinculado a la ciencia arqueológica, ya que fallece en 1984. No obstante, la primera exploración que hemos podido registrar en la que participó Tabío fue en 1941, en las cercanías de Jibacoa, provincia La Habana. Además, en su texto *La Prehistoria*, Tabío (1968:13) señala que desde 1940 realizó “diversas exploraciones y excavaciones por todo el país”. Esto implicaría que su actividad arqueológica se extendió por 44 años.

Las exploraciones iniciales en las que participa Ernesto Tabío fueron todas vinculadas con el Grupo Guamá, que surge en la década de 1930, y además, la publicación de su primera obra como Contribución del Grupo Guamá parece indicar que se incorporó a esa destacada agrupación en los años de mayor esplendor. La confirmación de la pertenencia de Tabío al Grupo Guamá aparece en un texto postmortem de Herrera Fritot (1970:5) donde relaciona las exploraciones realizadas en 1944 a Pinar del Río, cuando participan el doctor Carlos García Robiou, “el compañero Ernesto Tabío P., y el autor. Tabío y el autor llevábamos la representación del ‘Grupo Guamá’, como miembros del mismo”. Esta entidad agrupó a varios de los arqueólogos cubanos más significativos del momento, entre ellos René Herrera Fritot (1895-1968), Oswaldo Morales Patiño (1898-1978), José A. Cosculluela (1884-1950) y Fernando Royo Guardia (1901-197?). Además, Tabío fue discípulo y amigo del prestigioso arqueólogo cubano Dr. René Herrera Fritot, por quién, probablemente, se haya vinculado a esta ciencia.

La actividad arqueológica de Tabío en las décadas del cuarenta y cincuenta han sido detalladas con énfasis por constituir la experiencia previa con que contaba al partir hacia el Perú, donde se desarrollaría empírica y teóricamente en base a las culturas continentales de la costa de ese país.

A la par de la arqueología, que entonces fuera su hobby, Tabío continuó desarrollando su trabajo vinculado con la aeronáutica y la meteorología. Una fotografía de 1939 lo muestra con el equipamiento necesario para emprender vuelo en una avioneta desde el Aeropuerto de Rancho Boyeros (fig. 2). Su dedicación a estas labores conllevó a que participara en junio de 1948 en una conferencia que realizara la Organización de Aviación Civil Internacional (OACI) en la ciudad de Ginebra, Suiza (fig. 3). Su vínculo a este organismo implicó que cinco años después, en 1953, fuera designado como Subdirector para el cono sur, lo que conllevó a que visitará Chile (fig. 4) y luego pasara a residir en Perú, donde se encontraba la sede de la OACI para América del Sur.

Tabío y el desarrollo de la arqueología cubana

Tras el triunfo de la revolución cubana en enero de 1959, el nuevo gobierno comienza a reestructurar las instituciones nacionales, con especial interés en fortalecer la educación, la ciencia y la cultura. A raíz de este acontecimiento, en 1960, Ernesto Tabío regresa a Cuba y se suma a un grupo importante de intelectuales que asumen funciones organizativas estatales.



Figura 3. Durante la conferencia de la OACI en Ginebra, Suiza, el 1ro de junio de 1948 (cortesía de Graciela Tabío). Figura 4 (derecha). En Santiago de Chile, cuando es nombrado Subdirector de la OACI (cortesía de Graciela Tabío)

En 1962, año de la planificación, se crea por Ley 1011 la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, que fuera presidida por el capitán del Ejército Rebelde Antonio Núñez Jiménez, dentro de la que se crea el Departamento de Antropología que dirigiera Tabío desde su fundación, con la asesoría de René Herrera Fritot. Durante las décadas posteriores se experimentó un extraordinario crecimiento científico en general, en el que la arqueología no se quedó atrás.

Desde los primeros años de creado, una de las directrices fundamentales constituyó la formación de los arqueólogos. En ese sentido se impartieron gran cantidad de cursos divididos en tres partes —básico, medio y superior—, que tenían como objetivo “echar las bases teóricas de sus futuras investigaciones”, donde se preveía el estudio de las comunidades primitivas a la luz del materialismo histórico y dialéctico (Tabío y Rey, 1966:7).

La formación académica no limitó las actividades arqueológicas en el terreno. En 1963 el Departamento de Antropología inicia una serie de excavaciones estratigráficas en varios sitios del oriente cubano, como El Carnero, Jutía y Las Obas y al año siguiente llevan a cabo labores semejantes en los Farallones de Seboruco y Río Levisa, en Holguín y en Potrero de las Vacas, en La Habana (Tabío y Rey, 1966).

En 1964, Tabío trabaja en conjunto con José Manuel Guarch (1931-2001) en las excavaciones arqueológicas que se realizan en el sitio Arroyo del Palo, ubicado en la zona de Mayarí, Holguín. En este lugar detectan “un contexto básicamente Ciboney, aspecto Cayo Redondo, una cerámica de características muy tempranas para las Antillas pero en la cual no figura el burén” (Tabío y Guarch, 1966:69) donde descubren una nueva cultura aborigen para Cuba que denominan Mayarí.

El mismo año en que se publica la obra anterior, aparece la *Prehistoria de Cuba* (1966), de Ernesto Tabío y Estrella Rey, tal vez el libro de arqueología más importante del siglo XX cubano, por sus connotaciones y la influencia que tuvo en las generaciones siguientes. Si bien se han escrito obras de mayor profundidad de análisis y más abarcativas de la historia precolombina de Cuba, este texto marcó explícitamente el inicio de una nueva etapa de la arqueología cubana. Aunque desde el punto de vista teórico no abundó en la concepción marxista que lo alimentó, devino en un detallado manual descriptivo de las sociedades aborígenes del país que guió la formación de los arqueólogos venideros (fig. 5). Además, constituye un texto fundacional de lo que luego comenzaría a desarrollarse en América Latina como la Arqueología Social Latinoamericana, aunque en muchos casos no ha sido reconocido (Patterson, 1994), algunos representantes de esa corriente de pensamiento sí lo han hecho (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997)². En este último caso, los autores mencionan con autoridad: “It should be made clear that Tabío's publications were earlier than those of Bate and Lumbreras in revealing an orientation that can be defined as social archaeology” (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997:366).

Los años que siguieron a la creación del Departamento de Arqueología fueron trascendentales para el desarrollo de la arqueología cubana, tanto por la profesionalización de los investigadores como por el sustento estatal, económico y político, que recibió la institución. A la par, el apoyo de los países socialistas, especialmente de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), conllevó a que muchos de los arqueólogos cubanos fueran a formarse en aquel país, además de un importante cúmulo de proyectos conjuntos entre especialistas de ambas naciones que se llevaron a cabo tanto en la URSS como en Cuba.

Ernesto Tabío y otros investigadores cubanos —entre ellos Estrella Rey Betancourt, José Manuel Guarch y Jorge Febles Dueñas— obtuvieron el grado de doctor en ciencias en instituciones educativas de la Academia de Ciencias de la URSS como el Instituto de Etnografía Miklujo Maclay. En enero de 1969 Tabío había culminado su tesis de tres tomos *Historia antigua de la costa peruana (Épo-*

² Estos autores (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997), citando a Fernández Leiva (1992) mencionan que “Cuba has provided strong and continuing support for social archaeology, originally introduced by way of Peru” (Oyuela-Caycedo, *et al.* 1997:366), donde parecen mal interpretar lo que menciona Fernández Leiva (1992) cuando dice: “Pienso que obras como la de Luis Guillermo Lumbreras [*La arqueología como ciencia social*] han influido en buena manera sobre nuestro pensamiento arqueológico...” (Fernández Leiva, 1992:42). Efectivamente, a partir de 1959, la arqueología recibió un extraordinario apoyo en Cuba, pero ello sucede con anterioridad a la publicación de la obra de Lumbreras que data de 1974, con una edición cubana de 1984, casi diez años después de la *Prehistoria de Cuba* de Tabío y Rey (1966).

ca Precolombina), que presentó al mencionado instituto donde se doctoró en Ciencias Históricas. Un resumen de esta obra fue publicada posteriormente por el Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba con el título: *Prehistoria de la Costa del Perú* (1977). En este trabajo Tabío aplica con mayor fundamentación la teoría marxista en los contextos arqueológicos que había trabajado en el Perú, llevando a cabo una obra de gran envergadura donde realiza un acercamiento a la reconstrucción de la vida social y económica de las sociedades pretéritas (fig. 6 y 7).

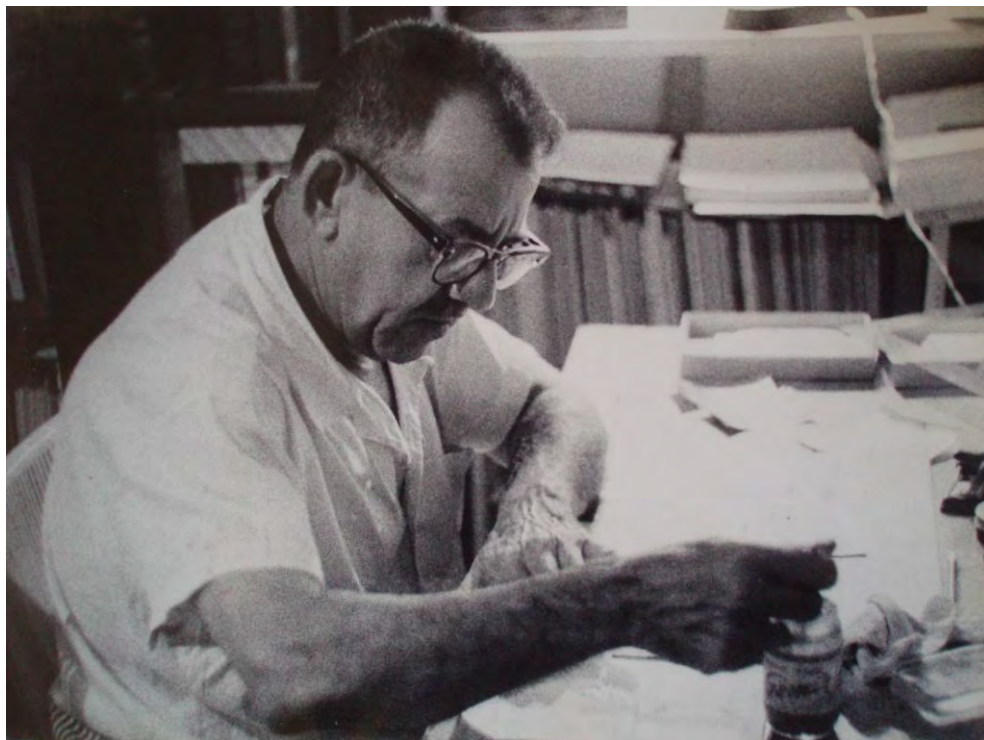


Figura 5. Tabío trabajando en La Habana (cortesía de Graciela Tabío)

Con posterioridad, Tabío escribe otro texto que ha trascendido en la literatura arqueológica: “La comunidad primitiva ¿Uno o varios modos de Producción?”, publicado en 1978 en la revista *Revolución y Cultura*. El mismo constituyó una valoración teórica de la corriente de pensamiento marxista en la arqueología latinoamericana, especialmente dedicada a la publicación de la obra de Mario Sanoja e Iraida Vargas (1974) y la de Marcio Veloz Maggiolo (1976 y 1977), ya que Tabío (1978:7) consideraba que estas presentaban “...ciertas formulaciones teóricas ‘marxistas’ que no podemos aceptar en forma alguna desde un punto de vista marxista-leninista”. Su crítica a algunos aspectos de las nuevas posturas de la Arqueología Social en boga y la respuesta de Sanoja (1979:72), a pesar de expresar que: “No deseamos entrar en polémica con usted, cuya obra como arqueólogo conocemos y estimamos...”, esto conllevó a un rompimiento profesional con los pila-

res de esta escuela, lo que ha sido señalado por varios investigadores (Hernández y Arrazaeta, 2004; Torres, 2005, 2006).

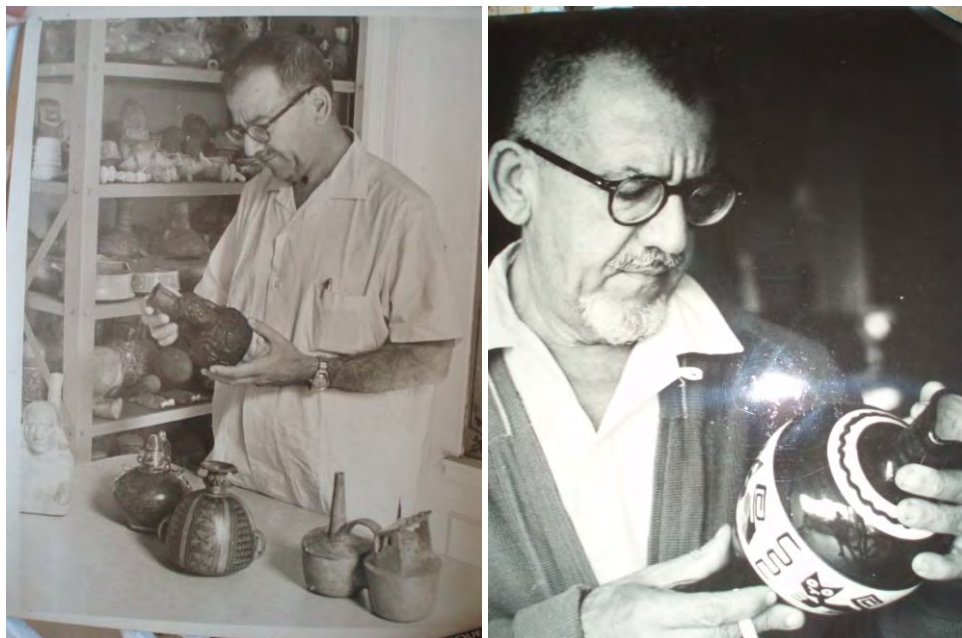


Figura 6 (izquierda). Examinando cerámica peruana en la Academia de Ciencias de Cuba en 1966 (cortesía de Graciela Tabío). Figura 7 (derecha). Tabío con una pieza de cerámica peruana, 10 de enero de 1970 (cortesía de Graciela Tabío)

La dirección del Departamento de Antropología, institución que regía el desarrollo de la arqueología cubana, le ocupó gran parte del tiempo a Ernesto Tabío, donde la labor educativa continuó siendo un importante baluarte. Entre los cursos de superación por él impartidos se pueden mencionar: *Arqueología de las Antillas*, en 1979 y *Los sistemas de agricultura de los aborígenes antillanos*, en 1981, que devinieron en libros luego de su deceso (Tabío, 1988, 1989).

En esta etapa además prepara la ponencia *Antigüedad del hombre preagroalfarero en Cuba*, junto a José Manuel Guarch y Lourdes Domínguez, para presentarla al XLI Congreso Internacional de Americanistas que se celebró en septiembre de 1974 en la ciudad de México, aunque no asistió (Lourdes Domínguez, comunicación electrónica, 2010). Cinco años después participa activamente en la IV Jornada Nacional de Arqueología que se celebrara en la ciudad de Trinidad, Sancti Spíritus, cuando aborda el poblamiento temprano de las Antillas y da a conocer su *Proyecto para una nueva periodización cultural de la Prehistoria de Cuba*.

En 1984, tres meses después de su fallecimiento, aparece el artículo *Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba*, donde hace una revisión de sus anteriores propuestas y ofrece una más detallada que tuvo gran aceptación, a juzgar por su utilización en la literatura publicada con posterioridad a la fecha. Si bien una década después se editó una *Historia aborígen de Cuba según*

los datos arqueológicos, en el CD Taíno (1995), donde se puso en rigor la periodización creada por José Manuel Guarch, las propuestas de Tabío siguieron en uso, aún hasta la actualidad (fig. 8).



Figura 8. Fotografía donde aparecen de izquierda a derecha: Ramón Dacal Moure (1928-2003), Rodolfo Payarés Suárez (1922-1993), el arqueólogo italiano Piero Gamacchio y Ernesto Tabío (1911-1984), con fecha 9 de enero de 1968 (cortesía de D. Bonavia)

Ernesto Eligio Tabío Palma nació en Santiago de las Vegas el 26 de septiembre de 1911 y falleció de forma repentina a la edad de 72 años en la Ciudad de La Habana, el 5 de febrero de 1984. Según las noticias que aparecieron al día siguiente de su fallecimiento³, Ernesto Tabío era miembro del Consejo Científico Superior de la Academia de Ciencias de Cuba y había sido condecorado con la Orden Carlos J. Finlay. Además, recibido numerosas distinciones otorgadas por instituciones nacionales e internacionales, a la vez que pertenecía a la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas de la UNESCO y de la Sociedad Americanista.

Fue un baluarte imprescindible en la organización de la arqueología cubana postrevolucionaria, en especial su labor en la institucionalización y profesionaliza-

³ Los artículos periodísticos citados fueron proporcionados por Graciela Tabío y no poseen la referencia completa del periódico en el que aparecieron publicados. Molinet, Joaquín (1984): “En la muerte de Ernesto Tabío” y Anónimo (1984): “Falleció el Doctor en Ciencias Históricas Ernesto Tabío Palma”. La Habana, 6 de febrero.

ción de esta ciencia con la creación del Departamento de Antropología de la ACC y el apoyo a la formación de los investigadores. Pero además, la obra de Ernesto Tabío representó el fundamento teórico de la arqueología cubana de esa etapa, con una importante influencia marxista que estuvo presente desde 1961 con la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana que ha influido decisivamente en el desarrollo de esta ciencia en el país, para bien o para mal.

Parte de la bibliografía de Ernesto Tabío Palma

1. Tabío Palma, E. (1936a): “Nota adicional al artículo anterior”, en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. I, Núm. 1: 63-64, enero-junio, La Habana, Cuba.
2. Tabío Palma, E. (1936b): “Diez años de observaciones aerológicas al nivel de los cirros en La Habana”, en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. I, Núm. 2: 138-147, julio-diciembre, La Habana, Cuba.
3. Tabío Palma, E. (1937a): “Observaciones aerológicas en La Habana”, en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 1: 73-97, enero-abril, La Habana, Cuba.
4. Tabío Palma, E. (1937b): “Las turbonadas y la aviación”, en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 2: 184-193, mayo-agosto, La Habana, Cuba.
5. Tabío Palma, E. (1937c): “Consideraciones sobre el resultado de las observaciones aerológicas efectuadas en los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1937”, en: *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. II, Núm. 2: 211-235, mayo-agosto, La Habana, Cuba. (Tomado de Marina Constitucional, Año I, No. 1).
6. Tabío Palma, E. (1938): “Paredón Grande: Atalaya meteorológica de la costa norte de Cuba”, *Boletín del Observatorio Nacional*. Época III, Vol. III, Núm. 2 y 3: 119-130, mayo-diciembre, La Habana, Cuba.
7. Tabío Palma, E. (1950): Informe de excavación Cueva de la Caña Quemada, Mariel, No. 109, La Habana (inédito).
8. Tabío Palma, E. (1951): “La cultura más primitiva de Cuba precolombina”, *Revista de Arqueología y Etnología*, segunda época, no. 13-14, año 6, pp. 117-157, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, Cuba, enero-diciembre, 1951.
9. Tabío Palma, E. (1951): *Primitivos habitantes de Cuba precolombina*. Contribución del Grupo Guamá. Serie Antropología, No. 18. Editorial Lex, La Habana.
10. Tabío Palma, E. (1957): *Excavaciones en Playa Grande, costa central del Perú, 1955*. Arqueológicas I-1. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Pueblo Libre, Lima.
11. Tabío Palma, E. (1960): “Asociación de fragmentos de cerámica de los estilos Cavernas y Chavinoide-Ancón en el basural de Las Colinas de

- Ancón”, en: Cuadernos del Centro de Estudiantes de Antropología, Vol. II, No. 1: 3-5. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
12. Tabío Palma, E. (1963): “Informe de excavación del sitio arqueológico Aguas Gordas, Banes, Oriente”. Mecanuscrito en Instituto de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
 13. Tabío Palma, E. (1964a): “Exploración de la Cueva de Seboruco”, Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, abril, 1964.
 14. Tabío Palma, E. (1964b): “Exploración de la Cueva Farallones Río Levisa, Mayarí, Oriente”, Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, abril, 1964.
 15. Tabío Palma, E.; J. M. Guarch y R. Payarés (1964c): “Informe de excavaciones de los farallones del río Levisa, Mayarí, Oriente”. Mecanuscrito en Archivos del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
 16. Tabío Palma, E. (1965a): “Excavaciones en Aguas Gordas, Banes, Oriente”, Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, 1965.
 17. Tabío Palma, E. (1965b): “Exploración de la Cueva de Seboruco, Mayarí, Oriente”, Informe, Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, febrero, 1965.
 18. Tabío Palma, E. (1965c): *Excavaciones en la costa central del Perú 1955-58*. Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
 19. Tabío Palma, E. y E. Rey Betancourt (1965): “Sobre las comunidades primitivas de Cuba”, *Revista Bohemia*, no. 57, p. 15, 16, 18, 20, La Habana, Cuba, abril-mayo.
 20. Tabío Palma, E. y E. Rey Betancourt (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
 21. Tabío Palma, E. y J. Manuel Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba.
 22. Tabío Palma, E. (1968): “Nota necrológica por la muerte del Dr. René Herrera Fritot”. *Granma*. La Habana, 15 de enero de 1968, p. 1.
 23. Tabío Palma, E. (1968): “La Prehistoria”, Serie Cien Años de Lucha, Cien Años de Ciencia, 19 p., Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba.
 24. Tabío Palma, E. y R. Payarés (1968): “Sobre los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario”, *Serie Pinar del Río*, 33 p., Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba.
 25. Tabío Palma, E. (1969): “El Padre de Las Casas y la Antropología”, *Serie Historia*, 15 p., Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Historia, La Habana, Cuba.

26. Tabío Palma, E. (1969): "Una tumba tardía de Puruchuco, Lima", en: *Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológicas*. Tomo II: 178-185. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
27. Tabío Palma, E. y E. Rey (1969): "Las Culturas Antiguas de Cuba" en *Cobetskaya apxeologya*, pp. 263-296, Akademya Nauk CCCR, URSS.
28. Tabío Palma, E. (1969): *Historia antigua de la costa peruana (Época Precolombina)*. Tesis mimeografiada, 3 tomos. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
29. Tabío Palma, E. (1970): "Arqueología espeleológica de Cuba", *Serie Espeleológica y Carsológica*, 91 p., Academia de Ciencias de Cuba, Arqueología espeleológica de Cuba, La Habana, Cuba.
30. Guarch, J. M., E. Tabío Palma, M. Rivero de la Calle y R. Dacal Moure (1970): "El aborigen cubano: nueva visión de un mundo viejo", *Cuba Internacional*, pp. 40-51, La Habana, Cuba, abril.
31. Tabío Palma, E. (1972): "Asociación de fragmentos de cerámica de los estilos Caverna y Chavinoide-Ancón en un basural de las colinas de Ancón", en *Arqueología y Sociedad*, no. 7-8: 27-29, enero-junio. Museo de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
32. Tabío Palma, E. (1976): "Sobre el problema del poblamiento temprano de las Antillas", 1 p., III Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, Holguín, del 1 al 5 de noviembre.
33. Tabío Palma, E., J. M. Guarch y L. S. Domínguez (1976): "La antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba", Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas (1974), Vol. 3. México D.F.
34. Tabío Palma, E. (1977): *Prehistoria de la Costa del Perú*. Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
35. Tabío Palma, E. (1978): "La comunidad primitiva ¿Uno o varios modos de Producción?", *Revolución y Cultura*, no. 73, pp. 7-13, La Habana, Cuba, septiembre.
36. Tabío Palma, E., J. M. Guarch y L. S. Domínguez (1978): "La antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba", *Cuba Arqueológica*, no. 1, pp. 233-242, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, abril.
37. Tabío Palma, E. (1979): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la Prehistoria de Cuba". Ponencia presentada en: *IV Jornada Nacional de Arqueología*, Trinidad, Sancti Spiritus.
38. Tabío Palma, E. (1980a): "Beringia, antecedentes geológicos y paleogeográficos", *Cuba Arqueológica*, no. 2, pp. 179-185, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, noviembre, 1980.
39. Tabío Palma, E. (1980b): "Estudio bibliográfico sobre el sistema de agricultura tropical y sus implicaciones en el asentamiento agroalfarero y el desarrollo de las fuerzas productivas de esos aborígenes en Cuba", Informe, Dpto. de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba.

40. Tabío Palma, E. (1980c): "La yuca, cultígeno básico neindio de la América Tropical", *Cuba Arqueológica*, no. 2, pp. 171-178, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, noviembre, 1980.
41. Tabío Palma, E. (1981): "Dataciones radiocarbónicas (Cuba). Apéndice I", *Carta Informativa*, 6 p., no. 25, Dpto. de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, 10 de noviembre.
42. Tabío Palma, E. (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", *Islas*, Separata, no. 78, pp. 35-52, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, mayo-agosto.
43. Tabío Palma, E. (1988): *Introducción a la arqueología de las Antillas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
44. Tabío Palma, E. (1989): *Arqueología. Agricultura aborígen antillana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.
45. Tabío Palma, E. (1990): "Ensayo de nueva periodización de la historia antigua de Cuba", *Problemas arqueológicos y de historia antigua en países de Latinoamérica*, pp. 131-136, Nauka, Moscú.
46. Tabío Palma, E. (1991): "Aproximación al cálculo del promedio de acumulación anual de detritus en los residuarios cubanos en base al fechado radiocarbónico", *Estudios Arqueológicos, 1989*, no. 1, pp. 22-25, Ed. Academia, La Habana, Cuba.
47. Tabío Palma, E. (1991): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba", *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, pp. 1-8, Ed. Academia, La Habana, Cuba.
48. Tabío Palma, E. (1991): "Sobre el problema del poblamiento temprano de las Antillas y la aplicación de las oscilaciones eustáticas a la Arqueología en sitios costeros", *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, pp. 9-20, Ed. Academia, La Habana, Cuba.
49. Tabío Palma, E. y A. García Robiou (s/f): "Excavaciones en el asiento El Yayal, Holguín". Mecanuscrito en Oficina de Información Arqueológica del Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Agradecimientos

A Graciela Tabío Medina, hija del arqueólogo, por su amable atención a nuestras peticiones y por toda la información y las imágenes que brindó de su padre. A Duccio Bonavia por su amable colaboración en la investigación. A Beatriz Rodríguez Basulto y Lisette Roura Álvarez, del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana (OHCH), por la gran ayuda brindada en la búsqueda de información y en la digitalización de textos e imágenes. A Antonio Quevedo Herrero e Ivalú Rodríguez Gil, del Museo de Arqueología de la OHCH, por su eficiente respuesta a nuestra solicitud para consultar las colecciones de esa institución. A los doctores Gabino La Rosa Corzo y Lourdes Domínguez,

por el tiempo que me dedicaron. A Racso Fernández Ortega, del Instituto Cubano de Antropología, por su constante disposición para asistirnos en un trámite con muchos obstáculos.

Bibliografía

- Alemán Agusti, A. J. 2009. *Eligio Ma. Palma y Fuster: un santiaguero médico de Martí*. Ediciones Altagracia, Miami.
- Álvarez Sandoval, O. y A. Álvarez Hernández. 2002. "Las Ciencias Sociales en la Academia de Ciencias de Cuba (1962-1981)", *Tiempos de América*, no. 9: 59-78.
- Berman, M. J., J. Febles y P. Gnivecki. 2005. "The organization of Cuban archaeology: context and brief history", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, eds.): 41-61. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Centro de Antropología. 2003. "Atrás arqueológico de Cuba: una estrategia científica para la investigación y la conservación del patrimonio histórico aborígen", *Catauro. Revista cubana de Antropología*, Año 5, No. 8: 199-202. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- Dacal, M. y D. Watters. 2005. "Three stages in the history of Cuban archaeology", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 29-40. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- David, D. 1996. "Revolutionary archaeology in Cuba", *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 3, No. 3: 159-188.
- Domínguez, L. 2005. "Historical archaeology in Cuba", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 62-71. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Fernández Leiva, O. 1992. "Desarrollo del pensamiento arqueológico en Cuba", *Arqueología en América Latina hoy*: 32-43. Textos universitarios, Bogotá.
- Hernández Oliva, C. A. y R. Arrazcaeta Delgado. 2004. "Prehistoria de Cuba: una propuesta de análisis teórico y metodológico", *El Caribe Arqueológico*, no. 8: 64-73. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Herrera Fritot, R. 1970. "El yacimiento arqueológico de Soroa, Pinar del Río", *Serie Espeleológica y Carsológica*, No. 9. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Iriarte, F. 2004. "Arturo Jiménez Borja y la Restauración de Puruchuco", *Puruchuco y La Sociedad de Lima: Un homenaje a Arturo Jiménez Borja*. (L. F. Villacorta, L. Vetter y C. Aulsebrook, eds.). CONCYTEC, Compañía de Minas Buenaventura y Diagnósticos Gammagráficos, Lima.
- La Rosa, G. 1994. "Tendencias en los estudios del arte rupestre en Cuba: retrospectiva crítica", *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 29: 135-153. La Habana.
- La Rosa, G. 2000. "Perspectivas de la arqueología histórica en Cuba en los umbrales del XXI", *Revista Bimestre Cubana*, época III, vol. LXXXVII, no. 12: 135-153. La Habana.

- La Rosa, G. 2003. "La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI", *Catauro*, Año 5, No. 8: 36-46. La Habana.
- Linville, M. S. 2005. "Cave encounters: rock art research in Cuba", *Dialogues in Cuban Archaeology* (L. Curet, S. Dawdy y G. La Rosa, ed.): 29-40. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Oliver, J. R. 2004. *Cuban Soliloquy: An Overview of Revolutionary Cuban Archaeology, 1959-2004*. Unpublished manuscript. Institute of Archaeology-UCL, London.
- Oyuela-Caycedo, A.; A. Anaya, C. G. Elera, L. M. Valdez. 1997. "Social Archaeology in Latin America?: comments to T. C. Patterson", *American Antiquity*, Vol. 62, No. 2: 365-374. April.
- Patterson, T. C. 1994. "Social Archaeology in Latin America: An Appreciation", *American Antiquity*, Vol. 59, No. 3:531-537, Jul.
- Sanoja, M. 1979. "Una Respuesta del doctor Mario Sanoja al doctor Ernesto Tabío", *Revolución y Cultura*, núm. 86: 72-73, La Habana.
- Sanoja, M. e I. Vargas. 1974. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila editores, Caracas.
- Torres Etayo, D. 2005. "La arqueología Marxista Latinoamericana, una alternativa teórico-metodológica para la arqueología cubana", *1er. Taller Nacional Problemas contemporáneos de la arqueología en Cuba*. CENCREM, La Habana.
- Torres Etayo, D. 2006. "Arqueología en Revolución ¿Revolución en Arqueología?", *Boletín de Antropología Americana*, No. 40: 153-160.
- Veloz Maggiolo, M. 1976. *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo. Parte I*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, M. 1977. *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo. Parte II*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.

PARTE II

ARQUEOLOGÍA PRECOLOMBINA EN ARGENTINA

CAPÍTULO 9

•

LA FORMACIÓN DE LAS ENTIDADES ÉTNICAS DEL NOROESTE PATAGÓNICO

Eduardo A. Crivelli Montero

Mabel M. Fernández

Objetivo

Desde el último tercio del siglo XX, gran parte de la arqueología americanista resta importancia a las identidades culturales. Es una tendencia originada en EEUU e imitada en la Argentina; en ambos países, los arqueólogos son mayormente descendientes de europeos, lo que facilitó la objetivación del tema de estudio. Las trayectorias culturales particulares sirvieron para la formulación de generalizaciones sobre las adaptaciones ambientales de las sociedades, pero en sí mismas resultaban carentes de interés. Es una perspectiva europeizante, indiferente y aún hostil hacia las particularidades étnicas que se sucedieron en el continente, tal vez percibidas como un obstáculo para la unidad de los modernos estados nacionales. Éstos se configuraron en el siglo XIX recortando sus territorios a expensas de las distintas entidades autóctonas, según los circunstanciales límites de su poder y, por lo tanto, con marcada indiferencia hacia las antiguas fronteras.

Esa perspectiva hegemónica, que perpetúa para el mundo precolombino la condición de “pueblos sin historia”, está siendo cuestionada por la afirmación de las identidades locales, un fenómeno que cunde en el doble continente.

Estas consideraciones tal vez justifiquen que este trabajo se proponga esbozar, siquiera mínimamente, la formación de las entidades étnicas reconocidas arqueológica y/o etnohistóricamente en el noroeste patagónico. El objetivo último no es definir unidades estáticas, sino reconocer los intercambios de información de los que han surgido las redes sociales y que han impreso ciertas características a la cultura material. La etnicidad ha sido dinámica; pero para conocer cómo y por qué ha cambiado, debemos, primero, identificarla.

Espacio y tiempo

El ámbito considerado (en adelante, el Área) está comprendido entre el río Colorado (límite norte de la Patagonia), el lago Nahuel Huapi y su emisario, el río

Limay, la Cordillera de los Andes y el meridiano de los 68° oeste, que es poco más o menos el de la confluencia de los ríos Neuquén y Limay (ver Fig. 1). Estos límites son meras convenciones en una trama de relaciones fluidas. Los propios grupos humanos considerados los traspasaban, ya que eran móviles, de acuerdo con su economía cazadora-recolectora y finalmente pastoril, y según veremos, la Cordillera misma, en época posthispánica, fue cruzada por migraciones de oeste a este que modificaron profundamente el panorama cultural del área enfocada.

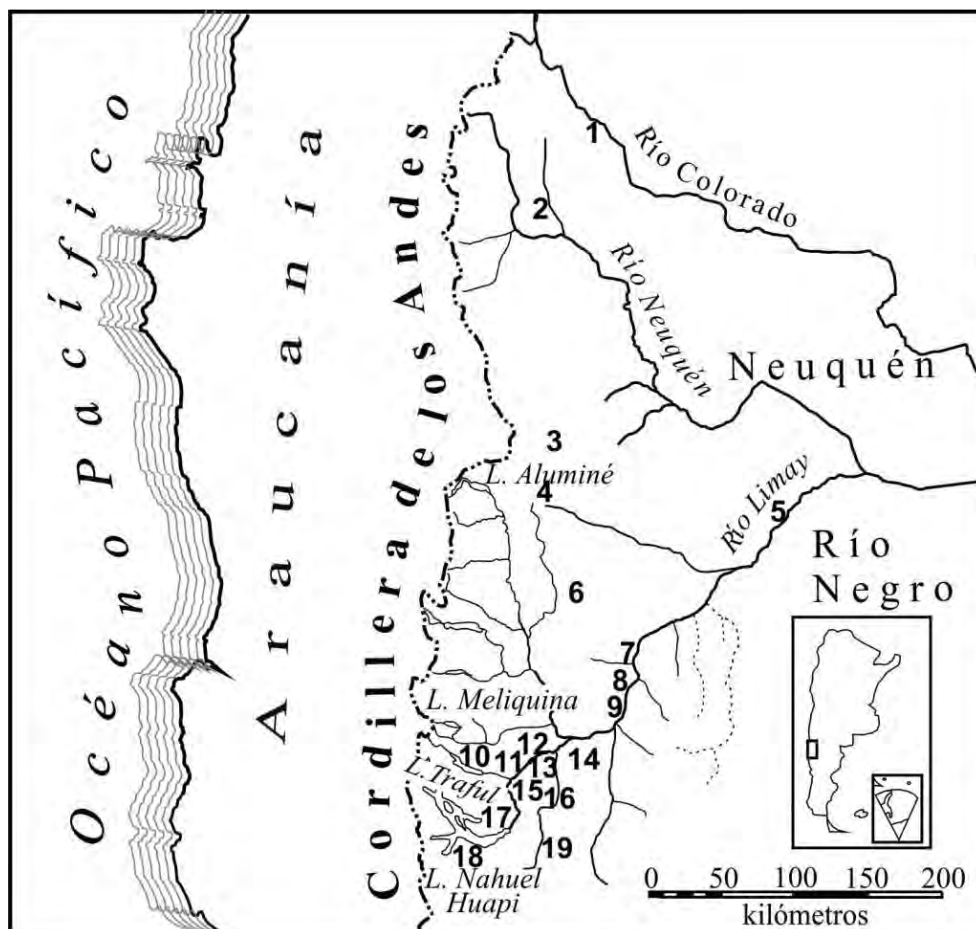


Figura 1. Mapa de ubicación del área de estudio y de los sitios mencionados en el texto. 1. Cueva Huenul; 2. Aquihucó; 3. Cueva Haichol; 4. Cueva Vizcacha; 5. Alero de los Saucés; 6. Mallín del Tromen; 7. Piedra del Águila; 8. Rincón Chico 2/87; 9. Cuevas Epullán Grande y Epullán Chica; 10. Aleros Los Cipreses y Larivière; 11. Cuevas Cuyín Manzano, Traful I y Traful III; 12. Piedra Pintada del Manzanito; 13. Casa de Piedra de Ortega; 14. La Marcelina I; 15. Valle Encantado I; 16. Cueva Visconti; 17. Arroyo Corral; 18. Alero El Trébol; 19. Abrigo de Pilcaniyeu

Buena parte del Área está entonces integrada por las cuencas de los ríos Neuquén y Limay, que reunidos forman el río Negro, tributario del Océano Atlántico.

El marco temporal que abarcaremos comprende desde el primer poblamiento conocido (c. 10.000 AP) hasta la ocupación del territorio por el ejército argentino, que se completó hacia 1885.

Los datos sobre el tema son desiguales y muy dispersos, por lo que restan amplias lagunas. Aunque la mayor parte de los asentamientos se hicieron a cielo abierto, casi todas las dataciones con las que contamos proceden de cuevas, lo que condiciona la comprensión de los sistemas de uso del espacio. En cuanto a las fuentes documentales, son muy escasas para la época de los primeros contactos.

Ambientes y recursos

Las dos principales formaciones vegetales del Área son el bosque y la estepa. El primero cubre las alturas andinas del sur y los relieves antecordilleranos adyacentes, en tanto las montañas del norte son áridas. Como las precipitaciones disminuyen rápidamente hacia el este, la faja forestal es angosta y al cabo de un breve ecotono se extiende la estepa, un semidesierto de pastos duros y arbustos espinosos. Aquí el paisaje es de mesetas y de serranías bajas. La surcan unos pocos ríos alóctonos, nacidos en los Andes; asimismo, hay lagunas y cañadones estacionales. Estas aguadas alternan con *travesías*, extensiones secas que pueden cruzarse pero en las que no es posible la permanencia humana.

Los patagónicos prehistóricos fueron cazadores-recolectores; las presas principales, el guanaco y el ñandú, son eminentemente esteparios, aunque el guanaco penetra ocasionalmente en bosques abiertos. De este camélido se aprovechaba asimismo la piel, que es lanosa. Los huevos de ñandú y la fauna menor (sobre todo, los armadillos) tenían papel complementario. Las zonas densamente forestadas tenían fauna poco abundante: dos cérvidos, el solitario huemul y el diminuto pudú, y especies menores.

De los recursos vegetales, el principal era la semilla (piñón) de la araucaria, un árbol que forma bosques abiertos en el sudoeste del Neuquén. Algunas especies leñosas de la estepa del norte del Área (en el distrito fitogeográfico del Monte) ofrecían frutos muy apreciados, como el algarrobo. Al sur del arroyo Sañicó (hacia el paralelo de los 40° sur), un afluente del Limay, se extiende el distrito Patagónico, predominantemente herbáceo, en el que los pobladores quedaban más limitados a la alimentación animal. Sin embargo, en la cueva Epullán Grande se almacenaron cactus comestibles.

En resumen, la estepa ofrecía a los cazadores-recolectores más recursos que el bosque.

Primeros indicios de presencia humana

Hacia c. 10.000 AP, en casi todas las grandes regiones de Sudamérica hay indicios de la presencia de cazadores-recolectores que utilizaban proyectiles armados con puntas líticas talladas bifacialmente, pedunculadas y en muchos casos, con la base adelgazada por acanaladuras longitudinales. Su forma les valió el nombre

informal de puntas “cola de pescado” (Fig. 3-1). En el Área, un par de hallazgos sugieren el paso de estos antiguos pobladores: en el alero Arroyo Corral 2, en la cuenca superior del río Limay, se encontró un fragmento de punta que recuerda a las de este tipo, y en un estrato tardío del alero La Marcelina I, en la estepa rionegrina, se halló un pedúnculo (Fig. 3-2), tal vez llevado por los ocupantes como curiosidad o para reciclar, porque las puntas que por entonces se utilizaban tenían un diseño muy distinto.

Los restos dejados en el Neuquén por otras ocupaciones antiguas son de diagnóstico cultural incierta, por su escasez; p. ej., las del alero El Trébol (10570±130 AP), en el bosque rionegrino, y, ya en la estepa, de la cueva Epullán Grande, en la que un fogón fechado en 9970±100 AP cubría grabados en el piso de roca. Pero quienes fugazmente pasaron por allí, al igual que los que utilizaban las puntas “cola de pescado”, seleccionaron cuidadosamente las rocas (que a veces no eran locales) de las que se servían para producir su instrumental, y cazaban con proyectiles rematados en puntas bifaciales. Sus presas principales variaron según los ambientes: en el bosque fueron variadas y habrían incluido ejemplares de la fauna pleistocénica, por entonces en extinción. En la estepa, se persiguió principalmente al guanaco.

No fue ésta la única forma de vida en el Holoceno inicial. Dos sitios del ecotono neuquino, las cuevas Cuyín Manzano y Trafal I, fueron ocupados en el 10º milenio AP por grupos que cazaron principalmente fauna menor y sólo excepcionalmente el guanaco; correspondientemente, la tecnología lítica era simple, escasa y, en muchos casos, utilizó toba silicificada, una materia prima local de calidad inferior. Las rocas buenas son menos frecuentes. La escasez de vestigios sugiere ocupaciones muy breves; pero la superposición de fogones implica recurrencia y hay vestigios de ocre que indican preocupaciones simbólicas. Es difícil proponer paralelos para estos componentes ya que, por el momento, han sido caracterizados por atributos negativos en muestras muy chicas (en las que, por supuesto, los elementos menos abundantes pueden simplemente faltar). Posiblemente, señalen la mayor expansión hacia el este de los recolectores-cazadores de los bosques del centro-sur de Chile (muy pobres en fauna mayor), donde se plasmaron adaptaciones semejantes.

Por esta época, el norte del Área ya estaba poblado: un fogón de la cueva Huenul, en la cuenca del río Colorado, indicó 9531±39 AP. Los restos recuperados son mínimos y no permiten diagnóstico cultural.

En síntesis, las primeras ocupaciones sugieren permanencias breves y alta movilidad por parte de grupos muy reducidos y, al parecer, culturalmente diferenciados.

La fase Trafal y sus vínculos

Las cuevas Cuyín Manzano y Trafal I quedaron desocupadas durante un lapso considerable, lo que en el primero de los casos se atribuyó a un paroxismo volcánico acompañado de sismo. Hacia 8000 AP fueron nuevamente habitadas, ahora por grupos que utilizaban una tecnología más compleja que la de quienes los habían precedido. La selección de las materias primas líticas era cuidadosa: sílices

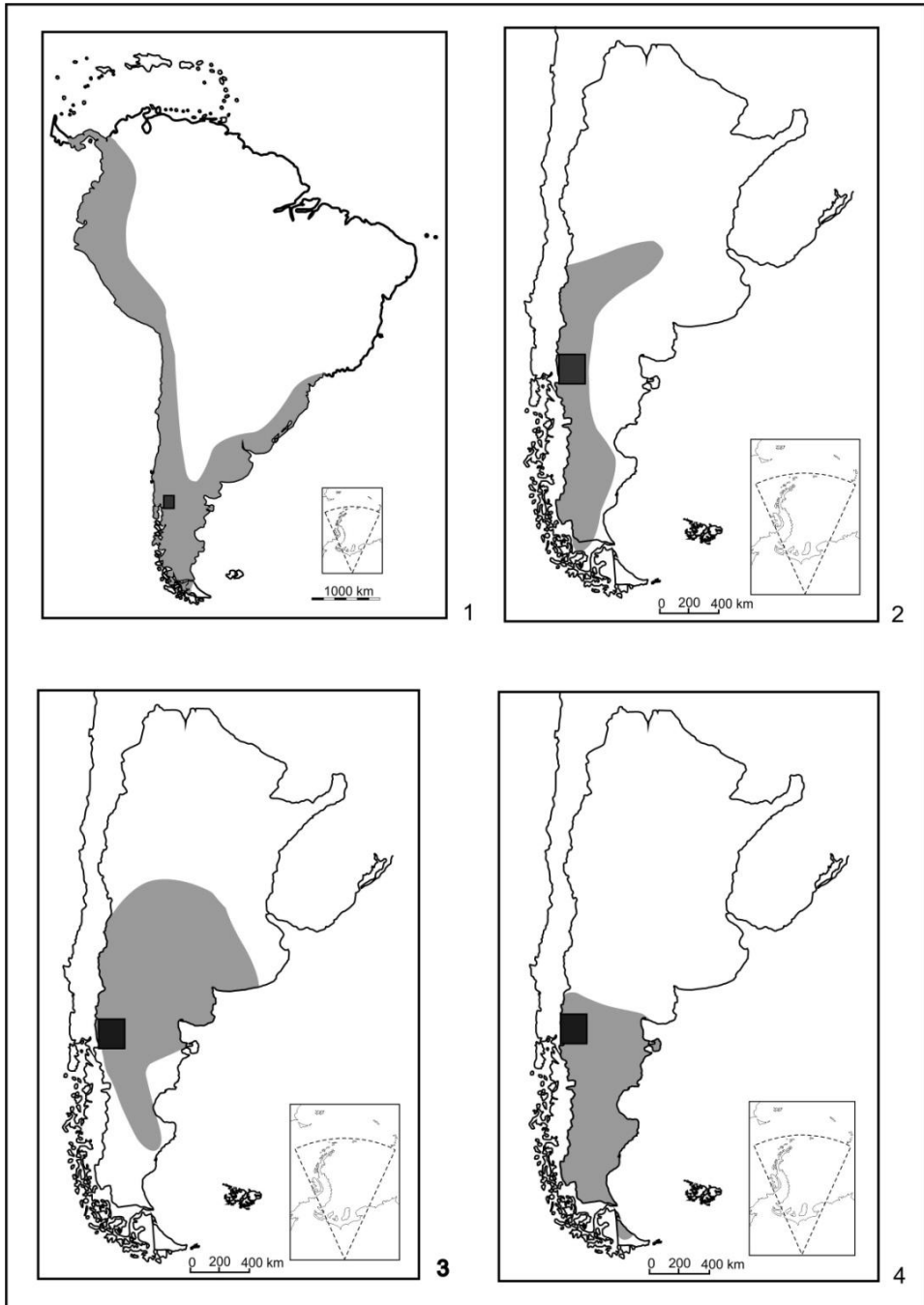


Figura 2. Mapas de distribución de sitios con puntas de proyectil: 1. cola de pescado (Su-damérica); 2. triangulares apedunculadas grandes (en el noroeste patagónico, Fase Traful); 3. triangulares apedunculadas medianas (en el noroeste patagónico, Fase Confluencia); 4. pedunculadas y con aletas (Patagoniense). El rectángulo oscuro indica el noroeste patagónico tal como se definió en este trabajo

de grano fino y obsidiana; esta última se obtuvo en masas iniciales de tamaño considerable, pese a que no las había localmente. Armaban sus proyectiles con puntas bifaciales, triangulares, apedunculadas, delgadas, que podrían haber servido asimismo de cuchillos (Fig. 3-3). La presa principal fue el guanaco, cuya piel se aprovechó, según se infiere de la presencia de raspadores. Éstos son generalmente grandes y de formas variadas.

Estas puntas tienen paralelos cercanos en distintas regiones del territorio argentino: en la base de la capa 8 de la cueva Arroyo Corral 1, en el ecotono del Neuquén, y en la Patagonia meridional (cueva Fell); asimismo, en las ocupaciones precerámicas iniciales de Haichol, en el centro-oeste de esta provincia, así como en las Sierras Centrales; todos ámbitos en los que podían cazarse guanacos y ñandúes (Fig. 2-2). Si bien se trata de un área muy amplia, es mucho menor que la que alcanzaron las “cola de pescado”. Las tecnologías se iban regionalizando gradualmente.

En Trafal I se recuperó una valva marina modificada, plausiblemente un adorno personal, y en Haichol hay restos de ocre.

La fase Confluencia

Tanto en Cuyín Manzano como en Trafal I, hacia 6500 AP las puntas de proyectil continuaron siendo triangulares apedunculadas, pero de menor tamaño (Fig. 3-4). La obsidiana, muy utilizada en el período anterior, fue sustituida en buena parte por otra roca volcánica, la dacita, que tampoco era local pero sí algo más cercana. A partir de esta época, la obsidiana no sería de fácil acceso desde la cuenca del río Trafal, pese a que la había a no más de 80 km hacia el norte. Al parecer, las comunicaciones en esa dirección eran problemáticas.

También los raspadores cambiaron un tanto el formato, haciéndose más chicos, más cortos y más fácilmente enmangables, aunque los diseños siguen siendo poco uniformes. En cuanto a la economía, continuó basada en el guanaco.

En esta época, la cueva Trafal I fue intensamente utilizada. El pigmento rojo preparado que se almacenó en un pozo es uno de los primeros indicios de que los cazadores-recolectores tenían expectativas de regreso, lo que a la vez sugiere cierta demarcación territorial. Esta parcelación del espacio hace esperable la multiplicación de los símbolos de pertenencia, a cuyos fines podría haber contribuido el ocre.

La fase Confluencia parece la expresión local de un complejo en el que incluiríamos otros materiales recuperados en el Área: los de la parte media y superior de la capa 8 de Arroyo Corral 1; parte de los de El Trébol; los de los niveles precerámicos inferiores y medios de Valle Encantado I, un alero próximo a Trafal I, pero del lado opuesto del río Limay; y los procedentes de las ocupaciones precerámicas tempranas de la cueva Haichol. Con el criterio inclusivo que adoptamos en esta reseña, extendemos este complejo hasta la costa norpatagónica, el oeste bonaerense, La Pampa, las Sierras Centrales y Cuyo (Fig. 2-3).

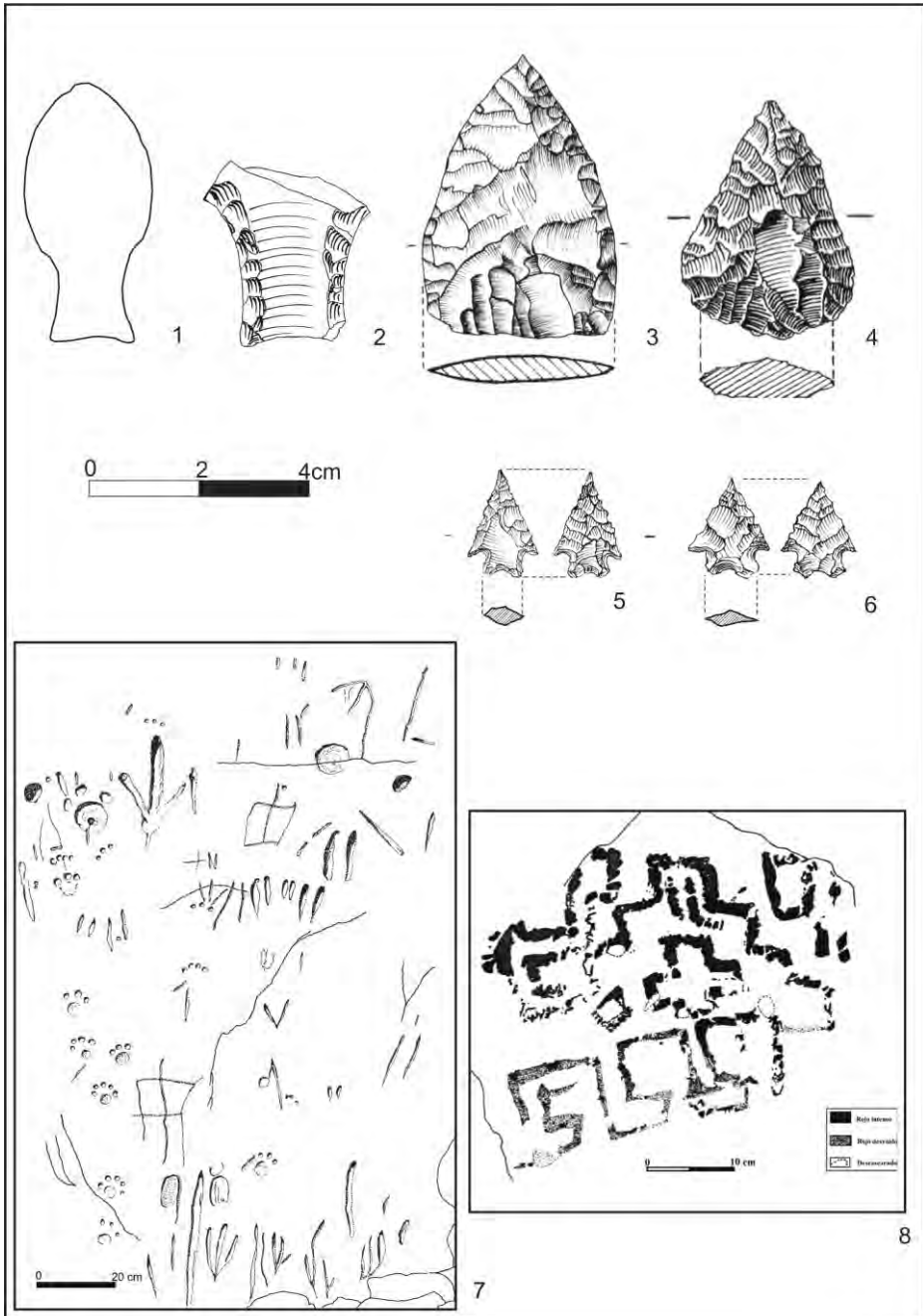


Figura 3. 1. Contorno esquemático de punta cola de pescado. 2. Pedúnculo de punta cola de pescado (La Marcelina, Río Negro). 3. Punta triangular apedunculada (Fase Trafal, Cueva Trafal I, Neuquén). 4. Punta triangular apedunculada de base convexa (Fase Confluencia, Cueva Trafal I, Neuquén). 5 y 6. Puntas pedunculadas con aletas (Casa de Piedra de Ortega, Río Negro). 7. Grabados del estilo de pisadas (Cueva Epullán Grande, Neuquén). 8. Motivo geométrico pintado (Casa de Piedra de Curapil, Río Negro)

¿Una crisis en el Holoceno medio?

Hacia el Holoceno Medio (c. 6000 AP), se ha creído notar, en Sudamérica y, más localmente, en el centro argentino, una caída demográfica, que algunos enraízan en un lapso de aridez. Los indicadores paleoambientales del Área no muestran cambios drásticos; pero en dos zonas vecinas se advirtió este debilitamiento poblacional: en Cuyo hay pocos datos del lapso 6500-7500 AP y la zona de Casa de Piedra (La Pampa) habría estado despoblada entre 6500 y 3000 AP. En cuanto al Área misma, Haichol fue ocupada de manera discontinua entre c. 6800 y 2400, en tanto que en Trafal I, la información se empobrece sensiblemente después de 6000 AP. Aunque estas observaciones son sugerentes, hay que advertir que los sincronismos son sólo aproximados y que siempre es inseguro argumentar sobre la base de la ausencia de datos, ya que la información puede ser insuficiente. Además, varios sitios del Área comenzaron a ser ocupados entre 5000 y 3000 AP: los aleros Mallín del Tromen y de la Vizcacha, en la cuenca del río Neuquén, y Los Cipreses, en el bosque neuquino; la cueva Trafal III, en el ecotono, y los aleros Piedra del Águila 11, Arias y de los Sauces en la estepa. El cementerio de Aquihuecó, en el norte del Neuquén, se utilizó desde fines del 5º milenio AP; las prácticas funerarias eran variadas.

En esta (por ahora) misteriosa época comprendida entre 5000 y 3000 AP, en tres sitios del Área se advierte el papel de los recursos vegetales: en Epullán Grande comienza el almacenamiento, previo procesamiento (chamuscado), de una cactácea comestible; en Aquihuecó se reconoció la molienda de semillas de algarrobo, en tanto en Haichol la intensidad de la recolección queda sugerida por la abundancia de molinos.

En síntesis, hacia el Holoceno medio el Área pudo haber sufrido declinación poblacional (con la consiguiente formación de “cuellos de botella” biológicos) y los estilos instrumentales cambiaron marcadamente; pero no fue abandonada.

La recomposición del paisaje humano

En la estepa rionegrina, recién contamos con datos (publicados) a partir de c.2800 AP, lo que atribuimos a cierto infortunio en la detección de sitios antiguos. Con anterioridad a esa fecha, en la Casa de Piedra de Ortega -una pequeña cueva rionegrina- se habían hecho grabados en el piso de roca, pero diferentes de los de Epullán Grande, por lo que no entrevemos un estilo. En Ortega, los trazos son predominantemente rectilíneos y en algunos casos se entrecruzan formando ángulos rectos. Estos grabados basales quedaron (¿casualmente?) cubiertos por dos acumulaciones de guijarros.

Entre c. 2800 y 2700 AP, los ocupantes de los sitios próximos al Limay utilizaron puntas de proyectil de diseño muy diverso, un fenómeno compatible con una hipótesis de parcial repoblación, de etnogénesis o bien de ensayo de diversos modelos. De éstos, uno pedunculado y con aletas se mantendría vigente hasta la época indígena posthispánica. Por su tamaño, se trataría aún de puntas de lanza o

de dardo y no de flecha. En todos los casos, los raspadores son los instrumentos que más abundan, testimoniando la importancia del cuero en la vida de los cazadores-recolectores de la estepa. En contraste, en la zona del lago Meliquina casi no los hay, en correspondencia con la ausencia del guanaco en esa parte del bosque neuquino. Aquí, la caza menor y la recolección habrían tenido papel más importante que la caza mayor, limitada al esquivo huemul.

En Epullán Grande se almacenaron en gran número los ya referidos cactus comestibles; no conocemos otro caso en que se haya hecho lo propio en escala similar. Por esta época, resulta muy evidente que diferentes sitios eran destinados a finalidades también distintas.

Un definido estilo de expresión gráfica (“arte rupestre”)

Tanto en Epullán Grande como en la Casa de Piedra de Ortega, los sedimentos con restos de ocupación datados hacia 2700 AP sellan (proveyendo una antigüedad mínima) grabados que representan huellas de ave, de guanaco, de felino y humanos, que a veces forman rastros. A estos motivos se asocian alineaciones de puntos y otros trazos geométricos (Fig. 3-7). Expresiones semejantes se han encontrado cubiertas por sedimentos algo posteriores en otras tres cuevas: Visconti, Epullán Chica y Carriqueo, así como en numerosos otros sitios en los que no hay sello sedimentario, como el abrigo de Pilcaniyeu. Este estilo rupestre, que ha sido denominado “de pisadas”, se ha materializado principalmente mediante grabados, aunque hay casos de grabados sobrepintados y de signos exclusivamente pintados, como la Piedra Pintada del Manzanito y el alero Lariviére.

Los sitios del estilo de pisadas parecen concentrarse en las estepas del sur del Área, aunque los hay en la cuenca del Neuquén, como el alero de la Vizcacha. Al parecer, había más unidad en el arte que en las tecnologías, ya que estas últimas se iban diferenciando gradualmente.

Las nuevas tecnologías: la cerámica y el arco

La cerámica

La cerámica fue una adición importante a la tecnología, ya que facilitaba el transporte y el almacenamiento, la preparación de alimentos y aún la expresión plástica. La muy alta correlación entre el número sus restos y el de los instrumentos líticos retocados ratifica esta impresión. Es también enormemente importante para los arqueólogos, porque a favor de la plasticidad del material, los alfareros (que posiblemente serían alfareras) han podido imprimir a sus productos tanto estilo como idiosincrasia. Entonces, la cerámica se ha convertido en algo así como en un lenguaje que los prehistoriadores procuran leer.

En el norte del Área, la cerámica podría remontar su presencia a *c.* 1800 AP, según una datación de Haichol. El conjunto de los fechados disponibles para el Área sugiere, sin embargo, que el uso de la alfarería no fue general hasta *c.* 1000 AP.

Aún no está bien establecida ni fechada la sucesión de estilos cerámicos de Norpatagonia. En su mayoría, es una alfarería simple en técnica y formas -como siempre lo ha sido la de los pueblos móviles-, pero orienta sobre vínculos culturales. Las incisiones o punteados que en algunos (pocos) casos se ejecutaron en el tercio superior de las piezas parecen formas simplificadas de los motivos que eran comunes en la costa norpatagónica; que a la vez presentan cierta continuidad con las cerámicas costeras pampeanas, lo que sugiere una extensión de la práctica de norte a sur, partiendo por lo menos desde las costas meridionales del Río de la Plata y quizás desde el río Paraná. Puede ser pertinente hacer notar que la gran área de las pampas de Buenos Aires y del norte de la Patagonia han tenido al menos otro rasgo unificador: el del idioma. En efecto, la expedición de Gerónimo Luis de Cabrera al Neuquén testimonió, en 1620-21, que los aborígenes del alto río Colorado y de las proximidades del lago Aluminé hablaban la misma lengua que los bonaerenses.

Conjuntamente con las cerámicas morfológicamente simples, encontramos una alfarería de clara raigambre trasandina (que para esta época unificaremos como “estilo Pitrén”): son comunes las piezas asimétricas, con asas (a menudo con apéndice) y con bases diferenciadas, engobadas y pintadas (a veces, con una técnica especial, la “pintura negativa”). Están presentes casi simultáneamente en el centro-sur de Chile y en el Área, así, p. ej., en el alero Los Cipreses, cerca del lago Traful, se han fechado hacia 1500 AP. Tal vez estos ceramios se obtuviesen por intercambio con carne o con cueros, ya que la caza fue actividad importante en este sitio. Queda patente la comunicación entre los cazadores de guanacos y los horticultores, recolectores y cazadores de la Araucanía; salvo que unos y otros fueran los mismos, que explotaran distintos recursos en ámbitos diferenciados.

En congruencia con estos vínculos trasandinos, la morfología de los cráneos de una inhumación doble en Paso Flores, Río Negro (fecha en 540 ± 60 AP), fue diagnosticada por un especialista como “totalmente compatible con la más típica de los araucanos” (mapuches) de los siglos inmediatamente anteriores al contacto con los europeos. Anotemos que en pleno rigor de la “Pequeña Edad del Hielo”, los indígenas (ya ecuestres) cruzaban los pasos cordilleranos del sur del Neuquén en toda época del año.

El arco

El conjunto de arco y flecha es una de las primeras máquinas de la humanidad. El arco acumula energía y la libera instantáneamente, dando a la saeta más alcance y, sobre todo, más precisión que el venablo lanzado con el brazo, con o sin propulsor. Con arco y flecha, el cazador corría menos riesgos, porque se mantenía a distancia de las presas y las alarmaba menos que si las encaraba con boleadoras o con lanzas, que requieren una acción corporal más visible. Ahora el cazador era más eficaz y podía actuar al acecho individualmente.

Si bien no se han encontrado arcos -tan precederos- en los sitios del Área, puede conjeturarse cuándo fueron adoptados, porque las flechas debían ser livianas

y las puntas, consiguientemente, pequeñas. Estos indicios sitúan la adopción del arco hacia 1800 AP. Ya por entonces, estas puntas diferían claramente en el norte y el sur. En la cuenca del río Neuquén se prefirieron formas triangulares de base cóncava, similares a los que se encuentran más al norte en la zona andina. En el sur del Área se configuró la fase llamada Patagónica Septentrional, caracterizada, entre otros atributos, por puntas de proyectil pedunculadas y con aletas, de diseño similar a algunas de lanza que las precedieron, pero de tamaño reducido (Fig. 3-5 y 3-6). Dada la información estilística que corporizan los proyectiles,¹ así como lo que hemos visto y veremos sobre el arte rupestre, parece claro que por esta época, en la que el uso de los territorios de caza estaba seguramente pautado y acaso defendido, había poca comunicación entre el norte y el sur del Área. En cambio, hay cierta continuidad en los estilos tecnológicos entre esta última y el resto de la Patagonia, incluido el norte de la Tierra del Fuego, por lo que en una escala amplia, la arqueología da sustento a la afinidad que los etnólogos y algunos lingüistas han largamente reconocido entre los pueblos de las estepas del sur: los tehuelches (septentrionales y meridionales) y los selk'nam u onas (Fig. 2-4).

Introducción de nuevos sistemas simbólicos en el Área

Cuando los signos rupestres de cierta morfología se asocian reiteradamente, formando conjuntos, podemos decir que estamos ante un sistema simbólico. Es el caso del estilo de pisadas, ya aludido. Al menos otros dos sistemas se reconocen en el Área: respectivamente el de paralelas, o Guaiquivilo, y el de grecas.

Los estilos “de paralelas” y Guaiquivilo

Estos dos términos fueron dados respectivamente en la Argentina y en Chile a sendas expresiones rupestres muy similares, aunque no idénticas. Consisten en signos geométricos grabados en afloramientos rocosos a cielo abierto. Son frecuentes las líneas paralelas, rectas, quebradas u onduladas y los círculos, así como otras configuraciones geométricas bastante disciplinadas. Datarían de tiempos ya alfareños. Lamentablemente, es muy poco lo que se conoce de sus autores, porque casi no se han investigado sitios de vivienda. Una de las más impresionantes concentraciones se encuentra en el sitio Coli Michicó (Neuquén), en las alturas de la Cordillera del Viento, que habrían sido frecuentadas sólo en época estival.

El estilo de grecas

De mayor extensión espacial y cronología algo menos vaga es el estilo de grecas, una expresión rupestre que plasma signos geométricos (escalonados, almenados, laberintos, triángulos opuestos por el vértice, antropomorfos esquemáticos, etc.) generalmente pintados en rojo (Fig. 3-8). En el Área, estaba vigente hacia 700

¹En lugares del mundo tan distantes entre sí como el noroeste argentino y el desierto de Kalahari, era posible conocer la procedencia del arquero por el diseño de los proyectiles.

AP y algunos autores proponen duplicar esta cronología, bien que, por el momento, sin datos firmes. Este estilo habría continuado vigente aún en época posthispánica, según lo sugiere la decoración de los ‘quillangos’, mantos de piel cosidos y pintados con que se abrigan los cazadores patagónicos. Más generalmente, el estilo de grecas es la expresión regional de una estética geométrica de inspiración textil y/o cestería que se habría originado en la región andina central o meridional y que, con variedades regionales, se plasmó en distintos soportes en regiones tan distantes como el noroeste argentino, partes de Chile, las Sierras Centrales, las sierras del sur bonaerense y la cuenca inferior del río Uruguay.

Es posible que las pinturas de pisadas hayan decorado cuevas y aleros que fueron ámbito de las complejas ceremonias que celebraban la entrada de una joven en la pubertad, durante las que ciertos seres sobrenaturales (personificados por varones enmascarados) visitaban el campamento para fortalecer la supremacía masculina, aterrando a mujeres y niños. La ocasión requería la exhibición de cueros vivamente pintados (obra femenina), lo que hace probable que las pictografías de grecas fueran asimismo de mano de ellas.

A diferencia de los grabados de pisadas, que generalmente quedaban confinados al interior de cuevas y aleros, las pinturas del estilo de grecas se despliegan en soportes muy visibles, por lo que, deliberadamente o no, pueden haber servido de señaladores espaciales en una época en la que, reiteramos, los territorios habrían estado delimitados bastante estrictamente.

Las pipas y el chamanismo

La incorporación de las pipas de fumar (de piedra o de cerámica) sucede hacia el 1000 AP o algo antes. La frecuencia y cronología de los hallazgos sugieren una dispersión hacia el sudeste. En época etnográfica, el fumador solía ser un conjurante ensimismado o un oficiante en plena sesión chamánica, que buscaba el éxtasis para tener visiones. La pipa no representaba un pasatiempo sino una vía para trascender lo cotidiano. Algo similar sucedía con el alcohol: los indígenas bebían hasta transponerse; la ebriedad solía durar días.

Las etnias norpatagónicas hacia la época de los primeros contactos con los europeos

Los cazadores-recolectores que habitaban el Área en los siglos XVII a XIX se llamaban a sí mismos *gününa-küne*; la etnología los conoce como *tehuelches septentrionales*. En el presente aún existen, al este del Área, hacia la costa atlántica, nombres ancestrales (Cual, Chiquichano, Pichalao). Pero en el Área misma no se han conservado, como tampoco ha sucedido con la toponimia del *gününaiájech*, lengua de esta etnia. Es que el impacto de la invasión europea fue enorme: los límites territoriales quedaron obsoletos ante la adopción del caballo; atraídos por la dispersión de los ganados europeos, los mapuches del centro-sur de Chile (agricultores mucho más numerosos que los cazadores-recolectores del Área) se proyecta-

ron hacia el nordeste, extendiendo la Araucanía al norte patagónico, al sur de Cuyo y a las pampas. Es el proceso conocido como “araucanización” o “mapuchización”. Los pasos cordilleranos, que antes habían sido transitados sólo ocasionalmente, se convirtieron en puntos estratégicos de un comercio en gran escala, controlado por los mapuches, que partía de las pampas de Buenos Aires y tenía su punto final en los mercados de ultracordillera. La cerámica sugiere que la penetración mapuche se habría iniciado en el bosque y al norte del referido arroyo Sañicó, donde son más comunes las formas carenadas, las bases diferenciadas, ciertos tipos cuidadosamente pintados, conocidos como Valdivia y El Vergel, y las pipas. Hacia el sur, la entrada habría sido más tardía y algo menos intensa, a juzgar por la persistencia de las formas simples, ocasionalmente decoradas mediante puntos incisos.

Estos procesos demográficos generaron conflictos (de los que supo, p. ej., el jesuita Mascardi) en los que los autóctonos perdieron territorios ante los trasandinos, más numerosos y con liderazgos más fuertes. A la vez, hubo muchos matrimonios interétnicos, que favorecieron un proceso de etnogénesis, que abarcó tanto lo biológico como lo cultural; así surgieron, en la cuenca media y superior del Limay, los *manzaneros*, en cuyos asentamientos se hablaba mayoritariamente el idioma araucano, *mapudungun*, pero también el *gününa-küine*, la lengua propia del Área. La economía de los manzaneros abarcaba varios renglones: cría de lanares, de vacunos y de caballos (la agricultura de los valles de Chile no era viable en la estepa); a la par, se cazaban guanacos, ñandúes y animales menores, tanto en pequeñas operaciones como en grandes partidas comunales, ritualizadas, y se recolectaban piñones, frutillas y manzanas (los jesuitas habían plantado manzanos durante sus fracasados esfuerzos de evangelización). Las viviendas eran “toldos” (carpas o tiendas), pero grandes y fijos, a diferencia de los toldos tehuelches, que eran portátiles.

A fines del siglo XIX, una sucesión de campañas militares terminó con la vida indígena independiente. El norte del Área fue ocupado por pastores trashumantes criollos, en tanto el sur fue distribuido entre unos pocos establecimientos ganaderos de gran extensión. La población mapuche sigue siendo significativa en esta porción del Área, sea formando comunidades pastoriles presididas por un jefe tradicional o como trabajadores en las ciudades. Realiza vehementes reclamos territoriales.

Consideraciones finales

Los últimos cazadores-recolectores del Área no eran sobrevivientes de la Edad de Piedra sino emergentes de un proceso muy complejo de escala milenaria.

Una tendencia temporal importante es el incremento demográfico leve pero sostenido, con la consiguiente disminución gradual en los tamaños de los territorios étnicos arqueológicamente reconocibles, que suponemos debían ser defendidos cada vez más firmemente. Si en efecto hubo una crisis en el Holoceno medio, tal vez esta tendencia no haya sido lineal. Es posible que la diferenciación cultural que señalamos entre el norte y el sur del Área remonte a esta época. Las dataciones

radiocarbónicas sugiere que el Área alcanzó un máximo demográfico hacia 1000 AP. La instalación mapuche al este de la cordillera es uno de los procesos étnicos más notables ocurridos en el ámbito de la América aborígen

Orientación bibliográfica

Por razones de espacio, no es posible incluir una bibliografía exhaustiva. En el libro *Los ríos mesetarios norpatagónicos. Aguas generosas del Ande al Atlántico*, editado por Ricardo Freddy Masera (Gobierno de Río Negro, Viedma, 2010) hay sendos capítulos de Estela Cúneo y de Eduardo Crivelli Montero, respectivamente sobre las cuencas de los ríos Neuquén y Limay. Otros dos capítulos enfocan zonas vecinas al Área: la cuenca media del río Colorado (Mónica Berón) y la del río Negro (Luciano Prates). Todos incluyen bibliografía. Entre los trabajos recientes podemos citar los artículos de Mabel Fernández y Eduardo Crivelli, “Economic and technological diversity in northwestern Patagonia, Argentina, during the Early Holocene”, en prensa en Oxbow Books; y María Teresa Boschín y Analía Andrade, “Poblamiento de la Patagonia septentrional argentina durante el Holoceno tardío: paleoambientes e imperativos sociales”, *Zephyrus*, LXVIII, pp. 41-61, 2011.

Sobre las proximidades del lago Nahuel Huapi, remitimos a una síntesis de Adán Hajduk y otros, “Espacio, cultura y tiempo: corredor bioceánico desde la perspectiva arqueológica” (en *Cultura y espacio. Araucanía - Norpatagonia*, compilado por Pedro Navarro Floria y Walter Delrío, pp. 261-292, Universidad Nacional de Río Negro, San Carlos de Bariloche, 2011). Otra de las áreas boscosas, la del lago Meliquina, se trata en Alberto Pérez, “Arqueología del bosque. El registro Arqueológico del interior y borde de bosque de Norpatagonia”, *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 1, pp. 1515-1528, Sociedad Chilena de Arqueología, Valdivia, 2010.

Entre los informes de cierta extensión sobre sitios estratificados: Rita Ceballos, “El sitio Cuyín Manzano”, *Estudios y Documentos*, Centro de Investigaciones Científicas de Río Negro, 9, pp. 1-64, s.l., 1982; Eduardo Crivelli, Mabel Fernández y Mariano Ramos (ed.), *Arqueología de rescate en Rincón Chico, Pcia. del Neuquén*, Dunken, Buenos Aires, 2009; Adán Hajduk, *Arqueología del "Montículo Angostura". Primer fechado radiocarbónico (Pcia. Neuquén)*, s.l., Ediciones Culturales Neuquinas, Arqueología, 1, 1986; Jorge Fernández, “La cueva de Haichol. Arqueología de los pinares cordilleranos del Neuquén”, *Anales de Arqueología y Etnología*, Universidad Nacional de Cuyo, 43/45, 1-3 (1988-1990 [1991]), pp. 1-740; Mabel Fernández, “La Casa de Piedra de Ortega (Pcia. de Río Negro). I. La estratigrafía”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N.S., XXVI: 261-284, 2001; Eduardo Crivelli Montero y otros, “La estratigrafía de la Cueva Trafal I (provincia del Neuquén)”, *Præhistoria* 1: 9-160, 1993; Mario Silveira, “Alero Los Cipreses (provincia del Neuquén, República Argentina)”, *Arqueología. Sólo Patagonia. Ponencias de las Segundas Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, ed. Julieta Gómez Otero, pp. 107-18, Centro Nacional Patagónico, Puerto Madryn, 1996;

Eduardo Crivelli Montero y otros, “La Cueva Epullán Grande (provincia del Neuquén, Argentina). Informe de avance”, *Præhistoria* 2: 185-265, 1996; Adán Hajduk y otros, “El ‘Mylodon’ en el patio de atrás. Informe preliminar sobre los trabajos en el sitio El Trébol, ejido urbano de San Carlos de Bariloche, Provincia de Río Negro”, en *Contra Viento y Marea. Arqueología de la Patagonia*, compil. M. T. Civalero, P. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 715-31, INAPL-Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 2005.

Sobre el arte rupestre del sur del Área, María Teresa Boschín, *Tierra de hechiceros. Arte indígena de la Patagonia Septentrional Argentina*, Universidad de Salamanca, 2009. Las fuentes arqueológicas y documentales se articulan en M. Fernández, “Economía y sistemas de asentamiento aborígenes en la cuenca del río Limay”, *Memoria Americana*, 14: 37-73, 2006.

Agradecimientos

Las investigaciones en las que participamos fueron posibles merced al Conicet, el FONCYT, la UBA, la UNLPam y la Fundación Instituto de Neurobiología. Agradecemos a Ana María Rocchetti y a Odlanyer Hernández de Lara la invitación para contribuir a este libro.

CAPÍTULO 10

•

LA OBSIDIANA: UNA SEÑAL GEOARQUEOLÓGICA DEL ALCANCE DE LAS RELACIONES SOCIALES EN PATAGONIA PRE Y POST-HISPÁNICA

María T. Boschín
Gabriela I. Massafarro

Introducción

En las décadas de 1960 y 1970, a partir del desarrollo de técnicas tales como la fluorescencia de Rayos X y el empleo creciente de Activación Neutrónica (INAA) (Shackley, 2008; Tykot, 2004), se implementó una nueva línea de estudios arqueométricos basados en la caracterización química de artefactos arqueológicos manufacturados sobre obsidiana y en la ubicación de las fuentes de aprovisionamiento de esta materia prima. Al trabajo pionero de Boyer y Robinson (1956) con materiales de Nuevo México, siguieron -entre otros- Green (1962) que trató sobre las aplicaciones de este tipo de investigaciones a la arqueología, Cann y Renfrew (1964) que caracterizaron obsidiana del Mediterráneo y Jack y Heizer (1968) que analizaron artefactos de Mesoamérica.

En el ámbito de nuestras investigaciones, las mesetas centrales de Patagonia septentrional argentina -al sur de los ríos Limay y Negro y al norte del río Chubut-, la frecuencia de artefactos de obsidiana es muy baja en relación con aquéllos confeccionados sobre diversas variedades de sílices. Dentro del espacio señalado, el incremento del empleo de obsidiana lo hemos registrado en ciertos sitios con conjuntos líticos en superficie -predominantemente talleres- ubicados en proximidades de la fuente secundaria Sacanana que fuera descubierta por Stern y equipo (Stern *et al.* 2000).

Pero más allá de la escasez o abundancia de este material lo que nos motivó a elaborar este trabajo es la potencialidad de la obsidiana como marcador geoarqueológico de las relaciones sociales vigentes en tiempos pre y postconquista en el Interior Patagónico Septentrional (IPS). Nos proponemos que esa capacidad en conjunción con la información que proporcionan otros testimonios arqueológicos,

históricos y etnográficos, habilite la discusión de las categorías jefatura, parentesco, territorialidad, propiedad comunal e intercambio.

Los estudios geoarqueológicos de obsidiana en Patagonia

En la región austral de América, el interés por este enfoque se remonta a los años noventa con dos artículos dedicados a sitios de Chile: Stern y Prieto (1991) analizaron obsidiana verde de sitios arqueológicos de la región del mar de Otway cuya fuente aún permanece desconocida y Stern y Porter (1991) hicieron lo propio con artefactos que proceden de las islas de Chiloé y Gran Guaiteca. Un antecedente temprano sobre este tipo de obsidiana se encuentra en Emperaire y Laming-Emperaire (1961) que debido a la abundancia extraordinaria de obsidiana en el sitio Englefield, Chile -cientos de instrumentos y miles de lascas-, registraron información oral sobre la ubicación de la fuente. Según relatos de los indígenas y de un poblador la misma se encontraba en Silva Palma, mar de Otway. Los arqueólogos franceses intentaron llegar, pero no lo lograron.

En 1995 se publicaron dos artículos referidos a sitios de Patagonia austral y central. Stern *et al.* (1995 a y b) describieron instrumentos de obsidiana negra con características químicas muy similares entre sí. Cuatro años después, Espinosa y Goñi (1999) comunicaron que se había localizado una fuente secundaria de obsidiana negra en Pampa del Asador (provincia de Santa Cruz) a la que atribuyeron relevancia regional debido a sus grandes dimensiones y a la posibilidad de que fuera la única en la zona. Stern (1999) analizó guijarros recogidos en Pampa del Asador en los que identificó por lo menos tres tipos de obsidiana. Al más frecuente (79%) lo denominó Pampa del Asador I (PDA-I). El examen de artefactos de varios sitios de la provincia de Santa Cruz (Argentina) y de Aisén y Magallanes (Chile) indicó que la fuente era Pampa del Asador que se había comenzado a explotar hace *ca.* 9.000 AP y que sus productos se transportaron a distancias tales como 500 kilómetros (Magallanes, Chile) y 880 kilómetros (Península Valdés, Argentina). Esta fuente fue caracterizada químicamente por Stern que señaló "(...) que la obsidiana negra de Pampa del Asador era abundante, accesible y tuvo amplia distribución regional en la Patagonia Austral" (Stern, 2000: 260). Unos años más tarde, se constató que el área de disponibilidad de esta obsidiana era más amplia, alcanzaba la pampa contigua, Pampa la Chispa y cerro Bayo (Belardi *et al.* 2006).

Stern y Franco (2000) describieron piezas de obsidiana gris verdosa veteada de los alrededores de lago Argentino, cuenca superior del río Santa Cruz y de las cuevas Fell y Pali Aike. Concluyeron que representa un tipo único, de origen independiente, sin relaciones con la verde de Magallanes ni con la negra de Pampa del Asador. El registro en cordillera Baguales, de sitios arqueológicos con concentraciones cuantitativamente significativas habilitó la hipótesis de que allí podría ubicarse la fuente "gris verdosa veteada".

El primer trabajo referido a Patagonia septentrional chilena, fue el de Stern y Curry (1995) que comunicaron la ubicación de una fuente de obsidiana negra translúcida en el volcán Chaitén (42° 50' S). Este tipo químico se encuentra en sitios arqueológicos de los archipiélagos de los Chonos, de Chiloé y de las Guaitecas.

En una ponencia presentada por Arrigoni en el año 1999, se comunicó que el geólogo Viera había ubicado una fuente primaria -de muy buena calidad- en el Cordón Oriental del lago Futalaufquen, en este caso Patagonia septentrional argentina. La observación macroscópica de muestras de esos afloramientos y del conjunto lítico del Alero del Shaman condujo a Arrigoni a proponer que la obsidiana sobre la que se manufacturaron las puntas de proyectil procedía de la referida fuente. Entre los hallazgos del Alero se encuentran “(...) unos pequeños esferoides de roca negra (...) de fractura no apta para la talla, de mala calidad” (Arrigoni, 2005: 65). En un arroyo sin nombre que desagua en la laguna Larga, a 4 kilómetros del sitio, Viera (1994) detectó una fuente secundaria de esferoides que tipificó como perlita, vidrio volcánico riolítico hidratado. En la margen norte de laguna Larga, Bellelli y equipo encontraron un afloramiento de obsidiana en el que se reitera la mala calidad para la talla (Bellelli y Pereyra, 2002). Llamamos la atención sobre la presencia en sitios arqueológicos de la vecina región de Aisen, de pequeños guijarros inapropiados para manufactura lítica que corresponden a una variedad de obsidiana local, de color negro, denominada tipo Cisnes (Méndez *et al.* 2008-09). Stern *et al.* (2013) hacen referencia a la presencia de obsidiana proveniente de Pampa del asador en el suroeste del Chubut (sitio El Chalia), en el río Chico del este de Chubut y en sitios de la región de Aysen (Chile).

En base al análisis de artefactos y nódulos de obsidiana de la costa atlántica y de la meseta central del Chubut, Stern *et al.* (2000) comunicaron la localización de dos fuentes secundarias en el borde sur de la Meseta de Somuncura: Sierra Negra, en sierra de Telsen y Cerro Guacho, en el paleocauce del arroyo Sacanana. En la primera caracterizaron dos tipos, Telsen I y II (T/SCI y T/SCII) probablemente relacionados y en la segunda, dos tipos químicos diferentes, Sacanana I y Sacanana II (SI y SII). En artefactos de Cerro Castillo se determinó, además, obsidiana de una fuente desconocida. La cronología del sitio La Rural, Cerro Castillo, indica que la obsidiana tipo Sacanana I (SI) está documentada en momentos previos a 2240 AP.

Gómez Otero y Stern (2005) con el fin de establecer las fuentes presentes en conjuntos líticos de la costa chubutense, analizaron 26 artefactos. Reconocieron obsidiana de Sacanana I, Telsen-Sierra Chata I, desconocida de Cerro Castillo y un nuevo tipo químico de fuente desconocida que Stern denominó Meseta de Somuncura (MS). Esta última fue caracterizada a partir de una muestra de 34 artefactos de sitios de la provincia de Río Negro (resultados inéditos), estudiados por una de nosotras (M. T. Boschín)¹. En este artículo se reasignó el tipo T/SCII previamente considerado un subtipo de Telsen-Sierra Chata, a una fuente desconocida. Los tipos SI y T/SC1 también se emplearon en el laboreo lítico de sitios de Aisen, Chile (Méndez *et al.* 2008-09).

En un trabajo reciente que ha puesto el énfasis en la variable temporal del registro de obsidiana en sitios de Argentina y Chile, se afirma que la cronología absoluta respalda que fue en el Holoceno temprano cuando en Patagonia centro-meridional se configuraron las rutas de circulación de obsidiana. Investigaciones

¹ Los resultados que se incluyen en este capítulo comprenden los 34 análisis realizados por Charles Stern en la Universidad de Colorado.

arqueológicas practicadas en la región chilena de Aisen, cuencas de los ríos Cisnes y Ñirehuao, ratificaron lo anticipado por Méndez y colaboradores (2008-09): el uso de obsidiana de las fuentes Pampa del Asador y Telsen. La primera se registró en niveles de hace *ca.* 10.000 AP (Méndez *et al.* 2012).

Con respecto a la región central y noroeste de la provincia del Chubut se destacan los trabajos de Bellelli y Pereyra (2002), Bellelli (2005), Bellelli *et al.* (2006). Establecieron que los tipos de obsidiana que -inicialmente- habían distinguido como desconocidas “X e Y” en 2002, provenían de las fuentes Angostura Blanca y Portada Covunco, Chubut y Neuquén respectivamente. Ubicaron una fuente en la provincia de Río Negro, Río Villegas, de mala calidad para la talla y rotularon como “desconocida Z” el tipo químico que Stern *et al.* (2000) llamaron Cerro Castillo. La mayoría de las muestras que tomaron en sitios del valle del Chubut se corresponden con la fuente SI. Las dataciones radiocarbónicas indicaron que en el noroeste de la provincia del Chubut, el empleo de obsidiana ocurrió desde 3.200 AP.

En 2004, Pérez y López en una breve comunicación, anunciaron que en el sur del Neuquén habían localizado la fuente de obsidiana Cantera Lolog (CL). Estos autores, en 2007, precisaron que CL es una fuente primaria que se encuentra en el Cerro de Las Planicies, a orillas del lago Lolog y suministraron su caracterización química. Esta obsidiana negra, negra con vetas grises y negra con vetas rojizas, cuando se somete al proceso de talla suele ofrecer productos traslúcidos. En trabajos sucesivos (López *et al.* 2009 a y b) describieron y analizaron nuevas fuentes secundarias de obsidiana de la provincia de Neuquén: Costa norte del Lago Lolog (Puerto Arturo y Playa Norte), Arroyo Pocahullo (Lago Lacar), Yuco (costa norte del Lago Lacar), Desconocidas “1, 2 y 3” (Lago Meliquina) y La Bandera (muy similar a Portada Covunco). En 2010 López *et al.* sumaron dos tipos químicos nuevos: Desconocida “4” y fuente Trafal 1 (TR1), sur del Neuquén, que se caracteriza por su color azul oscuro y por alto contenido en cobre. Pérez *et al.* (2012) presentan una revisión de lo publicado por el grupo hasta ese año.

Durante la ejecución de prospecciones en el espacio cordillerano comprendido entre los 33° y 38° LS se localizó en la margen derecha del río Colorado, norte del Neuquén, la fuente primaria y secundaria Cerro Huenul (Durán *et al.* 2004). El re-estudio de artefactos recuperados en las excavaciones realizadas por González (1960) en la Gruta de Intihuasi, San Luis, condujo a formular que la obsidiana procedería de Cerro Huenul que dista aproximadamente 550 kilómetros de la Gruta (Laguens *et al.* 2007).

En dos sitios arqueológicos del sur de la provincia de La Pampa se recuperaron obsidianas de fuentes emplazadas entre 36° y 38° LS: Cerro Huenul y La Bandera, en Neuquén, Argentina y Laguna del Maule-3, lago Maule, Chile. La manufactura en base a obsidiana de Cerro Huenul comenzó hacia 3000 AP y se mantuvo hasta 500 AP; La Bandera y Laguna del Maule-3 se utilizaron desde 2100 AP hasta 1800 AP y se retomaron entre 1200 AP y 500 AP. En los conjuntos líticos se registraron piezas de cuatro fuentes desconocidas (Giesso *et al.* 2008).

Un exhaustivo estudio sobre fuentes de Chile y Argentina situadas entre 34° y 39° LS y sobre utillaje de las provincias argentinas de Mendoza, San Luis,

Neuquén, La Pampa y Buenos Aires, fue publicado por Barberena *et al.* (2011). En particular, presenta una síntesis sobre la información geológica, arqueológica y geoquímica de la fuente Huenul. Rasgos de esta fuente se volvieron a tratar en un contexto de evidencias procedentes de los Andes centrales (Chile y Argentina) que incluyeron hasta muestras del noroeste argentino. Se remarcó que uno de los patrones de distribución de obsidiana más interesantes ha sido el del tipo Cerro Huenul que desde su emplazamiento nord-neuquino alcanzó puntos muy distantes hacia el norte, este y noreste, superiores a los registrados para las otras fuentes incluidas en ese análisis (Giesso *et al.* 2011).

En el centro sur de Chile, región de la Araucanía a los 39° LS, se identificó una fuente primaria de obsidiana negra en los Nevados de Sollipulli al oeste del Volcán homónimo y al sur del pueblo de Melipeuco. En sitios próximos a la cantera se recuperaron artefactos elaborados sobre esa materia prima; pero, se carece de datos cronológicos y se desconoce su distribución espacial (Stern *et al.* 2008).

Stern *et al.* (2012) realizaron una investigación sobre fuentes primarias y secundarias del centro oeste de la provincia del Neuquén, agregando a las ya conocidas, las fuentes primarias del Cerro Volcán o Cerro Bayo (CB1 y CB2) y del Arroyo Cochicó Grande.

En la costa de la provincia de Río Negro, el único abordaje sobre esta temática es el de Favier Dubois *et al.* (2009). En este trabajo se demostró la presencia de 6 tipos diferentes de obsidiana: Telsen-Sierra Chata (T/SC), Sacana (S1), Meseta de Somuncura (MS) y en menor proporción Cantera Lolog (CL).

La revisión de antecedentes que hemos realizado permite discriminar qué tipos de estudios se han llevado a cabo hasta el momento. Los investigadores de acuerdo con sus objetivos, han destinado sus esfuerzos -principalmente- a obtener la caracterización de tipos químicos por medio del análisis de artefactos, a ubicar las fuentes que se aprovecharon, a establecer desde y hasta qué época se explotaron, a medir distancias entre fuentes y sitios arqueológicos en las que están representadas y a establecer relaciones entre el empleo de esta materia prima y la manufactura de ciertos grupos tipológicos. La mayoría de los autores ha mencionado la relevancia que reviste la localización de fuentes para profundizar el conocimiento de la tecnología lítica, de la circulación de información y de insumos, de la movilidad de las sociedades prehispánicas y de sus prácticas de intercambio. Pero pocos han pasado más allá de marcar la importancia de estas cuestiones y han proporcionado explicaciones al respecto. A nuestro juicio se destacan en este sentido las contribuciones de Laguens *et al.* (2007), Barberena *et al.* (2011), Giesso *et al.* (2011) y Durán *et al.* (2012). En los artículos señalados se advierte un quiebre en lo que fue el enfoque tradicional desde que en Patagonia se iniciaron los estudios sobre obsidiana. Los equipos involucrados elaboraron propuestas y aplicaron modelos con alcance socio-interpretativo. Trataron aspectos tales como el rol que ocupó la obsidiana en la vida de las sociedades indígenas, su organización territorial, movilidad, interacción entre poblaciones, intercambio directo o indirecto, patrones de obtención y uso, relación con la explotación de otros recursos, toma de

decisiones tecnológicas, carácter de esta materia prima en cuyo empleo converge lo económico con lo simbólico.

Fuente	Localidad	Provincia, País	Ref. Bibliográfica	Tipo químico	Origen
Cerro de las Planicies	Lago Lolog	Neuquén, Argentina	Pérez y López 2004	CP/LL1	Primario
Puerto Arturo	Lago Lolog		López <i>et al.</i> 2009a	CP/LL2	Secundario
Arroyo Quilahuinto	Lago Lácar		López <i>et al.</i> 2009a	QU/AP	Secundario
Yuco	Lago Lácar		López <i>et al.</i> 2009a	YC	Secundario
Portada Covunco	Portada Covunco		Belleli <i>et al.</i> 2006	PC 1 y 2	Secundario
Cerro Bayo	Cerro Bayo		Stern <i>et al.</i> 2012	CB	Primario
Ao. Cochico Grande	Cerro Las Lajas		Stern <i>et al.</i> 2012	--	Primario
Cerro Huenul	Cerro Huenul		Duran <i>et al.</i> 2004	Huenul	Primario/Sec.
La Bandera	Próx. a P. Covunco	López <i>et al.</i> 2009b	LB	Secundario	
Río Villegas	Río Villegas	Río Negro, Argentina	Belleli <i>et al.</i> 2006	--	Secundario
Sierra Negra	Telsen	Chubut, Argentina	Stern <i>et al.</i> 2000	T/SC I y II	Secundario
Sacanana	Cerro Guacho		Stern <i>et al.</i> 2000	SI/SII	Secundario
Angostura Blanca	Piedra Parada		Belleli y Pereyra 2002	AB1/AB2	Secundario
Laguna La Larga	Los Alerces		Belleli y Pereyra 2002	Lag. LL1/LL2	Primario
Pampa del Asador	Pampa del Asador	Sta. Cruz, Argentina	Espinosa y Goñi 1996	PDA I,II, III	Secundario
Nevados del Sollipulli	Melipeuco	Cautín, Chile	Stern <i>et al.</i> 2008	MEL	Primario
Volcán Chaitén	Chaitén	Palena, Chile	Stern y Curry 1995	CH	Primario

Tabla I. Fuentes conocidas y sus tipos químicos en Patagonia argentino-chilena

Materiales y metodología

En laboratorio se seleccionaron 58 artefactos de obsidiana de distintos sitios de la zona extraandina del sur de Río Negro y norte del Chubut (Tabla II, Fig.

1). La mayoría corresponde a los siguientes grupos tipológicos: desechos de talla (43,10%), filos naturales con esquirlamientos accidentales (17,24%), instrumentos indiferenciados por fractura (12,07%) y muescas de retalla (6,90%). Los grupos puntas con esquirlamientos accidentales, filos con formatización sumaria, raclettes, instrumentos burilantes, muescas retocadas, matrices bifaciales, choppers, perforadores y núcleos están representados sólo por uno o dos ejemplares, según los casos.

La muestra procede de diecisiete sitios: cuatro estratificados bajo reparo rocoso, con dataciones radiocarbónicas y arte rupestre, y trece a cielo abierto con material en superficie (Tabla II).

Muestra	Fuente	Tipo químico	Sitio	Tipo sitio	Unidad Geográfica
CNP1	SI		Sarita II	Estratificado	Subcuenca Pichileufu
CNP2	AB2		Pilcaniyeu	Superficie	
CNP3	CP/LL1		Viejo		
CNP4	AB2		Loncomán	Estratificado	Subcuenca Comallo
MTB28	SI		Calcatreo II	Estratificado	Subcuenca Maquinchao
MTB29	SI				
MTB26	SI				
MTB27	SI				
MTB23	SI				
MTB24	SI				
CNP5	SI		Santo Rosario	Estratificado	Meseta Somuncura
CNP6	Desc CNP6				
CNP7	Desconocida	MS3			
CNP8	SI		Manantial	Superficie	
CNP9	SI				
CNP10	SI				
CNP11	Desconocida	MS1a			
MTB20	T/SCI		Loma Boggio		
MTB21	Desconocida	MS2b			
MTB8	Desconocida	MS3			
MTB7	Desconocida	MS1a			
MTB32	Desconocida	MS2b			
MTB31	T/SCI				
MTB11	Desconocida	MS1a			
MTB34	CP/LL1				
MTB36	Desconocida	MS2b			
MTB9	Desconocida	MS3			
MTB4	Desconocida	MS1b			
MTB10	Desconocida	MS1a			
MTB2	Desconocida	MS2a			
MTB22	SI				
MTB1	SI				

MTB3	Desconocida	MS2b			
MTB6	Desconocida	MS2a			
MTB12	Desconocida	MS1a			
MTB15	SI				
MTB16	SI				
MTB19	Desconocida	MS1a			
MTB13	Desconocida	MS1b			
MTB17	Desconocida	MS2b			
MTB18	Desconocida	MS3			
MTB30	Desconocida	MS2b			
MTB14	Desconocida	MS3			
MTB5	Desconocida	MS1a	Cerro Aneken		
MTB33	Desconocida	MS1a			
CNP12	SI		Puesto Cerro Mimbres		
CNP13	SI		El Mirador 1		Sierra Pire Mahuida
CNP14	SI				
CNP15	SI		El Mirador 3		
CNP16	SI				
CNP17	SI		Elisa III		Cuenca Sacanana
CNP18	SI		Elisa IV		
CNP19	SI				
CNP20	SI				
CNP21	SI		Cual 8		
CNP22	SI				
CNP23	SI		Nueva Era 6		
CNP24	SI		Sauzal 7		

Tabla II. Distribución espacial de las muestras y correlación con las fuentes y tipos químicos. SI = Sacanana I (fuente secundaria), AB2 = Angostura Blanca II (fuente secundaria), CP/LL1 = Cerro de las Planicies/Lago Lolog 1 (fuente primaria), MS = Meseta de Somuncura (tipo químico), T/SCH 1 = Telsen/Sierra Chata 1 (fuente secundaria)

Un total de 24 muestras fueron enviadas a los laboratorios comerciales de Acmelabs. Allí se determinaron las concentraciones de elementos traza y Tierras Raras por el método de espectrometría de masas con plasma de acoplamiento inductivo (ICP-MS) (Tabla III). Estos elementos presentan concentraciones diferentes en las distintas fuentes y por lo tanto permite distinguirlas con cierto grado de confiabilidad (Escola *et al.* 2000). Las muestras seleccionadas fueron pulverizadas manualmente a malla 200. Para determinar los elementos refractarios y las Tierras Raras se realizó una fusión en metaborato/tetraborato de litio y la perla obtenida fue digerida en una solución de ácido nítrico diluido para asegurar que las Tierras Raras y los elementos de alto radio iónico fueran puestos en solución. Para la determinación de metales base y preciosos se separó una fracción que fue digerida con agua regia (Acmelabs, 2012). Las 34 muestras restantes fueron analizadas por Charles Stern en la Universidad de Colorado por el mismo método (Tabla III).

El carácter transdisciplinario de este trabajo que se desliza desde las ciencias naturales hacia las sociales nos obliga a puntualizar ciertas cuestiones metodológicas. En el tratamiento que hemos realizado se parte de los siguientes supuestos: la complejidad de los problemas que se plantean que a su vez expresa la complejidad de nuestro objeto de estudio, demanda abordajes pluridisciplinarios. Un encuadre monodisciplinar fragmenta la realidad, la oscurece. Perseguimos explicar los fenómenos y este propósito demanda un proceso de integración transversal, que transvase disciplinas, que se plasme en la metodología y que acuda a testimonios diversos. No negamos los límites disciplinarios, sólo nos pronunciamos por atravesarlos. Tampoco propugnamos las fusiones y la creación de nuevos campos porque estimamos que es el trabajo colaborativo, en el curso del cual cada especialista mantiene su identidad, el que tiene las mayores posibilidades de lograr eficacia analítica.

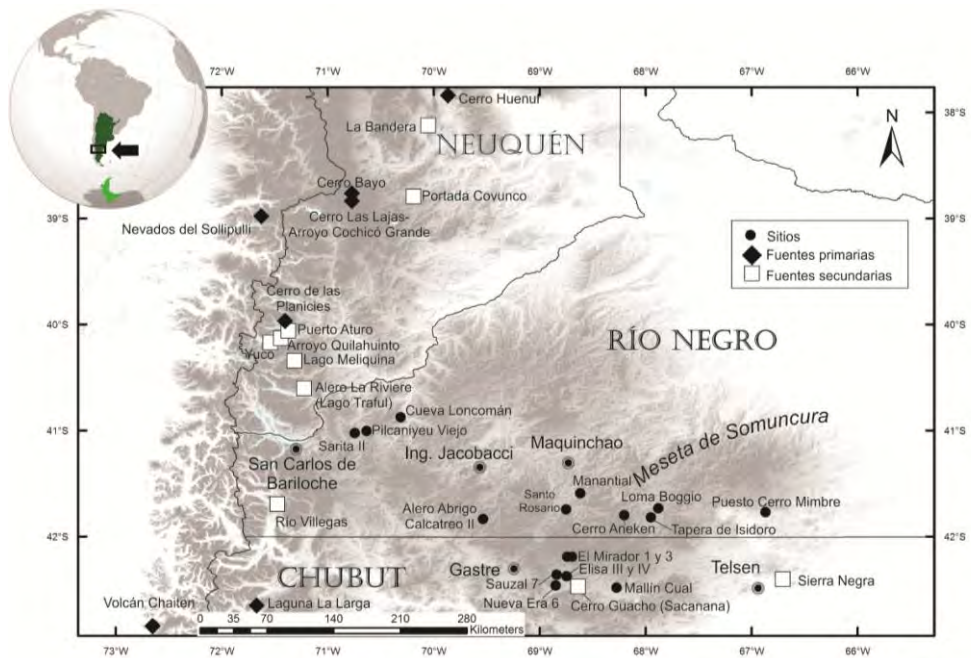


Figura 1. Mapa de ubicación de los sitios estudiados y distribución de las fuentes primarias y secundarias de obsidiana en Patagonia Septentrional

Unidades geográficas

Las distintas unidades geográficas de las que proceden las muestras analizadas pertenecen al sector septentrional de la región conocida como Patagonia extraandina que se extiende desde el río Colorado al norte hasta aproximadamente los 44° S. El clima es semiárido con gran amplitud térmica diaria y estacional. Las temperaturas medias anuales varían entre 8 y 12 grados. Las precipitaciones son de un promedio de 200 mm anuales, disminuyendo hacia la costa atlántica. La vegeta-

ción corresponde al Distrito Occidental (León *et al.* 1998) de la Provincia Patagónica (Cabrera, 1976): una estepa arbustivo-graminosa caracterizada por la presencia de gramíneas (coirones). Es una formación abierta, xerófila y pobre, donde las plantas son arbustos bajos pegados al suelo para resistir los fuertes vientos. Geomorfológicamente, la Patagonia extraandina se caracteriza por la presencia de mesetas y terrazas, cañadones, depresiones o bajos, serranías y valles fluviales.

Subcuenca arroyo Maquinchao: este arroyo se origina en las proximidades de Puesto Hornos (Fig. 2), a aproximadamente 1000 m de altura, por la confluencia de tres arroyos menores. En su primer tramo es de régimen estacional. A lo largo de su curso recibe tres afluentes temporarios: Quetrequile, Pistola y Cahiful. Tiene un recorrido de 150 km y desemboca en la laguna Cari Laufquen Chica, de la cual parte otro curso que desemboca en la Laguna Cari Laufquen Grande. Desde el punto de vista geológico, la mayor parte de su recorrido se desarrolla entre basaltos de diferentes edades y sedimentos cuaternarios a excepción del sector próximo al cruce con la ruta 23 donde afloran volcanitas del Complejo Los Menucos (dacitas, riolitas, andesitas, ignimbritas riolíticas y basaltos) de edad triásica (Cucchi *et al.* 2001).

Subcuenca arroyo Comallo: este curso nace en el Cerro Anecón Grande y luego de recorrer 120 km desemboca en la margen derecha del río Limay. Presenta un régimen torrencial-estacional con aluviones durante el verano. Sus afluentes en el tramo superior son Las Vacas, Cañadón del Corral y Anecón Grande. En su valle medio sólo recibe afluentes temporarios y en el inferior, el principal afluente es el arroyo Coquelén de régimen permanente (Fig. 2). A lo largo de su recorrido atraviesa diferentes litologías. En su trayecto superior dominan las tobas y sedimentitas de colores grisáceos pertenecientes a la Formación Collón Cura de edad Mioceno medio-superior. En las proximidades de la localidad de Comallo recorre afloramientos del basamento ígneo-metamórfico paleozoico, andesitas y aglomerados triásicos y basaltos cuaternarios (González *et al.* 2003). En su trecho inferior se exponen principalmente rocas graníticas del basamento paleozoico y basaltos miocenos (Cucchi, 1998).

Subcuenca del río Pichiluefu: pertenece a la cuenca del río Limay. Se origina al sudeste del lago Nahuel Huapi, en las proximidades de los Cerros Colorado, de las Carreras y Pico Quemado. Tiene una orientación Sudoeste-Noreste y una longitud de 115 km. Recibe a los arroyos Pilcaniyeu, Carhué, Pulpulcura y Panquehuau de régimen temporario. Tuerce su rumbo hacia el norte hasta desembocar en el Limay, en las cercanías de Paso Flores. Es de régimen permanente y presenta hábito meandri-forme con una planicie de inundación bien desarrollada. En sus nacientes atraviesa rocas volcánicas (de basaltos a riolitas), piroclásticas (incluyen ignimbritas, tobas y vitrófros) y también rocas sedimentarias marinas y continentales. Luego pasa a recorrer un ambiente de rocas sedimentarias continentales de edad miocena inferior que constituyen la Formación Ñirihuau y hacia el norte, afloran los elementos de la Formación Huitrera del Paleógeno, integrados por ignimbritas y tobas dacíticas y riolíticas, andesitas, traquitas y basaltos, areniscas y conglomerados continentales (Giacosa y Heredia, 2001). En el tramo inferior atraviesa granitoides paleozoicos y facies clásticas de la Formación Collón Cura (Nullo, 1979).

Tabla III. Composición Química de elementos menores y trazas de las muestras seleccionadas expresados en ppm.
DL: Debajo del límite de detección

Muestra	Rb	Sr	Y	Zr	Nb	Ba	La	Ce	Pr	Nd	Sm	Eu	Gd	Tb	Dy	Ho	Hf	
CNP1	276.6	8.3	51.1	351.1	119.9	382	95.2	178.2	21.52	75.0	12.80	0.25	11.08	1.63	10.73	1.73	0.59	13.4
CNP2	141.8	78.4	28.8	256.5	19.7	969	40.5	80.4	9.36	32.6	5.61	0.79	4.61	0.71	4.82	0.88	0.51	8.0
CNP3	129.6	39.9	21.4	89.9	16.3	809	18.0	34.4	4.38	15.1	3.05	0.54	3.09	0.52	3.25	0.65	0.33	2.8
CNP4	139.9	76.2	27.1	256.4	19.8	783	41.4	78.4	9.16	32.3	5.71	0.73	4.90	0.71	4.64	0.91	0.50	7.2
CNP5	294.9	4.9	53.8	303.3	128.5	40	62.3	127.0	15.72	52.7	11.38	0.08	10.23	1.62	10.09	1.81	0.61	12.7
CNP6	1559.4	18.3	92.0	583.8	505.7	97	52.9	112.0	12.23	34.1	7.21	0.11	6.55	1.45	11.92	2.55	2.30	52.8
CNP7	428.7	4.7	171.0	2582.4	357.8	129	206.2	404.7	48.06	167.3	32.61	0.99	29.11	4.82	31.45	5.73	2.34	68.0
CNP8	277.4	3.9	49.6	339.1	123.6	89	79.3	154.5	18.29	60.2	11.98	0.10	10.50	1.58	9.74	1.74	0.60	14.5
CNP9	349.1	4.7	56.4	331.9	134.7	67	58.4	121.4	15.22	56.8	11.74	0.07	11.52	1.76	11.28	1.93	0.61	14.9
CNP10	302.2	3.7	53.9	303.0	131.4	25	64.3	127.7	15.46	55.3	11.27	0.06	10.20	1.63	10.30	1.85	0.63	13.3
CNP11	341.5	1.1	56.1	473.8	165.8	23	51.3	105.4	12.15	40.1	8.41	0.27	7.36	1.31	8.81	1.79	0.84	16.9
CNP12	273.7	3.0	48.8	332.8	119.6	21	70.9	140.5	17.03	59.7	11.76	0.07	10.31	1.56	9.50	1.66	0.60	13.6
CNP13	263.4	3.4	47.7	342.3	117.0	30	73.8	147.0	17.61	62.7	11.76	0.09	10.14	1.58	10.03	1.72	0.57	13.5
CNP14	268.3	3.3	48.4	337.9	114.0	21	73.6	145.9	17.27	61.0	11.60	0.07	10.32	1.57	10.00	1.65	0.54	13.8
CNP15	273.1	2.9	50.2	349.4	119.8	21	73.1	145.0	17.33	59.9	11.68	0.07	9.82	1.56	9.49	1.61	0.60	14.0
CNP16	276.9	3.2	49.5	338.2	122.0	15	72.7	141.1	16.97	59.9	11.42	0.07	10.15	1.55	9.94	1.64	0.57	13.1
CNP17	269.9	3.1	47.1	335.5	119.0	21	69.9	142.8	16.95	60.0	11.54	0.08	10.11	1.55	9.29	1.68	0.56	13.9
CNP18	282.7	2.5	51.0	338.4	122.9	14	72.7	144.2	16.97	57.7	11.80	0.07	10.80	1.66	10.32	1.65	0.60	13.5
CNP19	269.8	3.2	48.7	350.8	120.1	18	73.8	144.6	17.27	58.3	11.51	0.09	9.91	1.56	9.42	1.76	0.61	13.0
CNP20	279.3	3.1	50.4	360.5	121.7	21	73.8	144.8	17.52	62.4	11.76	0.07	10.24	1.60	9.42	1.76	0.60	14.3
CNP21	264.9	3.4	46.7	341.6	118.4	19	76.5	150.3	17.43	60.7	10.96	0.07	10.17	1.57	9.86	1.71	0.56	14.9
CNP22	270.5	2.6	49.2	349.0	119.0	19	71.6	143.5	16.88	60.0	11.63	0.08	10.43	1.62	10.47	1.81	0.57	14.3
CNP23	270.2	3.3	50.2	349.1	121.7	16	73.8	147.9	17.52	62.8	11.53	0.05	10.32	1.57	9.90	1.73	0.56	13.9
CNP24	277.4	3.1	50.9	337.7	120.4	15	74.1	146.6	17.53	61.9	11.57	0.07	10.36	1.61	9.69	1.75	0.58	12.9
MTB1	304	3	52	348	121	18	81.7	168.9	19.2	69.9	11.1	0.43	13.0	2.5	11.1	1.76	0.60	7.8
MTB2	322	1	81	1456	178	5	109.1	220.7	24.4	80.0	16.6	0.17	16.6	3.03	17.4	3.57	0.94	30.7
MTB3	319	1	111	1758	204	3	193.0	371.3	40.0	144.7	25.1	1.43	32.8	4.05	22.8	4.48	1.72	35.7
MTB4	365	1	64	618	178	5	63.8	135.9	13.9	48.3	10.5	0.27	9.45	1.64	12.35	2.17	1.30	19.4
MTB5	362	1	54	480	166	4	54.4	107.9	13.0	50.1	11.1	DL	9.9	1.17	10.1	2.06	0.84	10.9
MTB6	318	1	83	1508	176	5	110.7	221.9	24.4	92.9	16.3	DL	15.8	2.53	15.8	2.92	1.22	36.7

Muestra	Rb	Sr	Y	Zr	Nb	Ba	La	Ce	Pr	Nd	Sm	Eu	Gd	Tb	Dy	Ho	Lu	Hf
MTB7	358	2	62	412	132	8	57.5	117.4	13.9	49.3	14.5	DL	11.2	2.29	13.9	2.46	0.45	12.5
MTB8	502	2	189	3416	432	7	267.4	520.8	55.5	186.8	35.2	0.94	43.7	6.32	38.5	6.83	2.97	70.2
MTB9	497	2	187	3434	432	5	257.5	503.5	56.2	202.9	39.3	0.91	35.6	6.00	36.3	7.35	3.06	74.6
MTB10	352	2	69	398	150	12	53.1	112.5	14.7	47.6	7.8	DL	12.7	1.92	13.1	2.77	0.38	12.6
MTB11	361	1	52	466	160	5	57.1	112.1	11.9	42.6	10.3	0.32	8.2	1.41	8.2	1.46	0.84	11.4
MTB12	345	3	68	391	154	18	51.1	112.4	12.7	45.5	9.5	0.31	13.0	2.93	15.3	2.70	0.99	16.2
MTB13	374	1	63	606	172	5	63.2	127.0	13.5	47.3	7.6	0.33	9.32	1.60	11.70	2.67	0.70	15.3
MTB14	484	2	185	3280	428	7	250.7	507.1	57.1	188.0	36.7	0.82	36.0	6.63	36.3	8.49	3.43	73.0
MTB15	280	3	46	335	106	13	74.9	156.2	15.4	61.6	11.8	DL	12.8	2.3	12.7	1.94	DL	8.6
MTB16	297	3	52	346	114	9	89.1	174.5	17.6	68.9	12.4	DL	12.7	2.0	8.4	1.92	0.29	7.8
MTB17	275	1	100	1532	194	9	243.8	453.8	48.5	178.3	40.7	1.16	32.4	3.25	21.4	4.64	1.33	28.6
MTB18	505	1	199	3366	443	3	268.3	527.5	59.5	198.9	38.6	0.94	40.5	6.66	36.3	6.55	2.93	81.1
MTB19	358	3	54	472	164	8	57.4	111.4	13.3	46.0	7.5	0.18	8.7	1.53	7.9	2.11	0.48	10.5
MTB20	624	1	306	2946	512	1	187.4	411.5	47.0	169.3	36.8	2.84	39.1	6.8	40.7	7.92	2.09	77.4
MTB21	280	1	96	1446	207	6	252.0	464.3	51.7	187.8	28.1	1.85	30.8	4.04	26.0	4.04	1.01	34.8
MTB22	368	5	57	362	129	11	65.3	141.1	15.0	56.6	11.9	0.25	11.7	2.1	10.7	2.30	1.03	8.6
MTB23	301	4	51	349	116	12	80.0	167.1	16.7	62.6	11.1	DL	13.0	2.0	8.7	2.19	0.48	12.7
MTB24	301	3	50	340	119	13	81.9	161.9	18.2	61.3	15.5	DL	10.7	1.6	11.6	2.03	0.55	6.0
MTB25	315	3	56	373	125	14	89.7	180.2	20.9	71.3	11.9	DL	13.3	2.5	11.0	2.11	0.46	9.6
MTB26	283	3	46	331	110	10	75.7	153.5	16.8	56.0	10.7	DL	13.2	2.1	12.2	1.95	0.88	7.4
MTB27	280	3	51	333	114	14	78.5	166.5	16.8	60.5	9.8	DL	12.9	1.7	9.7	1.86	0.21	6.5
MTB28	286	4	51	336	112	12	77.4	159.0	18.7	57.2	11.7	DL	9.2	2.7	10.4	1.54	0.42	13.1
MTB29	295	3	50	350	116	12	80.4	161.7	17.2	56.4	13.6	DL	12.6	1.7	11.1	2.16	0.45	10.5
MTB30	280	2	104	1475	202	5	261.0	472.4	50.3	173.9	28.6	1.26	35.0	3.86	21.1	4.43	1.87	34.7
MTB31	665	1	308	3222	543	3	183.7	398.0	50.2	160.0	41.1	1.68	39.7	6.5	38.4	6.42	3.09	81.1
MTB32	282	1	104	1490	196	11	278.1	517.9	53.6	194.5	26.2	1.03	33.1	4.38	17.7	4.46	1.38	29.0
MTB33	366	4	70	408	163	19	53.3	113.3	13.3	49.1	13.7	0.22	10.3	2.18	12.2	3.21	0.63	13.3
MTB34	143	46	21	92	13	734	13.5	30.6	3.69	13.0	3.45	0.93	3.40	0.63	3.17	1.01	0.25	4.1
MTB36	307	1	113	1598	210	9	280.1	515.8	54.4	187.3	33.9	2.28	31.9	4.83	21.7	4.62	1.34	26.7

Cuenca del arroyo Sacanana: las nacientes se ubican en la Sierra de Pire Mahuida (1960 msnm) y luego de recorrer aproximadamente 90 km hacia el este, desemboca en laguna Verde (890 msnm) de régimen intermitente. El curso principal del Sacanana es de régimen intermitente y transitorio llevando agua entre los meses de agosto y diciembre. La cuenca en total ocupa un área de 5544 km² (Hidroar, 2010). El Sauzal es el tributario más importante con una cuenca aproximada de 87 km², y como todos los arroyos de la región, es de régimen intermitente. El principal aporte de El Sauzal es el arroyo Blan Pilquin, de similares características. Sus nacientes están situadas a una cota del orden de los 1320 msnm (Hidroar, 2010). En sus nacientes la litología atravesada comprende riolitas y basaltos miocenos pertenecientes al Complejo Volcánico Pire Mahuida, andesitas jurásicas del Grupo Lonco Trapial e ignimbritas riolíticas y dacíticas triásicas de la Formación Garamilla. Saliendo de la zona serrana atraviesa nuevamente los basaltos del Complejo Pire Mahuida. Al alcanzar las Pampas de Sacanana y Gan Gan el cauce discurre por arenas, gravas y limos que constituyen depósitos cuaternarios (Ardolino *et al.* 2001).

Sierra de Pire Mahuida: también se la conoce como Sierra Nevada. Se ubica en el límite entre las provincias de Río Negro y Chubut (Fig. 2), entre los meridianos de 68°30' y 69° Oeste. El rumbo general es este-oeste y tiene una longitud de 40 km, mientras que el ancho varía entre 10 y 20 km (Salani, 1990). Su máxima altura alcanza los 1971 msnm. Está constituida por un sustrato de rocas ígneas efusivas e intrusivas de composición ácida y edad Paleozoica sobre el cual se depositaron las vulcanitas mesosilícicas de la F. Taquetrén (Jurásico). Luego de esto se desarrolla otro ciclo lávico-piroclástico riolítico a traquiandesítico de ubicación temporal dudosa (Salani, 1990), pero previa al desarrollo del Complejo Volcánico Pire Mahuida. Este último constituye el evento volcánico más desarrollado en el área de la Sierra, de características fundamentalmente ácidas (aunque varía a términos mesosilícicos y básicos) y edad Terciaria. Está compuesto por lavas y piroclastitas provenientes de varios centros de emisión. Los últimos sucesos efusivos del área están representados por basaltos miocenos y plio-pleistocenos (Salani, 1990). Las características geológicas mencionadas, es decir constituida principalmente por lavas, domos e ignimbritas riolíticas, la convierten en una potencial fuente primaria de obsidiana muy importante, sobre todo para la cuenca del arroyo Sacanana.

Meseta de Somuncura: es una superficie plana elevada cortada por valles profundos y estrechos. Ocupa -en las provincias de Río Negro y Chubut- una extensa superficie de aproximadamente 25.000 km² (Remesal *et al.* 2002). Alcanza su máxima altura en el cerro Corona de 1940 msnm. Geológicamente está constituida por un basamento Paleozoico de granitos y metamorfitas sobre el cual se depositaron durante el Mesozoico rocas volcánicas de diferente composición y sedimentitas lacustres y fluviales (F. Cañadón Asfalto, Grupo Chubut) y posteriormente, en el Paleógeno, marinas (F. Roca). Durante el resto del Paleógeno y Neógeno hubo efusiones de ceniza volcánica blanquecina conocidas como F. Sarmiento, que se intercalan con coladas basálticas que constituyen la parte superior de la meseta de Somuncura. En una etapa posterior durante el Mioceno, hubo localmente efusiones

riolíticas y traquíticas que dieron origen a las actuales zonas serranas (Ardolino *et al.* 2008). En particular, estas últimas efusiones podrían dar origen a fuentes primarias de obsidiana.

Discusión

Se identificaron 6 tipos químicos de obsidiana. Del total de muestras analizadas, 28 (48,27%) son compatibles con el tipo químico denominado Sacanana I (SI) por Stern *et al.* (2000) (Figs. 3 y 4). Éste es el tipo más frecuente y más ampliamente distribuido, se lo ha encontrado hasta en Sarita II que es el sitio más occidental de los estudiados (Fig. 2).

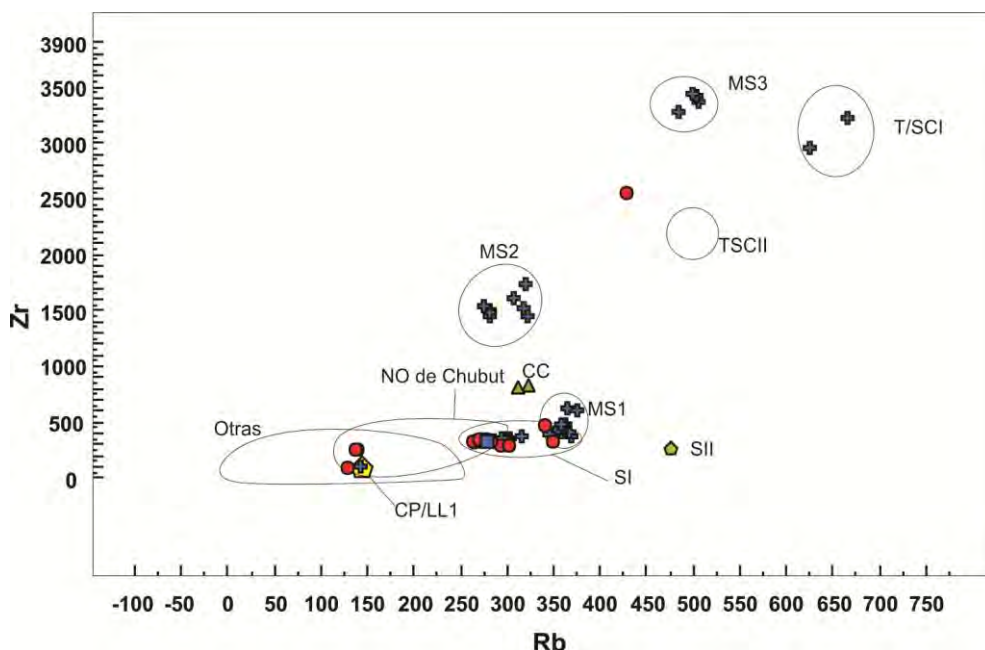


Figura 3. Diagrama Rb vs. Zr para las muestras analizadas.
Ver texto para más referencias

El tipo químico que le sigue en orden de abundancia se relaciona con uno definido por Gómez Otero y Stern (2005), denominado Meseta de Somuncura (MS) porque estos autores estiman que provendría de algún lugar de la Meseta homónima. Stern (inédito) subdividió este tipo en MS1, MS2 y MS3, con variedades tipo a y b en los dos primeros. Estas variedades están presentes exclusivamente en sitios de la Meseta de Somuncura excepto la muestra CNP7 que pertenece al sitio Santo Rosario de la subcuenca Maquinchao.

Dos muestras obtenidas en los sitios Pilcaniyeu Viejo (CNP2) y Cueva Loncomán (CNP4) resultan compatibles con un tipo químico denominado por Bellelli y Pereyra (2002) como Desconocida X, hallado en Campo Nassif (Piedra Parada). Se

asemejan también a tipos como Angostura Blanca 2 (AB2) o Los Alerces-Laguna LL1, pero que según estos mismos autores, son variedades no aptas para la talla.

Una muestra del sitio Pilcaniyeu Viejo (CNP3) y otra de Loma Boggio (MTB34) se ajustan bien tanto a la fuente primaria denominada Cerro de las Planicies/Lago Lolog 1 (CP/LL1, López *et al.* 2009) como a la fuente Laguna del Diamante (Durán *et al.* 2004). En Loma Boggio se identificaron dos artefactos (MTB20, MTB31) cuyas características químicas se relacionan con el tipo T/SC I (Stern *et al.* 2000) de la zona de Telsen.

La única muestra que no ha podido ser relacionada con algún tipo conocido es la CNP6, del sitio Santo Rosario. Se caracteriza por tener altos contenidos de Tierras Raras pesadas, Zr, Th, U, Nb y Ta. Por el momento se la asigna a una fuente desconocida que denominamos Desconocida CNP6.

En la figura 3 se graficaron las relaciones Rb vs. Zr para las muestras MTB (cruces azules) y CNP (círculos rojos). La muestra CNP6 no está representada ya que su contenido en Rb está fuera de la escala utilizada. Se volcaron además, para referencia, muestras de tipos y/o fuentes ya conocidos en la literatura: rectángulo azul corresponde a la muestra MS5 del Cerro Guacho, fuente SI (Stern *et al.* 2000). El pentágono verde corresponde a la muestra MS6c, tipo SII (Stern *et al.* 2000). Los triángulos corresponden al tipo químico Cerro Castillo (CC) de fuente desconocida (Stern *et al.* 2000). Los círculos indicados como TSCI y II fueron trazados graficando las muestras de esos tipos que se encuentran en Stern *et al.* (2000) y Bellelli y Pereyra (2002). La elipse denominada “NO del Chubut” surge de agrupar los análisis presentados por Bellelli y Pereyra (2002) en las áreas Piedra Parada, Cholila y Parque Nacional Los Alerces. El pentágono blanco representa la fuente Cerro de las Planicies/Lago Lolog 1 (CP/LL1) tomada de López *et al.* (2009a). En la elipse “otras” se incluyen todas las otras fuentes/tipos conocidos de obsidiana en Patagonia, pero que no resultaron compatibles con los resultados presentados en este trabajo: la fuente Pampa del Asador y todas sus variedades (Stern 1999), fuente Melipeuco (Stern *et al.* 2008), tipo Obsidiana Verde del Mar de Otway (Stern y Prieto, 1991), tipos Obsidiana Azul y Desconocida 4 (López *et al.* 2010), fuente Cerro Huenul (Durán *et al.* 2004), fuente La Bandera (López *et al.* 2009b), fuente Chaitén (Stern y Curry, 1995; Stern *et al.* 1995), fuentes Portada Covunco, Río Kilca, Río Litrán y Cerro Bayo (Stern *et al.* 2012), fuentes Cerro de las Planicies, Yuco, Quilanquinto/a. Pocahullo y los 3 tipos desconocidos del lago Meliquina (López *et al.* 2009a), por último los nuevos tipos que agregan Bellelli *et al.* (2006).

Como se expresara anteriormente, para reafirmar que la agrupación de muestras observada en el diagrama Rb vs Zr se mantiene también en otros elementos, se graficaron los contenidos de Tierras Raras en diagramas multielementales (Fig. 4). Esto permitió ajustar la concordancia entre muestras y fuentes y/o tipos químicos conocidos.

Resaltamos que las fuentes ubicadas en sectores de la Patagonia extraandina -Sacana, Telsen/Sierra Chata- tienen patrones de elementos traza normalizados (Fig. 4) comparables entre si y a su vez muy diferentes al de aquellas fuentes que provienen de zonas cordilleranas (Cerro de Las Planicies/Lago Lolog, Portada

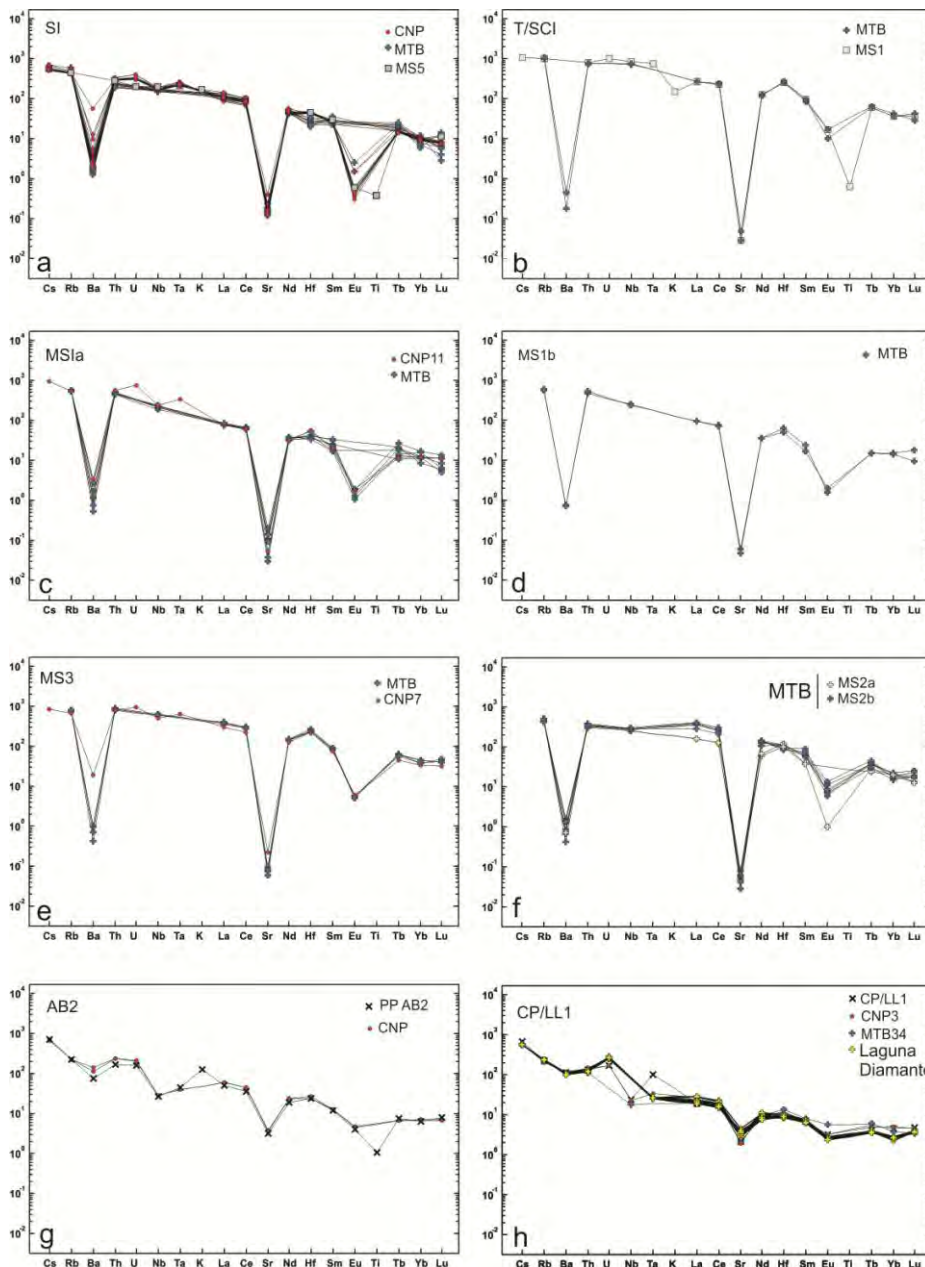


Figura 4. Diagrama multielementos normalizado a manto primitivo de acuerdo a las constantes de Sun y McDonough (1989): a) Muestras CNP y MTB que corresponden a la fuente Sacanana I. Se agregó la muestra MS5 de Stern et al. (2000) como referencia. b) Muestras MTB 30 y MTB 31 junto con MSI tomada de Stern et al. (2000). c) Muestras MTB y CNP que pertenecen al tipo MS1a. d) Muestras MTB 4 y 13 que definen el tipo MS1b. e) Muestras MTB que definen MS3 junto con CNP7. f) Muestras MTB que definen los tipos MS2 a y b, muy similares entre sí. g) CNP 2 y 4 similares al tipo AB2 de Bellelli y Pereyra (2002). h) CNP 3 y MTB 34 compatibles con la fuente CP/LL1 de López et al. (2009a)

Covunco, Angostura Blanca, Laguna del Diamante, Cerro Huenul, entre otras). Las primeras se caracterizan por un diseño muy quebrado con marcados picos negativos en Ba, Sr y Eu, mientras que las segundas tienen un patrón más suave sin picos negativos tan pronunciados. Teniendo en cuenta estas diferencias, se puede inferir que el patrón de la muestra CNP6, que no es comparable con fuentes conocidas, se asemejaría más al de las fuentes de ambiente intracratónico que cordillerano.

En esta discusión integraremos nuestros resultados con los obtenidos por otros investigadores en el curso medio del río Chubut y en la costa patagónica septentrional (Stern *et al.* 2000; Gómez Otero y Stern, 2005; Bellelli *et al.* 2006, Favier Dubois *et al.* 2009). El rango cronológico de las muestras que nosotros hemos analizado -según fechados radiocarbónicos- se extiende desde *ca.* 3000 AP. hasta el siglo XVIII. Las del Área de Piedra Parada registran igual antigüedad y perduran en sus contextos estratificados hasta el siglo XV. Las más tempranas de la costa chubutense se ubican en *ca.* 2600 AP. y algunas, al igual que las de la costa rionegrina, no aportan cronología absoluta porque proceden de superficie. Esto se reitera en los artefactos del IPS que recogimos en sitios a cielo abierto. En la subcuenca del arroyo Maquinchao, las muestras del componente más antiguo del Abrigo y Alero Calcatreo II -2747 ± 37 AP. (calibrada 1000 AC. -95,4%- 810 AC.)-, corresponden a la fuente Sacanana al igual que la analizada del componente reciente del Alero Santo Rosario -593 ± 32 AP. (calibrada 1300 DC. -95,4%- 1420 DC)-. Contrariamente a lo constatado en Patagonia centro-meridional argentino-chilena en donde el empleo de obsidiana se remonta al Holoceno inicial, en Patagonia septentrional comienza en el Holoceno tardío. Hasta el momento no se han publicado hallazgos de útiles elaborados sobre esta materia prima en los componentes del Holoceno medio de sitios del valle del río Chubut, costa marítima del Chubut y de Río Negro.

En la tabla IV hemos considerado la distribución de uno de los tipos químicos y de las tres fuentes más utilizadas en sitios arqueológicos de las provincias de Río Negro y del Chubut. Inferimos que el tipo químico Meseta de Somuncura debe provenir de una fuente muy próxima al área del Complejo *Yamnago*² (Fig. 2), en cuyos sitios se observa una marcada tendencia al empleo de este tipo. De las fuentes cordilleranas la única presente es la neuquina Cerro de las Planicies/Lago Lolog 1 que llegó hasta los sitios Saco Viejo y Buque Sur (540 km) y Loma Boggio (450 km), los tres en Río Negro.

² El topónimo *Yamnago* designaba un cazadero estacional de guanacos que cubría una extensión de 250 km², ubicado en el Bajo de El Caín, provincia de Río Negro. Desde hace por lo menos 2000 años, los cazadores patagónicos han aprovechado sus recursos; (...) en pleno siglo XIX, era considerado inagotable y en la primera mitad del XX todavía aportaba elementos para la dieta y proveía de cueros a la economía regional. *Yamnago* fue un ambiente privilegiado: manantiales, salinas, lagunas salobres con afloramientos de basalto, lomas cubiertas por especies vegetales de gramíneas y arbustivas, nódulos de calcedonia y de ópalo y bloques de hematita y limonita. Un hábitat propicio para los guanacos (...). La singular topografía, conformada por barrancas basálticas de poca altura que circundan las lagunas, ofreció una base natural excelente para que los cazadores acondicionaran sus viviendas de paredes de basalto y techo de cueros y/o de ramas (...) (Boschín y del Castillo Bernal, 2005: 112).

Tanto los sitios de Piedra Parada como los de las Unidades Pire Mahuida y Cuenca del Sacanana, aprovecharon con exclusividad la fuente homónima. Su dispersión alcanzó la Península Valdés, 379 km al este, río Cisnes (Chile), 318 km al suroeste, Unidad Pichileufu, 265 km al noroeste y Cholila, 243 km al oeste (Fig. 2). Telsen/Sierra Chata abasteció primordialmente con sentido este, asentamientos de la costa atlántica, aproximadamente 200 km o menos (Fig. 2). Hacia el noroeste se la encuentra en Loma Boggio, 100 km y hacia el sudoeste, en el sitio chileno, a 450 km. Las fuentes Sacanana y Telsen/Sierra Chata, así como el tipo químico Meseta de Somuncura han sido encontrados exclusivamente en artefactos recuperados en Parajes arqueológicos de Río Negro y Chubut.

Región	Cantidad Muestras	MS		T/SC I		SI		CP/LL1	
Complejo Yamnago	29	22	75,86%	2	6,90%	4	13,79%	1	3,45%
Costa de la Prov. de Río Negro	17	7	41,18%	2	11,76%	5	29,41%	3	17,65%
Costa de la Prov. del Chubut	16	5	31,25%	6	37,50%	5	31,25%	0	0,00%
Unidades Piré Mahuida y Sacanana	12	0	0,00%	0	0,00%	12	100%	0	0,00%
Área de Piedra Parada	11	0	0,00%	0	0,00%	11	100%	0	0,00%

Tabla IV. Representación de los tipos químicos en las unidades geográficas

En un artículo reciente referido al aprovisionamiento de pigmentos (Massaferro *et al.* 2012: 125) consideramos que: “Dado que habrían existido diferentes distancias hasta las fuentes, se infiere que los rangos de acción de estas poblaciones variaban desde una escala local a una regional”. En el caso de la obsidiana estimamos los siguientes rangos: local hasta 50 km, regional hasta 400 km. Este último pudo implicar dos modalidades: abasto directo o indirecto que habría involucrado a uno o más asentamientos que se habrían desempeñado como intermediarios. Los cacicatos con régimen de internada en Maquinchao, chulengueada en Yamnago y veranada en Gastre / Gan Gan (Boschín y del Castillo, 2005), habrían practicado el abasto directo en el curso de sus movimientos estacionales. Durante la chulengueada explotarían el tipo Somuncura y al trasladarse desde la veranada a la internada lo harían con acopio de obsidiana de Sacanana. Una segunda entidad territorial con asentamiento invernal en la costa, pasadero en *Yamnago* y veranada en el centro-norte del Chubut se habría aprovisionado directamente del tipo Meseta de Somuncura y en las fuentes Telsen/Sierra Chata y Sacanana. Los dos grupos estarían incluidos en el sistema de propiedad comunal que se desarrollará a continuación.

Básicamente implicaba el libre acceso a los recursos para los linajes emparentados. Salvo el tipo MS que inferimos tiene su fuente en la Meseta de Somuncura, próxima a *Yamnago*, accesible sólo en diciembre y enero, Sacanana y Telsen/Sierra Chata I están disponibles durante todo el año.

Hemos adelantado que nuestro interés en el tema desarrollado radica en la posibilidad de relacionar los resultados del análisis de obsidiana con los que proceden del análisis de otros testimonios arqueológicos, históricos y etnográficos. “Nuestro registro no tiene hiatos: las sociedades que habitaban la porción más austral de nuestro territorio en el siglo XVI se pueden conocer estudiando sus restos materiales y las descripciones que nos proporcionaron los primeros cronistas europeos. Sus descendientes, que fueron políticamente independientes hasta avanzado el siglo XIX, también dejaron sus huellas materiales, además interactuaron con europeos, argentinos y chilenos que nos legaron sus escritos; y desde el arranque del siglo XX, Patagonia asistió a la llegada de los primeros etnógrafos que alcanzaron a documentar la lengua y el modo de vida de los indígenas. (...) El recurso etnográfico en Patagonia se apoya sobre condiciones especiales, (...) se produjo a expensas de sociedades cuyos miembros son descendientes de los que estudia la Arqueología. (...) En resumen, en el marco de la tensión que atraviesa a la Arqueología desde su constitución como disciplina -la correspondencia entre datos e interpretaciones-, consideramos que la opción metodológica más productiva es la incorporación de las explicaciones conservadas en el registro de la memoria social” (Boschín, 2009: 53-54).

Las investigaciones que han dado sustento a este capítulo se iniciaron con la siguiente pregunta: ¿sobre qué condiciones sociales, económicas e ideológicas se apoyó el prestigio, el poder y la capacidad de alianzas y negociaciones que tuvieron los cacicatos del Interior Patagónico Septentrional (IPS) entre el siglo XVII y la primera década del siglo XX? Hemos concentrado nuestra atención en los seis cacicatos cuyos descendientes actualmente continúan viviendo en el Interior. Entre 2008 y 2012, en sucesivos trabajos de campo, entrevistamos a los jefes de estos linajes y a miembros de sus familias (Boschín, 2012). Registramos sus historias de vida, sus relatos sobre sus antecesores, construimos genealogías y examinamos documentos inéditos y editados. Los resultados exceden los objetivos de este artículo; sólo nos referiremos a algunos testimonios que nos habilitarán la discusión de la territorialidad, de los linajes, del parentesco, del prestigio y del poder económico.

El documento más antiguo que se conoce hasta hoy -con información destacada sobre los habitantes del IPS- es la Carta-Relación del jesuita Nicolás Mascardi (1963 [1670]) que durante cuatro años convivió con el cacique Manqueunai y su gente y visitó a varios otros en sus asentamientos. En sus recorridos desde la Misión que fundó en inmediaciones de las nacientes del río Limay, llegó hasta el sur de la provincia del Chubut y norte de la de Santa Cruz. En esas latitudes, en el año 1673, fue atacado y murió (Anónimo, 1945 [siglo XVIII])³. Los datos de la Carta-Relación, los comentarios de Furlong (1963) que la preceden y el documento

³ El documento que contiene este dato fue publicado por Furlong (1945) y aunque se desconoce la autoría, se estima que corresponde al siglo XVIII.

de autor Anónimo proporcionan un panorama sobre las jefaturas de las mesetas centro-septentrionales.

En el verano de 1669-1670, Mascardi de acuerdo con sus fines evangélicos, realizó su primer viaje hasta el valle del río Chubut guiado por baquianos que lo asistían en la Misión: “(...) al llegar a ese punto los indios que lo acompañaban le manifestaron que no les era dado acompañarle más adelante pues les estaba prohibido. Parece (...) hallaron a los de otro cacicazgo, y éstos les intimaron no pasar adelante” (Furlong, 1963: 55). Esta cuestión de límites se reiteró en su cuarto viaje, aproximadamente a la altura del río Deseado (Furlong, 1963), cuando para cortar el paso, lo mataron. En esas circunstancias el “indio Domingo” quedó cautivo: “(...) a media noche se salió (...) y enterró el cuerpo del S^{to} P,^e (...)”. Los indios de la Misión fueron a recuperarlo, “(...) hicieron la diligencia, y fueron pagando por el camino a los Caciques Las pagas que ellos acostumbra, para que les dexassen passar y traer los Santos guesos del Santo P,^e (...)” (Anónimo, 1945: 234).

El cobro de peaje pone de manifiesto la existencia de límites territoriales, de espacios en posesión de unidades sociales que controlaban la circulación y la explotación de los recursos. La demarcación de la territorialidad en Patagonia tiene sus antecedentes en tiempos prehispánicos. Una de las prácticas que le otorgó visibilidad fue el arte rupestre: existen tipos morfológicos y técnicas de ejecución que como los negativos de manos sólo se ejecutaron en Patagonia centro-meridional y que están ausentes en Patagonia septentrional (Boschín, 1994, 2009).

En documentos del siglo XIX se alude a los “derechos del cacicazgo”: “Y en caso de renovar la negociacion (...) me anticipo á indicar á V. S. q^e el punto de la Bahía blanca es el mas á proposito p^a. una convocación general p^r. q^e sobre ocupar una distancia media q^e facilita la reunión, logran los comisionados una seguridad (...) q^e no pueden tener en los toldos de los indios (...) á mas evitan p^r. esta vía el pagar los derechos de cacicazgo durante el camino (...)” (Marzo 12 de 1825, AGN X, 13. 8. 2).

Un testimonio paradigmático es la carta que en 1865, el Cacique Antonio remite “Al señor Jones, Superintendente de la Colonia del Chupat⁴”, desde sus tolderías en Piré Mahuida (IPS), Chubut. El Cacique expone la perspectiva indígena acerca de la organización, ocupación y uso del espacio patagónico: “Usted, sin duda, no sabe que en la región al sur de Buenos Aires existen tres grupos distintos de indios. Al norte del río Negro (Patagones) y al borde de la Cordillera, vive una nación de indios denominados “Chilenos”. Estos indios son de corta estatura y hablan el idioma llamado Chilona. Entre el río Negro y el río Chupat vive otra nación, que son de mayor estatura que los Chilenos y que (...) hablan un idioma diferente. Esta es la nación llamada Pampa y que habla pampa. Yo y mi pueblo pertenecemos a ella. Al sur del río Chupat vive otra nación llamada Tehuelche, gente aún más alta que nosotros y que habla un idioma distinto. Ahora, yo digo que las llanuras entre el Chupat y el río Negro son nuestras y que nunca las venderemos. Nuestros padres vendieron las

⁴ En 1865, arribó a Patagonia, el primer contingente de galeses que se asentó en el valle inferior del río Chubut y dio origen a la Colonia Galesa.

llanuras de Bahía Blanca y Patagones, pero nada más. Yo soy el cacique de una tribu de indios Pampas, a la que pertenecen las llanuras del Chupat. Nosotros cazamos entre Patagones y el Chupat, cerca de la costa del mar en invierno y en verano en el interior, donde el sol se pone en esa estación. Yo tengo un tratado de paz con Patagones, pero que no considera la venta de tierras. Yo sé muy bien que usted ha negociado con el gobierno para colonizar el Chupat; pero usted debe también negociar con nosotros, que somos los dueños de estas tierras. El Sr. Aguirre me leyó una carta del gobierno en la que se me dice que deje que vengan más de ustedes y no hacerles nada, y también que les diga a los otros caciques que no deben molestarlos a ustedes. Prometí hacer por ustedes todo lo que esté en mi poder, y en caso de que quieran traer vacunos, caballos o yeguas, los dejaremos pasar sin molestarlos (...). Toda mi gente, que está reunida aquí para ver cómo es escrita esta carta, le manda muchos saludos. De parte del Cacique Antonio”.

El gobierno colonial (siglo XVIII) se vio obligado a realizar un trato con el Cacique Negro⁵ para que éste le cediera el sector del valle inferior del río Negro que se extiende entre Carmen de Patagones y San Javier tal como se explicita en el artículo 2º del Tratado de Paz que en 1856 firmó el Cacique Llanquetru (Levaggi, 2000). Posteriormente, lo ratifica el Cacique Antonio en su carta y agrega que sus abuelos también vendieron Bahía Blanca y que si los galeses se quieren establecer en el Chubut, deben negociar con él. Así se constata en el texto del artículo 1º del Tratado refrendado por el Cacique Francisco en 1865 que expresa: “El cacique llamado Francés ha cedido las tierras de su pertenencia al Gobierno Nacional Argentino comprendidas en el Río Chubú desde su embocadura por una y otra margen tierra adentro, hasta donde le convenga tomar posesión, con una zona de veinte o más leguas de diámetro, partiendo de las costas del mar” (Levaggi, 2000: 350).

La perduración de los linajes en el mismo espacio (IPS) y a través del tiempo resulta notable. Mascardi (1963 [1670]) menciona al cacique Acualla -ákual, cuya traducción al español es cuello (Harrington, 1912-1955)- y que ha llegado hasta nuestros días bajo la grafía Cual⁶. Casi doscientos años después, continúan las referencias al cacicato Cual, en esta oportunidad asociado al de Chagayo. Ambos figuran como testigos en una carta que el cacique Llanquetru dirigió al Comandante de Patagones (Junio 6 de 1856, AGN X, 19. 4. 5). A comienzos del siglo XIX, las estirpes de Llanquetru y de Chagayo están presentes en los contactos y en las negociaciones que la sociedad indígena mantuvo primero con el Reino de España y a posteriori con el Gobierno de Buenos Aires. El padre de Llanquetru, cacique Cheuqueta y el cacique Chagayo -quizás el mismo de 1856 u otro miembro de la familia contemporáneo

⁵ Biedma (1905: 129) se refiere al Cacique Negro en los siguientes términos: “Gran parte de los indios que poblaban aquellas comarcas reconocían y estaban sujetos á la autoridad del famoso cacique Negro (...) que se llamaba dueño y señor de la región, y respecto del cual subsiste aún la creencia muy generalizada de que los españoles tuvieron que adquirir por compra el derecho de ocupar la tierra de que era poseedor (...)”. Crivelli Montero (1991:14) ha tratado el desempeño de este Cacique tanto en iniciativas de paz como de guerra y ha caracterizado su accionar como “(...) un buen ejemplo de diplomacia compleja en un mundo difícil (...)”.

⁶ La actual cacica de la Comunidad Cual de Gan Gan, provincia del Chubut, en quien su padre -Victorino Cual- delegó el cacicato hace aproximadamente dos años, se llama Gabriela Cual.

o ascendiente- son reiteradamente nombrados en un Informe que se remite al Primer Edecán del Brigadier Juan Manuel de Rosas, desde la Comandancia de Patagones: “S^r. Gral. estoy cada vez más cierto (...) que Chagallo y Malacau no son de confianza, ninguna; han sido anteriorm^{te}. amigos de Choqueta y han imbadido este punto anteriorm^{te}. juntos y conservan amistad en el día” (Septiembre 20 de 1837, AGN X, 44. 5. 35). La relevancia del cacique Negro, bisabuelo de Llanquetrú (Vezub, 2011) retrotrae este linaje hasta el siglo XVIII. Referencias a la jefatura de Chagayo se repiten, entre otros, en Cox (1863), Claraz (1988 [1865-66]), Harrington (1912-1955). Los testimonios sobre el cacique Juan Chiquichano se suceden en diarios de viaje, correspondencia y documentos diversos producidos en el siglo XIX. Con diferencias en la grafía, lo registraron los cronistas de la Colonia Galesa (Jones, 1993 [1868]) como Chiquichan, Musters (1964 [1869-70]) como Jackechan o Juan, Moreno (1979 [1879]) como Chiquichano. En cuanto al cacique Puitchualao [Pichalao], Moreno (1979) lo conoció en sus tolderías ubicadas en el centro de la provincia de Río Negro, en 1879 cuando tenía aproximadamente sesenta años. Harrington (1946) inscribió su epónimo como Millalipi Pítchalau y publicó dos cartas que le envió el Comandante Roa, en 1884 a Valcheta, donde se encontraba confinado y sometido al Gobierno Nacional. Por último, la dinastía Velásquez que tempranamente castellanizó sus nombres y les agregó un apellido del mismo origen, se puede remontar al siglo XVIII (Moreno, 1876; Harrington, 1912-1955, 1946, 1955).

Estas familias han estado relacionadas por vínculos parentales -ancestros míticos o antepasados comunes y/o alianzas matrimoniales- con seguridad desde el siglo XVIII y como hipótesis de trabajo, desde el siglo XVII. El prestigio de ellas fue remarcado, entre otros, por Mascardi (1963 [1670]), Claraz (1988 [1865-66]), Musters (1964 [1869-70]) y Harrington (1946) y adquirió visibilidad por medio de su accionar público y político. En la década de 1780, el Cacique Negro realizó por lo menos dos viajes a Buenos Aires destinados a realizar gestiones, ante las autoridades virreinales, que se constituyeron en antecedentes del Pacto finalmente celebrado en 1790. Su biznieto, José María Llanquetrú en 1856, firmó un Arreglo de Paz con el Gobierno de Buenos Aires. En 1863 se concreta un Acuerdo entre el Cacique Chagayo Chico y el Presidente Mitre. En 1865, el Cacique Francisco suscribe un Tratado con el Gobierno que compromete a los Caciques Antonio y Chiquichan [Chiquichano] (Levaggi, 2000). Se trató de familias que mantuvieron el poderío económico y la influencia política hasta que los confinaron en Valcheta. Hacia 1890 regresaron a su territorio, al sur del río Negro y al norte del río Chubut, y concentraron sus asentamientos en Piré Mahuida, Talagapa, Gan Gan, Gastre e inmediaciones. Retomaron las prácticas ganaderas y mercantiles e incluso algunos incursionaron en la explotación de los incipientes medios de transporte. Fue un efímero reverdecer que se clausuró definitivamente hacia 1930 debido a factores diversos. Actualmente, la mayoría, continúa con gestiones y demandas encaminadas a que les entreguen los títulos de propiedad de las tierras que les concedió el Gobierno a principios del siglo XX.

Cabe preguntarse ¿estas condiciones sociales, políticas y económicas surgieron como consecuencia del ingreso de los europeos al territorio bonaerense? ¿Con la

fundación de Buenos Aires y el establecimiento de fuertes? ¿Por el progresivo influjo de las relaciones interétnicas que permitieron el desarrollo de la economía del malón y la toltería, con sus prácticas mercantiles y el negocio de raciones o fueron el resultado de un proceso iniciado en los siglos previos a la Conquista?

Consideramos que la complejidad social de los cazadores-recolectores del IPS que denotan las observaciones históricas y etnográficas ha sido el resultado de un proceso que comenzó antes de la llegada de los europeos, hacia los siglos XIII y XIV, que continuó y que se consolidó en el siglo XVII. Dividir el lapso señalado, dispersar el conocimiento obtenido por más de una disciplina, “(...) a menudo quebranta los contextos, las globalidades, las complejidades” (Morin, 1999: 18). En el caso que tratamos, anula incluso la noción de proceso. Postulamos que la historia social de esta etapa que abarca tiempos pre y postconquista se debe unificar porque hay argumentos para hacerlo. Durante su curso o Ciclo de Integración Regional se cimentó la configuración étnica del IPS, un fenómeno que tenía escasa profundidad temporal cuando los blancos hacen los primeros contactos con los pueblos patagónicos (Boschín, 2009).

¿Cuáles son los indicadores económicos e ideológicos que a nuestro juicio se encuentran hace *ca.* 800 años, en el inicio de ese Ciclo? Se trata de recursos naturales cuya explotación se regía por principios ideológicos y de propiedad comunal basados en el culto a deidades mitológicas, en el parentesco, las alianzas y la consecuente restricción de ingreso al territorio para los “otros”, aquéllos que no compartían el abolengo.

El papel desempeñado por el Complejo *Yamnago* ha sido exhaustivamente tratado por Boschín y del Castillo Bernal (2005), ver nota nº 2 en este capítulo. Como resultado de este trabajo a la importancia económica de ese Complejo se agrega que en su territorio habría estado disponible un recurso jerárquico como la obsidiana (MS). Durante una prospección realizada en 2010, ubicamos en la Unidad Geográfica Sacanana, un cazadero residencial -sitio Bajo Largo- que responde al mismo patrón de acondicionamiento, uso y explotación que el sitio Loma Boggio del Complejo *Yamnago*. Se reitera la fisiografía, un bajo y la barda contigua con afloramientos rocosos que sirvieron de basamento para construir riales⁷ con sus aberturas orientadas hacia la depresión. En el interior de los mismos y en algunos casos en sus periferias, se observan desechos de obsidiana producto de varios episodios de talla lítica (Figs. 5 y 6). La fuente Sacanana se encuentra a sólo 7 km al este.

Las salinas, una en Río Negro situada en las inmediaciones de *Yamnago* e identificada por los pobladores como el Bajo de Cayupán (Boschín y del Castillo Bernal, 2005), y la segunda en Chubut, Paraje Sacanana, proporcionaban un recurso imprescindible para el procesamiento de conservación de carne.

⁷ Con el término rial aludimos a una construcción temporaria, frecuente en los cazaderos estacionales, cuya base está integrada por afloramientos rocosos y el agregado de bloques mampuestos para servir de apoyo a una techumbre de cueros y/o ramas.



Figura 5. Vista panorámica del Bajo Largo, Chubut



Figura 6. Cazadero Bajo Largo, Chubut. Artefactos de obsidiana en el interior de un rial

La morfología de los cañadones, una de las entidades diferenciadas en el relieve del IPS, con paredes aptas para implantar signos rupestres, oquedades con capacidad para emplearse como necrópolis ¿familiares? y márgenes peneplanizados adecuados para levantar estructuras funerarias tipo “chenque”⁸ facilitaron la asociación de tipos morfológicos del estilo funerario con inhumaciones (Boschín, 2009).

La obsidiana que en la mayoría de los sitios arqueológicos de Patagonia es una materia prima escasamente representada y en especial poco frecuente como soporte de raspadores, se empleaba para su manufactura hasta avanzado el siglo XIX: “En la construcción de los quillangos⁹, nótase, sobre todo, la industria de los tiempos pasados; en las trece operaciones necesarias a la fabricación de un buen manto, no se emplea un solo instrumento europeo. Algunas piedras para sobar los cueros, arena, grasa, pinturas naturales, cuarzo, obsidiana para rascadores [raspadores], un punzón de hueso y tendones de avestruz, hilados y empleados como hilo, esto es todo. Podríase simplificar el trabajo con algunos instrumentos de metal, pero la mujer indígena no los acepta (...)” (Moreno, 1979 [1879: 120-121]).

Agradecimientos

Este trabajo fue financiado por el subsidio PICT 2011 N° 0776. Agradecemos al Dr. Charles Stern, Universidad de Colorado – EEUU, por la realización de los análisis químicos y a la Dra. Analía Andrade por su colaboración en el trabajo de campo etnográfico.

Referencias bibliográficas

- ACME LABS 2012. Schedule of Services and fees. 40pp.
- Anónimo. 1945. [siglo XVIII]. Vida apostólica y glorioso martirio del venerable P. Nicolás Mascardi. *Anales del Museo de la Patagonia* I: 195-236.
- Ardolino, A., A. Lizuain y F. Salani. 2001. *Hoja Geológica 4369-II Gan Gan, provincia del Chubut. Carta Geológica de la República Argentina escala 1:250000*. Servicio Geológico y Minero de Argentino. Instituto de Geología y Recursos Minerales. Boletín n° 317.
- Ardolino, A., M. Franchi, M. Remesal y F. Salani. 2008. «La Meseta de Somún Curá». En: *Sitios de Interés Geológico de la República Argentina*. CSIGA (Ed.) Instituto de Geología y Recursos Minerales. Servicio Geológico Minero Argentino. Anales 46 (II): 461 pp.
- Arrigoni, G. 2005. «Territorio de explotación de los recursos básicos para la subsistencia de los grupos Prehistóricos que habitaron el valle del Río Desagüade-

⁸ La denominación *chenque* se emplea, mayoritariamente, para designar un tipo de túmulo funerario destinado a sepultura individual o colectiva, construido con bloques manuales o con ramas. Su planta es circular, subcircular o rectangular en los de cronología más reciente.

⁹ El quillango o manto de pieles de guanaco fue la prenda más popular entre los patagónicos. Se usaba como vestimenta, tanto femenina como masculina, como manta, como división en el interior de la vivienda o como apoyo sobre el suelo.

- ro. Parque Nacional Los Alerces. Chubut». *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 4: 63-71. Córdoba.
- Barberena, R., A. Hajduk, A. Gil, G. Neme, V. Durán, M. Glascock, M. Giesso, K. Borrazzo, M. de la Paz Pompei, M. L. Salgán, V. Cortegoso, G. Villarrosa y A. Rughini. 2011. «Obsidian in the south-central Andes: Geological, geochemical and archaeological assessment of north Patagonian sources (Argentina)». *Quaternary International* 245:25-36.
- Belardi, J. B., P. Tiberi, C. Stern y A. Súnico. 2006. «Al Este del Cerro Pampa: ampliación del área de disponibilidad de obsidiana de la Pampa del Asador (Provincia de Santa Cruz)». *Intersecciones en Antropología* 7: 27-36.
- Bellelli, C. 2005. «Tecnología y materias primas a la sombra de Don Segundo. Una cantera-taller en el valle de Piedra Parada». *Intersecciones en Antropología* 6: 75-92.
- Bellelli, C. y F. Pereyra. 2002. «Análisis geoquímicos de obsidiana: distribuciones, fuentes y artefactos arqueológicos en el Noroeste del Chubut (Patagonia argentina)». *Werken* 3: 99-118. Santiago de Chile.
- Bellelli, C., F. Pereyra y M. Carballido. 2006. «Obsidian localization and circulation in northwestern Patagonia (Argentina): sources and archaeological record». *Geomaterials in Cultural Heritage*. Geological Society of London, Special Publication 257: 241-255.
- Biedma, J. J. 1905. *Crónica Histórica del Río Negro de Patagones (1174-1834)*. Editor Juan Canter. Buenos Aires. 747 pp.
- Boschín, M. T. 1994. Arte rupestre patagónico: problemas no resueltos y propuestas para su discusión. *Anuario* 9: 323-354.
- . 2009. *Tierra de Hechiceros*. Arte Rupestre de Patagonia Septentrional Argentina. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba [España]: 435 pp.
- . 2012. Entrevistas a miembros de las familias Cual, Chagayo, Chiquichano, Llanquetrú, Pichalao y Velásquez. *Fondo Documental del Programa Pilcaniyeu*, CENPAT-CONICET. Ms.
- Boschín, M. T. y L. R. Nacuzzi. 1979. Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo Tehuelche Meridional. *Actas VII Congreso de Arqueología de Chile*: 453-476. Altos de Vilches.
- Boschín, M. T. y F. del Castillo Bernal. 2005. El Yamnago: del registro histórico al registro arqueológico. *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 36: 99-116.
- Boyer, W. W. y P. Robinson. 1956. «Obsidian artifacts of northwestern New Mexico and their correlation with source material». *El Palacio* 63 (11-12): 333-345.
- Cabrera, A. L. 1976. *Las regiones fitogeográficas argentinas*. Enciclopedia Argentina de Agricultura y Ganadería. 2º edición. Tomo II, Editorial ACME, Buenos Aires. 85 pp.
- Cacique Antonio. 1865. *Carta al Jefe de la Colonia Galesa del Chubut*, traducida del galés por F. Coronato y presentada por M. Gavirati y F. Coronato en las V Jornadas de Historia Regional, Río Gallegos, 2002. Ms.

- Cann, J. R. and C. Renfrew. 1964. «The characterization of obsidian and its application to the Mediterranean region». *Proceedings of the Prehistoric Society* 30: 111-33.
- Claraz, J. 1988. *Diario del viaje de exploración al Chubut, 1865-1866*. Buenos Aires. Marymar.
- Cox, G. E. 1863. *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*. Imprenta Nacional. Santiago de Chile.
- Cucchi, R. 1998. *Hoja Geológica 4169-I Piedra del Aguila*. Servicio Geológico y Minero de Argentino. Instituto de Geología y Recursos Minerales. Boletín 242: 76 pp.
- Cucchi, R., A. Busters y H. Lema. 2001. *Hoja Geológica 4169 II, Los Menucos, Provincia de Río Negro*. Servicio Geológico y Minero de Argentino. Instituto de Geología y Recursos Minerales. Boletín 265: 67 pp.
- Crivelli Montero, E. A. 1991 «Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires». *Todo es Historia* 28: 6-32.
- Durán, V., M. Giesso, M. Glascock, G. Neme, A. Gil y L. Sanhueza. 2004. «Estudio de fuentes de aprovisionamiento y redes de distribución de obsidiana durante el Holoceno Tardío en el sur de Mendoza (Argentina)». *Estudios Atacameños* 28: 25-43.
- Durán, V., A. M. De Francesco, V. Cortegoso, G. Neme, L. Cornejo y M. Bocci. 2012. Caracterización y procedencia de obsidianas de sitios arqueológicos del Centro Oeste de Argentina y Centro de Chile con metodología no destructiva por fluorescencia de Rayos X (XRF). *Intersecciones en Antropología* 13: 423-437.
- Emperaire, J. y A. Laming-Emperaire. 1961. «Les gisements des îles Englefield et Vivian dans la mer d'Otway (Patagonie australe)». *Journal de la Société des Américanistes* 50: 7-75.
- Escola, P., C. Vázquez y F. Momo. 2000. «Análisis de procedencia de artefactos de obsidiana: una vía metodológica de acercamiento al intercambio. La perspectiva interdisciplinaria en la arqueología contemporánea». (H. Nami editor). *Arqueología Contemporánea* 6: 11-32.
- Espinosa, S. y R. Goñi. 1999. «Viven! Una fuente de obsidiana en la pcia. de Santa Cruz». En *Soplando en el Viento. Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 177-188. Universidad del Comahue e INAPL. Neuquén-Buenos Aires.
- Favier Dubois, C. M.; C. Stern y M. Cardillo. 2009. «Caracterización de la distribución y tipos de obsidiana presentes en la costa rionegrina». *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confín*. Ushuaia. Utopías: 349-359.
- Furlong, G. S. J. 1963. *Nicolás Mascardi, S. J. y su Carta – Relación (1670)*. Ediciones Theoria. Buenos Aires. 136 pp.
- Giesso, M., M. Berón y M. Glascock. 2008. «Obsidian in Western Pampas, Argentina: Source Characterization and Provisioning Strategies». *IAOS Bulletin* 38: 15-18.
- Giesso, M., V. Durán, G. Neme, M. Glascock, V. Cortegoso, A. Gil y L. Sanhueza. 2011. «A study of obsidian source usage in the Central Andes of Argentina and Chile». *Archaeometry* 53 (1): 1-21.

- Giacosa, R. y N. Heredia. 2001. *Hoja geológica 4172-IV San Carlos de Bariloche. Pcias. de Río Negro y Neuquén*. Servicio Geológico Minero Argentino. Instituto de Geología y Recursos Minerales. Boletín N° 279: 77 pp.
- Gómez Otero, J. y C. Stern. 2005. «Circulación, intercambio y uso de obsidias en la costa de la provincia del Chubut (Patagonia, Argentina) durante el holoceno tardío». *Intersecciones*. 6: 93-108.
- González, A. R. 1960. «La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Provincia de San Luis, República Argentina) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica». *Revista del Instituto de Antropología* 1: 5-296, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- González, P., A. Coluccia y M. Franchi. 2003. *Mapa de la Hoja 4169-III Ingeniero Jacobacci, pcia de Río Negro*. Servicio Geológico Minero Argentino. Instituto de Geología y Recursos Minerales.
- Green, R. C. 1962. «Obsidian: its application to archaeology». *New Zealand Archaeological Society Newsletter*: 5: 8-16.
- Harrington, T. 1912-1955. Libretas I y II. *Fondo documental del Programa Pilcaniyeu*, CENPAT-CONICET. Ms.
- . 1946. «Contribución al estudio del indio Gününa Küne». *Revista del Museo de La Plata II*: 237-275.
- . 1955. Cuaderno manuscrito, 26 de mayo de 1955. *Fondo documental del Programa Pilcaniyeu*, CENPAT-CONICET.
- HIDROAR. 2010. *Estudio de línea de base ambiental. Proyecto Navidad. Hidrogeología de la cuenca Sacanana y áreas de influencia*. 355pp. http://organismos.chubut.gov.ar/ambiente/files/2011/08/ELBA_Res_Ejec_FIN_AL_180411.pdf.
- Jack, R. N. y R. F. Heizer. 1968. «'Finger-printing' of some Mesoamerican obsidian artifacts». *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* 5: 81-100. Berkeley.
- Jones, L. 1993 [1868]. *La Colonia Galesa. Historia de una Nueva Gales en el territorio del Chubut en la República Argentina, Sudamérica*. Editorial El Regional. Rawson. 237 pp.
- Laguens, A. G., M. Giesso, M. I. Bonnín, M. D. Glascock. 2007. «Más allá del horizonte: cazadores-recolectores e intercambio a larga distancia en Intihuasi (provincia de San Luis, Argentina)». *Intersecciones* 8: 7-26.
- León, R. J., D. Bran, M. Collantes, J. Paruelo y A. Soriano. 1998. «Grandes unidades de vegetación de la Patagonia». *Ecología Austral* 8: 125-144.
- Levaggi, A. 2000. *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI - XIX)*. Universidad del Museo Social Argentino. 594 pp. Editorial Dunken. Buenos Aires.
- López, L., A. Pérez y C. Stern. 2009a. «Fuentes de aprovisionamiento y distribución de obsidias en la Provincia del Neuquén, noroeste de la Patagonia Argentina». *Intersecciones en Antropología* 10: 75-88.
- López, L., A. Pérez, D. Batres y C. Stern. 2009b. «Obsidian artifacts in La Pampa Argentina, from sources in southwest Neuquén». *IAOS Bulletin* 41: 4-8.

- López, L., M. Silveira y C. Stern. 2010. «Uso de obsidianas entre los cazadores-recolectores en el bosque del lago Trafal, Noroeste de la Patagonia, Argentina». *Magallania* 38(1): 237-245.
- Mascardi, N. 1963 [1670]. *Carta y Relación*. En G. Furlong, S. J., Nicolás Mascardi y su Carta –Relación, Buenos Aires: Ediciones Theoría: 117-132.
- Massaferro, G., Arrigoni, G., Boschín, M.T., Fernández, M.B., Crivelli, E. y Cordeiro, A. 2012. «Indicadores de tecnología y etnodinamia: el análisis de pigmentos en el Paraje Arqueológico Comallo Arriba, Provincia de Río Negro, República Argentina». *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 17(1): 117-127.
- Méndez, C., C. Stern y O. Reyes. 2008-9. «Transporte de obsidianas a lo largo de los Andes de Patagonia Central (Aisén, Chile)». *Cazadores-Recolectores del Cono Sur* 3: 51-68.
- Méndez, C. A., C. R. Stern, O. R. Reyes y F. Mena. 2012. «Early holocene long-distance obsidian transport in central-south Patagonia». *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 44 (3): 363-375.
- Moreno, F. P. 1876. «Viage á la Patagonia Setentrional». *Anales de la Sociedad Científica Argentina* I: 182-197.
- Moreno, F. P. 1979 [1906-1919]. *Reminiscencias de Francisco P. Moreno*. Buenos Aires. Eudeba.
- Morin, E. 1999. «Los siete saberes necesarios para la educación del futuro» *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura*. www.bibliotecas-virtuales.com/biblioteca/Articulos/Los7saberes/index.asp.
- Musters, G. CH. 1964 [1869-70]. *La vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Buenos Aires. Ediciones Solar/Hachette. 437 pp.
- Nullo, F. 1979. *Descripción Geológica de la Hoja 39c Paso Flores. Provincia de Río Negro*. Servicio Geológico Nacional. Boletín nº 167: 70 pp.
- Pérez, A. E., L. G. López y C. R. Stern. 2012. «Descripción y caracterización química de distintas fuentes y tipos de obsidiana en la cordillera de los Andes sudoeste del Neuquén, norpatagonia argentina». *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 459-470.
- Petrelli, M., G. Poli, D. Perugini y A. Peccerilo. 2005. «PetroGraph: a New Software to Visualize, Model and Present Geochemical Data in Igneous Petrology». *Geochemistry Geophysics Geosystems* 6.
- Remesal, M., M. J. Méndez y M. Gagliardo. 2002. «Petrología de la secuencia volcánica cenozoica en el área del arroyo Ranquil Huao Meseta de Somún Curá, Patagonia Extraandina». *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 57 (3): 260-270.
- Salani, F. M. 1990. *Caracterización geológica y petrológica del vulcanismo ácido terciario de la Sierra de Pire Mahuida, Provincia del Chubut*. Universidad de Buenos Aires, Tesis doctoral Inédita. 161pp.
- Shackley, M. S. 2008. «Archaeological Petrology and the Archaeometry of Lithic Materials». *Archaeometry* 50(2): 194-215.

- Stern, C. 1999. «Black Obsidian from Central South Patagonia: Chemical Characteristics, Sources and Regional Distribution of Artifacts». En *Soplando en el viento...Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 221-234, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- . 2000. «Fuentes de los artefactos de obsidiana en los sitios arqueológicos de las cuevas de Pali aike y Fell y Cañadón La Leona, en Patagonia austral». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 28: 251-263.
- Stern, C. y C. T. Porter. 1991. Obsidiana en yacimientos arqueológicos de Chiloé y Las islas Guaitecas. *Anales del Instituto de la Patagonia* 20: 205-209.
- Stern, C. y A. Prieto. 1991. «Obsidiana verde de los sitios arqueológicos en los alrededores del mar de Otway, Magallanes, Chile». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Sociales* 20: 139-144.
- Stern, C. R. y P. J. Curry. 1995. «Obsidiana del sitio Pose las Conchillas, Chile». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 23: 119-124
- Stern, C. y N. Franco. 2000. «Obsidiana gris verdosa veteadada de la cuenca superior del río Santa Cruz, Extremo Sur de Patagonia». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 28: 265-273.
- Stern, C., A. Prieto y N. Franco. 1995a. «Obsidiana negra en sitios arqueológicos de cazadores-recolectores terrestres en Patagonia austral». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 23: 105-109.
- Stern, C., F. Mena, C. Aschero y R. Goñi. 1995b. «Obsidiana negra de los sitios arqueológicos en precordillera andina de Patagonia Central». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 23: 111-118.
- Stern, C., J. Gómez Otero y J. B. Belardi. 2000. «Características químicas, fuentes potenciales y distribución de diferentes tipos de obsidiana en el norte de la provincia del Chubut, Patagonia argentina». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 28: 275-290.
- Stern, C., X. Navarro, J. Pino y R. M. Vega S.M. 2008. «Nueva fuente de obsidiana en la región de la Araucanía, centro-sur de Chile: Química y contexto arqueológico de la obsidiana riolítica negra de los nevados de Sollipulli». *Magallania* 36(2): 185-193.
- Stern, C., I. Pereda y A. M. Aguerre. 2012. «Multiple primary and secondary sources for chemically similar obsidians from the area of Portada Covunco, west-central Neuquén, Argentina». *Archaeometry* 54 (3): 442-453.
- Stern, C., A. Castro Esnal, C. Pérez de Micou, C. Méndez y F. Mena. 2013. Circulación de obsidiana en Patagonia Central-Sur entre 44 y 46°S. En: Zangrando, R., Barberena, A. Gil, G. Neme, M. Giardina, M., Luna, L., Otaola, C., Paulides, S. y Salgan, L. Tendencias teórico-metodológicas y casos de estudio en la arqueología de la Patagonia: 243-250. Buenos Aires.
- Sun, Shen-Su. y W. F. McDonough. 1989. Chemical and isotopic systematics of oceanic basalts: implications for mantle composition and processes. In: Saunders A.D. y Norry M.J. (eds.), *Magmatism in ocean basins*. Geol. Soc. London. Spec. Pub. 42, pp. 313-345.

- Tykot, R. H. 2004. «Scientific methods and applications to archaeological provenance studies». *Proceedings of the International School of Physics Enrico Fermi. Course CLIV*. M. Martini, M. Milazzo and M. Piacentini (Eds.). IOS Press. Amsterdam.
- Vezub, J. E. 2011. Llanquitrú y la “máquina de guerra” mapuche-tehuelche: continuidades y rupturas en la geopolítica indígena patagónica (1850-1880). *Antítesis* 4 (8): 645-674.
- Viera, R. 1994. Geología y geomorfología del Parque Nacional Los Alerces. Secretaría de Ciencia y Técnica UNPSJB. Ms.

CAPÍTULO 11

•

DISENSOS PRODUCTIVOS: AVANCES EN LA INTERPRETACIÓN DE LOS PRINCIPALES CAMBIOS EN LA OCUPACIÓN HUMANA DEL CENTRO OESTE ARGENTINO

Alejandro García

Introducción

El desarrollo cultural del Centro Oeste Argentino¹ (Fig. 1), que comenzó a fines del Pleistoceno, ha mostrado variaciones importantes a través del tiempo. Las causas de tales cambios no siempre son bien conocidas o comprendidas; por el contrario, resultan mucho más evidentes el reflejo de tales transformaciones en el registro arqueológico y las consecuencias que acarrearón a los grupos humanos involucrados. La ocurrencia y características de esos cambios representan hitos en el proceso de evolución de las sociedades humanas, que en conjunto permiten ofrecer una comprensión sinóptica de su desarrollo. En este sentido, en el presente artículo se exploran algunos de los principales cambios observados en distintos sectores de esta región (que a finales de su período prehistórico constituiría el confín sudoriental del estado incaico), a fin de delinear su proceso de ocupación humana. Un segundo aspecto a rescatar es que dado que un valor inherente al registro arqueológico es la posibilidad de ser sometido a diversas lecturas y de dar lugar múltiples interpretaciones, es precisamente la existencia de visiones diferentes lo que de alguna manera garantiza el avance del conocimiento sobre cualquier temática y la riqueza de su abordaje. Afortunadamente, la región analizada exhibe resultados importantes obtenidos por esta vía. Por lo tanto, en virtud del papel esencial del intercambio de ideas y del disenso en la búsqueda de mejores explicaciones, este recorrido no se enfocará en la descripción de las variaciones en el registro arqueológico sino en la favorable existencia de diversas posiciones e interpretaciones tendientes a dar cuenta del mismo.

¹ Consideramos como Centro Oeste Argentino el territorio correspondiente a las provincias de San Juan y Mendoza. Para un concepto diferente de la región, ver Lagiglia (1984).

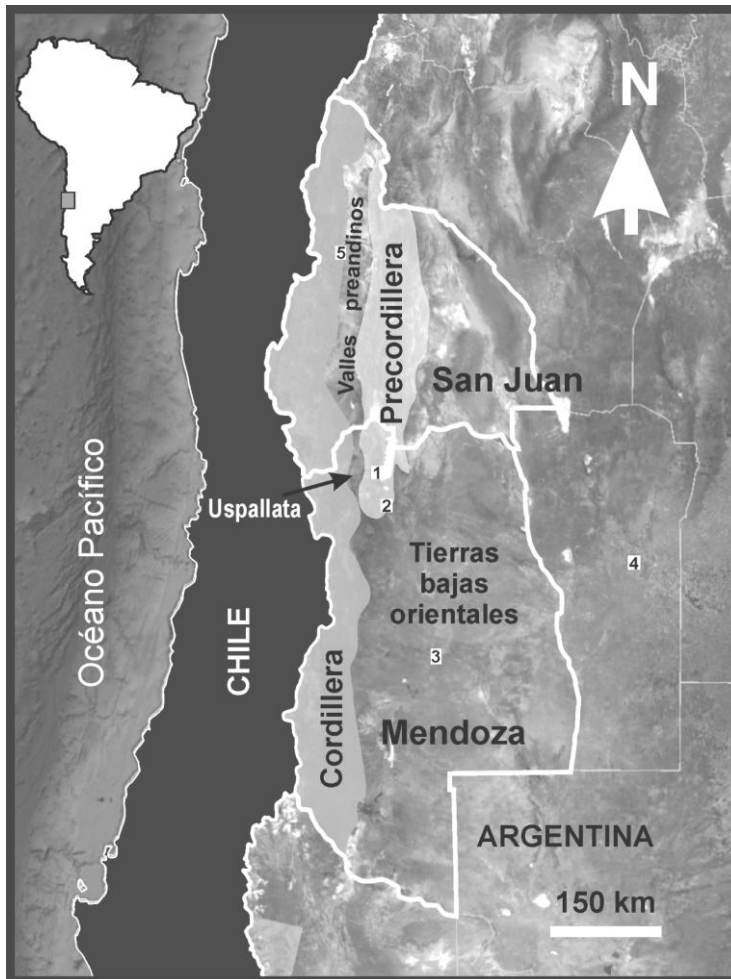


Figura 1. Ubicación de la región Centro Oeste Argentino y de los principales sitios y regiones mencionados en el texto. 1: Agua de la Cueva; 2) La Crucecita; 3) Gruta del Indio; 4) Ea. La Suiza; 5) Conconta

El poblamiento inicial

El primer gran cambio en la ocupación de la región se dio durante la transición Pleistoceno-Holoceno, con el ingreso de los primeros grupos humanos. Su presencia ha quedado evidenciada en dos sitios que presentan contextos estratigráficos tempranos: el alero Agua de la Cueva ($69^{\circ} 33' W$, $32^{\circ} 47' S$) y la Gruta del Indio ($34^{\circ} 45' W$, $68^{\circ} 22' S$) –Figura 1. Estos sitios muestran registros arqueológicos disímiles: mientras en el primero sólo aparecen tres instrumentos y una posible asociación con megafauna actualmente extinta (caballo, megaterio y milodón) (Lagiglia, 1979, 1997; Lagiglia y García, 1999; García, 1999), el segundo exhibe una gran cantidad de artefactos líticos, estructuras de combustión y restos de camélidos (García, *et al.* 1999; García, 2009a; Gil, *et al.* 2011). La ausencia de megafauna

pleistocénica podría explicarse por la altura del sitio (3.000 m s.n.m.), en tanto que la ubicación de Agua de la Cueva en una zona montañosa que en virtud de las condiciones ambientales del Pleistoceno final podía ser ocupada fundamentalmente en la época estival, y el fácil y rápido acceso a otras regiones más bajas, abrigadas y con una oferta de recursos diferentes y abundantes (el Valle de Uspallata, *ca.* 1.900 m s.n.m. por el oeste, y el piedemonte y llanura orientales, *ca.* 1.300-600 m s.n.m., por el este) sugieren la existencia de una movilidad interregional y de una economía amplia y flexible (García, 2005a) que permitía el aprovechamiento de los recursos de alta y media montaña (camélidos, materias primas líticas, etc.) junto con los correspondientes a las zonas bajas (especies de megafauna, peces de ríos y lagunas, frutos de árboles y arbustos como el algarrobo, el chañar y el amaranto, etc.).

Esta propuesta estaría avalada por la recurrente ocupación del sitio, que sugiere una cierta estabilidad en los sistemas de asentamiento-subsistencia de la región, y por la aparición de artefactos realizados en rocas de origen no local, que se encuentran a distancias variables entre 15 y más de 100 km del sitio (como la obsidiana). Esta información respalda la idea de una distribución amplia y multirregional de los sitios que conformaban los sucesivos sistemas de asentamiento de los que formó parte Agua de la Cueva entre 10950±90 (Beta 61409) y 9250±70 (Beta 64539).

Otros dos hallazgos parecen confirmar la ocupación temprana de diversas zonas del territorio. Se trata de dos puntas “cola de pescado” halladas en el piedemonte oriental, en el sitio La Crucecita (Schobinger, 1971) y en la localidad de Pareditas (*ca.* 34° S). Aunque ambos descubrimientos se realizaron en superficie y no pueden aportar mayor información sobre las ocupaciones correspondientes, el hecho de que su cronología esté ampliamente establecida en numerosos sitios de América del Sur permite establecer una conexión temporal con Agua de la Cueva y con la Gruta del Indio.

De gran interés resulta el hallazgo de otras dos puntas “cola de pescado” en el sitio Estancia La Suiza 1, en la vecina provincia de San Luis. En este caso también se trata de artefactos encontrados en superficie, pero han sido de gran utilidad para replantear el origen de los primeros habitantes de la región y las características del proceso de poblamiento temprano. En efecto, la ubicación de los registros anteriores, en estrecha vinculación con la Cordillera de los Andes, sugiere la idea de una entrada occidental, que se habría dado a través de los pasos cordilleranos a medida que el proceso de descongelamiento y retracción de los glaciares andinos permitía la comunicación transversal entre ambas vertientes (García, *et al.* 1999). Según esta visión, la dispersión humana pudo producirse a nivel regional hacia el norte, este y sur a partir de una o varias entradas occidentales, y llegar hasta espacios tan alejados como las serranías de San Luis, en el confín oriental de la región. Sin embargo, los hallazgos de Estancia La Suiza 1 han sido interpretados de una forma alternativa, como posible producto de una corriente de poblamiento oriental, vinculada con grupos que habían alcanzado con anterioridad los territorios del centro argentino desde el norte, a través de vías de bajo riesgo (los ríos y zonas aledañas) (Laguens, *et al.* 2009).

Con respecto a los territorios septentrionales de la región, esto es, la provincia de San Juan, aún no se han registrado evidencias culturales pleistocénicas, si bien esto puede deberse simplemente a la baja visibilidad de los sitios que las contienen, y al escaso número de los mismos debido a su destrucción por agentes de alteración postdeposicional. También es probable que la falta de investigaciones en extensas zonas del área analizada incida en la ausencia de hallazgos. De hecho, recientes trabajos en la alta cordillera del centro de San Juan han llevado al descubrimiento de ocupaciones humanas fechadas en *ca.* 9.000 años C¹⁴ AP, que también han sido vinculadas con la apertura de los pasos cordilleranos por el retroceso glaciario (Cortegoso, *et al.* 2011). Por lo tanto, es muy posible que en un futuro próximo también se hallen evidencias de poblamiento pleistocénico en esta provincia.

En definitiva, la información actualmente disponible permite plantear tres alternativas para el poblamiento inicial: desde el este, como parte de una corriente pobladora principal del centro del país; desde el oeste, en vinculación con una dispersión longitudinal siguiendo el eje cordillerano por el lado chileno, con penetraciones hacia la vertiente oriental cuando la apertura de los pasos lo permitió; o desde ambos orígenes con grupos moviéndose y ocupando distintos sectores de la región.

Cambios en la cultura material y la ocupación del espacio por parte de las sociedades cazadoras-recolectoras

Uno de los problemas más interesantes en la arqueología del Centro Oeste Argentino es cómo explicar los cambios observados en el registro arqueológico correspondiente a grupos cazadores-recolectores de distintos momentos dentro del Holoceno Temprano-Medio (10.000-4.000 años C¹⁴ AP), sobre todo los vinculados con los repertorios de artefactos líticos

Las modificaciones más notorias están relacionadas con la forma y tamaño de los instrumentos líticos. De hecho, ¿cómo se explica el paso de las clásicas puntas “cola de pescado” a otras lanceoladas o triangulares con pedúnculo, de tamaño mediano o grande? ¿Y posteriormente la aparición de conjuntos líticos en los que predominan las puntas medianas y pequeñas triangulares?

Debido a la falta de contextos no se ha discutido en la región el devenir de los cazadores-recolectores que utilizaban puntas cola de pescado y su eventual relación con los grupos posteriores. En cambio, sí ha sido factible explorar la relación entre los conjuntos de la transición Holoceno Temprano-Medio (entre *ca.* 8.500-7.000 años C¹⁴ AP) y los del resto del Holoceno medio (entre 7.000 y 4.000 años C¹⁴ AP). El primero (denominado “Fortuna”) se caracteriza por la presencia de puntas medianas o grandes lanceoladas (con o sin pedúnculo) o triangulares con pedúnculo ancho, raspadores y raederas de tamaño mediano y forma generalmente oval, y artefactos lanceolados anchos y delgados, con retoque bifacial (denominados “hojas” –Gambier, 1974). El segundo (llamado “Morrillos”) incluye puntas de proyectil mayormente triangulares apedunculadas (también las hay lanceoladas), y raederas y raspadores de tamaño pequeño o muy pequeño.

La comparación de los conjuntos líticos de ambos períodos muestra diferencias importantes, entre las que se cuentan: a) modificaciones en la forma de las puntas de proyectil; b) una disminución importante del tamaño de las mismas; c) la aparición de instrumentos muy pequeños (microinstrumentos); d) la diversificación de la materias primas líticas; e) la aparición de artefactos de molienda.

En principio, estos cambios no deberían llamar tanto la atención, si se tiene en cuenta el extenso período temporal considerado, pero el inconveniente radica en la identificación de las causas internas o externas de los mismos. Dado que aun cuando hubieran existido causas internas su detección y abordaje resultan francamente difíciles a partir de la escasa información disponible la atención se ha centrado en la búsqueda de factores externos; fundamentalmente se han identificado dos posibles motivos: la modificación de los ambientes y los movimientos de otras sociedades cazadoras-recolectoras. Gambier (1979) utilizó conjuntamente ambas explicaciones para describir el escenario en el que se produjeron estos cambios. Según este autor, debido a las condiciones áridas de la provincia de San Juan, la existencia de los grupos humanos dependía de la ausencia de condiciones extremas, bajo las cuales la vida en la región habría sido imposible. En consecuencia, tanto las nuevas características aparecidas en el Holoceno Medio como su posterior cambio a principios del Holoceno Tardío podían entenderse como resultado de dos situaciones: en primer lugar, la existencia de condiciones ambientales sumamente adversas que produjeron el despoblamiento de la región; segundo, la llegada posterior de nuevos grupos humanos, portadores de tecnologías y conocimientos diferentes. Esta sustitución de poblaciones podía explicar las diferencias en los conjuntos líticos y en otros aspectos de la cultura material de estas poblaciones, ya que las características de cada conjunto respondían a los patrones tecnológicos y estilísticos propios de cada grupo.

Sin embargo, no es la única forma de explicar el registro arqueológico correspondiente, y de hecho se ha planteado que los cambios observados pueden explicarse en un marco de continuidad del poblamiento humano regional, como ajustes en las estrategias de adaptación (García, 2010). Esta perspectiva destaca ciertos aspectos que exhiben una continuidad entre las situaciones próximas al cambio. Por ejemplo, varios sitios con ocupaciones correspondientes al paso del Holoceno temprano al medio muestran una clara “convivencia” de elementos “viejos” (*e.g.* puntas “Fortuna”) y “nuevos” (*e.g.* puntas “Morrillos”); por otro lado, la continuidad en la ocupación de los mismos sitios sólo se explica por su conocimiento previo por parte de las poblaciones más recientes, que permite evitar una nueva exploración del territorio y el consecuente diseño de estrategias tendientes a una favorable explotación de los recursos del medio. Por lo tanto, los cambios debieron darse dentro de las mismas poblaciones ya existentes en el área. Pero ¿por qué ocurrieron? Si bien las modificaciones en el ambiente son relevantes (sobre todo en medios en los que las épocas de sequía pueden ser críticas) y algunos cambios en el instrumental pueden reflejar, por ejemplo, la utilización de nuevos recursos ante la desaparición de otros anteriores (*e.g.* uso de nuevas especies vegetales para la confección de astiles, lo que podría llevar al cambio del enastilado y por ende de la

forma y tamaño de las puntas de proyectil), también hay que tener en cuenta que tras miles de años el posible crecimiento demográfico debió traer aparejados cambios internos en las sociedades cazadoras-recolectoras, las que seguramente modificaron de manera paulatina las pautas de su organización y de su economía. Así, variables como la restricción en el uso del espacio (territorialidad), un mejor conocimiento de los recursos locales (por ejemplo, de las materias primas líticas), la adopción de nuevas técnicas o instrumentos de caza (por ejemplo, el lanzadardos) y mayores requerimientos de alimentos (probables disparadores de la intensificación del uso de los recursos vegetales) pudieron participar en distinto grado en la creación de nuevas condiciones que provocaron la necesidad de los ajustes que en la actualidad se ven pálidamente reflejados en el registro arqueológico.

Otra interesante discusión gira en torno a la ausencia de fechados radiocarbónicos provenientes de registros estratigráficos para el período 7.000-6.000 años C¹⁴ AP. En concordancia con las propuestas realizadas por Núñez, *et al.* (1996) para el norte de Chile acerca de la observación de un hiatus cultural en el Holoceno medio, Neme y Gil (2009) trasladaron el planteo al Centro Oeste Argentino, en base a un análisis de la distribución de los fechados radiocarbónicos del área. Como resultado de ese análisis, e interpretando la ausencia de fechados radiocarbónicos para el período señalado *supra* como resultado de una disminución de la ocupación humana de la región, estos autores propusieron que frente a la marcada aridez que caracterizaría a la primera parte del Holoceno medio las respuestas culturales habrían sido: a) una utilización más intensiva de la cordillera que de la llanura oriental (la cual habría sido ocupada efímeramente entre 8.000 y 4.000 años BP); b) un cambio en los patrones de movilidad, con ocupaciones más cortas de los sitios; c) baja densidad de sitios; d) muy bajos niveles de población; e) alta movilidad; y f) posible abandono temporario de algunas áreas.

Frente a esta perspectiva se han planteado algunas dudas derivadas de: 1) la existencia de numerosos sitios de superficie en la zona pedemontana (García, 2005b, 2009a) cuyos materiales corresponden estilísticamente al Holoceno medio. 2) La conveniencia de prestar especial atención a la baja visibilidad y la destrucción de sitios de llanura correspondientes a ese período por efecto de varios factores: las condiciones áridas y ventosas y la escasa vegetación propuestas para ese período (Gil, *et al.* 2005), las cuales habrían favorecido su erosión; la posterior depositación de extensos médanos en algunos sectores de la llanura oriental (Rodríguez y Barton, 1993); los marcados cambios en los cursos de algunos ríos de la región durante el Holoceno tardío (Abraham y Prieto, 1981; Rodríguez y Barton, 1993), que debieron ocasionar una gran destrucción de sitios arqueológicos; la gran depositación sedimentaria en los valles orientales (Regairaz y Barrera, 1978); y el extenso desarrollo urbano en las áreas de la llanura más aptas para la ocupación humana. 3) La falta de representatividad de los asentamientos de llanura considerados, ya que la ausencia de registro cultural del Holoceno Medio en las secuencias estratigráficas de sólo dos sitios no puede dar cuenta de la situación de un área tan extensa (*ca.* 100.000 km²) que ha sido mínimamente explorada. 4) La total ausencia de pruebas que fundamenten situaciones de muy bajos niveles de población y alta movilidad. Finalmente, se ha

sugerido que el análisis de “hiatos culturales” en la región debería basarse en un mayor conocimiento de las condiciones paleoambientales específicas, de un registro arqueológico global más completo, de los procesos postdeposicionales que lo afectaron, de la extensión de los territorios ocupados por los grupos humanos en el pasado, y de sus propios modos de vida (García, 2011).

En base a estas consideraciones, se ha señalado la necesidad de ampliar la escala espacial de este tipo de estudios, ya que a nivel macrorregional la escasez o ausencia de ocupación en uno o varios sitios simplemente puede ser indicativa de ajustes en el sistema de asentamiento tendientes a consolidar la ocupación de un área mayor. De hecho, la ubicación de los sitios de superficie en los oasis pedemontanos, donde aún se observa una gran disponibilidad de agua y recursos vegetales y animales, indica que en situaciones de máxima aridez éstos debieron ser los lugares concentradores de población sobre los que debieron basarse las reformulaciones a los sistemas de asentamiento-subsistencia afectados por eventuales condiciones ambientales adversas.

En definitiva, para comprender la dinámica y características de la ocupación humana durante el Holoceno Medio, y aun para esbozar tendencias, parece requerirse de bastante más información previa sobre los condicionamientos ambientales, la dispersión humana a nivel macrorregional y los procesos de alteración actuantes sobre el registro arqueológico de ese período.

La producción de alimentos

El abandono de sistemas organizativos y de movilidad basados en una economía de caza y recolección y la adopción de prácticas tendientes a la producción de alimentos han sido objeto de numerosos estudios a nivel mundial, dirigidos a establecer las causas y describir detalladamente el proceso. Las propuestas resultantes son múltiples y reflejan la diversidad de criterios sobre el tema (*e.g.* Cohen, 1981; Gebauer y Price, 1992; Piperno, 2011).

En la provincia de San Juan la aparición de restos de plantas cultivadas (poroto, maíz, calabaza, zapallo y quínoa) habría ocurrido a comienzos del Holoceno tardío (Gambier, 1977). Una de las interpretaciones para dar cuenta de esta novedad se basa en las ideas ya comentadas, vinculadas con despoblamientos y nuevas inmigraciones. Así, hacia 2.200 años C¹⁴ a.C. se habría producido el abandono de la región por parte de los grupos cazadores-recolectores, y algunos siglos más tarde (*ca.* 1.800 años C¹⁴ AP) habrían ingresado nuevas poblaciones desde el norte. Estos grupos, “*cazadores-recolectores que tenían a la agricultura y a la ganadería como factores complementarios de su dieta habitual*” habrían sido poblaciones marginales desplazadas por “*agricultores y pastores de tiempo completo*” que habían ocupado los espacios fértiles de Perú (Gambier, 2000). Estas comunidades habrían sido las responsables de la introducción de las prácticas agrícolas de la región. Sin embargo, las evidencias de consumo y de probable cultivo de vegetales son relativamente escasas hasta fines de la primera mitad del Holoceno tardío, hasta *ca.* 300 años C¹⁴ a.C., por lo que este período es considerado como de “agricultu-

ra incipiente” (Gambier, 2000). Posteriormente, a principios de la Era Cristiana, estos grupos se habrían fusionado con otros provenientes del Noroeste argentino, lo que habría provocado un desarrollo mucho mayor de la agricultura, unido a la aparición de sistemas de aprovechamiento del agua más complejos y de mayor envergadura.

Una visión alternativa de todo este proceso se enlaza con la idea de continuidad poblacional antes mencionada. En principio, el desfase cronológico hace que resulte complejo comprender el proceso de desplazamiento propuesto por Gambier (2000), ya que los cazadores-recolectores del Holoceno Medio “se retiraron hacia el sur por la presión de los grupos con agricultura incipiente”, los cuales “aparecieron en nuestro territorio hacia el año 1800 a.C.”, o sea, unos 400 años después del retiro de los primeros. En contraposición, parece mucho más acorde al registro arqueológico conocido la idea de que fueran las propias sociedades cazadoras-recolectoras locales las que en algún momento incorporaron a su dieta los productos cultivados mencionados. En efecto, varias facetas del registro apoyan esta interpretación. Por un lado, más allá de la introducción de restos cultivados al registro arqueológico éste presenta cierta continuidad que se refleja en la persistencia de la tecnología y morfología de las estólicas y de los dardos compuestos, de los microinstrumentos (sobre todo los microrraspadores), de las puntas de proyectil y de algunos aspectos relacionados con las prácticas inhumatorias (García, 2010), además de la reocupación de los mismos sitios y la falta de evidencias de sedentarismo. Por otra parte, la escasa cantidad de los restos de productos agrícolas registrados para el período 1800-300 años C¹⁴ a.C. y la ausencia de evidencias claramente asociadas con su cultivo (por ejemplo estructuras de riego), da lugar a la idea de que en realidad aquellos elementos habrían sido conseguidos por intercambio con otros grupos (posiblemente del actual territorio chileno o del Noroeste argentino). Esta posición, similar a la sostenida previamente por otros investigadores en casos análogos (Spielman, *et al.* 1994; Gil, 1997-1998) no excluye la posibilidad de que estos mismos grupos hayan cultivado estos productos en zonas más bajas (cuyos sitios no hayan perdurado hasta nuestros días), pero esta alternativa no es sostenible a partir de las evidencias disponibles. Lo que sí parece más probable es que en algún momento de aquel largo período (unos 1.500 años C¹⁴) hayan comenzado las prácticas agrícolas a nivel local, las cuales después de *ca.* 300 años C¹⁴ AP se vincularían con estructuras de habitación de mayor tamaño, con campos de cultivo y estructuras de riego, con un registro de productos cultivados cuantitativamente mucho mayor y con el uso de recipientes de cerámica, elementos que sugieren el inicio de ocupaciones permanentes o semipermanentes, y por ende del proceso de sedentarismo.

Con respecto a las fuertes vinculaciones con el Noroeste argentino, explicadas a través de migraciones y fusiones con las poblaciones locales, es interesante destacar que fundamentalmente se basan en la similitud de los estilos cerámicos. Más precisamente, se trata de la cerámica con decoración inciso-punteada del norte de San Juan, muy similar a la conocida como “Condorhuasi fase Diablo” en el Noroeste. Sin embargo, se ha destacado que la proporción de esta alfarería en San

Juan es muy baja (inferior al 1,5%), por lo que en realidad podría responder a piezas de uso y distribución limitados dentro de las sociedades aldeanas sanjuaninas (García, 2010). En algunos casos habrían sido obtenidas por intercambio y en otros se habrían elaborado localmente a partir de aquellos modelos. Lo mismo se aplica al caso de los tembetás y las pipas “monitor” o en “T invertida”, que sugieren conexiones con los grupos humanos que habitaban del otro lado de la cordillera de los Andes, en el Norte Chico chileno.

En definitiva, más que representar una situación de migraciones y fusiones de pueblos, el registro arqueológico reflejaría “el desarrollo de extensos y permanentes redes de intercambio de bienes e información y la articulación de ideas y creencia a un nivel macrorregional” (García, 2010:82).

Adoptando nuevas creencias

Otro de los hitos de la ocupación humana de la región es la fuerte vinculación con la “Cultura de La Aguada” (González, 1964) del Noroeste argentino. Este período, que abarca aproximadamente desde 600 d.C. hasta principios del segundo milenio d.C., ha sido caracterizado como un proceso de integración social e ideológica de múltiples sociedades no igualitarias, resultado de transformaciones en marcha iniciada por factores decisivos, como la creciente complejidad social, la evolución de los centros cúltricos tempranos y el papel difusor del tráfico caravanero (Núñez Regueiro y Tartusi, 2002). En las sociedades humanas del territorio sanjuanino (no así en Mendoza) se desarrollaron marcadas modificaciones durante este período, las cuales alcanzaron diversos aspectos de la vida política, social, económica y religiosa de estas poblaciones. Estos cambios se observan nítidamente en el registro arqueológico. Por un lado, se constatan modificaciones importantes en la construcción de las viviendas, con la implantación de cimientos, estructuras rectangulares, muros principales gruesos, paneles de quincha y de adobones, techos planos, puertas extraíbles, etc. (Gambier, 1996-97, 2000).

La amplia distribución de cerámica de estilo Aguada (en muchos casos acompañando a otros tipos de alfarería), fundamentalmente en el territorio sanjuanino pero también en algunas ocasiones en el norte de Mendoza, es uno de los elementos que permite apreciar la magnitud de los cambios operados en este período. Al respecto, no sólo se han hallado restos de vasijas (que, sin embargo, representan los hallazgos más comunes) sino también de largas pipas tubulares que presentan el hornillo en un extremo y figurillas humanas con rasgos típicos del estilo Aguada. Además aparecieron elementos involucrados en la elaboración de la cerámica, como un nuevo tipo de pulidores de piedra de forma biconvexa alargada (Gambier, 1996-97).

Las innovaciones alcanzaron la textilería, con la aparición de cestas elaboradas mediante enmimbado y entrecruzado-arrollado, decoradas con motas, de tejidos con hilos de lana muy finos y de los trenzados planos (Gambier, 2000). También se han hallado evidencias de actividades metalúrgicas (completamente nuevas para la región) y numerosos ejemplares de arte rupestre vinculados con este

período. En efecto, en muchos sitios del territorio sanjuanino se han hallado representaciones rupestres que muestran elementos típicos de este período (por ejemplo, figuras humanas fumando con pipas acodadas) o figuras propias de la iconografía Aguada (e.g. jaguares, seres antropomorfos con característica felínicas o ataviadas con pieles de jaguar, y diversas imágenes de serpientes con rasgos felínicos).

Durante este período se observa un probable incremento de obras hídricas y de acondicionamiento de espacios destinados a la agricultura. Por ejemplo, podrían datar de esta época los extensos sistemas de canales ubicados en las localidades de Zonda y de Tocota, ambas en la región central de San Juan. Asimismo, parece haber habido un afianzamiento considerable de la cría de llamas (Gambier, 1996-97), cuyo manejo permitió no sólo la integración activa a las redes caravaneras sino también el aprovechamiento de sus múltiples productos (leche, carne, lana y estiércol) (Gambier, 2000). En un ámbito más relacionado con las creencias, el de las prácticas funerarias, se observan marcados cambios. Entre las principales innovaciones cabe mencionar las tumbas en montículos, la aparición de entierros múltiples, la inhumación (en un caso) de camélidos acompañando a seres humanos, la separación y conservación de cráneos aislados y la conservación (o descarte) de restos humanos dentro de los espacios domésticos.

La marcada cantidad y calidad de los cambios reseñados, producidos en la región a partir de *ca.* 650 d.C., y la relativa rapidez de los mismos, justifican que en primera instancia hayan sido interpretados en relación a nuevos movimientos de gente. Algunos de éstos se habrían originado en Chile, desde donde habrían proveniendo “pequeños grupos de migrantes trasandinos” que se habrían instalado en el Valle de Iglesia, en el noroeste de San Juan. Pero las migraciones más importantes habrían provenido del Noroeste argentino y se vincularían con una “invasión” de grupos Aguada (Gambier, 1992).

Esta interpretación ha dado lugar a algunas dudas. Por ejemplo, se ha señalado que las poblaciones invasoras debían ser demasiado numerosas para poder ocupar todos los sitios con registro Aguada, distribuidos en una gran extensión del territorio sanjuanino, por lo menos en los valles de Jáchal, Iglesia, Calingasta y Zonda (García, 2010). Y a pesar de ello, no se han registrado evidencias de conflicto, por lo que la integración de los invasores y sus costumbres debió realizarse de una manera “acordada”. Esta visión es muy difícil de aceptar en un espacio en el que la posesión de las zonas de oasis es clave para la supervivencia. Tampoco resulta comprensible por qué los migrantes sólo impondrían parte de su cultura y dejarían de lado elementos significativos en su lugar de origen. Por ejemplo, la figura del sacrificador, relevante en la iconografía del Noroeste argentino, no se encuentra en los sitios de San Juan. Tampoco resulta comprensible en ese marco la intervención de migrantes trasandinos y cómo habrían podido incorporar algunas de sus costumbres (por ejemplo, las tumbas en montículos).

En contraposición, la situación puede explicarse como resultado de la continuidad de las redes de relaciones ya establecidas desde hacía siglos con los grupos trasandinos y con el Noroeste argentino. Estos lazos, sobre todo con las sociedades septentrionales del lado argentino, se habrían intensificado y fortalecido paulatina-

mente y se habrían potenciado con el desarrollo progresivo de las redes caravaneras y con el flujo de nuevas ideas religiosas desde *ca.* 600 d.C. Dado que las articulaciones se habrían realizado fundamentalmente a nivel de las élites, resulta comprensible la rápida dispersión y adopción en un territorio muy extenso de nuevas creencias y de las iconografías y tecnologías con ellas asociadas (García, 2010). En ese proceso, además, es lógico que algunos elementos no se hayan difundido o adoptado y que otros presenten matices o versiones regionales (por ejemplo, la iconografía reflejada en el arte rupestre o la decoración de la alfarería).

En definitiva, es de esperar que el futuro desarrollo de análisis específicos de registros claves (por ejemplo en el campo de la bioarqueología) permita dilucidar el tema, sobre todo a partir del estudio de eventuales cambios significativos en la composición de las poblaciones locales.

La dominación incaica

Los incas habrían arribado al Centro Oeste Argentino en algún momento (probablemente a mediados) del siglo XV. En unas pocas décadas dejaron su huella indeleble en la cultura de las poblaciones locales, la que es rastreable tanto desde las evidencias arqueológicas como a partir de las fuentes documentales. El registro arqueológico incaico muestra un grado de variabilidad importante; las dificultades que entraña la comprensión de esa diversidad han dado lugar a distintas interpretaciones acerca de algunos aspectos relacionados con la dominación incaica regional, fundamentalmente los límites de la expansión estatal o del área dominada, y las características de tal control.

El límite meridional tradicionalmente aceptado para el imperio incaico en el lado argentino fue establecido en el Río Mendoza, en el noroeste de la provincia homónima (*e.g.* Schobinger, 1975; Bárcena, 1992; Hyslop, 1981). La base de esta posición estaba dada por el límite de la distribución de determinadas características que han sido consideradas como diagnósticas de la presencia estatal, esto es, la arquitectura, la vialidad y la cerámica propiamente incaicas. Así, la frontera política estatal se desplegaba a través de la línea de tambos que se escalonan de norte a sur desde el Valle de Iglesia, pasando por el de Calingasta, hasta el de Uspallata y (siguiendo el Río Mendoza) hasta el límite con Chile. Estas instalaciones estaban a su vez unidas por el Qhapac Ñan o Camino Principal Incaico. La ausencia de estas estructuras en las zonas aledañas permitía comprobar la falta de control efectivo de esos territorios, que técnicamente constituían las áreas limítrofes externas al Ta-wantinsuyu (Figura 2).

El segundo aspecto concierne al tipo de relación establecida entre el estado incaico y los grupos locales de aquellos territorios “externos” al imperio. Para explicar esta situación se ha argumentado la localización de “enclaves” o puestos de avanzada destinados a “fiscalizar” el área externa, o sea de los territorios ubicados al este de los valles preandinos, o sea la precordillera y las tierras bajas orientales, donde, sin embargo, no habría habido una dominación “consolidada” (Bárcena, 1998:5). Lejos del sentido original asignado a los enclaves por LaLone y LaLone

(1987:49) como sitios especiales que abarcaban territorios amplios y conllevaban la movilización de numerosos grupos de mitmaq que servían como mano de obra estable, los del Centro Oeste Argentino son considerados simplemente como “sitios de menor envergadura y menor estructuración respecto al sistema general” (Cahiza, 2009:50). Para Parisii (1992), entre estos territorios externos y los efectivamente anexados al Estado (al menos en el valle de Huentota, donde actualmente se ubica la ciudad de Mendoza) se habría establecido un intercambio de bienes y probablemente de servicios, que a pesar de no existir una “dominación neta” habría promovido una circulación de excedentes agrícolas hacia el Estado, y probablemente la movilización de personas para trabajar en la elaboración de cerámica en el Valle de Uspallata. La visión de Ots (2009) coincide con la perspectiva anterior en lo que respecta a la extracción de mano de obra y productos agrícolas del sector externo. Para entender cómo este manejo podía realizarse al margen de un control político, Cahiza y Ots (2005) propusieron la presencia de una frontera “económica, demográfica y cultural” (externa a la política) dentro de la cual se tornarían posibles aquellas situaciones.

A pesar de estos esfuerzos no resulta fácil comprender cómo se pueden controlar recursos humanos y económicos de una zona sin tener un dominio efectivo de la misma. Se ahí que a partir de un análisis global de las evidencias documentales y arqueológicas relacionadas con el tema se haya intentado formular un marco de interpretación más consistente en relación con aquellos datos. Según esta posición, la información disponible permite sostener: 1) que el dominio incaico abarcaba también los territorios precordilleranos y los situados en las tierras bajas aledañas; 2) que cuando cayó el imperio incaico había diferencias sensibles en los mecanismos de dominación de las diferentes zonas de la región (García, 2009). ¿Cómo es posible la aparición de dos interpretaciones tan distintas a partir de un mismo registro? Como ya ha sido señalado (García, 1999), la respuesta estaría en la amplia aceptación de la interpretación tradicional del registro arqueológico tardío (que consideraba como preincaica a una parte del mismo, disminuyendo la incidencia del control incaico en el cambio de la cultura material local), y en el hecho de que las propuestas relacionadas con la ubicación del límite político en el Valle de Uspallata tenían como objetivo sustentar la idea previa (Bárcena, 1992) de que la dominación de la vertiente oriental andina (sector occidental del Centro Oeste Argentino) se orientó a posibilitar el cruce a Chile y contribuir a su conquista.

En realidad, la suma de las evidencias (sobre todo del sector mendocino de la región) que de manera aislada aparecen como “circunstanciales” avala la idea de un control firme por parte del Inca en la mayor parte del área. Entre aquellos elementos se cuentan: a) la presencia de sitios incaicos en los valles principales (Huentota y Tulum), cuyos restos no han sido hallados pero cuya existencia se encuentra documentalmente probada (Canals Frau, 1946); b) la implementación de un nuevo estilo cerámico en el extremo meridional, denominado “Viluco”, cuyo origen se había supuesto como preincaico (Lagiglia, 1976); c) la mención documental de “tierras del inca” y “acequias del inca”, del sometimiento de las poblaciones locales al Estado, de un sistema político dual, con “caciques” y “principales”, de la ubicación del límite

incaico y de la extraña posesión de la tierra por parte de los caciques (sólo comprensible como legado de la situación incaica) (Bárcena, 1992; Bibar, 1966; Lizárraga, 1937; Michieli, 1983; García, 1999); d) la aparición en el idioma de la población huarpe local de términos quichuas, y la amplia difusión de esa lengua en la región (Canals Frau, 1946; Valdivia, 1940); e) la presencia importante de cerámica diaguita chilena inca, evidencia del traslado de mitmaq trasandinos para el control de los grupos de la vertiente oriental (Lagiglia, 1979; García, 1993-1994).



Figura 2. Ubicación aproximada de las fronteras propuestas para el extremo SE del Tawantinsuyu

Consecuentemente, el control efectivo (aunque aparentemente “delegado” [*sensu* Lima Tórrez, 2005] en funcionarios diaguitas chilenos [García, 2009]) habría alcanzado parte de los territorios ubicados al este de los valles preandinos, y por lo tanto sería insostenible la ubicación de la frontera del Tawantinsuyu en los mismos (sobre todo el de Uspallata). Adicionalmente, se han demostrado (García, 2011) fuertes inconsistencias en las propuestas relacionadas con la determinación de enclaves fuera del límite político y en el planteo de una frontera económica, demográfica y cultural.

Pero la diversidad de los enfoques no sólo ha alcanzado a los mecanismos globales y particulares de dominación de la región, sino también al propio reconocimiento de las evidencias. Como ya señalara Politis (1994) en relación a la discusión sobre la estructura del debate acerca del poblamiento temprano, en algunos casos existen profundas diferencias en los estándares de validación de las evidencias arqueológicas, que pueden ir acompañadas por fuertes tensiones político-académicas. Una variante de las confrontaciones propiamente académicas puede estar representada por casos en los que se observa un direccionamiento de las actividades profesionales en función de los requerimientos de una determinada gestión política o de un eventual fortalecimiento de relaciones con empresas privadas o autoridades gubernamentales. Algunos ejemplos posiblemente vinculables con esas situaciones se han registrado recientemente en la provincia de San Juan (ver García, 2005c) y uno de ellos se vincula directamente con la dominación incaica.

En efecto, las diferencias en torno a la identificación de las evidencias arqueológicas del período incaico no se restringen al estilo cerámico Viluco y algunos otros elementos del centro-norte de Mendoza, sino que también alcanzan a registros localizados en la provincia de San Juan. Específicamente, el disenso se enfoca en el carácter incaico que una etnohistoriadora local otorgó a una serie de estructuras situadas a lo largo de un camino de montaña que recorre longitudinalmente la Quebrada de Conconta, en el noroeste de la provincia, para acceder a un valle de altura (Valle del Cura), luego de atravesar una fuerte subida conocida como Cuesta de Vallejos. En el sector superior de la quebrada, en la propia cuesta y en las cercanías, existen restos de numerosas estructuras (agrupadas en cinco sitios) que fueron identificadas como incaicas (Michieli, *et al.* 2005). El problema es que tal adscripción cultural está basada en algunas características arquitectónicas de las estructuras, como el levantamiento de muros de doble hilada, formas cuadrangulares, banquetas, técnica constructiva “símil sillar”, uso de mortero de tierra o barro, etc. Pronto se detectaron algunos inconvenientes con el carácter incaico otorgado a estos recintos (García, 2007). Por un lado, éste se basaba en elementos arquitectónicos que no son exclusivamente incaicos (como los muros de piedra de doble hilada, el mortero de barro, las banquetas, etc.) o en otros cuya excepcional presencia en alguno de los sitios no es objetiva sino que depende de la subjetividad del observador (*e.g.*, un mirador, un pequeño vano trapezoidal, un “depósito para crianza de cuyes”, etc.). Por otra parte, resulta extraordinariamente extraño que en ninguno de estos sitios se haya encontrado material arqueológico indígena (artefactos líticos, cerámica, etc.), tanto en superficie como en las excavaciones realizadas

en dos de esos sitios. Esta situación conlleva una no menos extraña explicación: los sitios habrían estado en rápido proceso de construcción cuando llegó la noticia de la caída del Cuzco, lo que provocó una urgente y limpia “retirada” de los grupos abocados a aquella tarea (Michieli, *et al.* 2005). Más extraño aún, la ausencia de restos indígenas y la presencia de materiales modernos (alambres, vidrios, un detonador, etc.) es considerada insólitamente como una prueba a favor de la presencia incaica en el lugar, ya que muchos sitios incaicos han sido reutilizados en épocas posteriores. Evidentemente, la lógica expuesta en este caso no resiste el menor análisis.

Finalmente, la existencia de un informe con relatos de testigos, que explica que los sitios se levantaron entre 1955 y 1956 como lugares de apoyo a los grupos que construían el camino hacia el Valle del Cura, permitió aclarar la situación. Sin embargo, el caso tuvo algunas aristas no menos llamativas, ya que el carácter incaico de estos sitios fue defendido mediáticamente (y de manera tan enérgica como agresiva) por el propio Gobierno de la Provincia de San Juan, dado que los mismos habían sido oficialmente propuestos como “sitios pilotos” para ser incorporados al proyecto internacional dirigido a que la UNESCO declarara al Qhapaq Ñan como “Patrimonio de la Humanidad”. Una vez organizada y realizada a principios de 2008 una visita oficial de las autoridades nacionales a cargo del proyecto en Argentina, el caso concluyó con una diplomática sugerencia a las autoridades sanjuaninas en el sentido de buscar otros sitios para el proyecto, lo que efectivamente se concretó. Sin embargo, esta decisión (políticamente desfavorable al Gobierno sanjuanino) nunca fue dada a conocer públicamente, lo que ha contribuido a profundizar la confusión e incertidumbre del público general con respecto al tema.

Es evidente que en casos como éste los beneficios de la confrontación de miradas alternativas no sólo son altamente favorables desde el punto de vista del conocimiento científico, sino que además alientan el desarrollo de interpretaciones diversas en orden a clarificar aquellas situaciones que por distintos motivos exceden el marco propiamente académico.

Consideraciones finales

El Centro Oeste Argentino tiene una historia cultural muy dilatada y diversa; pero tan importante como el conocimiento actual de ese pasado es el hecho de que los mayores avances en la interpretación del mismo se han registrado en aquellos temas en los que se han podido confrontar visiones alternativas o proponer explicaciones diferentes.

En algunas oportunidades parece clara la necesidad de ampliación del registro arqueológico para poder contar con una base empírica más confiable (por ejemplo para avanzar en el análisis del poblamiento temprano y de los cambios del Holoceno Medio), sin que esto se confunda con una posición teórica dogmática acerca de una dependencia del avance del conocimiento con respecto a una mayor cantidad de evidencias (*e.g.*, Neme y Gil, 2010). En otras, como en la relacionada con los cambios de la segunda mitad del primer milenio d.C. en la provincia de San

Juan, se hace evidente la necesidad de emprender nuevas vías de análisis del registro ya existente, guiadas por nuevos interrogantes.

Por su parte, los recientes logros en el campo de los estudios sobre la dominación incaica reflejan las marcadas e interesantes diferencias de interpretación que pueden surgir la aplicación de nuevos criterios a la consideración de las evidencias ya conocidas. Finalmente, el caso de Conconta muestra otra faceta importante relacionada con la discusión de las propuestas o interpretaciones del registro arqueológico, ya que las críticas a la posición inicial no sólo significaron un avance en el conocimiento de los sitios en cuestión y del tema incaico en general, sino que además desnudaron otra realidad: los serios riesgos que podría conllevar la interesada utilización de información no confiable por parte de organismos públicos provinciales o nacionales en el marco de la elaboración de proyectos o políticas culturales, y la sana conveniencia de no subordinar los objetivos de la investigación científica a los intereses políticos de turno.

Bibliografía

- Abraham de Vázquez, E., y M.R Prieto. 1981. Enfoque diacrónico de los cambios ecológicos y de las adaptaciones humanas en el noreste árido mendocino. *Cuadernos del CEIFAR* 8, 109-139.
- Bárcena, R. 1992. Datos e interpretación del registro documental sobre la dominación incaica en Cuyo. *Xama*, Nº 4-5:11-49.
- Bibar, G. de. 1966. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Fondo Histórico "J.T. Medina". Santiago de Chile.
- Canals Frau, S. 1946. Etnología de los huarpes. Una síntesis. *Anales del Instituto de Etnología Americana* VII: 9-147.
- Cohen, M. 1981. *La crisis alimentaria en la prehistoria*. Alianza. Madrid.
- Cortegoso, V. V. Durán, S. Castro y D. Winocur. 2011. Disponibilidad de recursos líticos y explotación humana de la divisoria andina. Valle del río de Las Taguas, San Juan, Argentina. *Chungara* 44 (1):55-68.
- Espejo, J.L. 1954. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico "José Toribio Medina". Imprenta Universitaria Valenzuela Basterrica y Cía. Santiago de Chile.
- Gambier, M. 1974. Horizonte de Cazadores Tempranos en Los Andes Centrales Argentino-Chilenos. *Hunuc Huar* II:43-103. IIAM, Universidad Nacional de San Juan. San Juan.
- Gambier, M. 1977. *La Cultura de Ansilta*. IIAM. Universidad Nacional de San Juan. San Juan.
- Gambier, M. 1979. Arqueología y paleoclimas en los Andes Centrales Argentino-Chilenos. *Publicaciones* 6:1-9.
- Gambier, M. 1992. Secuencia cultural agropecuaria prehispanica en los valles preandinos de San Juan. *Publicaciones* 18:1-23.
- Gambier, M. 1996-97. La expansión de la Cultura de La Aguada en San Juan. *Shincal* 6:173-192.
- Gambier, M. 2000. *Prehistoria de San Juan*. Ansilta. San Juan.

- García, A. 1993-1994. Acerca de la cultura material durante el período de dominio incaico en Mendoza: dos casos de influencia diaguita chilena en la alfarería Viluco. *Anales de Arqueología y Etnología* 46-47: 41-48.
- García, A. 1996. La dominación incaica en el Centro Oeste Argentino y su relación con el origen y cronología del registro arqueológico "Viluco". *Anales de Arqueología y Etnología* 48-49:57-72.
- García, A. 1999. Alcances del dominio incaico en el extremo suroriental del Tawantinsuyu. *Chungara* 29 (2):195-208.
- García, A. 2003. On the coexistence of man and extinct Pleistocene megafauna at Gruta del Indio (Argentina). *Radiocarbon* 45 (1):33-39.
- García, A. 2005a. La ocupación temprana de los Andes Centrales Argentinos (ca. 11.000 - 8.000 años C¹⁴ AP). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 28:153-165.
- García, A. 2005b. The Human Occupation of Argentina Central Andes during the Mid-Holocene (eastern slope, 32°-34°S). *Quaternary International* 132:61-70.
- García, A. 2005c. Minería y protección del patrimonio arqueológico sanjuanino: lecciones de un caso reciente. En *Ponencias Orales. V Congreso Ambiental 2005*: 89-95 (Edición en CD).
- García, A. 2007. ¿Ocupación incaica en la Quebrada de Conconta? Una propuesta alternativa. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III:521-527. Universidad Nacional de Jujuy. Jujuy.
- García, A. 2009a. El "hiatus ocupacional" del Holoceno Medio y el registro arqueológico del centro-norte de Mendoza. En Oliva, F., N. de Grandis y J. Rodríguez (comp.), *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo* II: 541-549. Laborde Editor. Rosario.
- García, A. 2009b. El dominio incaico en la periferia meridional del Tawantinsuyu. Revisión de las investigaciones arqueológicas en la región de Cuyo, Argentina. *Investigaciones sobre sociedades y culturas de paisajes áridos y semi-áridos americanos* 1:47-73.
- García, A. 2010. *Arqueología Prehistórica de San Juan. La conquista indígena de los dominios del cóndor y el guanaco*. EFU. Universidad Nacional de San Juan. San Juan
- García, A. 2011. Paleoambiente y arqueología: dos casos de estudio del Centro Oeste Argentino. En Mayol Laferrère, C., F. Rivero y J. Díaz (comp.), *Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste Argentino*: 71-81. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.
- García, A., M. Zárate y M. Páez. 1999. The Pleistocene-Holocene Transition and Human Occupation in the Central Andes of Argentina: Agua de la Cueva locality. *Quaternary International* 53/54:43-52.
- Gebauer, A. y D. Price (eds.). 1992. *Transitions to Agriculture in Prehistory*. Prehistory Press. Wisconsin.
- Gil, A. 1997-1998. Cultígenos prehispánicos en el sur de Mendoza. Discusión en torno al límite meridional de la agricultura andina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXXIII:295-318.

- Gil, A., M. Zárate y G. Neme. 2005. Mid-Holocene Paleoenvironments and the archaeological record of southern Mendoza, Argentina. *Quaternary International* 132: 81-94.
- Gil, A., Gustavo Neme, C. Otaola, A. García. 2011. Registro Arqueofaunístico en los Andes Meridionales entre 11.000 y 5000 Años AP: Evidencias en Agua de la Cueva- Sector Sur (Mendoza, Argentina). *Latin American Antiquity* 22 (4):595-617.
- González, A. R. 1964. La cultura de La Aguada del N.O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 2-3: 205-250. Córdoba.
- González, A. R. 1967. Una excepcional pieza de mosaico del N.O. argentino. *Etnia* 6:1-28.
- Hyslop, J. 1984. *The Inka Road System*. Academic Press. New York.
- Lagiglia, H. 1976. La Cultura de Viluco del Centro Oeste Argentino. *Revista del Museo de Historia Natural* III (1/4): 227-265.
- Lagiglia, H. 1979. Dinámica cultural en el centro oeste y sus relaciones con áreas aledañas argentinas y chilenas. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile* II:531-560. Kultrún, Santiago de Chile.
- Lagiglia, H. 1984. El Noroeste y el Centro Oeste Argentino. *Notas del Museo* 28. Museo de Historia Natural de San Rafael. Mendoza.
- Lagiglia, H. 1997. Arqueología prehistórica del Atuel y Diamante. *Revista del Centro de Integración Territorial* 2:29-46. Mendoza.
- Lagiglia, H. y A. García. 1999. Las ocupaciones tempranas del Atuel (nuevos estudios en la Gruta del Indio). En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III: 251-255. Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Laguens, A., R. Cattáneo, E. Pautassi y G. Sario. 2009. Poblamiento humano temprano en las sierras de San Luis: Estancia La Suiza. En Martini, Y., G. Pérez Zavala y Y. Aguilar (comp.), *Las Sociedades de los Paisajes Áridos y Semiáridos del Centro Oeste Argentino*: 41-60. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.
- Lima Tórrez, M. del P. 2005. ¿Por alianza o por la fuerza? Establecimiento del inkario al sur del Lago Poopó, la relación del imperio con las poblaciones locales. *Xama* 15-18:161-175.
- Lizárraga, R. de. 1937. Descripción de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, t. VIII. Mendoza.
- Michieli, C. 1983. *Los huarpes protohistóricos*. IIAM. San Juan.
- Michieli, C., A. Varela y M. Riveros. 2005. Investigaciones arqueológicas y protección de las instalaciones incaicas de la Quebrada de Conconta (San Juan, Argentina). *Publicaciones* 27 (nueva serie).
- Nardi, R. 1966-1967. Contribuciones a la arqueología de San Juan. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 6:339-381.
- Neme, G. y A. Gil. 2009. Human Occupation and Increasing Mid-Holocene Aridity. *Current Anthropology* 50:149-163.
- Neme, G. y A. Gil. 2010. What Happened during the Mid-Holocene in Arid Western Argentina? *Current Anthropology* 51 (3):417-419.

- Núñez, L., M. Grosjean, B. Messerli, y H. Schreier. 1996. Cambios Ambientales Holocénicos en la Puna de Atacama y sus Implicancias Paleoclimáticas. *Estudios Atacameños* 12: 31-40.
- Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi. 2002. Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24:9-19.
- Parisii, M. 1992. Algunos datos de las poblaciones prehispánicas del norte y centro oeste de Mendoza y su relación con el dominio incaico del área. *Xama* 4-5:51-69.
- Piperno, D. 2011. The Origins of Plant Cultivation and Domestication in the New World Tropics Patterns, Process, and New Developments. *Current Anthropology* 52(Sup. 4):453-470.
- Politis, G. 1994. La estructura del debate sobre el poblamiento de América. *Boletín de Arqueología* 14 (2):25-51.
- Regairaz, A., y R. Barrera. 1978. Formaciones del Cuaternario, unidades geomorfológicas y su relación con el escurrimiento de las aguas en el piedemonte de la precordillera. En *Annais Academia Brasileira Ciencias* 47:5-20.
- Rodríguez, E. y M. Barton. 1993. El cuaternario de la llanura. En Ramos, V. (Ed.), *Geología y Recursos Naturales de Mendoza*:173-194. Buenos Aires
- Rowe, J. 1982. Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the Empire. En Collier, G., I Rosaldo y J Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States 1400-1800: Anthropology and History*: 93-118. Academic Press. New York.
- Schobinger, J. 1971. Arqueología del Valle de Uspallata, Provincia de Mendoza (Sinopsis preliminar). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* V (2):71-84.
- Schobinger, J. 1975. *Prehistoria y Protohistoria de la región cuyana*. Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "J.C. Moyano". Mendoza.
- Spielman, K. y J. Eder. 1994. Hunters and farmers: then and now. *Annual Review of Anthropology* 23:303-323.
- Valdivia. 1940 (1607). Doctrina Cristiana y catecismo de la lengua Allentiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera, con un Confesionario, Arte y Vocabulario Breves. *Anales del Instituto de Etnografía Americana* I:19-44.

CAPÍTULO 12

•

ARTE RUPESTRE: IMAGEN DE LO FANTÁSTICO

Ana María Rocchietti

*El conocimiento vale por su objetividad,
el arte por su humanidad*
Roger Garaudy

Introducción

Roger Garaudy (1986), a partir de una perspectiva marxista, estimaba que el arte es la prolongación del trabajo, una de las formas de humanización de la Naturaleza, la construcción de una Naturaleza específicamente humana porque reconstruye el mundo según un plano humano. Esta argumentación es particularmente adecuada para juzgar el arte rupestre en el plano estético como una imaginación cultural específica y los procesos emocionales reflejados en él, intentando dar cuenta de su magma sensorial, lúdico y mágico, el cual se encuentra en el origen profundo de estas manifestaciones, en el seno de un desarrollo que es universal a la especie humana.

Todo arte ofrece una amalgama de documento, emoción y sensualidad en un impulso social, no necesariamente consciente, que desenvuelve lo simbólico y lo imaginario en el interior de las propiedades de la materia que transforma. Este trabajo es un ensayo que procura demostrar que ese juego impulsivo tiene lugar en la combinación de escena (dibujo), escenografía y textura haciendo del arte rupestre de una comarca mediterránea de la Argentina un documento a la vez único y universal, hiperreal y surreal. El desafío deviene de la necesidad de efectuar un análisis que no carezca de rigurosidad científica.

La dimensión estética de las pinturas permite reconocer la cosmogonía fundadora en su campo práctico, es decir, en un juego *contorno-superficie* que revela cómo la intención figurativa puede esconder la trama más profunda de la ideología. La arqueología del arte rupestre no suele detenerse en la perspectiva estética porque generalmente la estima como un efecto no querido por los autores

de las obras ya que ellas estarían destinadas a otro tipo de actuación o resultado. Sin embargo, la mirada estética puede descubrir significados latentes que no residen tanto en la forma o en la función sino en el “tema” que comparte un conjunto de pictografías afines en distintos sitios rupestres.

La perspectiva estética requiere, no obstante, desenvolverse metódicamente, explorando la latencia por comparación de los signos comunes en las escenas y por la composición de los paneles. Desde nuestro punto de vista, tal desarrollo metodológico requiere una serie de supuestos explícitos y de una secuencia de acciones de registro, análisis e interpretación que proponemos a continuación. Los supuestos que proponemos son los siguientes:

1. El arte rupestre contiene una fantasía transformacional.
2. Las obras pertenecen a una totalidad de discurso y, por consiguiente, si existe afinidad temporal y geográfica, son intertextuales.
3. El centro de la intertextualidad es el *tema*.
4. El tema es fundador de un sistema social de pensamiento y afectividad.
5. La estética es un efecto impensado, involuntario.
6. La estética puede desentenderse del problema *significado/significante* porque el significado se prolonga en el significante tal que si no se evoca adecuadamente el significante nunca se presentará ante el oficiante el significado. A diferencia de nuestro propio sistema de arte, el rupestre no es polisémico en la ceremonia.
7. Hubo, indudablemente, una dimensión de lo que llamamos *realidad* pero, asimismo, pudo existir un “exceso de realidad” de manera tal que el arte se tornó *irreal, surreal e hiperreal*. Estos términos demarcan la estética del arte rupestre.

En ese marco, se requiere proponer un método de percepción que atrape la estética del arte rupestre en tanto efecto –voluntario o no– de su despliegue fantástico. Nos parece que su secuencia propedéutica debiera atender a estos pasos:

1. Registrar tres “dispositivos”, los cuales –provisoriamente– son “estéticos”: la pared, la luz, el agua.
2. Describir el tema detectando su contenido fantástico, libre, invisible, sugerido (real, surreal, hiperreal).
3. Describir la conjugación sintáctico-sintomática entre todas las obras seleccionadas (intertextualidad).

Sintéticamente, se trata de captar la situación estética proponiendo un *primer sentido* (el que aporta la mirada del primer relevamiento) y un *posterior sentido* (la mirada interpretante) adoptando como punto de partida la afirmación de que hay una relación profunda entre estética rupestre y erotismo, siendo ése vínculo el que guía tal tipo de aproximación.

Los documentos rupestres sobre los que desenvolvemos este marco teórico corresponden a una región que integra las Sierras Pampeanas Orientales, en la Provincia de Córdoba (Fig. 1).

Los sitios están localizados en las laderas norte, sur, sudoeste y sudeste de un cerro de 800 metros sobre el nivel del mar, en el piedemonte de la Sierra de Comechingones. Podemos considerarlo un verdadero centro ritual, no común en esa latitud por el número de manifestaciones rupestres. Las identificamos con nombres analógicos; tienen sedimentos arqueológicos asociados en casi todos los casos y para esta localidad tenemos dos fechados radiocarbónicos sobre ellos:

LP 366 Inti Huasi Casa Pintada, sondeo 2 (carbón vegetal a 0,40 - 0,50 m de Prof. Desde superficie).
Edad radiocarbónica convencional: 780 ± 100 años AP

Edad calibrada 1 sigma 563 - 602 cal AP
628 - 745 cal AP

LP 426 Alero 1 del Abra Chica, Cerro Inti Huasi (carbón vegetal 0,25 a 0,30 m prof. desde sup).

Edad radiocarbónica convencional: 1750 ± 110 años AP.

Edad calibrada 1 sigma 1418 - 1466 cal AP

1492 - 1497 cal AP

1509 - 1725 cal AP

Edad calibrada 2 sigma 1373 - 1835 cal AP

1840 - 1865 cal AP

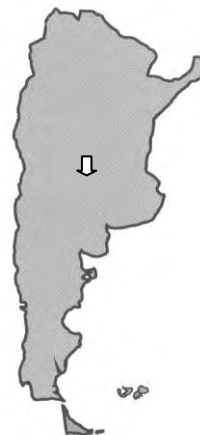


Figura 1. Geografía desde donde proceden los documentos rupestres

Como puede apreciarse en su lectura, podrían pertenecer a ceremonias realizadas en un tiempo muy amplio.

Las manifestaciones rupestres del Cerro Intihuasi -tal es su nombre- pueden estimarse como pertenecientes a ocupaciones humanas que se han desarrollado desde 2.800 AP hasta la conquista española de la región. Los sitios que presentamos son todos prehispánicos tanto por temática como por depósitos arqueológicos. Su ideología principal es la caza pero suponemos para ellos una economía complementaria de explotación del bosque del Espinal mediterráneo con sus especies farináceas y agricultura de baja intensidad. Las pinturas rupestres poseen alta homogeneidad de estilo y casi no verificamos superposiciones de signos.

No los describimos en su detalle sino que los ofrecemos como conjunto *estético* que comparte tema y forma de ejecución. Pueden, asimismo, estimarse como un caso compacto en diseño y en temática, en el que las pinturas despliegan una argumentación que se verifica de documento en documento.

Sus características en común indican homogeneidad de la ideología a lo largo del tiempo. Posiblemente las pinturas fueron producidas por gentes agrarias, en el marco de un denso bosque espinoso, en una región de montaña con numerosos arroyos colectados por ríos de curso latitudinal que desembocan en la cuenca

del Plata. Sin embargo, se trata de una comarca semiárida sostenida sobre un gran batolito que delinea un paisaje granítico como los que existen en diversas partes del mundo. La escenografía de los sitios arqueológicos comprende las geoformas de grandes rocas redondeadas intersectadas con esquistos. El tema compartido central es la caza, los animales, los humanos en medio de un mundo prolífico y numerosas líneas -poligonales- de formas arbitrarias. Los vivientes fueron representados de una manera que puede calificarse como *real* ante la mirada del *primer sentido* al que aludíamos antes: los vemos en acciones dinámicas y con cuerpos como los que efectivamente tienen en la naturaleza real. Los animales se ven en dos casos -cuando se concentra la mirada- agrupados por especies, en una suerte de taxonomía gráfica. El dibujo de los humanos son todos diferentes y versátiles. Los signos geométricos -poligonales- son todos diferentes entre sí y alguno puede, en rigor, referirse a las víboras que son abundantes en ese país.

Estética

En principio debemos admitir la entidad de cada sitio rupestre -en todo el mundo- como objetos únicos que *singularizan* el espacio en que se encuentran. Las creencias mitológicas desenvuelven un mundo fantasmático que debe haber aportado solemnidad a la sinergia de la liturgia rupestre y a su probable misterio devenido de la comunicación con él y seguramente a las cuatro dimensiones de cualquier sociedad: trabajo, sexo, consanguineidad e interacción. Es por esa razón que la síntesis roca-signos-escenografía rupestre (Rocchetti, 2008, 2009, 2010, 2012) es, a la vez, una síntesis “ficticia”, inmanente al sitio como arte. Los actos que debemos suponer en el arte rupestre ofrecen al espectador actual las *posibilidades* -radicales, autónomas- seleccionadas por el oficiante, expresivas tanto de la manifestación religiosa como de una elección estética, en la que cuentan el acto *-performance-* efectivo como los efectos del acto. Podríamos llamar a estas posibilidades “opción por el significante” consistente en *hacer cosas con signos*.¹

En ese sentido, cada sitio rupestre implica un modo histórico de arte: es decir, la relación entre las obras y el pensamiento que sobre ellas existió al ejecutarlo (Badiou, 2009), un régimen estético aún cuando no existiera intención estética, como una forma de huella o marca de una forma de constituirse como humano. Menke (2011:77) afirma que:

“[...] lo estético es un modo de regresar a un fondo de imágenes originario y oscuro. [...] el arte entendido de manera estética no es la imitación de lo probable en el mundo de la vida sino la exploración de formas de perceptibilidad y representatividad de la plenitud de posibilidades pero no de las posibilidades de la vida imitadas por el arte sino del presentar mismo. El arte entendido de manera estética desarrolla el juego de la facultad de imaginación.”

¹ Una figuración sugerida por el “hacer cosas con palabras” de Austin (1982).



Figura 2. Cerro Intihuasi. Localidad de donde provienen los documentos de arte rupestre

De esta perspectiva surge la interesante fuente posible del arte rupestre: el *fondo* genealógico y fantasmático de ese modo histórico de expresión. La singularidad de los sitios rupestres tiene lugar en su intensidad real, surreal o hiperreal.

Arte del centro de la Argentina

Las tierras altas argentinas, de influencia andino-altiplánica, están comprendidas entre los Andes y una diagonal árida que comprende varias provincias de este país sudamericano. Allí las culturas andinas tuvieron menor esplendor arquitectónico y menos ejemplos de cultos colectivos y públicos si se las compara con las peruanas y bolivianas. Pudo ser un universo agrícola generalizado en sus últimas etapas históricas antes de la invasión castellana. No cabe duda de que interactuaron con las sociedades del trópico húmedo y con las vastas pampas argentinas.

Su chamanismo -que estuvo generalizado si usamos la definición más amplia de esta institución indígena- estuvo sostenido en el *cebil* (*Anadenanthera colubrina*) o *vilca*, unas semillas negras que -tostadas, molidas y aspiradas- provocaban un estado de alucinación. Debieron existir otras similares en las comarcas que carecían de ella aunque su valor religioso debió ocasionar comercio a distancia para obtenerlas. Con la excepción de las religiones de gran espectacularidad pública, como las andinas, en Sudamérica hubo un ocultismo generalizado todavía dotado de vitalidad y significación en la cultura popular.

El arte rupestre sobre cuyo régimen estético intentamos explicar procede de una localidad con concentración de sitios, Cerro Intihuasi. Se trató, evidentemente de un centro ritual de larga duración y, por tal razón, extraordinario aún cuando -en

definitiva- no se puede afirmar que hubo allí una actividad ceremonial numerosa ya que el total de sitios alcanza el número de once, lo cual no es mucho en realidad.

En relación con estos enigmas religiosos intentamos un esbozo de aproximación al que llamamos *intertextualidad*.

Este punto de partida podría ser cuestionado porque las pinturas y grabados rupestres no son textos ni debieran ser considerados como tales. Intertextualidad significa, en este problema, argumentación convergente, tema reiterado y, asimismo, su forma de realización.



Figura 3. Cerro Intihuasi. Casa Pintada (IW5). Detalles de escena

Presentamos paneles que tienen en común figuras humanas y bestias ejecutadas con unidad de estilo; nuestra tesis es que se vinculan de una manera singular en el seno de una ideología milenaria, destacando que bajo su aparente literalidad

figurativa pueden expresar una sexualidad difusa fundada en tres principios estético-religiosos: devorar, devenir y delirar.

Estos tres ejes semióticos fueron realizados de manera aparentemente *real*, bastante fieles a los cuerpos, movimientos y conductas tanto de humanos como de animales. Pero podemos suponer una expresión *surreal* con el carácter de fondo psíquico o subjetivo estético formado por una imaginación de lo fantástico, no importa si fuera bello u horroroso, en vigilia o en éxtasis.

Las figuras 3 a 13 presentan las pinturas del Cerro Intihuasi, a las que consideramos intertextuales en el sentido que definimos más arriba, es decir, en la dimensión sintáctico-sintomática del tema y sus nociones asociadas.

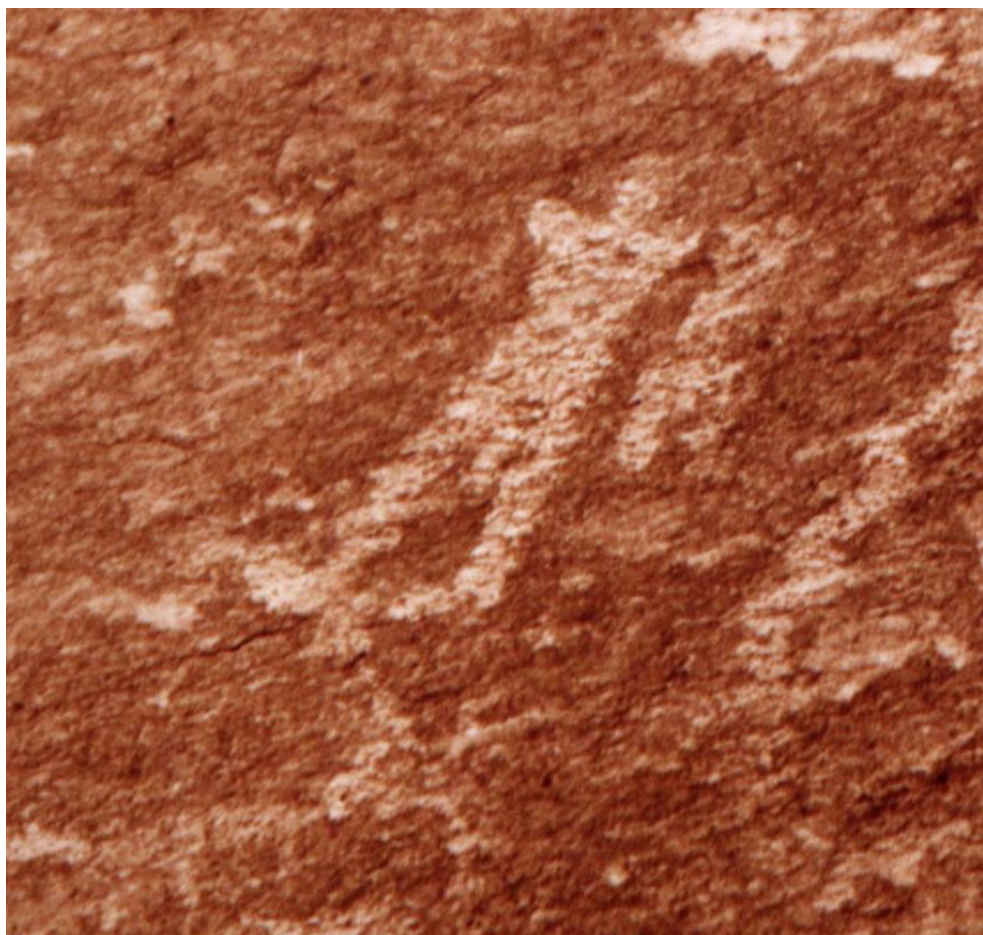


Figura 4. Cerro Intihuasi. Ladera sudoeste. Casa Pintada (IW5) Detalle de figura humana

Los paneles pintados fueron realizados sobre roca de granito. Sobre la ladera sudoeste junto a una explanada desnuda y en el comienzo de un abra abierta por un surgente que se extiende hasta la base del cerro, se encuentran cinco sitios entre los cuales La Casa Pintada despliega una escena muy parecida a la de El Zaino 1.

En los otros casos el diseño desenvuelve animales, humanos y poligonales cuyas versiones son únicas. Todas las manifestaciones rupestres del Intihuasi, por lo tanto, son irreductibles en cuanto escena pero no en tema y técnica: felinos que atacan una tropa de camélidos (Casa Pintada y El Zaino), camélidos y ñandúes alineados, los primeros frente al cazador (Casa Pintada y El Zaino), animal tirado del cuello por un hombre (El Cáliz), camélido y “soles” y camélido solitario en un hueco (Alero 2 de la ladera sudoeste), poligonales de distinto tipo, laberínticas o simples (Aleros 3 y 4 de la misma ladera, Alero del Norte, Alero Mayor, Alero de la Máscara), distintas versiones de humanos vestidos (Aleros del Abra Chica), dos de ellos con cabeza de felino (Alero 2). El tema general -independientemente de la singularidad con que fue tratado en cada sitio- denota una sintaxis común: animales y humanos en la caza, animales clasificados gráficamente de acuerdo con su “género”, animales o sus huellas y, por fin, poligonales todas ellas muy diferentes entre sí.

El tema de las escenas se completa con la sensación radiante que ofrece el granítico feldespático: brilla su muscovita sobre un fondo gris (por los cristales de cuarzo) y rosado (por el feldespato) bajo el sol pleno o en suave penumbra en la mayoría de los casos.



Figura 5. Cerro Intihuasi. Ladera sudoeste. Alero 1 (IW 1), detalles

La representación de los animales adquiere valor simbólico por razones contingentes a su animalidad. Puede vincularse a lo culinario, a las etimologías o a

las relaciones con los ancestros y los animales fantásticos se ubican por fuera de las taxonomías existentes (Sperber, 1996).

Los animales del Intihuasi no son monstruosos; se trata de un bestiario “real”; no son anómalos sino muy fieles a los verdaderos tanto en la forma como en el movimiento y en la conducta siendo, en ese sentido, hiperrreales. Son *fantásticos* (igual que los humanos y las poligonales) solamente y a partir del hecho de que están dibujados. Son estéticos por estéticos, quizá, en la dirección de una regresión al fondo psíquico del que habla Menke.



Figura 6. Cerro Intihuasi. Ladera sudoeste. Alero 2 (IW 2)



Figura 7. Cerro Intihuasi. Ladera sudoeste. Alero 3 (IW 3)



Figura 8. Cerro Intihuasi. Ladera sudoeste. Alero 4 (IW 4)



Figura 9. Cerro Intihuasi. Ladera norte. Alero de la Coral



Figura 10. Cerro Intihuasi. Ladera norte. Alero del norte

El papel importante del felino (jaguar o puma sagrado) en dos de los sitios (Casa Pintada y El Zaino) en su papel de desorganizador y muerte de los demás animales lo hace análogo en los hombres con arcos: los felinos y humanos pertenecen a la categoría de los *devoradores*. En el Cáliz, la pintura roja que se pierde en la entraña de la piedra, y en el Alero de la Máscara, en la que todo el techo está cruzado por poligonales de línea gruesa, rojas, blancas y amarillas se manifiesta el *delirio*, el descenso o el ascenso a mundos exaltados. En ellas, la regresión es todavía más profunda. Finalmente, todo el conjunto sugiere la genitividad de los vivientes: nacen y mueren devorados, proliferan delirados y se pierden en la trama de la roca con gracia dramática.

Efectos estéticos

¿Cómo aprehender el “fondo” de una estética fantástica en este arte?

Si los dibujos manifiestan una conciencia intencionada o un síntoma (realidad reveladora de impulsos profundos) entonces deberíamos admitir, con Melman (2011), que la cultura es un síntoma colectivo y que el tipo de cultura, su régimen establece el tipo de inconsciente que nos posee. Vale esto para cualquier sociedad y para cualquier tiempo. La expresión lacaniana “señal es lo que significa algo para alguien” también vale aquí: el arte rupestre no existiría -en tanto documento rupestre- *si no hubiera significado algo para alguien*. A lo que debiéramos, quizá, renunciar es a conocer ese significado -de nivel seguramente consciente- para buscar implicaciones “profundas”, inconscientes. Esto habría de requerir un método en la percepción: un acceso a la singularidad del objeto – arte rupestre.



Figura 11. Cerro Intihuasi. Ladera sudeste. Alero de la Máscara



Figura 12. Cerro Intihuasi. Ladera sudeste. Alero de la Máscara. Detalle

Para los fenomenólogos éste se formula como una intuición sobre la estructura del objeto a partir de su *presentismo* radical y la “mirada” de quienes lo realizaron (Groenen, 2000); para los estructuralistas la iconografía rupestre es un complejo en el que hay que descubrir opuestos sexuales o sexualizados (Leroi-Gourhan, 1971 y 1981) o de una metafísica sexual difusa (Laming Emperaire, 1962); para los historicistas, se trata de magia chamánica (Clottes y Lewis, 1996 y Layton, 2000) que es necesario aprehender a través de los contextos arqueológicos y del estilo. Finalmente, la convicción de que la mente cultural de los homínidos produce el arte, la religión y la ciencia (Mithen, 1998) implica una búsqueda tan ímproba, como el de las significaciones historicistas, cual es la de los conceptos y cogniciones fundados en una estructura cerebral determinista. En todas estas teorías la estética apenas está rozada salvo por la presunción de lo genitivo de la dimensión sexual en el arte (Laming y Leroi Gourhan).



Figura 13. Cerro Intihuasi. Abra Chica. Sitios 1 y 2

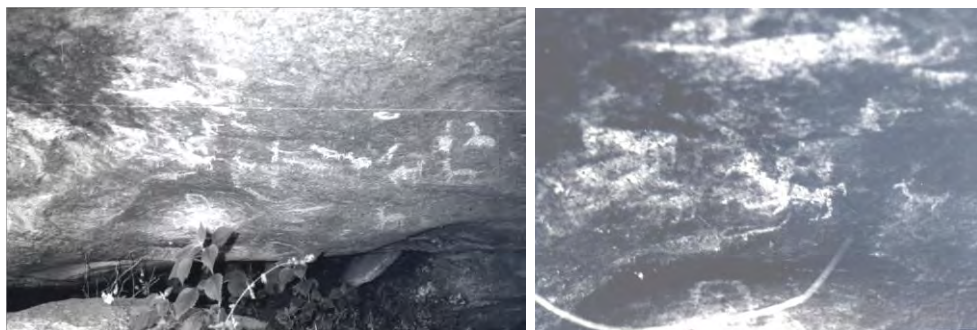


Figura 14. Cerro Intihuasi. El Zaino 1. Escena y detalle

Es necesario recordar que en la teoría del arte -universal- desarrollada en el siglo XX, dos obras han sido fundamentales para despegar la estética de lo Bello (con su teoría del valor) y adherirla a la sensibilidad de la percepción, al momento de la intuición (Croce, 1985) y a la simbología como desprendimiento de la teoría lingüística general. Al respecto fue Cassirer (1968) quien dio un vuelco en la investigación cultural porque afirmó que todos los productos humanos son susceptibles de una consideración lingüística debido a los procesos simbólicos que los constituyen.

Este conjunto de ideas autoriza a enfocar el arte rupestre con algunos -por lo menos- criterios estéticos: 1. La representación no es la de la realidad sino la de la realidad por el autor, 2. El efecto estético está ligado a una seducción sensorial no sujeta a juicio (y en el caso del arte rupestre no podría estarlo de ninguna manera por cuanto debe respetarse el relativismo epistemológico y antropológico en relación a él), 3. Las relaciones [sensoriales] que puedan identificarse tendrán carácter subjetivo y sólo subjetivo y 4. El estudio estético del arte rupestre debiera basarse en los signos y la síntesis escena-escenografía y textura y no en ninguna otra cosa. El riesgo de la aplicación de estas reglas es la inconmensurabilidad de los sitios rupestres o la incontrastabilidad arqueológica de toda hipótesis simbolista sobre ellos.



Figura 15. Cerro Intihuasi. Ladera sudeste. Alero Mayor

Deducir de la intertextualidad y de la sugestión interpretante de los sitios que estudiamos como constituida en torno a los sentidos de las acciones y estados que llamamos “devorar”, “devenir genitivo” y “delirar” es arbitraria pero heurística: en esa gráfica hay animales devoradores y animales que no lo son, hay un fluir de seres que pueden transformarse en unos y otros deviniendo un real cualquiera, hay un delirio fantasioso que no se infiere directamente de la literalidad de lo que se ve sino de la potencialidad de expresar muchos seres a la vez. La hegemonía de los humanos en los paneles de estos sitios arqueológicos es innegable pero esta figuración se encuentra, en definitiva, en un número reducido (siete u ocho sobre treinta y cinco), salvo uno, todos en una sola localidad. Esa presunta hegemonía se asemeja a la visión occidental de que el hombre preside la Naturaleza. ¿Por qué en el resto del inventario de sitios rupestres los humanos se encuentran desaparecidos? ¿Lo están ciertamente? ¿Son sitios dedicados al culto de los animales exclusivamente? ¿O lo que sucede es que al pertenecer los humanos al conjunto de lo viviente no fue necesaria la demarcación humano-animal? Si el cimiento y cemento de este arte respondiera a una lógica transformacional fantástica, esto sería admisible.

Volvamos a considerar la noción de “regresión” proporcionada por Menke. Al respecto, y en primer término, está la cuestión de la *verdad* de la hipótesis estética. Ella es casi paralela de la cuestión de *la verdad de lo que imagina el arte rupestre* (es decir, como ilustración de las necesidades productivas o prácticas como sostienen las tesis pragmáticas y funcionalistas sobre lo que comunica o señala). El arte rupestre podría expresar el fundamento de una *ficción absoluta* ya que hacer cosas con signos es una forma de presentar la verdad mítica, la verdad del sueño o la verdad del delirio y no requiere el correlato empírico como verdad como árbitro de su enunciación. Puede mentir sobre la realidad pero no sobre la irrealidad. Ésa sería su primera regresión. La segunda abre curso, destapa los contenidos surreales (por no sensibles) e hiperreales (por exceso de detalle en la forma que los vuelve más reales que los que lo son²). La tercera -imbricada en la sexualidad difusa de los rituales rupestres- es la del deseo.

Dice Bersani que el arte es más bien metáfora material de los movimientos de conciencia en los que ellos no pertenecen a ningún dominio cultural en particular sino que cruzan transversalmente la extensión completa de la expresión cultural, volviéndose una conciencia erotizada (Bersani, 2011:15).

Esas tres regresiones se verifican en los documentos rupestres como un despliegue que da identidad o singularidad a un *modo histórico de imaginación*.

La imaginación no es solamente gráfica. Se encuentra en los ecos que despertó el tipo de roca, el rincón en el paisaje, las luces, las sombras y los ruidos que evocan una escenografía alguna vez abandonada. Los estética no se compromete con la verdad, es cierto, sino con la sensualidad de la liturgia.

Menke (2011:314) establece dos situaciones en el análisis estético: la representación del mundo y la pérdida de la representación del mundo. La primera

² Es el caso paradigmático en la Cultura de la Aguada (Noroeste argentino), en la que el jaguar tiene dibujadas las manchas en todo el cuerpo con superdetalle). Uno de los felinos de la Casa Pintada del Cerro Intihuasi tiene también manchas rojas sobre el cuerpo).

significa el “presentismo” de la realidad en el dibujo como *principio determinante de la forma* y la segunda, la ausencia de realidad, la *desfiguración*. Es posible que ambas tengan vigor en el Cerro Intihuasi. Los sitios con escenas en las que los animales y humanos tienen predominio gráfico están regidos por la determinación de la forma aún cuando ellos no fueran reales en sentido estricto (hombres como animales, personificación animal de hombres, antepasados, etc.); los sitios con poligonales predominantes o los sitios con poligonales acompañando la combinación de signos lo estarían por el de desfiguración.³

Si el lenguaje -cualquier lenguaje- no fuera un reflejo de la sociedad sino quien organiza el mundo que circunda a los humanos (Ducrot y Todorov, 2011: 80) esta virtud debiera ser reconocida en la actuación del oficiante como fuente práctica y estética de sociedad.

Por otra parte queda abierta la indagación sobre las posibles inversiones y deslizamientos de la ideología -cuestión que parece poder descartarse para el Cerro Intihuasi dada su homogeneidad intertextual-. Este problema recuerda a la aserción de Claude Lévi-Strauss según la cual hay pensamiento porque la mente humana está separada radicalmente de la naturaleza. En esa relación contrariada, la mente humana es al mismo tiempo Naturaleza y su inversión (Cf. Keck, 2005).

Conclusiones

La intertextualidad interpretativa puede constituir un espacio virtual, intangible donde los sitios se referencian mutuamente. Es el lugar del “estilo” como tema y como forma de ejecución pero, específicamente, en este ensayo es el de la búsqueda del “fondo” de genitividad y estética en el que la ideología toma sus efectos y adquiere presencia social. En ese plano adquiere consistencia el carácter *regresivo* que Menke le adjudica a la estética porque ésta sería el magma histórico y primordial de un modo de imaginación.

Las ideologías (las culturas) enmascaran: no todo lo que se ve es lo que es y lo que puede manifestarse de múltiples maneras. La versión durkheimiana de que en la religión se adora a sí misma es pertinente para alentar la investigación rupestre. Los animales representados agrupados por especie taxonómica pueden hipotetizarse como clanes i agrupaciones sociales genitivas en lugar de vivientes capturados por la observación en versión etológica; animales voladores que vuelan bajo, animales terrestres que caminan o corren, animales que se arrastran pueden considerarse como síntoma de una organización del cosmos análoga a la estructura social, las poligonales con puntos en su centro pueden expresar el pasaje del oficiante desde este mundo al de arriba y al de abajo, los humanos vestidos contemplando animales que se cazan entre ellos pueden ser fantasmas, antepasados u otro tipo de fuerza o divinidad, etc. Indudablemente la sintaxis rupestre configura un síntoma proteico cuyo análisis podría dotar de progreso teórico a este tipo de arqueología.

³ La desfiguración rige al arte de las vanguardias del siglo XX pero no habría que descontarlo entre este tipo de imaginario rupestre.

Referencias bibliográficas

- Austin, J. 1982. *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós. Barcelona.
- Badiou, A. 2009. *Compendio de metapolítica*. Prometeo. Buenos Aires.
- Bersani, L. 2011. *El cuerpo freudiano. Psicoanálisis y Arte*. Ediciones Literales y El Cuenco de Plata. Buenos Aires.
- Cassirer, E. 1968. *Antropología Filosófica. Introducción a la filosofía de la Cultura*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Clottes, J. y L. William. 1996. Los chamanes de la prehistoria, tránsito y magia en las cuevas decoradas. Ariel, Barcelona.
- Croce, B. 1985. *Breviarios de Estética*. Espasa Calpe. Buenos Aires.
- Ducrot, O. y T. Todorov. 2011. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Siglo XXI. Ciudadela.
- Garaudy, R. 1986. Materialismo filosófico y realismo artístico. En R. Garaudy, J. P. Sartre y E. Fischer. *Estética y Marxismo*. Planeta. Barcelona.
- Groenen, M. 2000. *Sombra y luz en el arte paleolítico*. Ariel. Barcelona.
- Keck, F. *Lévi-Strauss y el pensamiento salvaje*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Leroi Gourhan, A. 1971. *Préhistoire de l'art occidental*. Editorial Mazenod, Paris.
- . 1981. Les signes parietaux comme marqueurs ethniques. *Altamira Symposium, Santander, 1979*: 289-297.
- Laming Emperaire, A. 1962. *La signification de l'art rupestre paléolithique*. Editorial Picard. Paris.
- Layton, R. 2000. Shamanism, Totemism and Rock Art. *Los Chamanes de la Préhistoire, en the Context of Rock Art Research*. *Cambridge Archaeological Journal* 10: 169-186.
- Melman, Ch. 2011. *Problemas planteados al psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires.
- Menke, C. 2011. *Estética y negatividad*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Mithen, S. 1998. *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Crítica, Barcelona.
- Rocchetti, A. M. 2008. El Ojito: desafíos conceptuales del arte rupestre. *Rupestreweb*. rupestreweb.tripod.com
- . 2009. Arqueología del arte. Lo imaginario y lo real en el arte rupestre. *Revista del Museo de Antropología*. Universidad Nacional de Córdoba. Vol. 2: 23-38. publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/antropología.
- . 2010. Los signos de los Cuatro Vientos: Arte rupestre de la Provincia de Córdoba. Argentina. *Anti*, 9, mayo. Digital. www.anti-cip.org
- . 2012. *Arte rupestre: imagen de lo fantástico*. Editorial Académica Española. USA.
- Sperber, D. 2006. Why are perfect animals, hybrids and monsters food for symbolic thought. *Method and Theory in the study of religion*, 8 – 2: 143 – 169.

CAPÍTULO 13

•

PATRIMONIO RUPESTRE. IMPORTANCIA ARQUEOLÓGICO-CULTURAL DE LA LOCALIDAD RUPESTRE CERRO INTIHUASI, CÓRDOBA

María Laura Gili

Introducción

A partir del caso que nos presenta la localidad arqueológica Cerro Intihuasi, en la Provincia de Córdoba, Argentina, abordamos aquí el problema de la ética aplicada a la práctica arqueológica contemporánea, en términos de su *responsabilidad social* en el estudio y la gestión de los bienes culturales arqueológicos. Este trabajo se presenta en el marco del *Plan Director para el Manejo del Patrimonio Arqueológico y Ambiental de Achiras y su Comarca*, SECYT-UNRC Sur de Córdoba, dirigido por A.M. Rocchietti, Equipo de Investigación del Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria de la Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Río Cuarto. Se ordena en cinco partes sobre sociedad, *patrimonio rupestre* y ética; recomendaciones de documentos internacionales; Cerro Intihuasi: *patrimonio rupestre*; bienes arqueológicos y gestión patrimonial; y la conclusión.

Sociedad, *patrimonio rupestre* y ética

Los objetos que componen los bienes culturales son polisémicos, su sentido varía con las épocas y observadores; a su vez, con las generaciones, cambian las lecturas teóricas sobre la historia que evocan (Devallés, 2008). La historia es fragmentaria. Se construye sobre variados objetos y referentes que expresan identidades comunitarias, múltiples miradas y diversidades. Eso debería mostrar los espacios museísticos, a pesar de la tensión que la globalización económica imprime sobre ellos por *formatearlos* o *formatear también la cultura*.

El historiador francés Jacques Revel (2005), señala las tendencias en la producción de la memoria en estudios sobre Francia en las últimas décadas del

siglo XX y distingue tres aspectos vinculados a la *conmemoración*, la *patrimonialización* y la *producción de memoria*. El afán conmemorativo, señala, ha multiplicado los eventos por festejar situaciones del pasado, generando un exceso de festejos históricos (Revel, 2005: 271) con un notable incremento de actividades culturales por parte del Estado que hacen de ella, una herramienta política.

A su vez se observa una creciente *patrimonialización*. El concepto patrimonio pasó de referir los bienes poseídos y transmitidos en el ámbito familiar, a significar los bienes de propiedad colectiva de todos. Es decir, las experiencias colectivas en sus más diversas manifestaciones. Con ello, todo se volvió objeto de conservación dentro de un inmenso proyecto que hace a las sociedades modernas, museográficas y archivísticas (Revel, 2005: 272).

Finalmente, en cuanto a la *producción de un nuevo régimen de memoria* el autor observa que, en la multiplicación de memorias particulares, actualmente interesa saber y comprender como sobrevivieron al interior del *ser* nacional, aquellas diversidades fuertemente combatidas por el modelo de Estado hegemónico del siglo XIX (Revel, 2005:273). Un modelo nacional de integración o asimilación que rechazó toda forma diferente y particular durante años, constituyendo una idea de nacionalidad universal y abstracta, ahora procura “la afirmación, la reivindicación, la promoción de memorias particulares (como manera de) expresar una reformulación del lazo social que traduce un cambio profundo” (Revel, 2005:273). Y para ello el concepto de interculturalidad en boga en los últimos años, sirve de instrumento eficaz.

Sin embargo, en perspectiva crítica, Achili sostiene que aunque otorga visibilidad a la diversidad cultural (*sensu* Achili, 2006), oculta la fuerte disparidad socioeconómica que las políticas neoliberales provocaron en las bases sociales, afectando particularmente a los sectores más empobrecidos y en ellos a las poblaciones indígenas. Se neutralizaron, de esta manera, los nexos reales que atraviesan procesos sociopolíticos, profundizando la fragmentación social.

¿Qué ocurre entonces con los bienes culturales, materiales y simbólicos y la historia en ellos condensada? Si bien es cierto que los objetos, los bienes culturales materiales e inmateriales, cuentan con la capacidad de evocar la memoria de los pueblos, también lo es que han sido sacralizados por la museología positivista o los primeros relatos históricos, en el siglo XIX.

Actualmente, la gestión del *patrimonio rupestre* (Rocchietti, 2011) implica asumir responsabilidad sobre la arqueología regional. En este contexto, la importancia patrimonial, cultural y natural de los sitios arqueológicos en su condición de recursos no renovables, convoca decisiones con mayor compromiso por parte de quienes se relacionan a los mismos (entidades públicas, privadas o académicas) considerando el amplio espectro que afecta: cuestiones políticas, patrimoniales, de propiedad privada, identidad étnica y social, etnocentrismo, discriminaciones raciales, etc. Esto significaría una gestión cultural comprometida con la protección y conservación de los sitios, como así también una ética social que, con *responsabilidad social*, resguarde el derecho a estudiar y disfrutar de los bienes culturales de las generaciones presentes y futuras.

Recomendaciones de documentos internacionales

La Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico del Consejo *Internacional de Monumentos y Sitios* (ICOMOS, 1990) establecía que el patrimonio arqueológico, su protección, debe ajustarse a los criterios fijados en la Carta de Venecia de 1964 sobre restauración y conservación de monumentos y lugares histórico-artísticos. Sugirió la *conservación integrada* para solucionar problemas derivados del estudio y la gestión del patrimonio arqueológico y cultural; ella se concibe como la participación de todos los afectados, invocando los principios de responsabilidad pública y colectiva, propiciando relaciones solidarias y comunitarias, como así también, la realización de lecturas amplias del proceso histórico-social en el que se hallan inmersos los bienes culturales.

En términos de *políticas de conservación integrada*, postulaba promover la conservación de las tradiciones vivas de las poblaciones autóctonas, incentivando su participación en la conservación del bien. Instaba a unir las políticas de protección del patrimonio arqueológico a las tradiciones vivas expresadas en prácticas agrícolas, uso y planificación del suelo, medio ambiente y educación (Art. 2 ICOMOS, 1990). Al mismo tiempo proponía integrar las acciones de protección en políticas de planificación de distintos niveles: local, nacional e internacional.

Involucrar activamente a la población local en la protección del bien arqueológico activando mecanismos para el acceso al conocimiento y la información del patrimonio a conservar por parte de los pobladores.

En el punto sobre *legislación y economía*, se refería a la obligación moral y la responsabilidad pública colectiva, entendidas en términos legislativos y al patrimonio arqueológico como un bien común al que debe acceder toda la sociedad (Art. 3 ICOMOS, 1990). Este es un aspecto que presenta aun muchas contradicciones dado que en nuestros países, con amplios sectores empobrecidos, los museos y parques arqueológicos son solo visitados por un público selecto, que aun participa de actividades culturales coordinadas por espacios públicos o privados.

Postula, a su vez, la conservación del patrimonio arqueológico en función de la tradición, la historia, las necesidades de cada región y país. El patrimonio arqueológico adquiere relevancia en cuanto *herencia de la humanidad y los grupos humanos*, y no de algunos pocos que puedan acceder al turismo cultural.

La Carta de ICOMOS (1990) también hacía hincapié en la necesidad que el Estado, con la legislación que promulga, arbitre los medios para la conservación y mantenimiento del patrimonio arqueológico.

Recomienda el *principio de mínima intervención*. Privilegiar la conservación *in situ* del bien arqueológico. Su protección es un proceso dinámico en continua transformación.

En el 2000, la *Federación Internacional de Organizaciones de Arte Rupestre*, IFRAO, en su Código de ética, proponía pautas y principios ordenadores de la práctica arqueológica en casos de sitios con arte rupestre. La estructura del documento consta de un preámbulo, definiciones, problemas de propiedad, de registro del arte rupestre, de toma de muestras, conservación y disputas. Allí propone una mirada integral de los sitios al decir:

“...un sitio de arte rupestre está comprendido en la completa estructura del sitio adicionalmente al arte rupestre, en el uso tradicional del lugar y en las actividades que ocurren allí...” (1 (3). IFRAO, 2000).

Como así también respecto de las pinturas, su transformación y reacciones en el soporte rocoso sobre el que se la encuentra, postula su estudio integral considerando cambios naturales o impactos antrópicos (ej. grafiti). (1 (5). IFRAO 2000).

Se refiere también en el plano administrativo, al manejo de los sitios con preservación, control de acceso y resguardo público; en consideración de la estructura integral del sitio, sus aspectos físicos, depósitos arqueológicos, daños antrópicos-inclusiones humanas y naturales (grafitis, líquenes, etc.).

Aborda la situación planteada por la propiedad privada:

“En lugares donde esas poblaciones indígenas y su tradiciones ya no están presentes, los miembros procuraran entender y promover prácticas de mantenimiento consistentes con creencias hasta donde ellas sean conocidas por evidencia etnográfica o arqueológica. Contrariamente, en ausencia de tal evidencia, conceptos provisionales de tales creencias (p.e. fuentes no humanas de autoridad, naturaleza sagrada, espacio/tiempo no lineal) deberán ser proyectadas de similares sociedades y tradiciones de otros lados” (3 (1). IFRAO, 2000).

Allí donde los sitios se hallan en propiedades privadas el código explicita que:

“Los miembros deberán respetar las reglas, leyes o pedidos de cualquier individuo u organización que posea la propiedad legal de los territorios donde los sitios con arte rupestre están localizados o del territorio que debe ser atravesado para alcanzar los sitios.” (3 (3). IFRAO, 2000).

Convoca a preservar el sitio en sentido amplio considerando sus aspectos visuales, históricos y las relaciones con el entorno que construyen su significación histórica, visual y científica. (6 (2). IFRAO, 2000).

Vemos como la gestión de los bienes culturales, en la actualidad, es analizada en términos de una perspectiva *integral* y en el marco de una *economía cultural*; dentro de una ciencia social al servicio del desarrollo local, regional y nacional. La información que aporta, mejora y renueva la historia de la comunidad, incrementa el turismo e impulsa las economías regionales.

Implica, a su vez, tareas de sensibilización sobre la importancia de las áreas patrimoniales culturales, naturales y la biodiversidad; el rol de la educación intercultural; el vínculo entre patrimonio cultural y desarrollo económico de los pueblos. Se vuelve instrumento para el entendimiento mutuo y la construcción del dialogo cultural y la paz, el fortalecimiento de identidades locales, nacionales en el

marco de una globalización que diluye las señas-expresiones particulares de los pueblos y las comunidades.

En los últimos años las políticas culturales para su gestión han incorporado conceptos como *corresponsabilidad*; compromiso social, multidisciplinariedad. Por ello, la acción cultural que promueva el estudio, gestión e intervención en el patrimonio cultural, conlleva un problema político y ético (Gili, 2005).

Los criterios a adoptar, los principios éticos que se contemplen en una acción cultural que examine aspectos relacionados a la práctica disciplinaria, deberían consignar los diferentes aspectos que involucran valores y condiciones de distintas perspectivas y formas de pensamiento. Y esto porque los afectados por temas de interés arqueológico provienen de marcos de referencia diversos: crítico, tradicional, mítico, etc.

La situación se agudiza en nuestras realidades latinoamericanas, con una larga historia de dependencia colonial, con experiencias históricas violentas y traumáticas, con sectores aun sumergidos en la marginalidad por efectos, ahora, del neoliberalismo. En nuestros países se continúan articulando desigualdades nacionales y étnicas, profundas y estructurales. Aquí, los asuntos de la cultura, no se solucionan por fuera de los cambios socioeconómicos estructurales, necesarios para acabar con los problemas de fondo (Díaz Polanco, 2005). El problema de la discriminación y la exclusión cultural van de la mano de la explotación y la desigualdad socioeconómica.

Este estado de situación, le impone al ámbito académico la revisión de sus prácticas y la reflexión en términos de un pensamiento crítico y ético, donde la ética no sea solo un instrumento para diluir reclamos sino una herramienta para la generación de nuevas prácticas. Reconociendo demandas por autonomía y autodeterminación de los pueblos originarios, acción sobre sus bienes culturales y patrimonio cultural, reconocimiento de legitimidad en el sostenimiento de sus tradiciones y uso de sus lugares sagrados, arqueológicos-históricos, etc.

Sin menoscabar la posibilidad de la investigación científica.

Y teniendo en cuenta las *morales emergentes* de Arturo Roig, producto de la complejidad y conflictividad de la realidad latinoamericana, que se manifiesta en formas de eticidad contradictorias, en lucha por la liberación de formas históricas de opresión (Roig, 1981). Dichas *morales emergentes* están representadas en los movimientos sociales latinoamericanos y en los documentos generados por el accionar de los Pueblos Originarios. Especialmente representados en la *Nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*, de 2008¹. En ella se expresan

¹ Teniendo como antecedentes y documentos de consulta: *Código de Ética Profesional*. Asociación de Arqueólogos Profesionales de la Rep. Argentina. <http://www.arqueologia.com.ar/aapra/eticahtm>, AAPRA 2003. Society for American Archaeology (SAA). 1961. Committee on Ethics and Standards, Four Statements for Archaeology. *American Antiquity*. Sociedade de Arqueologia Brasileira. 1997. Código de ética. Assembleia Geral Ordinaria. S.A.B. Rio de Janeiro. Survey. 1996. *Carta Etica per l'arte rupestre*. Pinerolo. 1995. En Bollettino del Centro di studi e museo d'Arte Preistorica di Pinerolo. World Archaeological Congress (WAC). 1990. *Firts Code of Ethics*. WAC. Council Minutes. Barquisimeto. Venezuela. Código de Ética, Colegio Profesional de Arqueólogos del Perú, 2005. *Nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*, 2009. Honorable Congreso Nacio-

principios éticos aymaras y quichuas que, si bien no se corresponden a la realidad social y política de la región en la que se propone el Plan Director de la Comarca de Achiras, es interesante observarlos en sus elementos más renovadores, es decir la propuesta de principios no occidentales en el marco de una constitución política de un país latinoamericano. También en expresiones de México, Ecuador y Argentina, entre los más destacados que luchan por dignidad, libertad, igualdad, con mecanismos de acción en contra de las estructuras institucionales opresivas de los países de la región. La categoría de *dignidad* opera como articuladora en el ejercicio por la construcción de una razón práctica propia, en la emergencia de prácticas sociales, políticas y culturales hasta el momento silenciadas, como es el caso de los reclamos indígenas.

Cerro Intihuasi, patrimonio rupestre

Cerro Intihuasi es una localidad arqueológica con una destacada concentración de sitios con pinturas rupestres, depósitos arqueológicos cuya secuencia desconocemos. Se encuentra a 780 msnm, a 33° Latitud S y 64° Longitud W, a 45 km al Oeste de la ciudad de Río Cuarto y al Norte del paraje La Barranquita; pertenece a Las Lajas, complejo de formación precámbrica. Constituye una unidad litológica única de 35 km² de superficie, en forma trapezoidal y con varias laderas en su interior (Fig. 1). La cultura simbólica expresada en Cerro Intihuasi y los *sitios rupestres* (*sensu* Rocchietti, 2003) que allí se registran, le dan carácter sagrado a la localidad. Los paneles con arte rupestre que trabajamos fueron realizados con pintura, en una gama cromática que involucra el blanco, amarillo-ocre, rojo y negro, ocupan las paredes-techo de aleros y bochas graníticas (Gili, 2001, 2011). Fueron representadas figuras animales, humanas, geométricas y signos *indiciales* que refieren la parte por el conjunto (pisadas de réhidos, de felinos o vulvas). Solo en dos sitios se utilizó la técnica del raspado en la ejecución de los motivos.

Es una localidad sagrada por la marcada presencia de sitios con arte rupestre con particularidades similares de soporte, ejecución, diseño, temática, distribución en el espacio gráfico, etc. El cerro expresaría una síntesis del *paisaje cazador-recolector* y del *paisaje rupestre* (*sensu* Rocchietti, 2002) de la región, en donde sociedades móviles hacían una particular utilización de los recursos naturales, fauna y flora, para su caza y su recolección.

Se han diferenciado en él cuatro sectores con sitios aglutinados: el conjunto Intihuasi 1, Intihuasi 2, Intihuasi 3, Intihuasi 4 e Intihuasi 5; los sitios del Abra Chica (Alero 1 del Abra Chica y Alero 2 del Abra Chica), de la ladera Norte (Alero del Norte y Alero de la Coral); y de la ladera Este (Alero Mayor, Alero de las Marcas, Alero de los Ñandúes y Alero de la Máscara). Solo estos últimos se encuentran en el cuerpo central del cerro.

nal de Bolivia. *Declaración de Río Cuarto*, ratificada en el I Foro Pueblos Originarios/Arqueólogos, VI Jornadas de Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste del País, 2005.



Figura 1. Cerro Intihuasi. Localización de sitios rupestres. Google Maps 2010.

Imagen procesada por M. L. Gili

Las poligonales se presentan abiertas, cerradas, curvas, quebradas y las combinaciones entre ellas: abiertas quebradas, abiertas curvas, cerradas curvas, cerradas quebradas, con espacio interior vacío y con espacio interior subdividido. No hay poligonales de campo cubierto, se enfatiza el perímetro, la mayoría presenta campo interior subdividido (Gili, 1999). En el conjunto de signos, las poligonales son indicadores de mayor indeterminación en su ejecución, salvo la presencia de poligonales cerradas curvas que contienen otra poligonal cerrada curva o con espacio interior vacío (Sitios Alero 5, Alero de La Máscara, Abra Chica 2, Alero 2), de poligonales abiertas quebradas con líneas continuas (Sitios Aleros Intihuasi 1, 2, 3, 4, Abra Chica 1, Alero Norte) y de poligonales curvas cerradas ubicadas en el extremo de poligonales abiertas (Alero1) o en el desarrollo de las mismas (Sitio Alero de La Máscara). Son además indicadores de universalidad en tanto todos los paneles las contienen (Fig. 2).

Todos los sitios tienen poligonales abiertas y cerradas; solo uno no cuenta con éstas últimas (Sitio Alero 1 del Abra Chica). La mayor presencia de signos en los sitios corresponde a las poligonales, le siguen las representaciones de camélidos y figuras humanas, luego los rhéidos y las figuras humanas con atuendos y, en cuarto lugar, los felinos y los signos *indiciales*.

El color predominante en los paneles es el blanco, solamente está ausente en el Alero de La Máscara, en paridad de condiciones se presentan los colores rojo, negro y ocre, empleados cada uno de ellos solo en tres sitios. En ninguno de los casos conviven ocre y negro; se observan las combinaciones de rojo, negro y blan-

co (Sitio Intihuasi 5); rojo y blanco (Sitio Alero1); blanco solo (Sitios Aleros Intihuasi 2, 3, 4, Alero la Coral); blanco y negro (Sitios Alero 1 del Abra Chica, Alero Norte); blanco, ocre y rojo (Sitio Alero 2 del Abra Chica); ocre y rojo (Sitio Alero de La Máscara).

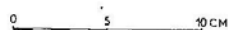
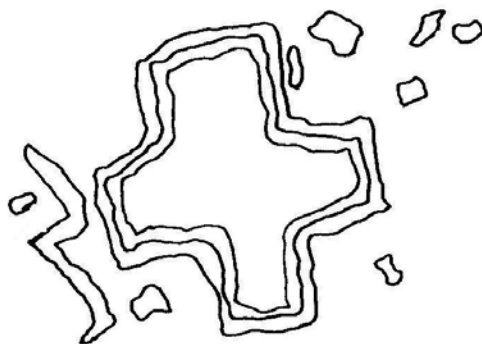


Figura 2. Alero Mayor, Cerro Intihuasi, Córdoba

Sobre un análisis de trece sitios con pinturas rupestres, nuestra hipótesis central sostiene que las figuras geométricas, poligonales, tienden a ser universales en tanto las encontramos en casi la totalidad de los sitios rupestres, situación que se verifica en los materiales que presentamos. Sin embargo, aunque generales, las figuras geométricas varían entre sí y están dotadas de singularidad gráfica y compositiva. En términos de *dimensiones de variación* (arqueológica, *sensu* Hodder, 1988), la mayor presencia de signos en los sitios corresponde a ellas, le siguen las representaciones de camélidos y figuras humanas, luego los réhidos y las figuras humanas con atuendos, y en cuarto lugar, los felinos y los signos *indiciales*.

Subordinada a la hipótesis anterior, sostenemos que los sitios rupestres poseen particularidades similares en sus diseños, soportes, temáticas, distribución en el espacio gráfico, entre otros elementos. En términos metodológicos, la investigación se apoya en la metodología de registro propuesta por Rocchetti para Sierra de Comechingones y considera la *variación* como particularidad del registro del arte rupestre regional. La *variabilidad del documento rupestre* se manifiesta en el registro de planos de relevamiento, soportes, ubicación en el espacio gráfico, gama cromática, percepción de los diseños en diferentes momentos del año, entre otros elementos.

En nuestra investigación hemos empleado una metodología que prioriza la integralidad del *sitio rupestre* en su registro y análisis, que merece ser aplicada a temas de preservación y conservación, dado el carácter no renovable del bien arqueológico expresado en ellos y la envergadura que, en las últimas décadas, adquirió la discusión ética sobre las acciones a emprender sobre los bienes culturales.

Bienes arqueológicos y gestión patrimonial

Toda política de preservación de sitios arqueológicos y en ellos de sitios con arte rupestre, debería considerar los diferentes aspectos que afectan los valores y las condiciones reales de gestión y administración (Price, 1995: 8). El gerenciamiento de un sitio arqueológico involucra asuntos legales, toma de decisiones, uso de la tierra en el marco regional al sitio en cuestión, medio ambiente y condiciones generales del área arqueológica, como así también, necesidades particulares de los pobladores de las vecindades donde se hallan sitios arqueológicos, entre ellas el interés por la explotación turística de los sitios, ya que la presencia de sitios arqueológicos importantes concita la circulación de público, inversiones comerciales (en tiendas, restaurantes, hotelería, transportes, etc.) y recursos financieros disponibles. No siempre asociados a intereses de preservación y conservación del bien cultural.

Los *sitios rupestres* de Cerro Intihuasi se vuelven bienes culturales, evidencias de formas de vida pretéritas en la región que, por ello, adquieren relevancia en el circuito y la narrativa histórico-cultural local actual. Hemos tenido siempre preocupaciones sobre la vinculación entre la ética y el patrimonio arqueológico. Entendemos que analizar algún aspecto vinculado al patrimonio cultural, a los bienes culturales, arqueológicos, materiales y simbólicos que lo constituyen, es una tarea compleja por la diversidad de perspectivas que atraviesan su análisis.

Ahora bien, en términos legales, la legislación sobre patrimonio arqueológico, en Argentina, se inicia con la Ley Nacional N° 9080, de 1913, ya derogada. Ella significó el primer reconocimiento del Estado sobre la importancia de resguardar los bienes arqueológicos. En el marco del retorno a la democracia en 1983², las reformas constitucionales han generado perspectivas legislativas renovadas en relación al patrimonio cultural.

La Constitución Nacional, en 1994, incorporó criterios de la *Convención de Patrimonio Natural y Cultural*, de UNESCO 1972, sobre la preservación del patrimonio cultural y natural. A partir de allí, el Estado debió asumir deberes y obligaciones específicas, con el dictado de leyes de protección del patrimonio, donde se establecieran presupuestos mínimos, que se completarían con las legislaciones provinciales; así, también, el Estado debería organizar la administración para la gestión de recursos culturales y naturales, y asegurar la protección de los mismos, mediante una *justicia especial* para asuntos culturales y ambientales (Endere, 1995: 147).

En la actualidad se encuentra en vigencia la *Ley N° 25.743, de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico*, promulgada en junio de 2003 (Ley N° 25. 743, 2003). Ella establece, en el Artículo 1, la *preservación, protección y tutela del patrimonio arqueológico y paleontológico*, en cuanto patrimonio cultural de la Nación y para su *aprovechamiento científico y cultural*. A su vez, en el Artículo 2° define los elementos que integran el Patrimonio Arqueológico (Ley N° 25. 743, 2003: 1).

En el ámbito de la provincia de Córdoba, la normativa vigente es la Ley Provincial N° 5543 de *Protección de los Bienes Culturales*, su Decreto Reglamentario 484/83 y la Resolución N° 104/03 de *Protección de Yacimientos Arqueológicos y Paleontológicos*; siendo de aplicación obligatoria en el territorio de la provincia.

En el Cerro Intihuasi, los problemas patrimoniales se visualizan en relación con su condición catastral, está emplazado dentro de una propiedad privada, y con sus condiciones de accesibilidad y conservación. Se pueden diferenciar cuatro aspectos: se realiza en el cerro un emprendimiento turístico privado; es de difícil acceso, carece de un camino provincial que conduzca directo al pie del cerro, evitando pasar por el sector del casco de la estancia; estado de conservación de los sitios con arte rupestre; estado de conservación de las condiciones ambientales naturales del cerro.

Por otra parte, no todos los sitios son atractivos al público y presentan situaciones de complejidad legal su exhibición por estar dentro de una propiedad privada, no contar con museo de sitio diagramado por especialistas, tampoco cuenta con un presupuesto privado o público para realizar allí las instalaciones necesarias que aseguren un mínimo de preservación y vigilancia de los sitios y del público potencial.

En términos de lo expuesto, algunas recomendaciones posibles para la gestión cultural en el caso de la localidad arqueológica Cerro Intihuasi, podrían ser:

² Reformas constitucionales: La Rioja, 1986; Salta, 1986; Jujuy, 1986; San Juan, 1986; Catamarca, 1988; San Luis, 1987; Córdoba, 1987; Río Negro, 1988; Tucumán, 1990; Formosa, 1991; Tierra del Fuego, 1991; Buenos Aires, 1994, Constitución Nacional, 1994 (Endere, 1995: 146).

realizar un registro histórico-metodológico, en perspectiva integral y ética, que contemple las particularidades similares de soporte, ejecución, diseño, temática, distribución en el espacio gráfico, etc. (Gili, 2011); desestimar la afluencia de visitantes al Cerro Intihuasi mientras este permanezca bajo dominio privado, sin *sala de interpretación o museo de sitio* coordinado por especialistas, en tanto *área de resguardo y preservación*; recomendar la *mínima intervención*. Privilegiando la conservación de los sitios con pinturas rupestres.

O bien: destinar los sitios más conocidos por los lugareños y atractivos al público (resguardando el resto), que permitan evocar el paisaje arqueológico articulando una narrativa sobre la historia indígena en la región con la preservación y el resguardo de sus sitios; referenciar al Cerro Intihuasi en cuanto ejemplo del *paisaje cazador-recolector* y el *paisaje rupestre* (*sensu* Rocchetti, 2003) de la región; recomendar la apertura al público solamente de los sitios más conocidos por los vecinos: Casa Pintada, Intihuasi 1, Intihuasi 2, Intihuasi 3 e Intihuasi 4; propiciar el asesoramiento metodológico sobre resguardo y preservación de sitios rupestres a quien/es oficie/en de guía/as en las visitas al cerro; articular acciones preservacionistas entre el municipio de Achiras y quien realiza el emprendimiento turístico privado, a modo de hacer de él un *facilitador cultural* para el cuidado patrimonial regional del Cerro Intihuasi.

Entendemos que con su inclusión en el *Plan Director para el Manejo del Patrimonio Arqueológico y Ambiental de Achiras y su Comarca*, se contribuye a redimensionar la historia indígena de la región, definida por procesos de poblamiento de 3000 años de duración. Considerar en ella los sitios arqueológicos permite una lectura multidimensional en el espacio y el tiempo de la diversidad cultural de la región desde su ocupación temprana, dado que a través de las expresiones históricas y el legado cultural de la misma, se puede reconstruir el entramado histórico regional (Suárez, 2011). Su revalorización es un imperativo ético por el respeto a la interculturalidad en sentido *corresponsable*.

Conclusión

La relevancia de la localidad arqueológica Cerro Intihuasi en el *paisaje rupestre* del sur de la Sierra de Comechingones, en la Comarca de Achiras, nos pone frente a la situación de contemplar criterios éticos en su gestión. En efecto, es innegable la relación establecida entre la práctica científica y la reflexión ética. Por ello y por una investigación social inclusiva, sugerimos y ponemos en discusión el contemplar una acción cultural patrimonial al amparo de criterios éticos de *responsabilidad social, inclusión, corresponsabilidad, solidaridad, compromiso, respeto*. Orientados a la construcción de una sociedad justa y armoniosa, descolonizada y sin discriminación preservando como patrimonio histórico, cultural y humano la *diversidad* cultural. Y contribuyendo al uso sustentable del patrimonio cultural, herencia social, en preservación de los derechos de las futuras generaciones.

Agradecimientos

Al Equipo de Investigación del Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria de la Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba, Argentina, y su directora, Dra. A. M. Rocchietti.

Referencias bibliográficas

- Achili, E. 2006. Escuela e interculturalidad. Notas sobre la antropologización escolar. En Ameigeiras, A. y Jure, E. (Comp.) *Diversidad cultural e interculturalidad*. Buenos Aires. Editorial Prometeo.
- Devallés, A. 2008. Disertaciones. Memoria, historia, museología y verdades históricas. En Rocchietti, A., Y. Martini y Y. Aguilar *Patrimonio Cultural. Perspectivas y Aplicaciones*. Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.
- Díaz Polanco, H. 2005. Los dilemas del pluralismo. En Dávalos, P. *Pueblos Indígenas, Estado y democracia*. CLACSO. Buenos Aires.
- Endere, M. L. 1995. Patrimonio Arqueológico, Legislación y Turismo en Argentina. En *Etnia*. Museo Etnográfico Municipal. N° 40/41.
- Gili, M. L. 1999. El arte rupestre del Cerro Intihuasi. Dpto. Río Cuarto. Córdoba. En *XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Universidad Nacional de La Plata. La Plata. pp 181-185.
- . 2001. La problemática del arte rupestre con perspectiva histórico-metodológica. En *Estudios en Arte Rupestre -Segundas jornadas de Arte y Arqueología-*, editado por J. Berenguer, L. Cornejo, F. Gallardo y C. Sinclair. Museo Chileno de Arte Precolombino. Pp 170-179. Chile.
- . 2005. La reflexión ética aplicada al patrimonio cultural arqueológico. En *1° Congreso Latinoamericano de Antropología. Asociación latinoamericana de Antropología*. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. Rosario.
- . 2011. Registro y análisis de arte rupestre en contexto granitoide. Cerro Intihuasi, sur de la sierra de comechingones, provincia de Córdoba, Argentina. En Mayol Laferrere, C. Ribero, F. y Díaz, J. (comp.) *Arqueología y Etnohistoria del centro-oeste argentino. VIII Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste del país*. Facultad de Ciencias Humanas. Ed. UNIRIO. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto. Argentina.
- Hodder, I. 1988. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica. Barcelona.
- Price, S. N. 1995. Introducción. En Strecker, M. y Taboada, F. (ed.) *Contribuciones al estudio del Arte Rupestre Sudamericano*. N° 4. SIARB. Revel, J. 2005. La institución y lo social. En *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires: Editorial Manantial. La Paz. Bolivia.
- Revel, J. 2005. *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Editorial Manantial. Buenos Aires.

- Rocchetti, A. M. 2002. Arte rupestre en ambiente granítico de la Sierra de Comechingones: formación arqueológica y marco teórico. En *Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Universidad Nacional de Córdoba
- . 2003. Sistematización de la documentación del ambiente rupestre. En *Rupestre/web*, <http://rupestreweb.tripod.com/ambiente.html>.
- . y otros. 2011. Modelo Arqueológico para la Comarca de Achiras. En *Jornadas de Historia de Córdoba*. Inédito.
- Roig, A. 1981. *Teoría y crítica del pensamiento Latinoamericano*. México. Fondo de Cultura Económica. Pp.17-20.
- Suárez, M. 2011. Plan de Manejo del Camino Real de Tierra Adentro. En López Morales, F. y F. Vidargas (ed.) *Itinerarios Culturales. Planes de Manejo y Turismo Sustentable*. Ediciones del INAH. México.

Documentos

- AAPRA 2003. *Código de Ética Profesional*. Asociación de Arqueólogos Profesionales de la Rep. Argentina. <http://www.arqueologia.com.ar/aapra/eticahtm>
- Código de Ética, Colegio Profesional de Arqueólogos del Perú, 2005.
- Declaración Transandina de Choya. 2007. IV TAAS. Congreso Teoría Arqueológica Catamarca. Argentina.
- Declaración de la Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas. 2007. Asamblea General Naciones Unidas. www.mapuexpress.net
- Declaración de Rio Cuarto. 2005. Foro Pueblos Originarios y Arqueólogos. Universidad Nacional de Rio Cuarto. Rio Cuarto.
- ICOMOS. 1990. *Charte Internationale pour la gestion du patrimoine archéologique*. I.C.O.M.O.S./U.N.E.S.C.O. París.
- IFRAO. 2000. Código de ética. Australia.
- Nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*, 2009. Honorable Congreso Nacional de Bolivia.
- Society for American Archaeology (SAA). 1961. Committee on Ethics and Standards, Four Statements for Archaeology. *American Antiquity*.
- Sociedade de Arqueología Brasileira. 1997. Código de ética. Assembleia Geral Ordinaria. S.A.B. Rio de Janeiro.
- Survey. 1996. *Carta Etica per l'arte rupestre*. Pinerolo. 1995. En Bollettino del Centro di studi e museo d'Arte Prehistorica di Pinerolo.
- Ley N° 25.743. 2003. *Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico*. Honorable Congreso de la Nación. República Argentina.
- Ley n° 5543. 1983. Protección de los bienes culturales de la provincia. Provincia de Córdoba. Argentina.
- World Archaeological Congress (WAC). 1990. *First Code of Ethics*. WAC. Council Minutes. Barquisimeto. Venezuela.

